Obras completas de Platón

Platón
Obras Completas

Traducción, prólogo, notas y Clave hermenéutica de Juan David García Bacca ● Tomo XI, Hipias Menor, Alcibíades I, Ión, Laques Menexeno y Cartas ● Coedición de la Presidencia de la República de Venezuela, la Facultad de Humanidades y Educación y la Dirección de Bibliotecas, Información, Documentación y Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela ● Caracas, 1982.

Versión directa del texto griego de la Edición "Guillaume Budé", Société d'Édition "Les Belles Lettres", París

ADVERTENCIA

Las siglas Cl. 1, 2, 3; II.1, 2; III.1, 2, etc., remiten a la Clave hermenéutica.

Depósito Legal Cf 80 — 1401

RECONOCIMIENTO

El Traductor y Autor agradece al colega universitario, doctor Blas Bruni Celli, su colaboración filosófica y técnica en la revisión de los diálogos "Hipias Menor", "Alcibíades I", "Ión", "Laques" y "Cartas", que configuran este tomo.

Y reconoce una deuda especial al licenciado Benjamín Sánchez M. como revisor general de las obras completas en sus aspectos filosófico y técnico.

J. D. G. B.

HIPIAS MENOR

Lugar y tiempo del (fingido) diálogo hablado. Atenas. Hacia ¿405 a. C.?

Personas:

HIPIAS. De Elis. Sofista famoso. Nacido hacia mitad de s. V.

SÓCRATES. Ateniense. De 65 años. Filosofante dialéctico.

EÚDICO. Del séquito de Hipias.

Lugar y tiempo del diálogo redactado. Atenas. Academia. Por un miembro de la Academia. ¿Platón mismo, hacia 380? Ensayo.

ARGUMENTO

El diálogo se articula en tres partes.

Parte Primera: Introducción (363-373 a, b). Aprovechando una afirmación de Hipias acerca de la superioridad de Aquiles respecto de Ulises, en cuanto veraz aquél y falsario el otro, Sócrates plantea, paso a paso, el tema de las relaciones entre verdad-falsedad, veracidad-falsía, sincero-falsario, voluntario-involuntario, bueno-malo, mejor-peor, potente-impotente.

Parte Segunda (373 c, d, e-375 a, b, c, d). Discusión del tema, dirigido por Sócrates.

A) Formulación explícita del tema (373 c).

"Si son mejores los que faltan voluntariamente o lo son los que faltan involuntariamente".

Esto es lo que se ha detenidamente y por sus partes considerar (διά-σκέψασθαι) respecto de lo dicho anteriormente.

Pasos correctos (ὀρθότατα ὧδε ἐλθεῖν). Diez casos ejemplares y sugerentes.

a.1) Respecto de un *corredor* (δρομέα) (373 c, d, e). (Dato 1º) Hay buen (ἀγαθόν) corredor y malo (κακόν).

I) Condiciones de *bueno* y *malo*.

a.11) El bueno corre bien; el malo, mal. Lo de bueno y malo se manifiesta o llega a ser real en el acto (de correr) y en la calidad del acto (εὖ, κακῶς). No en el ser, sino en el hacer o ser en acción.

a.12) La calidad —buena o mala del acto— se manifiesta o va llegando a ser bajo forma (expresada modal o adverbialmente) de "deprisa-despacio".

Se corre bien, corriendo deprisa; mal, despacio.

II) Condición de *mejor* (ἄμεινον)-*peor*.

De dos corredores que corran bien-deprisa es *mejor* el que corra bien-deprisa haciendo eso voluntariamente (ἑκών). De dos que corren despacio, es mejor el que corre despacio voluntariamente. El que corre despacio, a pesar de querer correr deprisa, es decir: corre

despacio involuntariamente (ἄκων) es peor que el que corre despacio porque quiere correr así. Es peor y es más feo su trabajo o ejercicio. "malo-y-feo" (κακόν καὶ αἰσχρόν) es "frase" calcada sobre o el reverso de la frase "hecha" (Cl. II.3) "bello-y-bueno" (καλὸς κἀγαθός).

Luego (οὐκοῦν) el corredor bueno que voluntariamente corre despacio hace voluntariamente algo malo-y-feo; pero eso mismo de "malo-y-feo" lo hace realmente e involuntariamente el mal corredor.

Luego: en carreras, quien involuntariamente lo hace mal es peor que quien voluntariamente.

a.2) Respecto de *ejercicios corporales.*

a.21) Es mejor luchador quien voluntariamente cae que quien involuntariamente.

En lucha (πάλη) es peor-y-más feo caer que derribar.

Luego, también en la lucha, quien voluntariamente hace lo malo-y-lo feo es mejor luchador que quien lo hace involuntariamente.

a.3) Iguales premisa y conclusión respecto de todos los demás ejercicios corporales.

a.4) Iguales premisa y conclusión respecto de la apostura (εὐσχημοσύνη) de cuerpo.

a.5) Iguales premisa y conclusión respecto de la voz. Quien desafina, o canta fuera de tono o melodía (ἀπ-ᾴδουσαν), es mejor que quien involuntariamente desafina.

a.6) Respecto de *posesiones,* o bienes poseídos.

Principio: se prefiere poseer lo bueno más bien que lo malo.

Principio: respecto de los bienes de uno con los que con-vive o con-és (συν-εἶναι) —cual pies, ojos, orejas. . .: los sentidos todos, se prefiere, teniéndolos buenos (sanos), obrar con ellos mal que obrar con ellos necesariamente (involuntariamente) mal.

Luego: los sentidos que involuntariamente *trabajan* mal, no son de poseer, por *ser* malos (οὖσας, εἶναι); empero, los que trabajan mal (hacen mal sus propios actos, ἔργα) voluntariamente, son de poseer, por *ser* buenos.

a.7) Respecto de *instrumentos:* timón, arco, lira, flauta. . .

Preferible es el instrumento (ὄργανον) con que se pueda hacer algo malo —además de algo bueno— a instrumento con el que necesariamente se haga algo malo.

a.8) Respecto de *animales,* a servicio del hombre.

Igual criterio.

Aquí termina el recuento de casos ejemplares respecto de instrumentos, innatos o adjuntos al hombre. El *ser* del instrumento, aun en buen estado, no determina el uso, —en bien o en mal. En mal estado, determina un único uso: el malo, sea cual fuere la voluntad, deseo.

Siempre igual secuela. *Luego* es mejor mal voluntario que mal involuntario.

a.9) Igual tema respecto de *alma*, aun la de esclavos.

En arquería, medicina, flautística. . . servicio de esclavos.

Igual secuela: *Luego:* alma que marre —en arquería, medicina. . . servicios— involuntariamente es peor que la que voluntariamente lo haga.

El alma es peor; es peor (πονηροτέρα) el alma misma, además de su acción y obra (ἔργαι ὄργανον).

Parte tercera (375-376 b).

III. *De mejor a óptimo*

Respecto de *nuestra* alma.

"¿No queríamos hacerla, y poseerla, óptima?" (βελτίστη), pregunta Sócrates. El alma tiende a hacerse, y a poseerse, cual óptima, o en óptimo estado, mediante justicia (virtudes) que es una cierta potencia (δύναμις) o una ciencia (ἐπιστήμη), o ambas cosas a la vez, del alma.

Principio. Justicia es potencia para llegar a ser "óptimo", bueno en superlativo, insuperable ya; y para serlo seguramente, si es ciencia, —serlo con el conocimiento supremo que es el de ciencia.

Luego (οὐκοῦν) alma justa es la más potente y sabia.

Mas quedó en claro que la más potente y más sabia es precisamente la mejor y la que puede hacer ambas cosas: lo bello-y-lo feo, en toda clase de obras. (Probado en Parte II).

Luego (ἆρα) cuando hace algo feo, hácelo tal alma según potencia y arte (τέχνη) que son propiedades de Justicia.

Unas premisas más, y llega Sócrates a la conclusión final de la argumentación.

Luego (ἄρα) quien voluntariamente yerra y hace cosas feas e injustas, Hipias, si hay alguien tal, no sería sino el bueno.

"Es necesario parezca, evidentemente (φαίνεσθαι, claro como la luz, φάος), así según el razonamiento".

Ni Sócrates ni Hipias lo admiten.

ΙΠΠΙΑΣ ΕΛΑΤΤΩΝ

[ἢ περὶ τοῦ ψεύδους· ἀνατρεπτικός.]

ΕΥΔΙΚΟΣ ΣΩΚΡΑΤΗΣ ΙΠΠΙΑΣ

ΕΥΔΙΚΟΣ. Σὺ δὲ δὴ τί σιγᾷς, ὦ Σώκρατες, Ἱππίου 363
τοσαῦτα ἐπιδειξαμένου, καὶ οὐχὶ ἢ συνεπαινεῖς τι τῶν
εἰρημένων ἢ καὶ ἐλέγχεις, εἴ τί σοι μὴ καλῶς δοκεῖ εἰρη-
κέναι; ἄλλως τε ἐπειδὴ καὶ αὐτοὶ λελείμμεθα, οἳ μάλιστ᾽ ἂν
ἀντιποιησαίμεθα μετεῖναι ἡμῖν τῆς ἐν φιλοσοφίᾳ διατριβῆς.

ΣΩΚΡΑΤΗΣ. Καὶ μήν, ὦ Εὔδικε, ἔστιν γε ἃ ἡδέως ἂν
πυθοίμην Ἱππίου ὧν νυνδὴ ἔλεγεν περὶ Ὁμήρου. Καὶ γὰρ
τοῦ σοῦ πατρὸς Ἀπημάντου ἤκουον ὅτι ἡ Ἰλιὰς κάλλιον εἴη b
ποίημα τῷ Ὁμήρῳ ἢ ἡ Ὀδύσσεια, τοσούτῳ δὲ κάλλιον ὅσῳ
ἀμείνων Ἀχιλλεὺς Ὀδυσσέως εἴη· ἑκάτερον γὰρ τῶν ποιη-
μάτων τὸ μὲν εἰς Ὀδυσσέα ἔφη πεποιῆσθαι, τὸ δ᾽ εἰς
Ἀχιλλέα. Περὶ ἐκείνου οὖν ἡδέως ἄν, εἰ βουλομένῳ ἐστὶν
Ἱππίᾳ, ἀναπυθοίμην ὅπως αὐτῷ δοκεῖ περὶ τοῖν ἀνδροῖν
τούτοιν, πότερον ἀμείνω φησὶν εἶναι, ἐπειδὴ καὶ ἄλλα πολλὰ
καὶ παντοδαπὰ ἡμῖν ἐπιδέδεικται καὶ περὶ ποιητῶν τε c
ἄλλων καὶ περὶ Ὁμήρου.

ΕΥ. Ἀλλὰ δῆλον ὅτι οὐ φθονήσει Ἱππίας, ἐάν τι αὐτὸν
ἐρωτᾷς, ἀποκρίνεσθαι· ἦ γάρ, ὦ Ἱππία, ἐάν τι ἐρωτᾷ σε
Σωκράτης, ἀποκρινῇ; ἢ πῶς ποιήσεις;

363 b 2 ὅσῳ W : ὅσον TF || c 6 ἀποκρίνεσθαι TW : ἀποκρίνασθαι F.

HIPIAS MENOR

(SOBRE LA FALSEDAD-DISUASIVO)

EÚDICO, SÓCRATES, HIPIAS

363a EÚDICO. Pero, ¿por qué callas, Sócrates, después de
tamaña exhibición de Hipias, y no alabas con nosotros algo
de lo dicho, o lo refutas si no te parece haberse bellamente
dicho? Especialmente porque estamos comprometidos preci-
samente nosotros a quienes tantísimo, tal pretendemos, nos
importan las discusiones en filosofía.

SÓCRATES. Por cierto, Eúdico, cosas hay que gustosa-
b mente preguntara a Hipias de entre las que acaba de decir
sobre Homero. Pues oí decir a Apemarito tu padre que la
Ilíada de Homero era más bello poema que la *Odisea*, más
bello tanto cuanto es más excelente Aquiles que Ulises, —que
uno de estos poemas, afirmaba, se hizo en pro de Ulises;
y el otro, en pro de Aquiles. Sobre esto, pues, preguntaría
gustosamente a Hipias, si le place, su opinión acerca de ambos
varones qué afirma con eso de "más excelente", ya que, por
cierto, nos ha dado, respecto de otros puntos, una exhibición
c rica y variada sobre otros poetas y sobre Homero.

EÚDICO. No va, evidentemente, a recelarse Hipias de responder si le preguntas algo. Pues bien, Hipias: si te pregunta Sócrates algo, ¿responderás? O si no, ¿qué harás?

HIPIAS. Y, ¿pues no haría algo raro, Eúdico, si saliera
yo de mi casa en Elis para ir a Olimpia, al gran festival de
los griegos, cuando son las olimpíadas y fuera al santuario
donde me ofrezco a hablar de lo que alguien elija de entre
d lo que he preparado para la exhibición, y a responder al que
quiera preguntar algo, mas ahora huyera de responder a la
pregunta de Sócrates?

SÓCRATES. Feliz de ti, Hipias, que te pasa eso de llegar,
364a cada olimpíada, al templo tan esperanzado de alma en cuanto
a sabiduría. Y me admirara de que entre los atletas de cuerpo

ΙΠΠΙΑΣ ΕΛΑΤΤΩΝ 364 c

ΣΩ. Βαβαῖ, ὦ Ἱππία· ἆρ᾽ ἄν τί μοι χαρίσαιο τοιόνδε, μή μου καταγελᾶν, ἐὰν μόγις μανθάνω τὰ λεγόμενα καὶ πολλάκις ἀνερωτῶ; ἀλλά μοι πειρῶ πρᾴως τε καὶ εὐκόλως d ἀποκρίνεσθαι.

ΙΠ. Αἰσχρὸν γὰρ ἂν εἴη, ὦ Σώκρατες, εἰ ἄλλους μὲν αὐτὰ ταῦτα παιδεύω καὶ ἀξιῶ διὰ ταῦτα χρήματα λαμβάνειν, αὐτὸς δὲ ὑπὸ σοῦ ἐρωτώμενος μὴ συγγνώμην τ᾽ ἔχοιμι καὶ πρᾴως ἀποκρινοίμην.

ΣΩ. Πάνυ καλῶς λέγεις· ἐγὼ γάρ τοι, ἡνίκα μὲν ἄριστον τὸν Ἀχιλλέα ἔφησθα πεποιῆσθαι, ἐδόκουν σου μανθάνειν ὅ τι ἔλεγες, καὶ ἡνίκα τὸν Νέστορα σοφώτατον· ἐπειδὴ δὲ τὸν e Ὀδυσσέα εἶπες ὅτι πεποιηκὼς εἴη ὁ ποιητὴς πολυτροπώτατον, τοῦτο δ᾽, ὥς γε πρὸς σὲ τἀληθῆ εἰρῆσθαι, παντάπασιν οὐκ οἶδ᾽ ὅ τι λέγεις. Καί μοι εἰπέ, ἄν τι ἐνθένδε μᾶλλον μάθω· ὁ Ἀχιλλεὺς οὐ πολύτροπος τῷ Ὁμήρῳ πεποίηται;

ΙΠ. Ἥκιστά γε, ὦ Σώκρατες, ἀλλ᾽ ἁπλούστατος καὶ ἀληθέστατος, ἐπεὶ καὶ ἐν Λιταῖς, ἡνίκα πρὸς ἀλλήλους ποιεῖ αὐτοὺς διαλεγομένους, λέγει αὐτῷ ὁ Ἀχιλλεὺς πρὸς τὸν Ὀδυσσέα·

Διογενὲς Λαερτιάδη, πολυμήχαν᾽ Ὀδυσσεῦ, 365
χρὴ μὲν δὴ τὸν μῦθον ἀπηλεγέως ἀποειπεῖν,
ὥσπερ δὴ κρανέω τε καὶ ὡς τελέεσθαι δίω·
ἐχθρὸς γάρ μοι κεῖνος ὁμῶς Ἀΐδαο πύλῃσιν,
ὅς χ᾽ ἕτερον μὲν κεύθῃ ἐνὶ φρεσίν, ἄλλο δὲ εἴπῃ. b
Αὐτὰρ ἐγὼν ἐρέω ὡς καὶ τετελεσμένον ἔσται.

Ἐν τούτοις δηλοῖ τοῖς ἔπεσιν τὸν τρόπον ἑκατέρου τοῦ ἀνδρός, ὡς ὁ μὲν Ἀχιλλεὺς εἴη ἀληθής τε καὶ ἁπλοῦς, ὁ δὲ Ὀδυσσεὺς πολύτροπός τε καὶ ψευδής· ποιεῖ γὰρ τὸν Ἀχιλλέα εἰς τὸν Ὀδυσσέα λέγοντα ταῦτα τὰ ἔπη.

c 10 μόγις F : μόλις TW || e 7 καὶ ἀληθέστατος F : om. TW || 365 a 1 Il. IX 308 || 3 ὥσπερ TWF : ἧπερ libri homerici || τελέεσθαι δίω T : τετελέσθαι δίω F τετελεσμένον ἔσται libri homerici. Iidem addunt ὡς μή μοι τρύζητε παρήμενοι ἄλλοθεν ἄλλος.

hubiera alguno tan impertérrito y confiado en su cuerpo, al ir allá a concurrir, como afirmas tú estarlo de mente.

HIPIAS. Razonablemente, Sócrates, me pasa eso, porque, desde que comencé a competir en las olimpíadas, no me encontré jamás con ninguno superior en nada a mí.

b SÓCRATES. ¡Bello exvoto, Hipias, es esa tu fama de sabiduría tanto para la Ciudad de Elis como para tus padres! Ahora bien, ¿qué nos dices acerca de Aquiles y de Ulises?; ¿quién es el más excelente, y en qué afirmas serlo? Porque cuando estábamos dentro, y tú hiciste tu exhibición, quedé preso de lo que decías; me retuve, pues, de intervenir con preguntas porque había dentro demasiada gente y para no entorpecer, preguntándote, la exhibición; pero ahora que
c somos menos y que Eúdico me insta a que pregunte, di e instrúyenos claramente en lo que acerca de ambos varones decías. ¿Cómo los distinguías?

HIPIAS. Pues bien, Sócrates, quiero explicar más claramente lo que sobre ese y otros puntos digo. Afirmo, pues, que Homero hizo a Aquiles el varón mejor de los idos a Troya; a Néstor, el más sabio; y el más astuto, a Ulises.

SÓCRATES. ¡Rebién!, Hipias, ¿me harías el favor de no burlarte de mí, si soy tardo en aprender lo que dices y te lo repregunto muchas veces? A pesar de esto, trata de responderme mansa y benévolamente.

HIPIAS. Vergonzoso fuera, Sócrates, si enseñara eso mismo a otros y cobrara por ello, cual creo se me debe, en dinero; mas que, interrogado por ti, no fuera considerado y
d no te respondiera mansamente.

SÓCRATES. Muy bellamente dicho. Me pareció que cuando afirmaste haber hecho el poeta a Aquiles el mejor... —y cuando a Néstor el más sabio— comprender lo que decías; pero al indicar tú que el poeta había hecho, en el poema,
e a Ulises el más astuto, con eso —para decirte la verdad— no sé de todo en todo qué dices. Tal vez lo comprenda mejor si me contestas: ¿A Aquiles, no lo hizo Homero astuto?

HIPIAS. Nada menos que eso, Sócrates, sino el más sencillo y veraz, porque, en las *Preces*, cuando Homero hace que dialoguen entre sí, dice entonces Aquiles a Ulises:

ΙΠΠΙΑΣ ΕΛΑΤΤΩΝ 365 b

ΣΩ. Νῦν ἤδη, ὦ Ἱππία, κινδυνεύω μανθάνειν ὃ λέγεις· τὸν πολύτροπον ψευδῆ λέγεις, ὥς γε φαίνεται.

ΙΠ. Μάλιστα, ὦ Σώκρατες· τοιοῦτον γὰρ πεποίηκεν c τὸν Ὀδυσσέα Ὅμηρος πολλαχοῦ καὶ ἐν Ἰλιάδι καὶ ἐν Ὀδυσσείᾳ.

ΣΩ. Ἐδόκει ἄρα, ὡς ἔοικεν, Ὁμήρῳ ἕτερος μὲν εἶναι ἀνὴρ ἀληθής, ἕτερος δὲ ψευδής, ἀλλ' οὐχ ὁ αὐτός.

ΙΠ. Πῶς γὰρ οὐ μέλλει, ὦ Σώκρατες;

ΣΩ. Ἦ καὶ σοὶ δοκεῖ αὐτῷ, ὦ Ἱππία;

ΙΠ. Πάντων μάλιστα· καὶ γὰρ ἂν δεινὸν εἴη, εἰ μή.

ΣΩ. Τὸν μὲν Ὅμηρον τοίνυν ἐάσωμεν, ἐπειδὴ καὶ ἀδύνατον ἐπανερέσθαι τί ποτε νοῶν ταῦτα ἐποίησεν τὰ ἔπη· d σὺ δ' ἐπειδὴ φαίνῃ ἀναδεχόμενος τὴν αἰτίαν, καὶ σοὶ συνδοκεῖ ταῦτα ἅπερ φῄς Ὅμηρον λέγειν, ἀπόκριναι κοινῇ ὑπὲρ Ὁμήρου τε καὶ σαυτοῦ.

ΙΠ. Ἔσται ταῦτα· ἀλλ' ἐρώτα ἔμβραχυ ὅ τι βούλει.

ΣΩ. Τοὺς ψευδεῖς λέγεις οἷον ἀδυνάτους τι ποιεῖν, ὥσπερ τοὺς κάμνοντας, ἢ δυνατούς τι ποιεῖν;

ΙΠ. Δυνατοὺς ἔγωγε καὶ μάλα σφόδρα ἄλλα τε πολλὰ καὶ ἐξαπατᾶν ἀνθρώπους.

ΣΩ. Δυνατοὶ μὲν δή, ὡς ἔοικεν, εἰσὶ κατὰ τὸν σὸν λόγον e καὶ πολύτροποι· ἦ γάρ;

ΙΠ. Ναί.

ΣΩ. Πολύτροποι δ' εἰσὶ καὶ ἀπατεῶνες ὑπὸ ἠλιθιότητος καὶ ἀφροσύνης ἢ ὑπὸ πανουργίας καὶ φρονήσεώς τινος;

ΙΠ. Ὑπὸ πανουργίας πάντων μάλιστα καὶ φρονήσεως.

ΣΩ. Φρόνιμοι μὲν ἄρα εἰσίν, ὡς ἔοικεν.

ΙΠ. Ναὶ μὰ Δία, λίαν γε.

ΣΩ. Φρόνιμοι δὲ ὄντες οὐκ ἐπίστανται ὅ τι ποιοῦσιν ἢ ἐπίστανται;

ΙΠ. Καὶ μάλα σφόδρα ἐπίστανται· διὰ ταῦτα καὶ κακουργοῦσιν.

365 e 9 ὅ τι ποιοῦσιν ἢ ἐπίστανται F : om. TW.

365a *Laertíades, progenie de Júpiter; hábil en trucos, Ulises;*
preciso es que, sin reserva, te declare mi pensamiento:
tal cual lo realizaré y cómo pienso llevarlo a cabo:
Odioso me es, cual las puertas del Hades,
b *quien una cosa tiene en su mente, y otra dice.*
Pues bien: yo declararé lo que y cómo se lo llevará a cabo.

En tales palabras se manifiesta el talante de cada uno de esos varones; que Aquiles sería el veraz, sencillo; mas Ulises, el astuto y falso, porque el poeta hace que Aquiles diga tales palabras a Ulises.

SÓCRATES. Ahora, pues, Hipias, casi casi comprendo lo que dices; al astuto llamas "falso", —tal parece.

c HIPIAS. Perfectamente, Sócrates; porque tal hizo Homero a Ulises en muchos lugares de la *Ilíada* y de la *Odisea*.

SÓCRATES. Así que, al parecer, para Homero, el uno es varón veraz; el otro, falso; mas no, el mismo.

HIPIAS. Pues, ¿cómo no va a ser así, Sócrates?

SÓCRATES. ¿También así te lo parece, Hipias?

HIPIAS. De todo en todo; porque terrible sería si no fuera así.

SÓCRATES. Dejemos, pues, a Homero; ya que es impo-
d sible repreguntarle qué pensaba al hacer tales versos. Mas ya que tú pareces haber tomado esta causa en tus manos y opinas, tal afirmas, decir lo mismo que Homero, respóndeme a la vez por Homero y por ti mismo.

HIPIAS. Así será; pregunta brevemente lo que quieras.

SÓCRATES. Hablas de los falsos cual de impotentes para hacer algo —como lo son los enfermos—, ¿o cual de potentes para algo?

HIPIAS. Por mí, que cual de potentes, grandemente; y, de entre muchas cosas y varias en la de engañar a los hombres.

SÓCRATES. Son, pues, al parecer y según tus palabras, potentes y astutos.

e ¿Es así?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. ¿Pero son astutos y engañadores por estupidez e insensatez o por habilidad y una cierta inteligencia?

HIPIAS. Lo son, sobre todo, por habilidad e inteligencia.

SÓCRATES. Así que son inteligentes, al parecer.

HIPIAS. ¡Por Júpiter!, y demasiado.

SÓCRATES. Mas siendo inteligentes, no conocen, ¿o conocen lo que hacen?

HIPIAS. Y muy bien que lo conocen; por esto son pillos.

SÓCRATES. Mas, conociendo lo que conocen, ¿son ignorantes o sabios?

366a HIPIAS. Sabios, pues; y ciertamente, en eso: en engañar.

SÓCRATES. ¡Tente ya!; recordemos qué es lo que dices; ¿afirmas que los falsos son potentes, inteligentes, sabios en lo que son falsos?

HIPIAS. Pues lo afirmo.

SÓCRATES. ¿Pero son diferentes los veraces de los falsos, y contrarísimos entre sí?

HIPIAS. Eso digo.

SÓCRATES. ¡Tente ya!; como parece, según tus palabras, los falsos son algunos de la clase de los potentes y sabios.

HIPIAS. Absolutamente.

b SÓCRATES. Pero cuando dices que los falsos son potentes y sabios, ¿dices que son potentes para eso mismo: falsear, si lo quieren, o que son impotentes respecto de eso mismo, de falsear?

HIPIAS. Potentes de seguro.

SÓCRATES. Para decirlo, pues, resumidamente, los falsos son sabios y a la vez potentes en falsear.

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Quien, pues, sea impotente para falsear, o ignorante, no podría ser falso.

HIPIAS. Así es.

SÓCRATES. Mas es potente quien haga algo cuando lo
c quiera. No me refiero al impedido por enfermedad o cosas

tales, al modo que tú puedes escribir mi nombre, cuando quieras, —en este sentido lo digo. ¿Y no es a quien de este modo se haya al que tú llamas "potente"?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Pues bien: dime, Hipias, ¿no eres tú, ciertamente, experto en cuentas y cálculo?

HIPIAS. Y mucho más que ningún otro, Sócrates.

SÓCRATES. Así, pues, si alguien te preguntara qué número da tres por setecientos, ¿contestarías deprisa y mejor
d que ninguno la verdad acerca de eso?

HIPIAS. Ciertamente.

SÓCRATES. ¿Porque eres el más potente y sabio en eso?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Por ser, pues, solamente el más sabio y potente, ¿o por ser el mejor precisamente en lo que eres el más potente y sabio, a saber: en cálculo?

HIPIAS. Por ser el mejor, Sócrates.

SÓCRATES. Serías, pues, el más potente para decir lo verdadero acerca de esto. ¿Es así?

HIPIAS. Así lo creo.

e SÓCRATES. Pero, ¿y de lo falso sobre eso mismo? Como anteriormente, respóndeme generosa y espléndidamente, Hipias. Si alguien te preguntara cuántos son tres por setecientos, ¿quién mejor que tú le dijera una falsedad y dijera siempre lo mismo sobre eso, caso de querer falsear y no responder jamás la verdad? ¿O el ignorante en cuentas podría, queriéndolo, falsear mejor que tú? ¿O bien el ignorante, que-
367a riendo muchas veces decir una falsedad, diría involuntariamente la verdad, —si tal pasa, será por no saber; mas tú, por sabio, si quisieras falsear, falsearías siempre de la misma manera?

HIPIAS. Sí; así es, tal como lo dices.

SÓCRATES. Mas el falsario lo es respecto de otras cosas, ¿pero no podría falsear sobre Número y números?

HIPIAS. ¡Por Júpiter!, aun sobre Número.

SÓCRATES. Pongamos, pues, Hipias, hasta el que haya
b un hombre falsario en punto a cálculo y a número.

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Pues, ¿quién sería el tal? ¿No ha de poseer, si ha de llegar a ser falsario, como tú acabas de admitir, el poder de falsear? Porque del impotente para falsear, recuérdalo, dijiste que no llegaría, ni por azar a falsario.

HIPIAS. Me recuerdo y así se dijo.

SÓCRATES. Así que, patentemente, eres tú el más pode-
c roso para falsear en cosas de cálculos.

HIPIAS. Ciertamente.

SÓCRATES. ¿Así que el mismo es el potente para decir en falso y en verdadero en materia de cálculos? Pero ese sería el bueno en eso: ¿el calculista?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. ¿Quién, pues, resulta falsario, Hipias, en cálculos sino el bueno?, porque él es el potente; él es además el veraz.

HIPIAS. Parece.

SÓCRATES. ¿Ves, pues, cómo el mismo es falsario y
veraz en este punto, y que en nada es mejor el veraz que el
falsario?, son, pues, el mismo y no se han de contrarísima
d manera, —cual tú, hace un momento, pensabas.

HIPIAS. Parece que no, en este caso.

SÓCRATES. ¿Quieres, pues, que lo consideremos en otro?

HIPIAS. Si tú lo quieres.

SÓCRATES. ¿No eres además, experto en geometría?

HIPIAS. Yo, ciertamente, sí.

SÓCRATES: Pues, ¿qué?; ¿no pasa lo mismo en geometría?; ¿que el mismo es el más potente para falsear y decir lo verdadero sobre figuras, a saber: el geómetra?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Pues, ¿quién otro, sino ése, es el bueno en esto?

e HIPIAS. No otro.

SÓCRATES. ¿Así que el geómetra bueno y sabio es, para ambas cosas, el más potente? ¿Y que si de haber alguien falsario en figuras, tal sería el bueno?, porque él es el potente; mas el malo sería impotente para falsear, de manera que el impotente no llegaría a falsario, —así se convino.

HIPIAS. Así es.

SÓCRATES. Pues bien: consideremos un tercer caso: el
astrónomo. ¿No te tienes por mejor sabido de tal arte que
368a de las anteriores? ¿Es así, Hipias?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. ¿Así que pasa también lo mismo en astronomía?

HIPIAS. Es verosímil, Sócrates.

SÓCRATES. Así, pues, en astronomía, si alguno es falseador, será falseador el buen astrónomo, que es el potente en falsear; mas no, por cierto, el impotente en ello; pues es ignorante.

HIPIAS. Tal parece.

SÓCRATES. Luego el mismo será varón falseador en astronomía.

HIPIAS. Parece.

SÓCRATES. Pues bien, Hipias, considera, sin más, res-
b pecto de todas las demás ciencias si pasa de otra manera o
así: que, en todo caso, eres el más sabio de todos los hombres
en casi todas las artes; que, en una ocasión, te oí vanagloriarte,
recontando tú mismo en el ágora, junto a los banqueros, de
tu grande y envidiable sabiduría. Afirmabas haber llegado
en cierta ocasión a Olimpia, siendo obra tuya cuanto tenías
c encima; y, primero el anillo —por él comenzaste— que lleva-
bas era obra tuya, y lo eran raspadera y aceitera, —hechas
por ti mismo. Después, de los zapatos que tenías afirmaste
haber sido tú mismo el zapatero, y haber tejido el manto
y la túnica. Empero, lo que a todos pareció sorprendente y
muestra de grandísima sabiduría fue cuando afirmaste que
el cinturón de la túnica que llevabas era de la calidad de los
recamados en Persia, —pero tejido por ti mismo. Además:
que llegabas cargado de poemas, epopeyas, tragedias y ditiram-

d bos, y compuestos en prosa muchos y variados discursos. Y que acerca de las artes de que acabo de hablar yo, llegabas sabedor de ellas mejor que los demás, —sobre lo correcto en ritmos, armonías y letras; y, además de esto, de otras muchas cosas, que creo recordar. Y por cierto, me olvidaba de la mnemotecnia —al parecer artificio tuyo— en que te creías brillantísimo; mas creo que de muchas otras cosas me
e olvido. Pero lo que digo, mirando a tus artes —muchas, por cierto— y a las de los demás, dime si, según lo que tú y yo hemos admitido, ¿hallas una en que uno sea el veraz, y otro, el falsario, aparte uno de otro y no el mismo? En la sabiduría que quieras considera esto —o en cualquier destreza— o dale el nombre que te plazca; no lo hallarás, compañero,
369a porque no la hay, —que si la hay, dila.

HIPIAS. Así, tan de repente, Sócrates, no la hallo.

SÓCRATES. Ni la hallarás, como creo; pero si digo verdad, recuérdate, Hipias, del resultado de nuestro razonamiento.

HIPIAS. No entiendo, Sócrates, gran cosa de lo que me dices.

SÓCRATES. Pues, tal vez, no estás empleando tu artificio mnemónico, evidentemente porque no crees haga falta; pero yo te lo recordaré. Afirmaste, lo sabes, que Aquiles era
b veraz; mas que Ulises, falso y astuto.

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Ahora bien: ¿notas haber quedado en claro que el mismo está siendo falso y veraz, de manera que si Ulises fuera falso, resultaría ser veraz; y que si Aquiles fuese veraz, sería también falso, y que estos varones ni se diferenciaran entre sí ni fueran contrarios, sino semejantes?

HIPIAS. Sócrates, tales son los razonamientos que tú tejes. Y echando mano de lo más dificultoso del razonamiento, eso es lo que retienes y tratas en detallito, y no discutes sobre
c el asunto íntegro del que se razona. Ahora bien: si quieres, te demostraré con muchas pruebas, en adecuado razonamiento, que Homero hizo en sus poemas a Aquiles mejor que a Ulises, además no falso; mas al otro, doloso, gran falsario y peor que Aquiles. Pero si quieres, opón, a tu vez, razonamiento a razonamiento que aquél es mejor. Y así los presentes sabrán quién de nosotros dos razona mejor.

d SÓCRATES. Hipias, por cierto que no dudo sobre que tú seas más sabio que yo, sino que es mi eterna costumbre la de que, mientras alguien dice algo, parar en ello mientes, especialmente cuando me pareciere sabio quien habla; y, por mi anhelo de aprender lo que dice le repregunto, reconsidero y comparo los dichos, a fin de aprender. Mas si quien habla me pareciere flojo, ni le repregunto ni me cuido de lo que dice. Y esto conocerás a quiénes tengo por sabios: en que me hallarás hecho un pelmazo para con el sabio y sus dichos,
e que le repregunto a fin de, aprendiendo algo, salga aprovechado. Pues, también ahora, puse mientes, cuando hablabas, en que en los versos por ti entonces citados para mostrar que Aquiles habla a Ulises cual si fuera engañador había algo a mi parecer, desconcertante, si es que tú dices verdad: que Ulises no aparece jamás falseando —él, el astuto: mas Aquiles
370a aparece, según tus palabras, cual astuto, pues falsea; ya que, comenzando a decir esos mismos versos que tú entonces citabas:

Odioso me es, cual las puertas de Hades
Quien una cosa tiene en su mente, y otra dice;

b un poco después dice que ni lo persuadirán Ulises y Agamenón ni, en todo caso, permanecerá en Troya, sino

mañana, en ofreciendo sacrificio a Júpiter, afirma, y a
[todos los dioses,
cargaré bien las naves, las echaré a la mar;
verás, si lo quieres, y si eso te preocupa,
mis naves bogando, bien de mañana, por el piscísrico
[Helesponto;
c *y en ellas, varones ansiosos de remar.*
Y si el glorioso Terremotor da buena travesía
llegaríamos al tercer día a Ftía la fértil.

Pero aún más: cuando anteriormente a esto dice, insultando a Agamenón:

Ahora mismo me voy a Ftía, pues es mucho mejor
irnos a casa con las encorbadas naves; ni pienso
d *quedándome aquí, deshonrado, apartarte fortuna y riqueza.*

En habiendo dicho esto —sea ante el ejército entero, sea a sus propios compañeros —, por parte alguna se le ve ni

πεποίηκεν Ὅμηρος, ὥστε καὶ τοῦ Ὀδυσσέως τοσοῦτον φαίνεται φρονεῖν πλέον πρὸς τὸ ῥᾳδίως λανθάνειν αὐτὸν ἀλαζονευόμενος, ὥστε ἐναντίον αὑτοῦ αὐτὸς ἑαυτῷ ἐτόλμα ἐναντία λέγειν καὶ ἐλάνθανεν τὸν Ὀδυσσέα· οὐδὲν γοῦν φαίνεται εἰπὼν πρὸς αὐτὸν ὡς αἰσθανόμενος αὐτοῦ ψευδομένου ὁ Ὀδυσσεύς. **b**

ΙΠ. Ποῖα δὴ ταῦτα λέγεις, ὦ Σώκρατες;

ΣΩ. Οὐκ οἶσθα ὅτι λέγων ὕστερον ἢ ὡς πρὸς τὸν Ὀδυσσέα ἔφη ἅμα τῇ ἠοῖ ἀποπλευσεῖσθαι, πρὸς τὸν Αἴαντα οὐκ αὖ φησιν ἀποπλευσεῖσθαι, ἀλλὰ ἄλλα λέγει;

ΙΠ. Ποῦ δή;

ΣΩ. Ἐν οἷς λέγει·

οὐ γὰρ πρὶν πολέμοιο μεδήσομαι αἱματόεντος,
πρίν γ' υἱὸν Πριάμοιο δαΐφρονος, Ἕκτορα δῖον, **c**
Μυρμιδόνων ἐπί τε κλισίας καὶ νῆας ἱκέσθαι
κτείνοντ' Ἀργείους, κατά τε φλέξαι πυρὶ νῆας.
ἀμφὶ δέ μιν τῇ 'μῇ κλισίῃ καὶ νηῒ μελαίνῃ
Ἕκτορα καὶ μεμαῶτα μάχης σχήσεσθαι ὀΐω.

Σὺ δὴ οὖν, ὦ Ἱππία, πότερον οὕτως ἐπιλήσμονα οἴει εἶναι τὸν τῆς Θέτιδός τε καὶ ὑπὸ τοῦ σοφωτάτου Χείρωνος πεπαι- **d**
δευμένον, ὥστε ὀλίγον πρότερον λοιδοροῦντα τοὺς ἀλαζόνας τῇ ἐσχάτῃ λοιδορίᾳ αὐτὸν παραχρῆμα πρὸς μὲν τὸν Ὀδυσσέα φάναι ἀποπλευσεῖσθαι, πρὸς δὲ τὸν Αἴαντα μενεῖν, ἀλλ' οὐκ ἐπιβουλεύοντά τε καὶ ἡγούμενον ἀρχαῖον εἶναι τὸν Ὀδυσσέα καὶ αὐτοῦ αὐτῷ τούτῳ τῷ τεχνάζειν τε καὶ ψεύδεσθαι περιέσεσθαι.

ΙΠ. Οὔκουν ἔμοιγε δοκεῖ, ὦ Σώκρατες· ἀλλὰ καὶ αὐτὰ ταῦτα ὑπὸ εὐηθείας ἀναπεισθεὶς πρὸς τὸν Αἴαντα ἄλλα **e**
εἶπεν ἢ πρὸς τὸν Ὀδυσσέα· ὁ δὲ Ὀδυσσεὺς ἅ τε ἀληθῆ λέγει, ἐπιβουλεύσας ἀεὶ λέγει, καὶ ὅσα ψεύδεται ὡσαύτως.

b 3 ἢ ὡς FW : πως T || 8 *Il.* IX 650 || c 3 φλέξαι TW : σμῦξαι Homeri vulg. || 4 δέ μιν TW : δέ τοι libri homerici || e 1 εὐηθείας TW : εὐνοίας F.

prepararse ni ponerse a arrastrar las naves para partirse a casa; sino, con gran desfachatez, tiene en bien poco el decir la verdad. Pues bien, Hipias; ya desde el principio, desconcertado, te preguntaba por a cuál de ambos varones hizo el
e poeta mejor; y tenía a ambos por óptimos y por difícil de juzgar cuál fuera mejor, tanto respecto de falsedad como de verdad y de cualquier otra virtud, porque, aun en esto, ambos eran pariguales.

HIPIAS. Pues no lo consideras bellamente, Sócrates; porque cuando Aquiles falsea, no parece falsear de intento, sino involuntariamente, —forzado, por las calamidades del ejército, a permanecer y ayudar; mas Ulises, voluntariamente y de intento.

SÓCRATES. Me estás engañando, queridísimo Hipias, y estás tú mismo imitando a Ulises.

371a HIPIAS. En manera alguna, Sócrates, ¿qué es lo que dices y para qué?

SÓCRATES. Que afirmas no falsear de intento Aquiles quien era tan tramposo y conspirador, aparte de su charlatanería —tal lo hizo Homero—, que aun parece más listo que Ulises; tanto que, charlando, le haga pasar fácilmente desapercibido el atrevimiento de contradecirse ante él mismo a sí mismo, —y sin que se aperciba Ulises. Porque no parece
b dirigirse a él cual si Ulises notara que él le estaba falseando.

HIPIAS. Con esto, ¿a qué te refieres, Sócrates?

SÓCRATES. No sabes que, hablando más adelante, como si lo hiciera a Ulises, afirmó que con la aurora se daría a la mar; ¿mas a Ayax no le afirmó que partiría, sino le dijo otra cosa?

HIPIAS. ¿Dónde?

SÓCRATES. En los versos que dicen:

Que no me ocuparé del sangriento combate
c *antes de que el hijo del campeador Príamo —el divino [Héctor—*
llegue a las tiendas y naves de los mirmidones,
matando Argivos, metiendo fuego a las naves.
Pero al derredor de mi tienda y negra nave
pienso se detendrá Héctor, aun ansioso de pelea.

καὶ ἐξαπατῶντες καὶ ἁμαρτάνοντες ἑκόντες, ἀλλὰ μὴ ἄκοντες, βελτίους εἶναι ἢ οἱ ἄκοντες. Ἐνίοτε μέντοι καὶ τοὐναντίον δοκεῖ μοι τούτων καὶ πλανῶμαι περὶ ταῦτα, δῆλον ὅτι διὰ τὸ μὴ εἰδέναι· νυνὶ δὲ ἐν τῷ παρόντι μοι ὥσπερ κατη- e
βολὴ περιελήλυθεν καὶ δοκοῦσί μοι οἱ ἑκόντες ἐξαμαρτάνοντες περί τι βελτίους εἶναι τῶν ἀκόντων. Αἰτιῶμαι δὲ τοῦ νῦν παρόντος παθήματος τοὺς ἔμπροσθεν λόγους αἰτίους εἶναι, ὥστε φαίνεσθαι νῦν ἐν τῷ παρόντι τοὺς ἄκοντας τούτων ἕκαστα ποιοῦντας πονηροτέρους ἢ τοὺς ἑκόντας. Σὺ οὖν χάρισαι καὶ μὴ φθονήσῃς ἰάσασθαι τὴν ψυχήν μου· πολὺ γάρ τοι μεῖζόν με ἀγαθὸν ἐργάσῃ ἀμαθίας παύσας τὴν 373
ψυχὴν ἢ νόσου τὸ σῶμα. Μακρὸν μὲν οὖν λόγον εἰ ἐθέλεις λέγειν, προλέγω σοι ὅτι οὐκ ἄν με ἰάσαιο — οὐ γὰρ ἂν ἀκολουθήσαιμι —· ὥσπερ δὲ ἄρτι εἰ ἐθέλεις μοι ἀποκρίνεσθαι, πάνυ ὀνήσεις, οἶμαι δὲ οὐδ' αὐτὸν σὲ βλαβήσεσθαι. Δικαίως δ' ἂν καὶ σὲ παρακαλοίην, ὦ παῖ Ἀπημάντου· σὺ γάρ με ἐπῆρας Ἱππίᾳ διαλέγεσθαι· καὶ νῦν, ἐὰν μή μοι ἐθέλῃ Ἱππίας ἀποκρίνεσθαι, δέου αὐτοῦ ὑπὲρ ἐμοῦ.

ΕΥ. Ἀλλ', ὦ Σώκρατες, οἶμαι οὐδὲν δεήσεσθαι Ἱππίαν τῆς ἡμετέρας δεήσεως· οὐ γὰρ τοιαῦτα αὐτῷ ἐστι τὰ b
προειρημένα, ἀλλ' ὅτι οὐδενὸς ἂν φύγοι ἀνδρὸς ἐρώτησιν. Ἦ γάρ, ὦ Ἱππία; οὐ ταῦτα ἦν ἃ ἔλεγες;

ΙΠ. Ἔγωγε· ἀλλὰ Σωκράτης, ὦ Εὔδικε, ἀεὶ ταράττει ἐν τοῖς λόγοις καὶ ἔοικεν ὥσπερ κακουργοῦντι.

ΣΩ. Ὦ βέλτιστε Ἱππία, οὔτι ἑκών γε ταῦτα ἐγὼ ποιῶ, σοφὸς γὰρ ἂν ἦ καὶ δεινὸς κατὰ τὸν σὸν λόγον, ἀλλὰ ἄκων, ὥστε μοι συγγνώμην ἔχε· φῂς γὰρ αὖ δεῖν, ὃς ἂν κακουργῇ ἄκων, συγγνώμην ἔχειν.

ΕΥ. Καὶ μηδαμῶς γε, ὦ Ἱππία, ἄλλως ποίει, ἀλλὰ καὶ c
ἡμῶν ἕνεκα καὶ τῶν προειρημένων σοι λόγων ἀποκρίνου ἃ ἄν σε ἐρωτᾷ Σωκράτης.

373 a 8 ὑπὲρ F : περὶ TW || b 7 ἦ F : ἦν TW.

Pues bien, Hipias, ¿tienes por tan olvidadizo al hijo
d de Tetis y al educado por el sapientísimo Quirón que, insultando poco antes y redobladamente a los charlatanes, afirme inmediatamente a Ulises que va a irse; y a Ayax, que se queda; mas que no sea por intrigar y tener a Ulises por vejestorio, y ganarle en eso mismo de artilugios y falsías?

HIPIAS. Pues no me lo parece, Sócrates; sino que senci-
e llamente convencido, dijo a Ayax otra cosa que a Ulises. Mas Ulises, aun cuando dice la verdad, la dice intrigando, e igualmente cuando falsea.

SÓCRATES. Luego, tal parece, es mejor Ulises que Aquiles.

HIPIAS. Lo menos de todo, eso, Sócrates.

SÓCRATES. Pues, ¿qué?, ¿no quedó en claro ahora mismo que los voluntariamente falsos son mejores que los involuntariamente tales?

HIPIAS. ¿Hay cómo, Sócrates, los voluntariamente in-
372a justos y voluntariamente intrigantes y malhechores sean mejores que los involuntarios?, —que parece haber por esto gran indulgencia en el caso de que, sin saberlo, sean injustos, falseen o hagan cualquier otro mal. Y por cierto que las leyes son, para los que voluntariamente hagan un mal y falseen, mucho más graves que para quienes involuntariamente lo hagan.

SÓCRATES. ¿Ves, Hipias, como yo digo la verdad al
b decir que soy un pelmazo en eso de preguntar a los sabios? Y hasta pudiera ser esto en mí lo único bueno, —en lo demás estoy flojo, porque se me escapan de las manos las cosas, y no sé lo que son. Y de esto me es suficiente testimonio el que cuando me trato con alguno de vosotros, los afamados en sabiduría —y de lo cual son testigos todos los griegos— queda patente que nada sé, porque, sea dicho así,
c nada de lo que me parece a mí os lo parece a vosotros. Y por cierto, ¿qué mayor testimonio de ignorancia que el de estar en desacuerdo con varones sabios? Pero un bien tengo, y éste admirable, y que me salva: que no me avergüenzo de aprender, sino que averiguo, pregunto y quedo grandemente agradecido a quien me responde; y a nadie, jamás, defraudé de mi agradecimiento, porque, por aprender algo, no me

ΙΠ. Ἀλλ' ἀποκρινοῦμαι, σοῦ γε δεομένου· ἀλλ' ἐρώτα ὅ τι βούλει.

ΣΩ. Καὶ μὴν σφόδρα γε ἐπιθυμῶ, ὦ Ἱππία, διασκέψασθαι τὸ νυνδὴ λεγόμενον, πότεροι ποτε ἀμείνους, οἱ ἑκόντες ἢ οἱ ἄκοντες ἁμαρτάνοντες. Οἶμαι οὖν ἐπὶ τὴν σκέψιν ὀρθότατ' ἂν ὧδε ἐλθεῖν· ἀλλ' ἀπόκριναι· καλεῖς τινα δρομέα ἀγαθόν;

ΙΠ. Ἔγωγε.

ΣΩ. Καὶ κακόν; d

ΙΠ. Ναί.

ΣΩ. Οὐκοῦν ἀγαθὸς μὲν ὁ εὖ θέων, κακὸς δὲ ὁ κακῶς;

ΙΠ. Ναί.

ΣΩ. Οὐκοῦν ὁ βραδέως θέων κακῶς θεῖ, ὁ δὲ ταχέως εὖ;

ΙΠ. Ναί.

ΣΩ. Ἐν δρόμῳ μὲν ἄρα καὶ τῷ θεῖν τάχος μὲν ἀγαθόν, βραδυτὴς δὲ κακόν;

ΙΠ. Ἀλλὰ τί μέλλει;

ΣΩ. Πότερος οὖν ἀμείνων δρομεύς, ὁ ἑκὼν βραδέως θέων ἢ ὁ ἄκων;

ΙΠ. Ὁ ἑκών.

ΣΩ. Ἆρ' οὖν οὐ ποιεῖν τί ἐστι τὸ θεῖν;

ΙΠ. Ποιεῖν μὲν οὖν.

ΣΩ. Εἰ δὲ ποιεῖν, οὐ καὶ ἐργάζεσθαί τι;

ΙΠ. Ναί. e

ΣΩ. Ὁ κακῶς ἄρα θέων κακὸν καὶ αἰσχρὸν ἐν δρόμῳ τοῦτο ἐργάζεται;

ΙΠ. Κακόν· πῶς γὰρ οὔ;

ΣΩ. Κακῶς δὲ θεῖ ὁ βραδέως θέων;

ΙΠ. Ναί.

ΣΩ. Οὐκοῦν ὁ μὲν ἀγαθὸς δρομεὺς ἑκὼν τὸ κακὸν τοῦτο ἐργάζεται καὶ τὸ αἰσχρόν, ὁ δὲ κακὸς ἄκων;

ΙΠ. Ἔοικέν γε.

ΣΩ. Ἐν δρόμῳ μὲν ἄρα πονηρότερος ὁ ἄκων κακὰ ἐργαζόμενος ἢ ὁ ἑκών;

volví envidioso, haciéndome el inventor de lo aprendido.
Al revés: encomio a mi maestro, por realmente sabio, decla-
rando lo que de él aprendí. Ahora bien: respecto de lo que
d ahora dices, no concuerdo contigo, sino difiero muchísimo;
sé bien que esto depende precisamente de mí porque soy
tal como soy, —para no decir de mí algo mayor. Todo lo
contrario a lo que tú, Hipias, dices, me parece que quienes
perjudican a los hombres, son injustos, engañan y yerran
—y lo hacen voluntaria y no involuntariamente—, son mejores
que quienes involuntariamente lo hacen. Por cierto que, a
veces, me parece lo contrario a esto y ando errante, —eviden-
temente por no saber. Mas precisamente ahora me dio como
e un ataque, y me parece que quienes, de errar, yerren volunta-
riamente en algo son mejores que quienes lo hagan involun-
tariamente. Y encauso precisamente de lo que me está pasando
a los anteriores razonamientos cual causas de que está pare-
ciendo ahora precisamente que quienes hagan todo aquello
involuntariamente sean peores que quienes lo hagan volun-
tariamente. Hazme, pues, este favor y no te receles de curar
mi alma, porque me harás, curando mi alma de la ignorancia,
un bien mayor que cuando al cuerpo de una enfermedad.
373a Empero, si quieres hacer largo razonamiento, te digo de ante-
mano que no me curarás, —pues no te seguiría; mas si,
cual antes, quieres responderme, me ayudarás grandemente
a mí; y, tú, en nada te perjudicarás.

En cuanto a ti, hijo de Apemanto, con justicia te llama-
ría en mi auxilio, porque tú me excitaste a dialogar con
Hipias; y, ahora, si Hipias no quisiere responderme, suplícaselo
b tú en mi favor.

EÚDICO. Pero, Sócrates, no creo haga falta alguna se lo pidamos a Hipias, porque esto es lo que comenzó por decir: que no rehuiría responder a ningún varón. ¿Es así, Hipias? ¿No es esto lo que dijiste?

HIPIAS. Por mi palabra, que sí. Pero, Eúdico, es siempre Sócrates quien mete el desorden en los razonamientos y parece hacerlo por malevolencia.

SÓCRATES. Optimo de Hipias, no lo hago voluntariamente, que, de ser así, fuera, según tu razonamiento, sabio a la vez que terrible; sino involuntariamente; seme, pues, benévolo, ya que afirmas, por otra parte, deber ser benévolo para con quien haga el mal involuntariamente.

c EÚDICO. Así que, Hipias, no obres en ningún caso de otra manera, sino que, tanto en favor nuestro como de tus anteriores palabras responde a lo que Sócrates te pregunte.

HIPIAS. Pues responderé, ya que tú me lo pides. Pregunta, pues, lo que quieras.

SÓCRATES. Por cierto, Hipias, grandemente anhelo reconsiderar lo que estábamos ahora mismo diciendo: quiénes son mejores, ¿los que faltan voluntariamente o los que involuntariamente?, pues creo que así llegaremos a considerarlo más correctamente. Responde, pues: ¿llamas "buen corredor" a alguien?

HIPIAS. Yo, sí.

d SÓCRATES. ¿Y malo?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Según esto es bueno el que corra bien; y malo, ¿el que mal?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Luego, en carreras y corridas la velocidad es algo bueno; mas la lentitud, ¿algo malo?

HIPIAS. Y esto, ¿a qué viene?

SÓCRATES. Pues a, ¿cuál es mejor corredor el que voluntariamente corre lentamente o el que involuntariamente?

HIPIAS. El que voluntariamente.

SÓCRATES. Pues bien: ¿correr no es un cierto hacer?

HIPIAS. Pues es ciertamente un hacer.

SÓCRATES. Mas si es un hacer, ¿no hará, también, algo?

e HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Luego quien corre mal hace precisamente el correr esto: ¿algo malo y feo?

HIPIAS. Algo malo; pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. Mas quien corre lentamente, ¿corre malamente?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. ¿Así que el buen corredor hace voluntariamente ese algo malo y feo?; pero el malo, ¿involuntariamente?

HIPIAS. Tal parece.

SÓCRATES. ¿Luego, en carreras, quien involuntariamente lo hace mal es peor que quien voluntariamente?

HIPIAS. Así, en carreras.

374a SÓCRATES. Y, ¿qué en lucha? Cuál es mejor luchador, ¿quien voluntariamente cae o quien involuntariamente?

HIPIAS. El que voluntariamente, —tal parece.

SÓCRATES. Mas en la lucha, ¿qué es peor y más feo: el caer o el derribar?

HIPIAS. El caer.

SÓCRATES. ¿Luego también en la lucha, quien voluntariamente hace lo malo y lo feo es mejor luchador que quien involuntariamente lo haga?

HIPIAS. Parece.

SÓCRATES. ¿Y qué en todos los demás ejercicios del cuerpo?; ¿no está mejor en cuanto al cuerpo quien pueda hacer ambas cosas: las fuertes y las débiles, las feas y las
b bellas?, de manera que cuando, corporalmente se haga algo malo, quien está mejor de cuerpo lo hace voluntariamente: mas quien mal, ¿involuntariamente?

HIPIAS. Tal parece también haberse así respecto de la fuerza.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué, respecto de apostura, Hipias? ¿No es del cuerpo mejor el tomar, voluntariamente, las feas y malas posturas; pero del malo, involuntariamente? ¿O cómo te parece?

HIPIAS. Así.

SÓCRATES. Luego también una mala postura volun-
c taria se cuenta por virtud del cuerpo; mas la involuntaria, por defecto del cuerpo.

HIPIAS. Parece.

SÓCRATES. Pero, ¿qué dices respecto de la voz? ¿Cuál afirmas ser mejor: la que desafina voluntaria o la que involuntariamente?

HIPIAS. La que voluntariamente.

SÓCRATES. ¿Mas peor, la que involuntariamente?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿qué aceptarías poseer: lo bueno o lo malo?

HIPIAS. Lo bueno.

SÓCRATES. ¿Qué aceptarías, pues, poseer: pies que voluntariamente cojearon o que involuntariamente?

HIPIAS. Los que voluntariamente.

d SÓCRATES. Mas, ¿no es la cojera un mal y mala postura de pies?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿miopía no es un mal de los ojos?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. ¿Qué ojos, pues, querrías poseer y con cuáles conser: con los que voluntariamente fuera uno miope o bisojo; o con los que, involuntariamente?

HIPIAS. Con los que voluntariamente.

SÓCRATES. ¿Luego tienes por mejores a aquéllos de tus propios órganos que trabajan voluntariamente mal que los que involuntariamente?

HIPIAS. A aquéllos, por cierto.

SÓCRATES. Luego respecto de todos: tanto orejas como
e narices, boca y todos los sentidos vale en común el mismo juicio: los que involuntariamente trabajan mal no son de poseer, por ser malos; empero, los que voluntariamente son de poseer lo son por ser buenos.

HIPIAS. Aun a mí me lo parece.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué respecto de instrumentos?; ¿cuáles son mejores: aquellos con los que, voluntariamente, hace uno algo malo, o aquellos con que involuntariamente, —caso: aquel timón con el que involuntariamente uno gobierna mal es mejor que aquel con que voluntariamente...?

HIPIAS. Con el que voluntariamente...

SÓCRATES. ¿Y no, parecidamente, respecto de arco, lira, flauta..., y todo lo tal en general?

HIPIAS. Dices verdad.

375a SÓCRATES. Pero, ¿qué?; para propietario de brioso caballo, en caso de cabalgarlo mal, ¿qué le es mejor: hacerlo mal voluntaria o involuntariamente?

HIPIAS. Voluntariamente, por cierto.

SÓCRATES. ¿Luego es él mejor?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. ¿Así que con caballo, el de más bríos, haría él voluntariamente malas acciones con tales bríos; mas las haría involuntariamente con uno no brioso?

HIPIAS. Enteramente.

SÓCRATES. ¿Así que también, con perros y todos los demás animales?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Ahora bien: para hombre arquero, ¿qué es mejor: poseer alma que, voluntariamente, marre el blanco o la que involuntariamente?

b HIPIAS. La que voluntariamente.

SÓCRATES. Así que ésta es la mejor para la arte arquera.

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Y así, ¿alma que involuntariamente marre es peor que la que voluntariamente lo haga?

HIPIAS. En la arte arquera, ciertamente.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué en la medicina? La que voluntariamente hace mal a los cuerpos es la más medicinal?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Luego es ésta, en tal arte, mejor que la que no.

HIPIAS. Es mejor.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?; citarística, flautística —y todo
c lo que se refiera a artes y aun a las ciencias—, ¿no es mejor

la que, a voluntad, actúa mal y feamente y yerra; mas es peor la que involuntariamente?

HIPIAS. Parece.

SÓCRATES. Pero, entonces, ¿aceptaríamos poseer almas de esclavos que voluntariamente, más bien que involuntariamente, yerren y obren mal, por ser mejores aquéllas que éstas para los esclavos?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿qué respecto de nuestra alma? ¿No querríamos poseer una óptima?

HIPIAS. Sí.

d SÓCRATES. ¿Será, pues, mejor si voluntariamente obra mal y yerra, o si involuntariamente?

HIPIAS. Terrible, por cierto, fuera, Sócrates, si los que voluntariamente obren mal resultaran mejores que quienes lo hacen involuntariamente.

SÓCRATES. Pero tal parece según lo dicho.

HIPIAS. Pues a mí, no.

SÓCRATES. Pero yo creía, Hipias, parecértelo también a ti. Pero respóndeme una vez más: ¿no es la justicia una cierta potencia o ciencia o ambas cosas? O, ¿no es necesario que sea la justicia una de tales cosas?

HIPIAS. Sí.

e SÓCRATES. Si, pues, la justicia es una cierta potencia del alma, ¿el alma más potente es más justa?, porque, óptimo, nos pareció ser ella mejor.

HIPIAS. Nos lo pareció evidentemente.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué?, ¿si fuera una ciencia?, ¿el alma más sabia es la más justa?; empero, ¿más injusta, la más ignorante?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Y, ¿qué si es ambas cosas?; la que tenga ambas —ciencia y potencia—, ¿no es más justa?; empero, la ignorante, ¿más injusta? ¿No es necesario el que así sea?

HIPIAS. Parece.

SÓCRATES. Pues bien: ¿no quedó en claro que la más potente y más sabia es precisamente la mejor y la que puede mejor hacer ambas cosas: lo bello y lo feo, —en toda clase de obras?

376a HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Luego, cuando hace algo feo, hácelo voluntariamente según potencia y arte; mas éstas son, tal parece, propiedades de justicia, —tanto ambas, como una de ellas.

HIPIAS. Parece.

SÓCRATES. Además, obrar injustamente es hacer un mal; empero, no obrar injustamente es hacer algo bello.

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Según esto; ¿el alma más potente y mejor, cuando obra injustamente lo hará voluntariamente; pero la mala, involuntariamente?

HIPIAS. Parece.

b SÓCRATES. Según esto: ¿varón bueno es quien tiene alma buena; malo, quien mala?

HIPIAS. Sí.

SÓCRATES. Ciertamente, pues, es propio del varón bueno hacer voluntariamente lo injusto; mas del malo, hacerlo involuntariamente, puesto que el bueno tiene alma buena.

HIPIAS. Ciertamente que la tiene.

SÓCRATES. Luego quien voluntariamente yerra y hace cosas feas e injustas, Hipias, si hay alguien tal, no sería sino el bueno.

HIPIAS. No tengo, Sócrates, cómo concederte esto.

SÓCRATES. Pues ni yo a mí mismo, Hipias. Mas es necesario según el razonamiento, que a ti y a mí no lo esté pareciendo así. Aunque ya te dije antes que yo, en esto, erro de aquí para allá y que jamás me parece lo mismo. Y que
c yo, o un donnadie, erre así, nada tiene de sorprendente. Empero que vosotros, los sabios, erréis de aquí para allá, terrible cosa es aun para nosotros: que ni acudiendo a vosotros cesarán nuestras errancias.

NOTAS AL HIPIAS MENOR

363 d.

"Exhibición", ἐπί-δειξις. Coincide con ἀπό-δειξις en ser las dos "mostración" (δεῖξις δείκνυμι); una de ellas, la ἐπί-δειξις es mostración exhibicionista (ἐπὶ): recurso propio y habitual de los sofistas; mientras que la otra, la ἀπό-δειξις, es mostrar algo partiendo (ἀπὸ) de otra cosa superior, principio; es "de-mostración"; recurso propio, cada vez más, de sabios, filósofos, científicos. La "exhibición", cuando está bien hecha en su género tiene por éxito o resultado la alabanza (συν-ἔπαινος) de los presentes, una alabanza común (συν-); produce aplauso unánime y uní-voco. La "de-mostración", correctamente hecha, produce conclusión, razonamiento cerrado.

El diálogo es un caso ejemplar de "exhibicionismo", y se hará notar aquí sus caracteres.

365 a.

Homero, *Ilíada*, IX, 308 ss.

365 d, e.

Los adjetivos "astuto" y "habilidoso" se corresponden y refuerzan en griego. El primero, πολύ-τροπος, indica un "muchos", un "*multi*-versátil"; el segundo, πᾶν-οῦργος, indica "fac-*totum*", ilusionista, habilidoso *en todo*. Hay también conexión verbal entre πᾶν-οῦργος y κακ-οῦργος. El que hace todo y de todo es mal-hechor.

366 c.

"cuentas y cálculos", λογισμῶν καὶ λογιστικῆς. Las dos palabras son derivados de λόγος (Cf. I.1). "Logos" es palabra de tipo "acorde"; resuenan en ella, entre otras, las significaciones de cuenta, razón, discurso, relato...; y sobre todo las notas de "cuenta-y-razón". A veces suena cual dominante la significación de "razón", "razonamiento"; las demás significaciones hacen de timbre, perceptible, lo que permite pasar de "razonamiento" a "cuenta", introducir una razón matemática-geométrica o aritmética, o hacer que el razonamiento tome la forma de "discurso", de "razones en curso". Otras, resuena en "logos", cual fundamental, la nota de "cuenta", y las demás hacen de timbre. En este caso de λόγος sale λογισμός: "cuenta", de diversas

clases y complicaciones; y cuando tal conjunto de cuentas adopta forma ordenada, el "logos" se hace "cálculo", y es una arte: la logística, λογιστική. No siempre se distingue tanto en el diálogo.

366 d, e; 367 a.

Falsear de la misma manera, κατὰ ταὐτὰ ψευδῆ. Ser consecuente en falsear. Repetir la misma (ταὐτά) falsedad.

367 c, d.

"Verdad, falsedad" son contrarísimas (ἐναντιώτατα): mas el mismo (αὐτός) puede decir la verdad y la falsedad sobre lo mismo, y ser consecuente (según identidad) en decir verdad y en decir falsedad. Sócrates recalca lo de "el mismo"; el mismo es en sí mismo el mantenedor —potente, consciente y constante, si lo quiere— de tal contrariedad superlativa. Tal contrariedad suprema no pasa o afecta al mismo: no lo hace contrarísimo él mismo a sí mismo.

"Figuras", διαγράμματα, diagramas. Figuras hechas de líneas (γραμμή); figuras que se escriben, cual se escriben las letras (γράμματα). "Figura", σχῆμα, es, en rigor, lo con-tenido (σχεῖν) o encerrado por líneas. El diálogo no afina en este punto, incidental evidentemente.

370.

Homero, *Ilíada,* IX, 312; IX, 357; I, 169 ss.

"αὐτὸ ἑαυτῷ", "él a sí mismo". Nótese el prestigio de la identidad y el desprestigio de contradecirse uno mismo a sí mismo, sobre todo en presencia de otro (ἐναντίον αὐτοῦ). Identidad, norma del ser, del pensar y del decir.

371 b, c.

Homero, *Ilíada,* IX, 650.

371 d.

La palabra τέχνη es palabra de tipo "acorde" (Cl. I) en que resuena el arte del artesano, la artesanía, productora de artefactos, primariamente útiles, secundariamente bellos, y la arte del artista, creadora de cosas primariamente bellas; secundariamente útiles. El arte-La arte-bello-y-bueno, καλὸς κἀγαθός, Cl. II.3 —van unidas, o resuenan a la una. En τεχνῆμα resuenan artefacto-y-artificio; en τεχνίτης, artesano y artífice. Mas en τεχνάζειν resuena lo de "artilugio", artefacto maliciosamente usado. Así aquí.

La palabra ἐπι-βουλεύσας... indica algo hecho de intento, con mala voluntad y designio. Intriga, asechanza. Inmediatamente se verá, se leerá, la aplicación a tema más general.

371 e.

Lo de voluntariamente intrigantes (ἑκόντες ἐπι βουλέσαντες), o malhechores de intento, premeditadamente, ya no aparecerá en lo restante del diálogo.

373 ss.

Nótese el carácter de "acorde" (Cl. I) de los términos ἀγαθός, κακός. El primero resuena a bueno (moralmente), habilidoso y a sano (buena salud); el segundo, a malo, inhábil y enfermo. Solamente el contexto determina cuál de las tres notas predomina o hace de fundamental. Pero las demás quedan sonando, lo que permite pasar de una a otra. La conexión griega virtuoso-habilidoso-sano, perverso-inhábil-enfermo es acorde del mismo estilo que bello-y-bueno, malo-y-feo. Son típicamente griegas, las frases y los acordes: bueno-hábil-sano-bello; malo-inhábil-enfermo-feo.

373 d.

Entre bueno y acción buena (bueno en correr, en tocar cítara. . .) no hay conexión necesaria, sino intermediada por voluntad. (ἑκών). El bueno *es* necesariamente eso: *es* bueno; mas puede, si quiere, obrar malamente, —tocar mal, correr mal. Entre bueno y acción se interpone voluntario (ἑκών). Bueno-voluntario (buena, malamente) —acción (buena o mala). "De intento", "premeditadamente", "intrigantemente" es potenciación de "voluntario". De esta potenciación no se habla a partir de la alusión anterior a Ulises, Aquiles.

Que el bueno (que *es*) obre malamente, no es ninguna contradicción. Inclusive, reforzando lo de "bueno" por virtud (justicia), por ciencia, arte, entre el virtuosamente, científica o artística o artesanalmente bueno y la acción se interpone lo de voluntario. El sabio puede, a voluntad, errar o no errar. No así el malo; el malo obra necesariamente mal. El cojo cojea necesariamente. . . El malo, el ignorante. . . lo son involuntariamente e involuntariamente obran como tales. Proviene del "acorde" griego típico: malo-inhábil-enfermo-feo.

En virtud de la conexión de "acorde", el bueno puede, *si* quiere, obrar hábil o inhábilmente, buena o malamente, fea o bellamente. Dispone, pues, de una triple potencia de voluntario.

376 c (final).

¿Será todo lo anterior un yerro?, ¿una errancia?, —πλάνη, dice Sócrates.

ALCIBIADES I

Lugar y tiempo del (fingido) diálogo hablado: Atenas. Hacia 432 a. C.

Personas:

ALCIBÍADES. Ateniense. Noble. De 18 años.

SÓCRATES. Ateniense. Filosofante dialéctico. De unos 40 años.

Lugar y tiempo del diálogo redactado para publicación. Atenas. Por un miembro de la Academia. (¿Platón mismo; hacia 380?; ¿o en Megara, 399-396?). Ensayo.

ΑΛΚΙΒΙΑΔΗΣ

[ἢ περὶ φύσεως ἀνθρώπου· μαιευτικός.]

ΣΩΚΡΑΤΗΣ ΑΛΚΙΒΙΑΔΗΣ

ΣΩΚΡΑΤΗΣ. Ὦ παῖ Κλεινίου, οἶμαί σε θαυμάζειν ὅτι 103
πρῶτος ἐραστής σου γενόμενος, τῶν ἄλλων πεπαυμένων, μό-
νος οὐκ ἀπαλλάττομαι, καὶ ὅτι οἱ μὲν ἄλλοι δι' ὄχλου ἐγένοντό
σοι διαλεγόμενοι, ἐγὼ δὲ τοσούτων ἐτῶν οὐδὲ προσεῖπον.
Τούτου δὲ τὸ αἴτιον γέγονεν οὐκ ἀνθρώπειον, ἀλλά τι δαιμό-
νιον ἐναντίωμα, οὗ σὺ τὴν δύναμιν καὶ ὕστερον πεύσῃ· νῦν
δ' ἐπειδὴ οὐκέτι ἐναντιοῦται, οὕτω προσελήλυθα· εὔελπις δ' b
εἰμὶ καὶ τὸ λοιπὸν μὴ ἐναντιώσεσθαι αὐτό. Σχεδὸν οὖν κατα-
νενόηκα ἐν τούτῳ τῷ χρόνῳ σκοπούμενος ὡς πρὸς τοὺς
ἐραστὰς ἔσχες· πολλῶν γὰρ γενομένων καὶ μεγαλοφρόνων οὐ-
δεὶς ὃς οὐχ ὑπερβληθεὶς τῷ φρονήματι ὑπὸ σοῦ πέφευγεν.
Τὸν δὲ λόγον ᾧ ὑπερπεφρόνηκας ἐθέλω διελθεῖν· οὐδενὸς 104
φῂς ἀνθρώπων ἐνδεὴς εἶναι εἰς οὐδέν· τὰ γὰρ ὑπάρχοντά σοι
μεγάλα εἶναι ὥστε μηδενὸς δεῖσθαι, ἀπὸ τοῦ σώματος ἀρξά-
μενα, τελευτῶντα εἰς τὴν ψυχήν· οἴει γὰρ δὴ εἶναι πρῶτον
μὲν κάλλιστός τε καὶ μέγιστος· καὶ τοῦτο μὲν δὴ παντὶ δῆλον
ἰδεῖν ὅτι οὐ ψεύδῃ· ἔπειτα νεανικωτάτου γένους ἐν τῇ σεαυ-
τοῦ πόλει, οὔσῃ μεγίστῃ τῶν Ἑλληνίδων, καὶ ἐνταῦθα πρὸς
πατρός τέ σοι φίλους καὶ συγγενεῖς πλείστους εἶναι καὶ b

103 a 5 ἀνθρώπειον B : ἀνθρώπινον T.

ALCIBIADES I

(O SOBRE LA NATURALEZA DEL HOMBRE. OBSTETRICIO)

SÓCRATES, ALCIBÍADES

103a SÓCRATES. Hijo de Clinias, creo que estás sorprendido
de que habiendo sido yo el primer enamorado tuyo, sólo yo,
partidos los otros, no me haya cambiado; y de que si ellos
llegaron a fastidiarte con sus conversaciones, mas yo, en
tantos años, ni una palabra te dirigiera. Pero no fue humana
la causa de esto, sino algo así como oposición daimoníaca
de cuya fuerza más adelante te enterarás. Mas puesto que
b en este momento aún no se me opone, me acerco a ti con
la buena esperanza de que ya no se me oponga más. Pues bien:
durante ese tiempo casi llegué a comprender, observándote,
cómo te comportabas con los enamorados; porque habiendo
sido muchos y pretenciosos no hubo quien no haya huido
ante la superioridad y fuerza de tu altanería. Pero la razón
104a de tal altanería quiero explicártela; afirmas que para nada
necesitas de hombre alguno, pues tanta es tu magnificencia
que de nada necesitas, comenzando por la del cuerpo, terminan-
do por la del alma. Que, primero, te tienes por superlativo en
belleza y estatura; y esto, por cierto, está patente, a la vista
de todos, de modo que no mientes; después que eres de la
familia más en boga en tu propia Ciudad, —que es la mayor
de las de Grecia; y en ella, de parte de padre tienes amigos
b y parientes, muchos y excelentes que, si algo te conviniera,
estarían a tu servicio; pero, en esto, los de parte de madre
no son ni inferiores ni menos. Pero de todo lo dicho tienes
por mayor el estar a tu disposición el poder de Pericles, hijo
de Xantipo, a quien tu padre os dejó de tutor, a ti y a tu
hermano; de Pericles, quien no sólo puede hacer lo que
quiera en esta Ciudad, sino en toda la Grecia y aun en
c muchas y grandes naciones de bárbaros. Añadiré que eres
uno de los ricos; aunque me parece ser de lo que menos te

precias. Enorgullecido por todo lo cual llegaste a dominar a tus enamorados; y ellos, por inferiores, se dejaron dominar, —y nada de esto se te ocultó. Bien sé dónde viene el que te sorprenda en qué estoy pensando al no cambiar de amor, y qué esperanzas abrigo permaneciendo, aun después de huidos los otros.

ALCIBÍADES. Tal vez, por cierto, Sócrates, no sepas que
d por bien poco te me adelantaste, porque justamente tenía en mente, acercándome yo primero a ti, preguntarte eso mismo: "¿qué quieres, qué es y con qué esperanza me importunas con tu constante y solícita presencia?", porque, en realidad, estoy sorprendido de cuál es tu negocio, y gustosísimamente me enteraría.

SÓCRATES. Pues bien; lo oirás de mí, si, como afirmas y es verosímil, anhelas ardientemente, saber qué pienso. Así que hablaré a atento y paciente.

ALCIBÍADES. Pues así es, habla.

e SÓCRATES. Fíjate bien, pues nada de sorprendente tendría el que, así como dificultosamente comencé, así dificultosamente terminara.

ALCIBÍADES. Bueno, bueno, habla; que escucharé.

SÓCRATES. Pues hablaré. Por cierto que dificultoso es para un enamorado dirigirse a varón no vencido por enamorados. No obstante, me atreveré a expresar mi pensamiento. Si yo, Alcibíades, te hubiera visto complacido en lo que reconté y persuadido de que debías pasar en ello la vida entera,
105a desde mucho atrás hubiese cambiado de amor; así, por cierto, me lo persuado. Empero, ahora voy a acusarte de tus propios pensamientos, por lo que conocerás lo que he sacado de observarte. Porque me parece que si uno de los dioses te dijera: "Alcibíades, ¿prefieres vivir teniendo lo que tienes o morir ya si no pudieres adquirir más?", —me parece elegirías morirte. Mas ahora vives con la esperanza, ¿de qué? Te lo explicaré. Crees que si te dirigieras inmediatamente —será dentro de bien pocos días— al pueblo ateniense, crees que, con presentarte ante ellos, les demostrarás que eres digno
b de que se te honre como ni a Pericles ni a otro cualquiera de los pasados, y que, demostrado eso, llegarás a ser grandísimo potentado en la Ciudad. Mas, si aquí lo fueres, tam-

bién lo serás entre los demás griegos, y no solamente entre los griegos, sino entre cuántos bárbaros habitan en nuestro mismo continente. Y si, de nuevo, el mismo dios te dijera
c que habrás de mandar aquí en Europa, mas que no te será posible pasar al Asia ni intervenir en sus asuntos, me parece, una vez más, que, con tales condiciones, no querrías vivir, si no llenares, por decirlo así, con tu nombre y poder a la humanidad entera. Y creo que, a excepción de Ciro y a Jerjes, a nadie has tenido por digno de nombradía. Que tal esperanza abrigues, lo sé bien, —y no lo conjeturo. Pero tal vez me replicarías, aun sabiendo bien que digo la verdad:
d "¿A qué va esto, Sócrates, respecto de aquella razón tuya en que afirmabas y decías por qué no te cambiabas de mí?". Pues te lo explicaré, hijo querido de Clinias y Dinomaqué: "porque es imposible que, sin mí, lleves a cabo todos aquellos pensamientos. ¡Tan grande es el poder que creo tener sobre tus asuntos y sobre ti! Por esto precisamente creo que dios no me permitió dialogar contigo, y que yo aguardé hasta que me lo permitiera. Porque así como tú tienes esperanzas de demostrar a la Ciudad que eres, en todo, valioso para ella, y, en
e mostrándoselo, esperas que no haya nada que, sin más, no puedas, parecidamente yo también espero tener grandísimo poder ante ti, apenas haya demostrado cuán valioso te soy en todo, y que ni tutor ni parentela ni otro alguno es capaz de darte el poder que anhelas, fuera de mí y, naturalmente, de dios". Pues bien: cuando eras más joven y antes de rebosar en tales esperanzas, no permitía dios, como me parece, que dialogara contigo, a fin de que no dialogara en vano.
106a Mas ahora me soltó, porque ahora me escucharías.

ALCIBÍADES. Más desconcertante, Sócrates, me parece ahora, desde que comenzaste a hablar, que cuando me seguías en silencio, —aunque veía lo eras ya grandemente entonces. Pues bien: si tales son, o no, mis pensamientos, al parecer lo has ya determinado; y si afirmo que no lo son, de nada me será bastante para persuadírtelo. Sea, pues. Si esto es, sobre todo, lo que tengo pensado, ¿cómo es que con tu ayuda se realizará, y sin ella no se realizaría? ¿Puedes decírmelo?

b SÓCRATES. ¿Preguntas si puedo decirlo con alguno de esos largos razonamientos que estás acostumbrado a oír? No es tal mi modo. No obstante, tal creo, sería capaz de mos-

trarte el que la cosa es así con sólo que quieras hacerme un pequeño servicio.

ALCIBÍADES. Si el servicio de que hablas no es difícil, quiero.

SÓCRATES. ¿Qué tienes por difícil responder a lo que se pregunta?

ALCIBÍADES. No por difícil.

SÓCRATES. Responde, pues.

ALCIBÍADES. Pregunta.

c SÓCRATES. ¿Te pregunto, según esto, cuál si tú hubieses pensado lo que afirmo has pensado?

ALCIBÍADES. Sea así, si lo quieres, para que sepa lo que dirás.

SÓCRATES. ¡Tente!, pues: ¿piensas, cual yo afirmo, presentarte a dar consejos a los atenienses dentro de no mucho tiempo? Si, pues, estando a punto de subir a la tribuna, deteniéndote yo te preguntara: "Alcibíades, porque los atenienses han pensado en tomar consejo acerca de algo, ¿te levantas para aconsejarles? ¿No es sino porque de eso sabes
d tú mejor que ellos? ¿Qué responderías?

ALCIBÍADES. Diría, ciertamente, porque de ello sé mejor que ellos.

SÓCRATES. ¿Respecto, pues de lo que, efectivamente, sepas eres buen consejero?

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. Ahora bien: ¿solamente sabes las cosas que de otro aprendiste o tú mismo hallaste?

ALCIBÍADES. Pues, ¿y qué otras?

SÓCRATES. ¿Hay cómo hayas aprendido algo o halládolo sin querer aprender ni buscarlo tú mismo?

ALCIBÍADES. No lo hay.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?; ¿querías buscar o aprender lo que creías saber?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

e SÓCRATES. Luego, respecto de lo que ahora se da el caso de que sabes, ¿hubo un tiempo en que no creías saberlo?

ALCIBÍADES. Necesariamente.

SÓCRATES. Pues bien: qué es lo que aprendiste, yo casi casi lo sé; pero si algo se me pasa por alto, dilo. Que aprendiste, según mis recuerdos, a leer, tocar cítara y luchar, —por cierto que no quisiste aprender flauta. Esto es lo que sabes, si a ocultas de mí no has aprendido algo más, —pero creo que ni de noche ni de día has salido de dentro.

ALCIBÍADES. No he acudido a aprender sino eso.

107a SÓCRATES. Pues cuando los atenienses quieran aconsejarse de cómo escribir correctamente, ¿entonces te levantas para decirles consejos?

ALCIBÍADES. ¡Por Júpiter!, yo no.

SÓCRATES. Pero, ¿y cuándo sobre pulsar la lira?

ALCIBÍADES. En modo alguno.

SÓCRATES. Por cierto que no acostumbran en la asamblea a aconsejarse acerca de lo de palestra.

ALCIBÍADES. Ciertamente, no.

SÓCRATES. ¿Cuándo, pues, y sobre qué piden les consejes? No será sobre construcciones.

ALCIBÍADES. Realmente, no.

b SÓCRATES. Porque sobre ello un arquitecto aconsejará mejor que tú.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Ni cuando se aconsejen acerca de adivinatoria?

ALCIBÍADES. No.

SÓCRATES. Que un adivino es, en esto, mejor que tú.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Y tanto que sea pequeño o grande, como bello o feo; y aun si noble o ignoble.

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. Luego, creo que, en cualquier asunto, el consejo se toma del sabio y no del rico.

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. Que sea pobre o rico quien dé el aviso, nada importa a los atenienses cuando toman consejo acerca de la
c salud en la Ciudad, sino buscan cual consejero a un médico.

ALCIBÍADES. Es acertado parecer.

SÓCRATES. ¿Qué han, pues, de poner a consideración para que, entonces, levantándote tú a aconsejar, te levantes correctamente?

ALCIBÍADES. Cuando se trate de sus propios asuntos, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Hablas de construcciones navales: de qué clase han de construir las naves?

ALCIBÍADES. Yo, no, por cierto, Sócrates.

SÓCRATES. Porque, creo, no sabes de construcciones navales. ¿Es ésta, u otra, la causa?

d ALCIBÍADES. No, sino ésta.

SÓCRATES. Pero, ¿sobre qué asuntos de ellos hablas cuando tomen consejo?

ALCIBÍADES. Cuando, Sócrates, sea sobre guerra o sobre paz o sobre cualquier otro asunto de los de Ciudad.

SÓCRATES. ¿Hablas, pues, cuando toman consejo sobre con quiénes hay que hacer paces, con quiénes guerra y de qué manera?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Pero hay que hacerlas con los que sea mejor?

ALCIBÍADES. Sí.

e SÓCRATES. Y esto, ¿cuándo sea mejor?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Y, ¿tanto tiempo, cuanto sea mejor?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Mas si los atenienses tomaran consejo acerca de con quiénes han de luchar cuerpo a cuerpo en la palestra, y con quiénes a brazo partido y de qué manera, ¿aconsejarías tú mejor o el maestro-de-lucha?

ALCIBÍADES. El maestro-de-lucha, seguramente.

SÓCRATES. ¿Puedes, pues, decirme mirando a qué tal maestro aconsejarías respecto de con quiénes se ha de luchar, con cuales no, y cuándo y de qué manera? Estoy hablando de esto precisamente: ¿hase de luchar con quienes sea mejor?, ¿o no?

ALCIBÍADES. Sí.

108a SÓCRATES. ¿Y tanto cuanto sea mejor?

ALCIBÍADES. Tanto.

SÓCRATES. ¿Y además cuando sea mejor?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Pero, ¿el cantor no ha, a veces, de acordar lira con canto y pasos?

ALCIBÍADES. Pues ha de hacerlo.

SÓCRATES. ¿Precisamente cuando sea mejor?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Y en todo cuanto sea mejor?

ALCIBÍADES. Lo afirmo.

b SÓCRATES. Pues bien: ya que das el nombre de "mejor" a ambos casos: al acordar lira con canto y al luchar cuerpo a cuerpo, ¿a qué llamas "mejor" en tocar cítara?, al modo que en lo de luchar llamo "mejor" a lo gimnástico. Pero, ¿qué llamas a lo otro?

ΑΛΚΙΒΙΑΔΗΣ 108 a

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Καὶ τοσαῦθ' ὅσα βέλτιον;

ΑΛ. Φημί.

ΣΩ. Τί οὖν; ἐπειδὴ βέλτιον μὲν ὠνόμαζες ἐπ' ἀμφοτέροις τῷ τε κιθαρίζειν πρὸς τὴν ᾠδὴν καὶ τῷ προσπαλαίειν, τί καλεῖς τὸ ἐν τῷ κιθαρίζειν βέλτιον, ὥσπερ ἐγὼ τὸ ἐν τῷ παλαίειν καλῶ γυμναστικόν· σὺ δ' ἐκεῖνο τί καλεῖς; b

ΑΛ. Οὐκ ἐννοῶ.

ΣΩ. Ἀλλὰ πειρῶ ἐμὲ μιμεῖσθαι· ἐγὼ γάρ που ἀπεκρινάμην τὸ διὰ παντὸς ὀρθῶς ἔχον· ὀρθῶς δὲ δήπου ἔχει τὸ κατὰ τὴν τέχνην γιγνόμενον· ἢ οὔ;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Ἡ δὲ τέχνη οὐ γυμναστικὴ ἦν;

ΑΛ. Πῶς δ' οὔ;

ΣΩ. Ἐγὼ δ' εἶπον τὸ ἐν τῷ παλαίειν βέλτιον γυμναστικόν. c

ΑΛ. Εἶπες γάρ.

ΣΩ. Οὐκοῦν καλῶς;

ΑΛ. Ἔμοιγε δοκεῖ.

ΣΩ. Ἴθι δὴ καὶ σύ· — πρέποι γὰρ ἄν που καὶ σοὶ τὸ καλῶς διαλέγεσθαι — εἰπὲ πρῶτον τίς ἡ τέχνη ἧς τὸ κιθαρίζεν καὶ τὸ ᾄδειν καὶ τὸ ἐμβαίνειν ὀρθῶς; συνάπασα τίς καλεῖται; οὔπω δύνασαι εἰπεῖν;

ΑΛ. Οὐ δῆτα.

ΣΩ. Ἀλλ' ὧδε πειρῶ· τίνες αἱ θεαὶ ὧν ἡ τέχνη;

ΑΛ. Τὰς Μούσας, ὦ Σώκρατες, λέγεις;

ΣΩ. Ἔγωγε· ὅρα δή· τίνα ἀπ' αὐτῶν ἐπωνυμίαν ἡ τέχνη ἔχει; d

ΑΛ. Μουσικήν μοι δοκεῖς λέγειν.

ΣΩ. Λέγω γάρ. Τί οὖν τὸ κατὰ ταύτην ὀρθῶς γιγνόμενόν ἐστιν; ὥσπερ ἐκεῖ ἐγώ σοι τὸ κατὰ τὴν τέχνην ἔλεγον

108 d 4 κατὰ ταύτην T : κατ' αὐτὴν B.

ALCIBÍADES. No comprendo.

SÓCRATES. Trata de imitarme, porque yo respondí con "lo que se haya de manera totalmente correcta". Mas "correctamente" se ha lo que se hace según arte. ¿No es así?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero tal arte, ¿no era la gimnástica?

ALCIBÍADES. ¿Cómo no?

c SÓCRATES. Mas yo llamé "mejor" en lo de lucha a lo "gimnástico".

ALCIBÍADES. Lo llamaste, en efecto.

SÓCRATES. Pero, ¿bellamente?

ALCIBÍADES. Me lo parece.

SÓCRATES. Vamos, ahora tú también —porque aun a ti te convendría dialogar bellamente—, dime, primero, ¿cuál es la arte de la que son parte tocar cítara, cantar y danzar correctamente? En conjunto, ¿cómo se llama? ¿Aún no puedes decirlo?

ALCIBÍADES. Realmente, no.

SÓCRATES. Pero inténtalo así: ¿a qué dioses pertenece tal arte?

ALCIBÍADES. ¿Hablas, Sócrates, de las Musas?

d SÓCRATES. Yo, ciertamente. Mira: de ellas, ¿qué sobrenombre tiene tal arte?

ALCIBÍADES. Me parece hablas de la "Música".

SÓCRATES. Pues de ella hablo. ¿Qué es lo correctamente hecho según ella? Así como yo te dije que lo correctamente hecho según tal arte en el caso anterior era la gimnastia, también tú en este caso, ¿qué dices?, ¿cómo se hace?

ALCIBÍADES. "Musicalmente", me parece.

SÓCRATES. Bien dicho. Adelante; y a conducir "mejor" en guerra y en paz, a eso de "mejor", ¿qué nombre das?; al modo que antes, en un caso, dijiste que era "mejor" "lo

e más Musical"; y en el otro, que "lo más gimnástico". Intenta, pues, también aquí decir qué es "mejor".

ALCIBÍADES. Pues, en modo alguno podría.

SÓCRATES. Vergonzoso, por cierto, fuera el que si, al decir y aconsejar tú acerca de alimentos "esto es mejor que aquello, y ahora y tanto", alguien te preguntará inmediatamente, ¿"a qué llamas mejor"?, Alcibíades, no pudieras responder acerca de ello con lo que es "lo más saludable", aunque no te las des de médico; empero, acerca de lo que te las das de entendido y te levantas a hablar, como entendido, preguntado sobre ello si no tuvieras, cual parece, nada que decir,
109a ¿no te avergonzarías? ¿O no parece ser feo?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Considera, pues, y esfuérzate en decir, ¿a qué apunta eso de "mejor" en conducción de la paz y en lo de hacer la guerra a los que se les debe?

ALCIBÍADES. Pues, aun considerándolo, no puedo entenderlo.

SÓCRATES. Mas, ¿sabes qué es lo que, para hacernos la guerra, nos acusamos unos a otros de haber padecido, y por
b ello vamos a la guerra y vamos dándole un nombre?

ALCIBÍADES. Por cierto que sí; el de "engañados" o el de "violentados" o el de "despojados".

SÓCRATES. ¡Tente!; ¿"cómo" padecemos todo eso? Intenta decir en qué se diferencia el "como así" o el "como asá".

ALCIBÍADES. Te refieres, Sócrates, con eso de "cómo" a "justamente" o a "injustamente".

SÓCRATES. A eso mismo.

ALCIBÍADES. Pero, por cierto, que tal diferencia lo es de todo en todo.

SÓCRATES. Pues bien: ¿contra quiénes aconsejarías a los atenienses hicieran la guerra: contra quienes los tratan injusta o contra los que justicieramente?

c ALCIBÍADES. Dura cosa es lo que preguntas: porque aun en el caso de que uno pensara tener que hacer la guerra contra los que se la hacen justicieramente, no lo admitiera, por cierto.

SÓCRATES. Porque, al parecer, no fuera ello legal.

ALCIBÍADES. No, por cierto, ni parece ser bello.

SÓCRATES. Luego, mirando a esto: "a lo justo", harás aun tú los discursos.

ALCIBÍADES. Necesariamente.

SÓCRATES. Pues bien: lo que ahora te estaba preguntando: eso de "mejor" respecto de hacer o no la guerra, con quiénes hay o no que hacerla, y cuándo sí o no, ¿es lo que, en un caso, sea "más justo"?, ¿o no?

ALCIBÍADES. Evidentemente.

d SÓCRATES. ¿Cómo, pues, querido Alcibíades? ¿Se te pasó por alto el que no sabes precisamente eso, o se me pasó a mí el que lo estabas aprendiendo al acudir a un maestro que te enseñaba a discernir entre lo más justo y lo más injusto? Y, ¿quién es él? Dímelo, para que, aun a mí, me presentes a él cual discípulo.

ALCIBÍADES. Bromeas, Sócrates.

SÓCRATES. No, ¡por el dios de la Amistad!, tuyo y mío,
e por el que, jamás, juraría en vano. Pero si tal maestro tienes, dime quién es.

ALCIBÍADES. Pero, ¿y qué si no lo tengo? ¿Que no crees haya, para mí, otra manera de saber lo concerniente a justo e injusto?

SÓCRATES. Sí; la de que lo encontraras.

ALCIBÍADES. Pero, ¿es que no crees lo encuentre?

SÓCRATES. Seguro que sí, si lo buscaras.

ALCIBÍADES. Pues, ¿qué no crees lo busque?

SÓCRATES. Yo sí, si creyeras que no sabes.

ALCIBÍADES. Pues, ¿no hubo un tiempo en que tuve tal creencia?

SÓCRATES. Bellamente dicho. ¿Puedes decirme cuál fue
110a ese tiempo en que creías no saber lo justo y lo injusto? ¡Bueno!; ¿lo buscabas el año pasado, y no creías saberlo aún?

¿O creías...? Y responde la verdad para que nuestro diálogo no resulte vano.

ALCIBÍADES. Creía saberlo.

SÓCRATES. Hace tres, cuatro o cinco años, ¿no era así?

ALCIBÍADES. Por mi palabra que sí.

SÓCRATES. Pero antes de eso eras un niño, ¿es así?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pues sé muy bien que, entonces, creías saberlo.

ALCIBÍADES. ¿Cómo es que lo sabes bien?

b SÓCRATES. Frecuentemente, cuando eras niño, allá en la escuela y en otras partes, al jugar a las tabas o a otro de los juegos infantiles, no te oí estar tú desconcertado sobre lo justo e injusto, sino hablar bien fuerte y valientemente a cualquiera de los niños que, en algún caso, fuera malo o injusto procediera. ¿O no digo verdad?

ALCIBÍADES. Pero, Sócrates, ¿qué iba a hacer si alguien me perjudicaba?

SÓCRATES. Mas si, por caso, ignorabas si te perjudicaba o no, ¿hablarías de lo que "ibas a hacer"?

c ALCIBÍADES. ¡Por Júpiter!, no lo ignoraba, sino claramente conocía que se me perjudicaba.

SÓCRATES. Luego, ya de niño, creías, parece, saber de lo justo e injusto.

ALCIBÍADES. Por cierto que sí; yo mismo lo sabía.

SÓCRATES. Habiéndolo hallado, ¿cuándo?; porque, de seguro, no precisamente cuando creías saberlo.

ALCIBÍADES. No, seguramente.

SÓCRATES. Pues, ¿cuándo has creído ignorarlo? Míralo bien, porque no hallarás tal tiempo.

d ALCIBÍADES. ¡Por Júpiter!, Sócrates, pues no tengo qué decir.

SÓCRATES. Así que no lo sabes por haberlo hallado.

ALCIBÍADES. Para mí está evidente que no.

SÓCRATES. Pero acabas de afirmar no saberlo tampoco por haberlo aprendido. Si, pues, ni lo hallaste ni lo aprendiste, ¿cómo y de dónde lo sabes?

ALCIBÍADES. Pues tal vez no te respondí correctamente al afirmar que lo sabía por haberlo yo mismo hallado.

SÓCRATES. Pero, ¿cómo fue?

ALCIBÍADES. Lo aprendí, creo, yo como los demás.

SÓCRATES. Una vez más revertimos al mismo razonamiento: ¿de quién? Dilo, y dímelo a mí.

e ALCIBÍADES. De la mayoría.

SÓCRATES. Por cierto que no te refugias en maestros serios, al remitirte a la mayoría.

ALCIBÍADES. Pero, ¿qué?; ¿que ella no es capaz de enseñar?

SÓCRATES. Pues no lo es ni en juegos de chaquete ni en los otros, aunque tengo a tales cosas por más insignificantes que las de justicia. Pero, ¿qué?, ¿que no lo crees así?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Así que incapaces de enseñar lo más insignificante, ¿lo serían, no obstante, de lo serio?

ALCIBÍADES. Pues así lo creo, porque son capaces de enseñar muchas cosas más serias que las de jugar al chaquete.

SÓCRATES. ¿Cuáles son ellas?

111a ALCIBÍADES. Cual hablar griego, que también esto lo aprendí de ellos; y no sabría decir quién fue mi maestro, sino que me remito a quienes tú afirmas ser maestros no serios.

SÓCRATES. Es que, generoso, la mayoría es buen maestro en esto, y justicieramente se la alabaría por tal enseñanza.

ALCIBÍADES. ¿Por qué?, precisamente.

SÓCRATES. Porque en tal cosa tienen lo que han de tener los buenos maestros.

ALCIBÍADES. ¿A qué precisamente te refieres?

SÓCRATES. ¿No sabes que quienes van a enseñar algo, sea lo que fuere, han de saberlo, primero, ellos? ¿No es así?

b ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. ¿Y que los sabios en algo han de concordar entre sí y no diferir en eso?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Mas en lo que difieren, ¿dirás que lo saben?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. Pues, ¿cómo podrían ser maestros?

ALCIBÍADES. En modo alguno.

SÓCRATES. Pues, ¿qué?; ¿te parece que la mayoría difiere en eso de qué es piedra o madera?; y que a cualquiera que preguntes, ¿no coincidirán en ello, y que irán a lo mismo
c cuando quieran coger piedra o madera?, y parecidamente respecto de cosas tales. Pienso, pues, entender que a esto llamas "saber griego". ¿No es así?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Así que respecto de esto, tal decimos, concuerdan entre sí y cada uno consigo en privado, y en público las Ciudades entre sí no discrepan, afirmando unas unas cosas y otras otra.

ALCIBÍADES. Pues, no.

d SÓCRATES. Es, pues, natural que en esto sean buenos maestros.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Si, pues, quisiéramos hacer que alguien llegara a saber eso, ¿correctamente lo enviaríamos a aprender lo de esos: los de la mayoría?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué si quisiéramos llegar a saber no solamente quiénes son hombres y quiénes caballos, sino además cuáles de ellos son corredores y cuáles no?, —¿aun esto serían capaces de enseñarlo?

ALCIBÍADES. No, seguramente.

SÓCRATES. Pero, ¿no es suficiente prueba de que ni
e saben ni son, en esto, aptos maestros el que no lleguen a concordar entre ellos en eso?

ALCIBÍADES. Para mí lo es.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué si quisiéramos saber no solamente quiénes son hombres sino cuáles están sanos o enfermos?, ¿nos sería maestro capaz la mayoría?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. Pero, ¿no te sería prueba de que es mala maestra en esto el que los vieras diferir en eso?

ALCIBÍADES. Para mí, sí.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué ahora respecto de estotro?: Acerca de hombres y acciones, justos e injustos, ¿te parece
112a que la mayoría concuerda cada uno de ella consigo mismo y entre sí ellos?

ALCIBÍADES. Eso es lo que menos, ¡por Júpiter!, Sócrates.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?; sobre eso, ¿no difieren máximamente?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Pues, no creo que hayas alguna vez visto u oído que los hombres difieran acerca de lo sano o malsano tanto tanto que por ello se peleen y entrematen.

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. Empero, por lo justo e injusto, yo sé que, si no los has visto, has oído eso referido seguramente por

ΑΛΚΙΒΙΑΔΗΣ 112 b

ΑΛ. Πάντως δήπου, ὦ Σώκρατες.

ΣΩ. Οὐκοῦν ταῦτα ποιήματά ἐστι περὶ διαφορᾶς δικαίων τε καὶ ἀδίκων;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Καὶ αἱ μάχαι γε καὶ οἱ θάνατοι διὰ ταύτην τὴν διαφορὰν τοῖς τε Ἀχαιοῖς καὶ τοῖς ἄλλοις Τρωσὶν ἐγένοντο, καὶ τοῖς μνηστῆρσι τοῖς τῆς Πηνελόπης καὶ τῷ Ὀδυσσεῖ. c

ΑΛ. Ἀληθῆ λέγεις.

ΣΩ. Οἶμαι δέ, καὶ τοῖς ἐν Τανάγρᾳ Ἀθηναίων τε καὶ Λακεδαιμονίων καὶ Βοιωτῶν ἀποθανοῦσι καὶ τοῖς ὕστερον ἐν Κορωνείᾳ, ἐν οἷς καὶ ὁ σὸς πατὴρ Κλεινίας ἐτελεύτησεν, οὐδὲ περὶ ἑνὸς ἄλλου ἡ διαφορὰ ἢ περὶ τοῦ δικαίου καὶ ἀδίκου τοὺς θανάτους καὶ τὰς μάχας πεποίηκεν· ἢ γάρ;

ΑΛ. Ἀληθῆ λέγεις.

ΣΩ. Τούτους οὖν φῶμεν ἐπίστασθαι περὶ ὧν οὕτως d σφόδρα διαφέρονται ὥστε ἀμφισβητοῦντες ἀλλήλοις τὰ ἔσχατα σφᾶς αὐτοὺς ἐργάζονται;

ΑΛ. Οὐ φαίνεταί γε.

ΣΩ. Οὐκοῦν εἰς τοὺς τοιούτους διδασκάλους ἀναφέρεις οὓς ὁμολογεῖς αὐτὸς μὴ εἰδέναι;

ΑΛ. Ἔοικα.

ΣΩ. Πῶς οὖν εἰκός σε εἰδέναι τὰ δίκαια καὶ τὰ ἄδικα, περὶ ὧν οὕτω πλανᾷ καὶ οὔτε μαθὼν φαίνῃ παρ' οὐδενὸς οὔτ' αὐτὸς ἐξευρών;

ΑΛ. Ἐκ μὲν ὧν σὺ λέγεις οὐκ εἰκός.

ΣΩ. Ὁρᾷς αὖ τοῦθ' ὡς οὐ καλῶς εἶπες, ὦ Ἀλκιβιάδη; e

ΑΛ. Τὸ ποῖον;

ΣΩ. Ὅτι ἐμὲ φῄς ταῦτα λέγειν.

ΑΛ. Τί δέ; οὐ σὺ λέγεις ὡς ἐγὼ οὐδὲν ἐπίσταμαι περὶ τῶν δικαίων καὶ ἀδίκων;

ΣΩ. Οὐ μέντοι.

ΑΛ. Ἀλλ' ἐγώ;

c 6 διαφορά... πεποίηκεν B : τὴν διαφορὰν... πεποιηκέναι T || e 4 οὐδὲν ἐπίσταμαι Ven. 184 : συνεπίσταμαι BT.

b muchos otros y aun por Homero, pues lo has oído en la *Odisea* e *Ilíada*.

ALCIBÍADES. Sobre todo, Sócrates, por cierto.

SÓCRATES. Pues tales poemas, ¿versan sobre la diferencia entre justo e injusto?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Y las batallas y muertes para griegos y para los otros: los troyanos, ¿no provinieron de esa diferencia, al
c igual que entre los pretendientes de Penélope y Ulises?

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Pero creo que, respecto de atenienses, espartanos y beocios muertos en Tanagra y de los posteriormente en Coronea, entre los cuales pereció también tu padre Clinias, ¿fue esa diferencia sobre lo justo e injusto la que causó tales muertes y batallas? ¿Es así?

ALCIBÍADES. Dices verdad.

d SÓCRATES. ¿Afirmaremos, pues, que saben eso sobre lo que tan grandemente difieren que, en la discusión, llegan unos para con otros a los últimos extremos?

ALCIBÍADES. Parece que no, por cierto.

SÓCRATES. ¿No remites, pues, a maestros tales que, confiesas tú mismo, no saben?

ALCIBÍADES. Pareciéralo.

SÓCRATES. ¿Cómo, pues, va a parecer que sabes lo justo e injusto errando tanto en ello y quedando en claro que no lo aprendiste de alguien ni lo hallaste tú mismo?

ALCIBÍADES. Por lo que tú dices, no lo parece.

e SÓCRATES. ¿Ves, pues, Alcibíades, que en esto no hablaste bellamente?

ALCIBÍADES. ¿En qué?

SÓCRATES. En que afirmas que soy yo quien lo dice.

ALCIBÍADES. Pero, ¿no eres tú quien dice ser yo quien nada sabe sobre lo justo e injusto?

ΑΛΚΙΒΙΑΔΗΣ 112 e

ΣΩ. Ναί.

ΑΛ. Πῶς δή;

ΣΩ. Ὧδε εἴσῃ· ἐάν σε ἔρωμαι τὸ ἓν καὶ τὰ δύο πότερα πλείω ἐστίν, φήσεις ὅτι τὰ δύο;

ΑΛ. Ἔγωγε.

ΣΩ. Πόσῳ;

ΑΛ. Ἑνί.

ΣΩ. Πότερος οὖν ἡμῶν ὁ λέγων ὅτι τὰ δύο τοῦ ἑνὸς ἑνὶ πλείω;

ΑΛ. Ἐγώ.

ΣΩ. Οὐκοῦν ἐγὼ μὲν ἠρώτων, σὺ δ' ἀπεκρίνου;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Περὶ δὴ τούτων μῶν ἐγὼ φαίνομαι λέγων ὁ ἐρωτῶν, 113
ἢ σὺ ὁ ἀποκρινόμενος;

ΑΛ. Ἐγώ.

ΣΩ. Τί δ' ἂν ἐγὼ μὲν ἔρωμαι ποῖα γράμματα Σωκράτους, σὺ δ' εἴπῃς, πότερος ὁ λέγων;

ΑΛ. Ἐγώ.

ΣΩ. Ἴθι δή, ἑνὶ λόγῳ εἰπέ· ὅταν ἐρώτησίς τε καὶ ἀπόκρισις γίγνηται, πότερος ὁ λέγων, ὁ ἐρωτῶν ἢ ὁ ἀποκρινόμενος;

ΑΛ. Ὁ ἀποκρινόμενος, ἔμοιγε δοκεῖ, ὦ Σώκρατες.

ΣΩ. Οὐκοῦν ἄρτι διὰ παντὸς τοῦ λόγου ἐγὼ μὲν ἦ ὁ b
ἐρωτῶν;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Σὺ δ' ὁ ἀποκρινόμενος;

ΑΛ. Πάνυ γε.

ΣΩ. Τί οὖν; τὰ λεχθέντα πότερος ἡμῶν εἴρηκεν;

ΑΛ. Φαίνομαι μέν, ὦ Σώκρατες, ἐκ τῶν ὡμολογημένων ἐγώ.

ΣΩ. Οὐκοῦν ἐλέχθη περὶ δικαίων καὶ ἀδίκων ὅτι Ἀλκι-

113 a 4 ἔρωμαι ποῖα Olympiodorus: ἐρῶ καὶ ποῖα BT || b 1 τοῦ λόγου B: om. T.

SÓCRATES. No, por cierto.

ALCIBÍADES. Mas, ¿soy yo?

SÓCRATES. Sí.

ALCIBÍADES. ¿Cómo así?

SÓCRATES. Sabrás cómo: si te pregunto cuál es mayor: el uno o el dos, ¿afirmarás que el dos?

ALCIBÍADES. Yo, sí.

SÓCRATES. ¿En cuánto?

ALCIBÍADES. En una unidad.

SÓCRATES. Pues bien: ¿quién de nosotros está diciendo que el dos es mayor que el uno en una unidad?

ALCIBÍADES. Yo.

SÓCRATES. Pues bien: yo preguntaba; pero, ¿tú respondías?

ALCIBÍADES. Sí.

113a SÓCRATES. ¿En esto, pues, yo, el preguntante, soy quien aparece hablando; o tú, el respondiente?

ALCIBÍADES. Yo.

SÓCRATES. Pero, ¿qué si yo pregunto cuáles son las letras de "Sócrates"?, y tú las dices, ¿quién está hablando?

ALCIBÍADES. Yo.

SÓCRATES. ¡Tente ya!, y di en una palabra: cuando hay pregunta y respuesta, quién habla: ¿el preguntante o el respondiente?

ALCIBÍADES. El respondiente, me lo parece, Sócrates.

SÓCRATES. Pues bien: ¿hasta ahora mismo no era yo,
b durante el razonamiento entero, el preguntante?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Mas tú, el respondiente?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Pues bien: ¿quién de nosotros dijo lo dicho?

ALCIBÍADES. Parece, ciertamente, Sócrates, que, según lo admitido, yo.

βιάδης ὁ καλὸς ὁ Κλεινίου οὐκ ἐπίσταιτο, οἴοιτο δέ, καὶ μέλλοι εἰς ἐκκλησίαν ἐλθὼν συμβουλεύσειν Ἀθηναίοις περὶ ὧν οὐδὲν οἶδεν ; οὐ ταῦτ' ἦν ;

ΑΛ. Φαίνεται. c

ΣΩ. Τὸ τοῦ Εὐριπίδου ἄρα συμβαίνει, ὦ Ἀλκιβιάδη· σοῦ τάδε κινδυνεύεις, ἀλλ' οὐκ ἐμοῦ ἀκηκοέναι, οὐδ' ἐγώ εἰμι ὁ ταῦτα λέγων, ἀλλὰ σύ, ἐμὲ δὲ αἰτιᾷ μάτην· καὶ μέντοι καὶ εὖ λέγεις· μανικὸν γὰρ ἐν νῷ ἔχεις ἐπιχείρημα ἐπιχειρεῖν, ὦ βέλτιστε, διδάσκειν ἃ οὐκ οἶσθα, ἀμελήσας μανθάνειν.

ΑΛ. Οἶμαι μέν, ὦ Σώκρατες, ὀλιγάκις Ἀθηναίους βουλεύεσθαι καὶ τοὺς ἄλλους Ἕλληνας πότερα δικαιότερα ἢ ἀδικώτερα· τὰ μὲν γὰρ τοιαῦτα ἡγοῦνται δῆλα εἶναι· ἐάσαντες οὖν περὶ αὐτῶν σκοποῦσιν ὁπότερα συνοίσει πράξασιν. Οὐ γὰρ ταὐτά, οἶμαι, ἐστὶν τά τε δίκαια καὶ τὰ συμφέροντα, ἀλλὰ πολλοῖς δὴ ἐλυσιτέλησεν ἀδικήσασι μεγάλα ἀδικήματα, καὶ ἑτέροις γε, οἶμαι, δίκαια ἐργασαμένοις οὐ συνήνεγκεν. d

ΣΩ. Τί οὖν; εἰ ὅτι μάλιστα ἕτερα μὲν τὰ δίκαια τυγχάνει ὄντα, ἕτερα δὲ τὰ συμφέροντα, οὔ τί που αὖ σὺ οἴει ταῦτ' εἰδέναι ἃ συμφέρει τοῖς ἀνθρώποις καὶ δι' ὅ τι ; e

ΑΛ. Τί γὰρ κωλύει, ὦ Σώκρατες ; εἰ μή μ' αὖ ἐρήσῃ παρ' ὅτου ἔμαθον ἢ ὅπως αὐτὸς ηὗρον.

ΣΩ. Οἷον τοῦτο ποιεῖς· εἴ τι μὴ ὀρθῶς λέγεις, τυγχάνει δὲ δυνατὸν ὂν ἀποδεῖξαι δι' οὗπερ καὶ τὸ πρότερον λόγου, οἴει δὴ καινὰ ἄττα δεῖν ἀκούειν ἀποδείξεις τε ἑτέρας, ὡς τῶν προτέρων οἷον σκευαρίων κατατετριμμένων, καὶ οὐκέτ' ἂν σὺ αὐτὰ ἀμπίσχοιο, εἰ μή τίς σοι τεκμήριον καθαρὸν καὶ ἄχραντον οἴσει ; ἐγὼ δὲ χαίρειν ἐάσας τὰς σὰς προδρομὰς 114 τοῦ λόγου οὐδὲν ἧττον ἐρήσομαι πόθεν μαθὼν αὖ τὰ συμφέροντ' ἐπίστασαι καὶ ὅστις ἐστὶν ὁ διδάσκαλος καὶ πάντ' ἐκεῖνα τὰ πρότερον ἐρωτῶ μιᾷ ἐρωτήσει... Ἀλλὰ γὰρ δῆλον ὡς εἰς ταὐτὸν ἥξεις καὶ οὐχ ἕξεις ἀποδεῖξαι οὔθ' ὡς ἐξευρὼν οἶσθα τὰ συμφέροντα οὔθ' ὡς μαθών. Ἐπειδὴ δὲ τρυφᾷς καὶ

113 c 2 Eurip. *Hipp.* 352 || 4 ἐμὲ δὲ αἰτιᾷ T : με διαιτιᾷ B.

SÓCRATES. Pues bien: acerca de lo justo e injusto; no se dijo que Alcibíades el bello, hijo de Clinias, no era sabio, mas creía serlo, y que se aprestaba a ir a la Asamblea para aconsejar a los atenienses acerca de lo que nada sabía. ¿No fue así?

c ALCIBÍADES. Tal parece.

SÓCRATES. Nos pasa, pues, Alcibíades, lo de Eurípides: "de ti, pero no de mí" estás en peligro de haberlo oído; ni soy yo quien tal dice, sino tú; pero, en vano, me encausas por ello. Y por cierto que lo dices bien; porque loca empresa, óptimo, es la que en tu mente emprendes: la de enseñar lo que no sabes, tras descuidar el aprender.

d ALCIBÍADES. Por cierto, Sócrates, creo que pocas veces los atenienses y los demás griegos se aconsejan acerca de lo más justo e injusto, porque, seguramente, lo tienen por cosa evidente. Dejándolo, pues, de lado pónense a mirar cuál de los dos resultaría más beneficioso. Porque, creo, no son lo mismo lo justo y lo conveniente. Al revés: a muchos les aprovechó haber sido injustos en grande; mas, a otros, creo, el haber obrado justamente no les benefició.

e SÓCRATES. Pues, ¿qué?; si son grandemente diversos lo justo, por una parte y, por otra, lo beneficioso, ¿no crees saber de alguna manera qué es para los hombres lo beneficioso y por qué lo es?

ALCIBÍADES. Pues, ¿qué inconveniente hay?, Sócrates; a no ser que me preguntes de quién lo aprendí o cómo yo mismo lo hallé.

SÓCRATES. Haces algo así como esto: si dices algo no correcto y sucede demostrártelo por un razonamiento, el mismo que el anterior, cres haber de oír algo nuevo y otras demostraciones, cual si lo anterior fuera vestimenta raída y ya no de llevarla tú; es de que se te traiga pruebas limpias, no
114a usadas. Pero yo, dejando pasar tus iniciales escapadas del razonamiento, te preguntaré, no menos, de dónde has aprendido, a tu vez, a saber lo beneficioso, y quién es el maestro, y que pregunte todo lo demás en una sola pregunta. Pero, evidentemente, llegarás a lo mismo y no podrás demostrar que ni por haberlo hallado sabes qué es lo beneficioso ni por haberlo aprendido. Empero ya que, por melindroso, no gus-

ΑΛ. Ναί. b

ΣΩ. Ἆρα λέγεις τὰ τοιάδε, οἷον πολλοὶ ἐν πολέμῳ βοηθήσαντες ἑταίρῳ ἢ οἰκείῳ τραύματα ἔλαβον καὶ ἀπέθανον, οἱ δ' οὐ βοηθήσαντες, δέον, ὑγιεῖς ἀπῆλθον ;

ΑΛ. Πάνυ μὲν οὖν.

ΣΩ. Οὐκοῦν τὴν τοιαύτην βοήθειαν καλὴν μὲν λέγεις κατὰ τὴν ἐπιχείρησιν τοῦ σῶσαι οὓς ἔδει· τοῦτο δ' ἐστὶν ἀνδρεία· ἢ οὔ ;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Κακὴν δέ γε κατὰ τοὺς θανάτους τε καὶ τὰ ἕλκη· ἦ γάρ ;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Ἆρ' οὖν οὐκ ἄλλο μὲν ἡ ἀνδρεία, ἄλλο δὲ ὁ θάνατος ; c

ΑΛ. Πάνυ γε.

ΣΩ. Οὐκ ἄρα κατὰ ταὐτόν γ' ἐστὶ καλὸν καὶ κακὸν τὸ τοῖς φίλοις βοηθεῖν ;

ΑΛ. Οὐ φαίνεται.

ΣΩ. Ὅρα τοίνυν εἰ, ᾗ γε καλόν, καὶ ἀγαθόν, ὥσπερ καὶ ἐνταῦθα· κατὰ τὴν ἀνδρείαν γὰρ ὡμολόγεις καλὸν εἶναι τὴν βοήθειαν· τοῦτ' οὖν αὐτὸ σκόπει, τὴν ἀνδρείαν, ἀγαθὸν ἢ κακόν ; ὧδε δὲ σκόπει· σὺ πότερ' ἂν δέξαιό σοι εἶναι, ἀγαθὰ ἢ κακά;

ΑΛ. Ἀγαθά.

ΣΩ. Οὐκοῦν τὰ μέγιστα μάλιστα. d

<ΑΛ. Ναί.>

ΣΩ. Καὶ ἥκιστα τῶν τοιούτων δέξαι' ἂν στέρεσθαι ;

ΑΛ. Πῶς γὰρ οὔ ;

ΣΩ. Πῶς οὖν λέγεις περὶ ἀνδρείας; ἐπὶ πόσῳ ἂν αὐτοῦ δέξαιο στέρεσθαι ;

b 3 ἑταίρῳ T : ἑτέρῳ B || 10 τὰ B : om. T || c 1 οὖν T : omis. B || 4 κατὰ ταὐτόν T : κατ' αὐτόν B || 10 σὺ πότερ' ἂν T : ποτέραν B || d 2 ΑΛ. Ναί add. Dobrée.

tarías ya con placer del mismo razonamiento, dejaré correr eso de que sabes o no lo beneficioso para los atenienses. Mas,
b lo justo y lo beneficioso, ¿son la misma cosa o diversa? ¿Por qué no lo demuestras, si realmente lo quieres, preguntándome tú a mí como yo a ti?; pero, si no, procede a razonar tú a tu manera.

ALCIBÍADES. Mas, Sócrates, no sé si sería capaz de proceder así ante ti.

SÓCRATES. Mas, bueno de ti, tenme por la asamblea y el pueblo, porque allí habrás de convencer a cada uno. ¿Es así?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Porque, sobre lo que se sabe, ¿es factible
c convencer a cada uno aparte y a muchos conjuntamente, a la manera como el gramático convence, acerca de letras, tanto a uno como a muchos?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Y ese tal será el sabedor: ¿el aritmético?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Luego tú también; ¿de lo que eres capaz de convencer a muchos, de eso mismo, también a uno?

ALCIBÍADES. Verosímil, por cierto.

SÓCRATES. Esto es así, evidentemente por que lo sabes.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿En qué está, pues, la diferencia entre quien habla ante el pueblo y el que en conversación como esta, sino
d solamente en que uno convence de lo mismo a muchos juntos; pero el otro, a uno por uno?

ALCIBÍADES. Bien pudiera ser.

SÓCRATES. Ahora bien: ya que parece ser cosa del mismo el convencer a muchos y aun a uno, aplícalo a mi caso e intenta demostrarme que lo justo no es, a veces, beneficioso.

ALCIBÍADES. Exagerado eres, Sócrates.

SÓCRATES. Pues ahora, exagerado, voy a convencerte de lo contrario a lo que tú no quieres convencerme.

ALCIBÍADES. Dilo ya.

SÓCRATES. Tan sólo, responde a las preguntas.

e ALCIBÍADES. No; sino dilo tú mismo.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?, ¿que no quieres convencerte cuanto más mejor?

ALCIBÍADES. De todo en todo, por cierto.

SÓCRATES. ¿Quedarías, pues, totalmente convencido, si dijeras "esto es así"?

ALCIBÍADES. Me lo parece.

SÓCRATES. Responde, pues. Y si no te oyes a ti mismo decir que "lo justo es beneficioso", no creas a otro que te lo diga.

ALCIBÍADES. No, por cierto; mas responderé, pues creo que en nada me perjudicará.

115a SÓCRATES. Pues, adivino eres. Y dime: ¿afirmas que entre las cosas justas hay unas beneficiosas, otras, no?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿y qué de ellas; unas son bellas, otras no?

ALCIBÍADES. ¿En qué sentido lo preguntas?

SÓCRATES. En el de si has visto alguna vez quien te pareció hacer cosas feas, mas justas.

ALCIBÍADES. Yo, no, por cierto.

SÓCRATES. ¿Así que todas las cosas juntas son también bellas?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿qué, en cuanto a las bellas: todas ellas son buenas, o unas sí, otras, no?

ALCIBÍADES. Por cierto, Sócrates, yo creo que algunas de las bellas son malas.

SÓCRATES. ¿Y también algunas feas son buenas?

b ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Estás hablando de casos como éstos: muchos, por socorrer en una batalla a un compañero o familiar, recibieron heridas y murieron, mientras que algunos por no socorrerlos, debiéndolo hacer, salieron sanos y salvos.

ALCIBÍADES. Pues sí.

SÓCRATES. Así que llamas "bello" a tal socorro por emprender salvar a quienes se debía. Pero esto es valentía. ¿O no?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero "feo", por lo de muertes y heridas. ¿Es así?

ALCIBÍADES. Sí.

c SÓCRATES. ¿Mas una cosa es la valentía y otra, la muerte?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. ¿Luego socorrer a los amigos no es, según el mismo aspecto, bello y malo?

ALCIBÍADES. No lo parece.

SÓCRATES. Mira, pues, si en cuanto bello es también bueno, —como en el caso presente: admites que tal socorro, en cuanto valiente, es bello. Mira, pues, si precisamente la valentía misma es buena o mala. Míralo desde este aspecto: ¿qué preferirías tener: lo bueno o lo malo?

ALCIBÍADES. Lo bueno.

d SÓCRATES. Así que, máximamente, el mayor bien.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Y mínimamente aceptarías el estar privado de él?

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. ¿Cómo, pues, hablarías respecto de valentía?; ¿por cuánto aceptarías estar privado de ella?

ALCIBÍADES. Ni vivir aceptaría yo, por cobarde.

SÓCRATES. Luego la cobardía te parece ser el colmo del mal.

ALCIBÍADES. A mí, ciertamente sí.

SÓCRATES. A la par de morir, tal parece.

ALCIBÍADES. Lo afirmo.

SÓCRATES. Pues bien: ¿a muerte y cobardía no son los más contrario vida y valentía?

ALCIBÍADES. Sí.

e SÓCRATES. ¿Así que a esas las preferirías sobre todo; y a aquéllas menos que nada?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Porque a éstas tienes por óptimas; a aquéllas, por pésimas?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Luego tienes a la valentía por una de las mejores cosas; y a la muerte, por una de las peores.

ALCIBÍADES. Yo, por cierto, sí.

SÓCRATES. Así que al socorrer en batalla a los amigos, en cuanto que es, ciertamente, bello por ser práctica de ese bien que es la valentía, ¿lo llamaste "bello"?

ALCIBÍADES. Me parece que sí, evidentemente.

SÓCRATES. Mas por ser práctica de ese mal que es la muerte, ¿"malo"?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Según esto, pues, ¿hay que atribuir lo de "justo" a cada una de las acciones; si produce un mal ha
116a de llamársela "mala"; si un bien, "buena"?

ALCIBÍADES. Me lo parece.

SÓCRATES. ¿En cuanto buena, pues, es bella; pero en cuanto mala, fea?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Luego al decir que socorrer en la batalla a los amigos es ciertamente bella acción, pero mala, no dices nada distinto de si le atribuyeras ser ciertamente buena, pero mala.

ALCIBÍADES. Me parece, Sócrates, que dices verdad.

SÓCRATES. Luego nada de lo bello, en cuanto bello, es malo; ni nada de lo feo, en cuanto feo, es bueno.

b ALCIBÍADES. Es evidente que no.

SÓCRATES. Míralo además de esta manera: quien hace una bella acción, ¿no hace también una buena acción?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero los que obran bien, ¿no son bienaventurados?

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. ¿Son, pues, bienaventurados por poseer el bien?

ALCIBÍADES. Sobre todo.

SÓCRATES. ¿Pero lo adquieren por obrar bien y bellamente?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Luego obrar bien es bueno?

ALCIBÍADES. Pero, ¿cómo no?

SÓCRATES. ¿Una buena acción, no es, pues, algo bello?

ALCIBÍADES. Sí.

c SÓCRATES. Luego, una vez más, quedó patente el que bello y bueno son lo mismo.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. Luego si encontramos que algo es bello, encontraremos, por este mismo razonamiento, que es bueno.

ALCIBÍADES. Necesariamente.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?: el bien, ¿es o no provechoso?

ALCIBÍADES. Es provechoso.

SÓCRATES. ¿Recuerdas, pues, cómo fue lo que admitimos acerca de lo justo?

ALCIBÍADES. Creo fue que quienes obran bien, necesariamente obran bellamente.

SÓCRATES. Pues, ¿y qué quienes obran bellamente obran bien?

ALCIBÍADES. Sí.

d SÓCRATES. ¿Y que lo bueno es provechoso?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Luego, Alcibíades, lo justo es provechoso.

ALCIBÍADES. Parece.

SÓCRATES. ¿Pues qué?, ¿no eres tú quien dice esto, mas yo quien pregunta?

ALCIBÍADES. Evidentemente, parece que soy yo.

SÓCRATES. Si, pues, se levantara alguien para aconsejar a atenienses o a peparetios, creyéndose conocedor de lo justo e injusto, mas afirmara que, a veces, lo justo resulta mal, ¿qué otra cosa harías sino burlarte de él, ya que se da el caso
e de que tú mismo estás diciendo que son lo mismo lo justo y lo provechoso?

ALCIBÍADES. ¡Por los dioses!, Sócrates, yo mismo no sé lo que digo; paréceme estoy sencillamente, desconcertado, porque, mientras me preguntas, me parece a veces una cosa y otras otra.

SÓCRATES. ¿Ignoras, querido, qué es precisamente lo que está pasando?

ALCIBÍADES. Enteramente.

SÓCRATES. ¿Crees, pues, que si alguien te preguntara si tienes dos o tres ojos, dos o cuatro manos, o algo a esto parecido, responderías unas veces una cosa, otras otra diversa, o siempre lo mismo?

117a ALCIBÍADES. Estoy ya temiendo por mí mismo, —creo, realmente, que lo mismo.

SÓCRATES. ¿Es así, porque lo sabes?; ¿tal es la causa?

ALCIBÍADES. Yo, sí lo creo.

SÓCRATES. Luego respecto de lo que, involuntariamente, respondes cosas contrarias es evidente que no las sabes.

ALCIBÍADES. Muy verosímil.

SÓCRATES. Pues bien: acerca de lo justo e injusto, de lo bello y feo, de lo bueno y malo, de lo provechoso o no, ¿afirmas andar errátil en tus respuestas? Mas no es claro que, por no saber acerca de ello, ¿por eso precisamente erras?

b ALCIBÍADES. Yo, sí, por cierto.

SÓCRATES. ¿Es así como pasa?: que si uno no sabe algo, acerca de ello, ¿va necesariamente errátil el alma?

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. Pues bien: ¿sabes de qué manera se sube al cielo?

ALCIBÍADES. ¡Por Júpiter!, yo, no.

SÓCRATES. ¿También sobre esto anda errátil tu opinión?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. ¿Pero sabes la causa, o te la diré?

ALCIBÍADES. Dila.

SÓCRATES. Porque, querido, no sabiéndolo no te crees saberla.

c ALCIBÍADES. ¿En qué sentido lo dices?

SÓCRATES. Veámoslo, de consuno, tú y yo. ¿Acerca de lo que no sabes, mas conoces que no lo sabes, andas acerca de ello errante? Cual respecto de preparación de alimentos, ¿sabes ciertamente que no sabes?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Tienes, pues, tú mismo una opinión acerca de cómo se han de preparar, y andas errante; ¿o te encomiendas a un entendido?

ALCIBÍADES. Así es.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?, embarcado ya, opinarías sobre si hay que dirigir el timón hacia adentro o hacia afuera, y,
d por no saberlo, andarías errante, ¿o encomendándote al piloto te quedarías tranquilo?

ALCIBÍADES. Lo dejaría al piloto.

SÓCRATES. Luego no andas errante acerca de lo que no sabes, si es que sabes que no sabes.

ALCIBÍADES. Paréceme que no.

SÓCRATES. ¿Caes, pues, en cuenta de que en la conducta los desaciertos proceden de esa ignorancia precisamente: la de creerse saber lo que no se sabe?

ALCIBÍADES. De nuevo: ¿en qué sentido lo dices?

SÓCRATES. ¿Nos ponemos a hacer algo, precisamente cuando creemos saber lo que hacemos?

ALCIBÍADES. Sí.

e SÓCRATES. Mas cuando alguien no cree saber, ¿se encomienda a otros?

ALCIBÍADES. Pero, ¿cómo no?

SÓCRATES. Así pues: ¿tales ignorantes viven sin cometer desaciertos por encomendarse en tales casos a otros?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Quiénes, pues, desaciertan?, porque no han a ser los sabedores.

ALCIBÍADES. No, seguramente.

SÓCRATES. Mas, puesto que no lo son ni los sabedores ni de los ignorantes los que saben que no saben, ¿qué otros
118a quedan sino los que no sabiendo se creen saber?

ALCIBÍADES. No, sin éstos.

SÓCRATES. ¿Luego esta ignorancia es la causa de los males, y es la más reprensible de las insipiencias?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Así que, cuando verse sobre lo más importante, será entonces la más maléfica y vergonzosa?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Pues bien: ¿puedes indicar algo más importante que lo justo, bello, bueno y provechoso?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. ¿Afirmas, pues, que sobre esto andas errante?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Si, pues, andas errante, no resulta claro por lo anterior que no solamente ignoras lo más importante,
b sino también que, sin saberlo, te crees saberlo?

ALCIBÍADES. Corro ese peligro.

SÓCRATES. ¡Ay de ti!, Alcibíades, ¡qué grave padecimiento el tuyo!, me resisto a nombrarlo; no obstante, ya que estamos solos, lo diré: estás cohabitando, óptimo, con la más extrema de las insipiencias, —que el razonamiento te acusa de ello y tú a ti mismo. Y por esto te precipitas sobre la política, antes de estar educado. Pero no solamente a ti te ha pasado esto, sino aun a la mayoría de quienes la hacen en
c esta Ciudad, a excepción de unos pocos, y tal vez, de Pericles tu tutor.

ALCIBÍADES. Por cierto, Sócrates, que se dice no haber llegado de por sí solo a sabio, sino por haber convivido con muchos sabios, —Pitóclides y Anaxágoras. Y aun ahora, a su edad, trátase aquí con Damón para eso.

SÓCRATES. Pues, ¿qué?: ¿has visto ya a un sabio, cualquiera que sea, impotente para hacer sabio a otro en lo que él lo es?; al modo que quien te enseñó a leer, era sabio él mismo e hizo serlo tú y, de los demás, a quien quiso. ¿Es así?

ALCIBÍADES. Sí.

d SÓCRATES. ¿Así que, instruido por él, tú también serías capaz de hacer tal a otro?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Y parecidamente el citarista y el maestro de gimnástica.

ALCIBÍADES. Enteramente.

SÓCRATES. Por tanto: la más bella prueba, ciertamente, de que quienes saben algo saben es ésta: haberse mostrado capaces de hacer sabio a otro.

ALCIBÍADES. Me lo parece.

SÓCRATES. Pues, ¿qué?: ¿puedes decirme a quién hizo sabio Pericles, —comenzando por sus hijos?

e ALCIBÍADES. Pero, Sócrates, ¡si ambos hijos de Pericles resultaron unos imbéciles!

SÓCRATES. Pero, ¿a Clinias tu hermano?

ALCIBÍADES. Mas, ¿te refieres a Clinias, el loco?

SÓCRATES. Puesto que Clinias está loco, mas ambos hijos de Pericles resultaron imbéciles, ¿a qué causa atribuiremos el que te pase desapercibido tu estado actual?

ALCIBÍADES. Creo que yo soy el encausable, por no hacerle caso.

119a SÓCRATES. Pero de entre los demás atenienses o extranjeros, dime uno, esclavo o libre, que haya llegado a hacerse más sabio por causa del trato con Pericles, —cual yo te puedo decir que, por el de Zenón, Pitodoro, hijo de Isoloco y Calías, habiendo pagado cada uno cien minas a Zenón, llegaron a ser sabios afamados.

ALCIBÍADES. ¡Por Júpiter!, pero yo no puedo.

SÓCRATES. Sea: ¿qué piensas, pues, acerca de ti mismo? ¿Quedarte en tu actual estado o preocuparte solícitamente de algo?

b ALCIBÍADES. Sea por común consejo, Sócrates. Aunque pienso como tú en lo que dices y lo admito, porque quienes están llevando los asuntos de la Ciudad me parecen a excepción de pocos, unos ineducados.

SÓCRATES. ¿A qué va esto?

ALCIBÍADES. A que si estuvieran educados, quien emprendiera enfrentárseles podría, instruido y ejercitado, acometerlos como a atletas. Mas, ahora, van a la política cual

aficionados; ¿qué falta hacer ejercitarse y darse el trabajo
c de aprender?, que yo bien sé que, con solo mi natural, les daré mil vueltas.

SÓCRATES. ¡Ah!, querido, ¡lo que has dicho!; ¡qué indigno de tu buen ver y demás calidades!

ALCIBÍADES. Sobre todo, ¿qué y para qué dices esto, Sócrates?

SÓCRATES. Lo siento mucho por ti y por mi amor.

ALCIBÍADES. ¿Cómo?

SÓCRATES. Si juzgaras que tu combate es contra los hombres de aquí.

ALCIBÍADES. Pero, ¿contra quiénes justamente?

d SÓCRATES. ¿Es digno que pregunte esto varón que se crea ser grande de alma?

ALCIBÍADES. ¿Cómo dices?; ¿que no es contra los tales mi combate?

SÓCRATES. Si pensaras gobernar trirreme en trance de batalla naval, ¿te bastaría con ser, en lo del gobernalle, mejor que tu tripulación?; o creyendo que esto ha de tenerse, ¿no mirarías a los verdaderamente adversarios tuyos, y no como ahora a tus conmilitones? A éstos, por cierto, has de superarlos tanto tanto que no se los tenga por adversarios, sino
e por rebajarlos a conmilitones tuyos contra los enemigos, si es que, realmente, piensas mostrarte, por una bella acción, digno de ti y de la Ciudad.

ALCIBÍADES. En efecto, tal es mi pensamiento.

SÓCRATES. ¿Tendrás por enteramente digno de ti el ser superior a los soldados, sin mirar a los jefes de los enemigos de modo que, estudiándolos y ejercitándote en mirarlos, llegues a superarlos?

120a ALCIBÍADES. ¿De quiénes estás hablando, Sócrates?

SÓCRATES. ¿No sabes que nuestra Ciudad está de continuo en guerra con los espartanos y el Gran Rey?

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Según esto, si tienes en mente ser jefe de esta Ciudad, ¿juzgarías correctamente que tu lucha va a ser contra los reyes de Esparta y el de Persia?

ALCIBÍADES. Casi cierto, dices verdad, Sócrates.

b SÓCRATES. Pues querido, no has de poner tu mirada en Midias el cría-perdices y en otros tales que se meten a hacer política, teniendo, como dirán las mujeres: "pelo de esclavos en el alma" por no haber aún depuesto su incultura; además de que llegaron, hablando su lengua de bárbaros, más bien para adular que para mandar a la Ciudad. Si en éstos, como digo, pones tu mirada, habrás de descuidarte de ti mismo y no aprenderás lo que ha de aprender quien se apreste a combatir tal y tanto combate, ni te ejercitarás en
c cuanto hace falta ejercitarse y, preparado así en tal preparación, abordar los asuntos de la Ciudad.

ALCIBÍADES. Me parece, ciertamente, Sócrates, que dices verdad; pero no es menos cierto que los jefes de Esparta y el Rey de los Persas en nada se diferencian de los demás.

SÓCRATES. Pero, óptimo, ¡qué opinión la tuya! —reconsidéralo.

ALCIBÍADES. ¿En qué punto?

SÓCRATES. Primero, ¿crees que te cuidarás mejor de
d ti mismo si los temes y tienes por terribles? ¿O no?

ALCIBÍADES. Evidentemente, si los creyera terribles.

SÓCRATES. ¿Pues crees que te perjudicará en algo el cuidarte solícitamente de ti mismo?

ALCIBÍADES. En modo alguno, más bien me ayudaría grandemente.

SÓCRATES. Esto, pues, tiene de malo aquella tu opinión sobre ellos.

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Segundo: Es falsa. Considera lo más verosímil.

ALCIBÍADES. ¿Cómo?

SÓCRATES. ¿No es más verosímil el que las mejores
e naturalezas se hallen en los de mejor raza? ¿O no?

ALCIBÍADES. Es evidente que en los de mejor raza.

SÓCRATES. ¿Y que los bien nacidos, si además son bien criados, lleguen a ser por ello perfectos en virtud?

ALCIBÍADES. Necesariamente.

SÓCRATES. Consideremos, pues, contraponiendo lo nuestro con lo de ellos, primero, si los reyes de Esparta y Persia nos parecen ser de raza inferior; ¿o no sabemos que aquéllos descienden de Hércules; mas estotros, de Aquemenes; y que la ascendencia de Hércules y de Aquemenes se remonta a Perseo, hijo de Júpiter?

121a ALCIBÍADES. Pues la nuestra, Sócrates, se remonta hasta Eurisaces; y la de Eurisaces, a Júpiter.

SÓCRATES. Pues la nuestra, noble Alcibíades, a Dédalo; la de Dédalo, a Vulcano, hijo de Júpiter. Empero las de aquéllos, comenzando por ellos, son reyes de reyes hasta Júpiter. Mas de éstos, unos son reyes de Argos y Esparta; otros, y desde siempre, lo son de Persia, y muchas veces hasta del Asia, —cual ahora. Pero nosotros somos unos particulares, nosotros y nuestros padres. Mas si hubieras de hacer osten-
b tación, ante Artajerjes, hijo de Jerjes, de tus antepasados, de Salamina, patria de Eurisaces, y de Egina, patria de Ayax, su predecesor; ¿piensas con qué risotada lo pagarías? Ve, pues, que, en alteza de genealogía y demás crianza, no seamos inferiores a tales varones. ¿O no sabes cuán grandes son las disposiciones en favor de los reyes de Esparta cuyas mujeres son oficialmente vigiladas por los éforos, para que, en lo posible, conste el que no nazca rey de otro linaje, sino del de los Heráclitas? En cuanto al Rey de los persas, es tal
c y tanta su alteza que nadie tiene ni aun la sospecha de que rey nazca de otro sino de él; por esto la mujer del rey está guardada no por nada, sino por el miedo. Cuando nace el hijo mayor, a quien pertenece el reino, festéjanlo, primero, todos los súbditos del reino; después, siempre más, en tal día toda el Asia festeja el natalicio del rey, y por él sacrifica. Empero,
d «cuando nosotros nacemos, apenas si los vecinos», como dice el poeta cómico, «se aperciben de ello», Alcibíades.

Después de eso, allá crían al hijo no una nodriza cual-
quiera, sino de los eunucos los que parecieren mejores a la
corte del rey. A ellos se les ordena entre otras cosas cuidarse
solícitamente del nacido e ingeniarse para que llegue a ser lo
más bello, moldeando y enderezando los miembros del niño.
Y, si lo consiguen, son tenidos en gran honor. Al llegar estos
e niños a los siete años, dánseles caballos y toman lecciones de
los maestros en equitación y comienzan a ir de caza. Al de
catorce años entréganlos a los que ellos dan el nombre de
"pedagogos reales"; son seleccionados de entre los persas de
edad tenidos por los mejores, cuatro: uno, el más sabio; otro,
el más justo; otro, el más sensato; otro, el más valiente. De
los cuales el primero enseña la magia, la de Zoroastro, hijo
122a de Oromasdo, que no es otra cosa sino el culto divino; enseña
además la arte del reinar; el más justo, enseña a decir verdad
toda la vida; el más sensato, a no dejarse mandar ni por uno
solo de los placeres, a fin de que se acostumbre a ser libre
y realmente rey, mandando primero sobre sí; y no, obede-
ciéndose; el más valiente, lo prepara a ser intrépido e impá-
vido, que cuando se teme se es esclavo. Empero a ti, Alcibíades,
b Pericles te impuso de pedagogo a uno de los sirvientes, el
más inútil por viejo, a Zópiro de Tracia. Te describiría además
otras cosas referentes a la crianza y educación de tus adver-
sarios, si no fuera gran trabajo y, a la vez no fuese lo anterior
suficiente para declarar lo demás que de ello se sigue. Mas,
Alcibíades, de tu nacimiento, crianza y educación o de los de
cualquier otro ateniense, nada, por decirlo así, le importa a
nadie, fuera de algún casual enamorado tuyo. Si, por una parte,
c quisieras dar una mirada a riquezas, lujo, vestimenta, ropas
de cola, ungüentos perfumados, grandes séquitos de sirvientes
y demás refinamientos de los Persas, te avergonzarías ante ti
mismo al notar cuánto de ello te falta. Empero, si, por otra
parte, quisieras dar una mirada a la templanza, decoro, soltura,
buen humor, grandeza de alma, disciplina, valentía, aguante,
amor al trabajo, a la competencia y honores de los espartanos,
d te tendrías a ti mismo por niño frente a tales varones. Si, a
tu vez, atiendes a la riqueza y, según ella, te tienes por algo,
no lo pasemos en silencio, para que así notes tu posición.
Porque si quieres mirar las riquezas de los espartanos, cono-
cerás cuán mucho menores son las de aquí. Cuánto sea el
terreno que poseen o en su tierra propia o en Mesenia, nadie
de los de aquí dudaría de que es mayor en extensión, ferti-

lidad, posesión de esclavos, en especial de los hilotas, de
e caballos y de cuantas clases de ganado pasen por Mesenia.
Mas dejo correr todo esto; no hay en toda la Grecia tanto
oro y plata cuanto los particulares tienen en Esparta, porque
desde hace ya muchas generaciones afluye allí de toda la
Grecia, y muchas veces, además, de los bárbaros; mas de allí
jamás sale. Sencillamente, pasa lo que a la zorra, según el mito
de Esopo, dijo al león: que de las huellas del dinero que
entra en Esparta las que van hacia ella están, ciertamente,
123a visibles; mas las de salida, por ninguna parte nadie las vería.
De modo que es preciso reconocer que aun en oro y plata
son los de allá muchísimo más ricos que los griegos; y de entre
ellos mismos, lo es el rey, porque las más frecuentes y mayores
tajadas de oro y plata son para los reyes, aparte de no ser
pequeño el tributo real que los espartanos pagan a los reyes.
b Cierto que, respecto de las de los griegos, grandes son las
riquezas de los espartanos; mas respecto de las de Persia y
las de sus reyes, son nada. Que aun yo mismo oí, en cierta
ocasión, a un varón digno de fe, de esos que han llegado
hasta el Rey, haber atravesado una región fértil y grande
como de un día de camino, a la que los habitantes llamaban
"cinturón" de la mujer del Rey; y que había además otra
a la que se llamaba "velo"; y otros muchos lugares, bellos-y-
c buenos, seleccionados según el ajuar de la mujer, recibiendo
cada uno de tales lugares el nombre de cada uno de los ador-
nos. De manera que si alguien dijera, tal creo, la madre del
Rey, mujer de Jerjes: a Amestris: "Con tu hijo tiene en
mientes enfrentarse el hijo de Dinomaqué, el ajuar de la
cual vale unas cincuenta minas, a lo más; mas su hijo posee
en Erquia menos de treinta pletros de tierra", se admiraría
ella de qué es lo que tiene tan confiadamente en su mente
d ese Alcibíades para luchar con Artajerjes; y creo diría ella
que, para tal empresa, no puede confiar él en cosa alguna
fuera de aplicación y sabiduría, porque solamente eso tiene
reconocido valor ante los griegos. Mas si se enterara de que
el tal Alcibíades la emprende, primero, con unos veinte años
mal cumplidos; después, carente de toda educación; pero,
además, de esto, que cuando su enamorado le dice que es
preciso aprender, aplicarse y ejercitarse antes de ir a luchar
e con el Rey, no lo quiere hacer, sino afirma que le basta con
lo que es, creo que se admiraría y diría: "Pues, ¿en qué
confía el muchachito?". Si dijéramos que en la hermosura,

prestancia, nacimiento, riqueza y dotes del alma, nos tendría,
Alcibíades, por locos dando una mirada a eso y comparándolo
con lo suyo. Creo también que Lampido, hija de Leotiquidas,
mujer de Agis —todos éstos, reyes por nacimiento— se admi-
124a raría, dando una mirada a sus recursos, si, tan mal educado,
tienes en mente luchar con su hijo. Más aún: ¿no te parece
vergonzoso el que las mujeres de los enemigos juzgen, acerca
de lo que habríamos de ser para emprendérnoslas con ellos,
mejor que nosotros acerca de nosotros mismos?

Pero, bendito, créeme a mí y a la inscripción délfica:
b "conócete a ti mismo"; que éstos son los adversarios, y no
los que tú crees; sobre ellos, por ninguna otra cosa podremos
sino por aprendizaje y arte, lo que si no alcanzares, no alcan-
zarás nombradía ni ante griegos ni ante bárbaros, —lo que
me parece amas como ningún otro lo suyo.

ALCIBÍADES. Pues, ¿a qué, efectivamente, hay que aplicarse, Sócrates? ¿Puedes explicármelo?, porque tus palabras me parecen más que las de ningún otro asemejarse a la verdad.

c SÓCRATES. Sí. Pero resolvamos en común acerca de la
manera de llegar a la perfección; porque eso de que "hay
que aplicarse" lo digo no cual si fuera para ti, pero no para
mí, que entre tú y yo no hay sino una diferencia.

ALCIBÍADES. ¿Cuál?

SÓCRATES. Que mi tutor es mejor y más sabio que Pericles, el tuyo.

ALCIBÍADES. ¿Cuál es, Sócrates?

SÓCRATES. Dios, Alcibíades; el que precisamente no me permitía hasta el día de hoy dialogar contigo. Confiado, pues, en él digo que por ningún otro se te hará luz sino por mí.

d ALCIBÍADES. Bromeas, Sócrates.

SÓCRATES. Tal vez; pero digo verdad en eso de que necesitamos de aplicación mayor todos los hombres, pero muchísimo más nosotros dos.

ALCIBÍADES. En cuanto a mí, no yerras.

SÓCRATES. Ni tampoco, en cuanto a mí.

ALCIBÍADES. Pues bien: ¿qué haríamos?

SÓCRATES. Nada de rehusarse y aflojar, compañero.

ALCIBÍADES. No fuera, por cierto, conveniente, Sócrates.

SÓCRATES. Pues no; considerémoslo en común. Y dime:
e ¿afirmaremos nuestra voluntad de ser cuanto mejores mejor? ¿Pues sí?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿En qué virtud?

ALCIBÍADES. Evidentemente en aquella por la que los varones son buenos.

SÓCRATES. Buenos, ¿en qué?

ALCIBÍADES. Evidentemente, buenos en hacer sus quehaceres.

SÓCRATES. ¿Cuáles?: ¿la equitación?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. ¿Porque acudiríamos a los maestros en equitación?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿te refieres a cosas de naves?

ALCIBÍADES. No.

SÓCRATES. ¿Porque acudiríamos a los navieros?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pues, ¿a cuáles?, ¿y de quiénes son quehaceres?

ALCIBÍADES. Los que son quehacer de los atenienses bellos-y-buenos.

125a SÓCRATES. Pero, ¿llamas "buenos" a los sensatos, o a los insensatos?

ALCIBÍADES. A los sensatos.

SÓCRATES. Ahora bien: ¿en lo que uno es sensato en eso mismo es bueno?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero el insensato, ¿malo?

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. ¿Es, pues, el zapatero sensato en hacer zapatos?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. ¿Luego es bueno para eso mismo?

ALCIBÍADES. Es bueno.

SÓCRATES. Pero, ¿y respecto de hacer mantos, no es un insensato el zapatero?

ALCIBÍADES. Sí.

b SÓCRATES. ¿Luego es malo para eso?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Luego, según este razonamiento, el mismo es malo a la vez que bueno.

ALCIBÍADES. Tal parece.

SÓCRATES. ¿Dices, pues, que los varones buenos son además malos?

ALCIBÍADES. No, ciertamente.

SÓCRATES. En este caso: ¿a quiénes llamas "buenos"?

ALCIBÍADES. Yo llamara tales, a quienes sean capaces de mandar en la Ciudad.

SÓCRATES. ¿No, por cierto, sobre caballos?

ALCIBÍADES. No por cierto.

SÓCRATES. ¿Sino sobre hombres?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Sobre los enfermos?

ALCIBÍADES. No.

SÓCRATES. ¿Sobre los navegantes?

ALCIBÍADES. Afirmo que no.

SÓCRATES. ¿Pero, sobre los recolectores?

ALCIBÍADES. No.

c SÓCRATES. Pero, ¿sobre los que no hacen nada?, ¿o sobre los que hacen algo?

ALCIBÍADES. Sobre los que hacen algo, digo.

SÓCRATES. ¿Qué? Trata de declarármelo.

ALCIBÍADES. Pues bien: de los que hacen los negocios para sí mismos y sirviéndose unos de otros, —que es como vivimos en las Ciudades.

SÓCRATES. ¿Así, pues, habrías de mandar a hombres sirviéndote de hombres?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Tal vez de los cómitres que se sirven de los remeros?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. ¿Qué tal virtud es la del piloto?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿hablas de mandar sobre esos hom-
d bres flautistas que dirigen a los cantores y se sirven de los coristas?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. Que eso, a su vez, es la virtud del maesecoral.

ALCIBÍADES. Enteramente.

SÓCRATES. Pero, en este caso, ¿a qué llamas "ser capaz de mandar" unos hombres sirviéndote de otros hombres?

ALCIBÍADES. Yo, por cierto, llamo al mandar en la Ciudad sobre los que coparticipan de los asuntos ciudadanos y de ellos tratan entre sí.

SÓCRATES. Pues, ¿cuál es tal arte? Como si te preguntare una vez más lo mismo: ¿qué arte proporciona el saber mandar sobre los copartícipes en asuntos navieros?

ΑΛΚΙΒΙΑΔΗΣ 125 d

τὰ νυνδή, κοινωνούντων ναυτιλίας ἐπίστασθαι ἄρχειν τίς ποιεῖ τέχνη;

ΑΛ. Κυβερνητική.

ΣΩ. Κοινωνούντων δ' ᾠδῆς, ὡς νυνδὴ ἐλέγετο, τίς ἐπι- e
στήμη ποιεῖ ἄρχειν;

ΑΛ. Ἥνπερ σὺ ἄρτι ἔλεγες, ἡ χοροδιδασκαλία.

ΣΩ. Τί δέ; πολιτείας κοινωνούντων τίνα καλεῖς ἐπιστήμην;

ΑΛ. Εὐβουλίαν ἔγωγε, ὦ Σώκρατες.

ΣΩ. Τί δέ; μῶν ἀβουλία δοκεῖ εἶναι ἡ τῶν κυβερνητῶν;

ΑΛ. Οὐ δῆτα.

ΣΩ. Ἀλλ' εὐβουλία;

ΑΛ. Ἔμοιγε δοκεῖ, εἴς γε τὸ σῴζεσθαι πλέοντας. 126

ΣΩ. Καλῶς λέγεις. Τί δέ; ἣν σὺ λέγεις εὐβουλίαν, εἰς τί ἐστιν;

ΑΛ. Εἰς τὸ ἄμεινον τὴν πόλιν διοικεῖν καὶ σῴζεσθαι.

ΣΩ. Ἄμεινον δὲ διοικεῖται καὶ σῴζεται τίνος παραγιγνομένου ἢ ἀπογιγνομένου; ὥσπερ ἂν εἰ σύ με ἔροιο· « Ἄμεινον διοικεῖται σῶμα καὶ σῴζεται τίνος παραγιγνομένου ἢ ἀπογιγνομένου; » εἴποιμ' ἂν ὅτι ὑγιείας μὲν παραγιγνομένης, νόσου δ' ἀπογιγνομένης· οὐ καὶ σὺ οἴει οὕτως;

ΑΛ. Ναί. b

ΣΩ. Καὶ εἴ μ' αὖ ἔροιο· « Τίνος δὲ παραγιγνομένου ἄμεινον ὄμματα; » ὡσαύτως εἴποιμ' ἂν ὅτι ὄψεως μὲν παραγιγνομένης, τυφλότητος δὲ ἀπογιγνομένης. Καὶ ὦτα δὲ κωφότητος μὲν ἀπογιγνομένης, ἀκοῆς δὲ ἐγγιγνομένης βελτίω τε γίγνεται καὶ ἄμεινον θεραπεύεται.

ΑΛ. Ὀρθῶς.

ΣΩ. Τί δὲ δὴ πόλις; τίνος παραγιγνομένου καὶ ἀπογιγνο-

Testim. 126 b 8 Τί δὲ δή... — ἄνδρες ὦμεν (127 d 3) = Stob. *Floril.* XLIII, 146.

126 a 7 διοικεῖται... καὶ σῴζεται B : διοικεῖσθαι καὶ σῴζεσθαι T || b 8 τί δὲ δὴ πόλις; Schanz : τί δὲ δή; πόλις BT.

ALCIBÍADES. La del piloto.

SÓCRATES. Pero, sobre los copartícipes de canto, de quienes acabamos de hablar, ¿qué ciencia proporciona el mandar sobre ellos?

e ALCIBÍADES. La misma que acabas de decir: la del maesecoral.

SÓCRATES. Pero a la que proporciona el mandar sobre los copartícipes de los asuntos ciudadanos, ¿cómo la llamas?

ALCIBÍADES. Yo la llamo, Sócrates, la "buenconsiliaria".

SÓCRATES. Pero, ¿qué?: ¿la ciencia del piloto, te parece ser mala consiliaria?

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. Sino, buena consiliaria.

126a ALCIBÍADES. Me lo parece así, para eso de salvar a los pasajeros.

SÓCRATES. Bellamente dicho. Pero a lo que llamas "buena consiliaria", ¿para qué es?

ALCIBÍADES. Para la mejor administración y salvación de la Ciudad.

SÓCRATES. Pero, ¿con la presencia de qué o ausencia de qué se administra y salva mejor? Cual si me preguntaras: ¿"con la presencia de qué o ausencia de qué se administra y salva mejor el cuerpo"?, diría que con la presencia de la salud y con la ausencia de la enfermedad. ¿No piensas tú también así?

b ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Y si, de nuevo me preguntaras: "¿con la presencia de qué están mejor los ojos?", parecidamente respondería que con la presencia de la vista, mas con la ausencia de la ceguera. Y que con la ausencia de sordera y la presencia de oído las orejas están mejor y sirven mejor.

ALCIBÍADES. Correctamente.

SÓCRATES. Pero, ¿qué, en cuanto a Ciudad?; y, ¿con la presencia de qué y ausencia de qué la Ciudad estará mejor, se la sirve y administra mejor?

μένου βελτίων τε γίγνεται καὶ ἄμεινον θεραπεύεται καὶ διοικεῖται;

ΑΛ. Ἐμοὶ μὲν δοκεῖ, ὦ Σώκρατες, ὅταν φιλία μὲν αὐτοῖς γίγνηται πρὸς ἀλλήλους, τὸ μισεῖν δὲ καὶ στασιάζειν ἀπογίγνηται. c

ΣΩ. Ἆρ᾽ οὖν φιλίαν λέγεις ὁμόνοιαν ἢ διχόνοιαν;

ΑΛ. Ὁμόνοιαν.

ΣΩ. Διὰ τίν᾽ οὖν τέχνην ὁμονοοῦσιν αἱ πόλεις περὶ ἀριθμούς;

ΑΛ. Διὰ τὴν ἀριθμητικήν.

ΣΩ. Τί δὲ οἱ ἰδιῶται; οὐ διὰ τὴν αὐτήν;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Οὐκοῦν καὶ αὐτὸς αὑτῷ ἕκαστος;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Διὰ τίνα δὲ τέχνην ἕκαστος αὐτὸς αὑτῷ ὁμονοεῖ περὶ σπιθαμῆς καὶ πήχεως, ὁπότερον μεῖζον; οὐ διὰ τὴν μετρητικήν; d

ΑΛ. Τί μήν;

ΣΩ. Οὐκοῦν καὶ οἱ ἰδιῶται ἀλλήλοις καὶ αἱ πόλεις;

ΑΛ. Ναί.

ΣΩ. Τί δὲ περὶ σταθμοῦ; οὐχ ὡσαύτως;

ΑΛ. Φημί.

ΣΩ. Ἣν δὲ δὴ σὺ λέγεις ὁμόνοιαν, τίς ἐστι καὶ περὶ τοῦ καὶ τίς αὐτὴν τέχνη παρασκευάζει; καὶ ἆρα ἥπερ πόλει, αὐτὴ καὶ ἰδιώτῃ, αὐτῷ τε πρὸς αὑτὸν καὶ πρὸς ἄλλον;

ΑΛ. Εἰκός γέ τοι.

ΣΩ. Τίς οὖν ἐστι; μὴ κάμῃς ἀποκρινόμενος, ἀλλὰ προθυμοῦ εἰπεῖν. e

ΑΛ. Ἐγὼ μὲν οἶμαι φιλίαν τε λέγειν καὶ ὁμόνοιαν, ἥνπερ πατήρ τε ὑὸν φιλῶν ὁμονοεῖ καὶ μήτηρ, καὶ ἀδελφὸς ἀδελφῷ καὶ γυνὴ ἀνδρί.

d 6 σταθμοῦ T : σταθμοὺς B || 9 αὐτὴν τέχνη Olympiod. : αὐτὴν τέχνην T αὖ τὴν τέχνην B || ἥπερ πόλει T : εἰ περιπολει B || 10 αὐτὴ B : αὐτῇ T αὕτη vulg. αὑτῇ conj. Bekker.

ALCIBÍADES. Me parece, Sócrates, que cuando haya amis-
c tad de unos para con otros, mas estén ausentes odios y disensiones.

SÓCRATES. Pues bien: ¿llamas "amistad" a concordia o a discordia?

ALCIBÍADES. A concordia.

SÓCRATES. Pues, ¿mediante qué arte pónense de acuerdo las Ciudades acerca de números?

ALCIBÍADES. Mediante la aritmética.

SÓCRATES. Pero, ¿y los particulares? No, ¿por esa misma?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pues bien: ¿y cada uno consigo mismo?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿mediante qué arte cada uno concuerda consigo mismo respecto de palmo y codo, cuál de los dos es mayor? ¿No es, mediante la métrica?

d ALCIBÍADES. Ciertamente.

SÓCRATES. ¿También, pues, particulares y ciudades entre sí?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero, ¿qué acerca de peso?; ¿no es lo mismo?

ALCIBÍADES. Lo afirmo.

SÓCRATES. Pero aquella concordia de que hablas, ¿cuál es, acerca de qué y qué arte la proporciona?; ¿y es la misma para Ciudad que para un particular, para sí respecto de sí mismo y respecto de otro?

ALCIBÍADES. Es bien verosímil.

e SÓCRATES. ¿Cuál es, pues? No te canses de responder, sino anímate a hablar.

ALCIBÍADES. Pienso, por cierto, en la amistad y concordia por la que, al amar al hijo, concuerdan padre y madre y hermano con hermano y mujer con varón.

SÓCRATES. ¿Piensas, pues, Alcibíades, que pueden concordar varón con mujer acerca de filatura, —quien no sabe, con la que sabe?

ALCIBÍADES. No, ciertamente.

SÓCRATES. Ni hace falta alguna, porque tal materia es cosa de mujeres.

ALCIBÍADES. Sí.

127a SÓCRATES. Pero, ¿qué?: ¿en materia de armas podría concordar mujer —no es su materia— con varón?

ALCIBÍADES. No, ciertamente.

SÓCRATES. Porque, en este caso, afirmarías ser ella materia de varones.

ALCIBÍADES. Yo, sí.

SÓCRATES. Luego, según tu razonamiento hay materias propias de varones; otras, de mujeres.

ALCIBÍADES. Pero, ¿cómo no?

SÓCRATES. Luego en tales cosas no hay concordia entre mujeres y varones.

ALCIBÍADES. No.

SÓCRATES. Luego ni amistad, si la amistad es concordia.

ALCIBÍADES. No, evidentemente.

SÓCRATES. Luego mientras las mujeres hacen sus quehaceres no son amadas por los varones.

b ALCIBÍADES. Parece que no.

SÓCRATES. Ni por las mujeres, los hombres, mientras hagan los suyos.

ALCIBÍADES. No.

SÓCRATES. ¿Luego las Ciudades no son bien administradas cuando cada uno hace su quehacer?

ALCIBÍADES. Yo creo que sí, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Cómo dices que sí, no habiendo amistad, con cuya presencia afirmamos eran bien administradas las Ciudades; mas de otra manera, no?

ALCIBÍADES. Mas me parece que precisamente de esto
c se les engendra amistad: de hacer cada uno su propio quehacer.

SÓCRATES. No te lo parecía hace bien poco; mas ahora, ¿qué otra cosa dices?; ¿que sin engendrarse concordia, se engendre amistad?, ¿o que es posible surja concordia, sabiendo unos algo, mas ignorando otros eso?

ALCIBÍADES. Imposible.

SÓCRATES. ¿Mas se obra justa o injustamente cuando cada uno hace su quehacer?

ALCIBÍADES. Cuando, justamente; pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. Al obrar, pues, justamente los ciudadanos en la Ciudad, ¿no se engendra entre ellos amistad?

ALCIBÍADES. De nuevo, me parece, Sócrates, ser necesario.

d SÓCRATES. Pues bien: ¿de qué amistad o concordia estás hablando, por la que hemos de ser sabios y bienaconsejados, a fin de que seamos varones buenos?, porque no puedo entender ni cuál es ni en quiénes está; que, unas veces, me parece hallarse en los mismos; pero, otras, no, —según tu razonamiento.

ALCIBÍADES. Pero, ¡por los dioses!, Sócrates, que ni yo mismo sé lo que digo, y temo que, desde hace tiempo, se me haya ocultado cuán malo y feo es mi estado.

SÓCRATES. No obstante haz por animarte, porque si te hubiese pasado esto a los cincuenta años, difícil te fuera
e cuidarte; mas ahora, con la edad que tienes, estás a tiempo de caer en cuenta de ello.

ALCIBÍADES. Pues, caído en cuenta, ¿qué he de hacer, Sócrates?

SÓCRATES. Responder a lo preguntado, Alcibíades; y si lo hicieres, ¡quiéralo dios!, y si en algo son de confiar mis dotes de adivino, tú y yo nos hallaremos mejor.

ALCIBÍADES. Así será, ya que yo responderé.

SÓCRATES. Sea, pues: ¿qué es eso de "cuidarse de sí
128a mismo"?; ¿no sucede frecuentemente el que, creyendo cuidarnos, se nos oculte el que no lo hacemos? Y, ¿cuándo lo hace un hombre? ¿Cuándo se cuida de lo suyo, se cuida de sí mismo?

ALCIBÍADES. Pues me lo parece

SÓCRATES. Pero, ¿qué?; ¿cuándo un hombre se cuida de los pies?, ¿cuándo se cuida de los pies en lo a ellos referente?

ALCIBÍADES. No entiendo.

SÓCRATES. ¿Dices de algo que es de la mano? Como un anillo; ¿de qué otra parte del hombre afirmarías serlo sino del dedo?

ALCIBÍADES. No por cierto.

SÓCRATES. ¿También, pues, y parecidamente, del pie el calzado?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Y semejante vestidos y cobijas, ¿de otras partes del cuerpo?

b ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pues bien: cuando nos cuidamos del calzado, nos cuidamos de los pies?

ALCIBÍADES. No acabo de entenderlo, Sócrates.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?, Alcibíades; respecto de cada cosa, ¿hay algo a que llamas "cuidarse de ella correctamente"?

ALCIBÍADES. Por mí, que sí lo hay.

SÓCRATES. Pues, cuando alguien la mejora en algo, ¿llamarás a eso "cuidado correcto"?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pues, ¿cuál es la arte que mejora el calzado?

ALCIBÍADES. La zapateril.

SÓCRATES. ¿Luego nos cuidamos del calzado por la arte zapateril?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Y también de los pies, por la zapateril?, ¿o por la que los mejore?

c ALCIBÍADES. Por ésta.

SÓCRATES. ¿Y no es ésta por la que, además de mejorar los pies, se mejora el resto del cuerpo?

ALCIBÍADES. Me lo parece.

SÓCRATES. Pero ésta, ¿no es la gimnástica?

ALCIBÍADES. Lo es, más que ninguna.

SÓCRATES. ¿Luego por la gimnástica nos cuidamos de los pies; mas por la arte zapateril, de los de los pies?

ALCIBÍADES. Enteramente.

SÓCRATES. Y por la gimnástica, de las manos; mas por la de grabar anillos, ¿de lo de las manos?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Y por la gimnástica, del cuerpo; mas por la textil y demás artes, ¿de lo del cuerpo?

d ALCIBÍADES. Pues, enteramente así es.

SÓCRATES. Luego una es la arte por la que nos cuidamos de cada cosa; y otra, por la que de lo de ella.

ALCIBÍADES. Parece.

SÓCRATES. *Luego* cuando uno se cuida de lo suyo, ¿se cuida de sí mismo?

ALCIBÍADES. En modo alguno.

SÓCRATES. *Por tanto,* no es, parece, la misma arte aquella por la que uno se cuida de sí mismo y de lo suyo.

ALCIBÍADES. Evidentemente, no.

SÓCRATES. Ahora bien: ¿con cuál nos cuidaríamos de nosotros mismos?

ALCIBÍADES. No hallo qué decir.

e SÓCRATES. Empero, ¿no quedó esto convenido: que no es aquella por la que mejoraríamos cualquier cosa de las nuestras; sino, por la que, a nosotros mismos?

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. ¿Pues conoceríamos qué arte mejora el calzado, si no supiéramos qué es calzado?

ALCIBÍADES. Imposible.

SÓCRATES. ¿Ni qué arte mejora los anillos, si ignoramos qué es anillo?

ALCIBÍADES. Es verdad.

SÓCRATES. Pero, ¿qué?; ¿ni qué arte nos mejora, lo conoceríamos, ignorando qué somos nosotros?

129a ALCIBÍADES. Imposible.

SÓCRATES. Pues bien: ¿se da el caso de que sea fácil "conocerse a sí mismo", y que fuera un cualquiera quien inscribió eso en el templo de Delfos?; ¿o es algo dificultoso y no para todos?

ALCIBÍADES. A mí, ciertamente, Sócrates, me pareció frecuentemente ser para todos; mas frecuentemente también, ser de todo lo más difícil.

SÓCRATES. Mas, Alcibíades, sea o no sea fácil, no obstante, para nosotros, la cosa se ha así: conociéndonos, tal vez conoceríamos cómo cuidarnos nosotros mismos; mas, desconociéndonos, no habría manera alguna.

ALCIBÍADES. Así es.

b SÓCRATES. Pues bien: ¿de qué manera hallar eso de "mismo"?, porque tal vez entonces hallaríamos qué somos nosotros, lo que nos sería imposible mientras estemos en la ignorancia.

ALCIBÍADES. Hablas correctamente.

SÓCRATES. ¡Tente!, pues, ¡por Júpiter!; ¿con quién estás dialogando ahora?, ¿no con otro, sino conmigo?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pues, ¿también yo, contigo?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Luego es Sócrates quien habla?

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. ¿Mas Alcibíades es quien escucha?

ALCIBÍADES. Sí.

c SÓCRATES. ¿Así que Sócrates dialoga mediante palabras?

ALCIBÍADES. Naturalmente.

SÓCRATES. Mas dialogar y servirse de la palabra son para ti dos nombres de la misma cosa.

ALCIBÍADES. Absolutamente.

SÓCRATES. Mas el usuario y lo usado, ¿no son cosas diversas?

ALCIBÍADES. ¿En qué sentido lo dices?

SÓCRATES. ¿Al modo que el zapatero corta con cuchilla, lezna y otros instrumentos?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. *Pues bien:* ¿cortador y usuario no son algo diverso de aquello de que el cortador usa?

ALCIBÍADES. *Pues,* ¿cómo no?

SÓCRATES. Parecidamente, *pues:* también aquello con que el citarista toca la cítara y el citarista mismo, ¿serían diversos?

ALCIBÍADES. Sí.

d SÓCRATES. *Pues bien:* precisamente preguntaba si el usuario y aquello de que usa no te parecen ser diversos.

ALCIBÍADES. Lo parecen.

SÓCRATES. ¿Qué, *pues,* diremos del zapatero: que corta solamente con instrumentos o también con las manos?

ALCIBÍADES. También con las manos.

SÓCRATES. ¿Luego también usa de ellas?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Y también usa de los ojos al trabajar?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Pero admitiremos que son algo diverso usuario y usado?

ALCIBÍADES. Sí.

e SÓCRATES. *¿Luego* son algo diverso zapatero y citarista respecto de manos y ojos con los que trabajan?

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. *Pues bien:* ¿el hombre usa también de todo el cuerpo?

ALCIBÍADES. Y mucho, por cierto.

SÓCRATES. Pero, ¿no eran diversos usario y usado?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. *¿Luego* es el hombre algo diverso de su mismo cuerpo?

ALCIBÍADES. Parece.

SÓCRATES. Pues, ¿qué viene a ser el hombre?

ALCIBÍADES. No puedo decirlo.

SÓCRATES. Pero puedes, por cierto, decir quién es el usuario del cuerpo.

ALCIBÍADES. Sí.

130a SÓCRATES. Pues, ¿qué otra cosa sino el alma usa de él?

ALCIBÍADES. No otra.

SÓCRATES. Mandando, ¿no es así?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Aún más: pienso que sobre esto nadie pensará de otra manera.

ALCIBÍADES. ¿Sobre qué?

SÓCRATES. Que no sea el hombre una cierta unidad de tres cosas.

ALCIBÍADES. ¿De cuáles?

SÓCRATES. Precisamente, ¿de ese todo de alma, cuerpo y el consuno de ambos?

ALCIBÍADES. Así es.

SÓCRATES. Mas, por cierto, ¿no convinimos en que es el hombre el comandante del cuerpo?

b ALCIBÍADES. Convinimos.

SÓCRATES. Pues, ¿no es el cuerpo mismo quien sobre sí mismo manda?

ALCIBÍADES. En modo alguno.

SÓCRATES. ¿Porque decimos que es el mandado?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Entonces no sería él lo que buscamos.

ALCIBÍADES. Parece que no.

SÓCRATES. Pero, ¿manda sobre el cuerpo el consuno de ambos, y esto es el hombre?

ALCIBÍADES. Bien pudiera ser.

SÓCRATES. De todos, él es el que menos; porque si no manda uno de ambos, no hay traza de que mande el consuno de ambos.

ALCIBÍADES. Correctamente.

c SÓCRATES. Pero, puesto que ni el cuerpo ni el consuno de ambos es el hombre, no queda, pienso, sino o que el hombre es nada o que, si es algo, ninguna otra cosa puede ser sino el alma.

ALCIBÍADES. Perfectamente, pues.

SÓCRATES. ¿Es, pues, preciso demostrarte aún más claramente que el alma es el hombre?

ALCIBÍADES. ¡Por Júpiter!, me parece suficiente.

SÓCRATES. Pero si no es riguroso, sino suficiente, bástenos; porque lo sabremos rigurosamente justo cuando hayamos encontrado lo que se nos pasó ahora mismo por alto, por ser cosa de larga consideración.

d ALCIBÍADES. ¿Qué es eso?

SÓCRATES. Lo que decíamos hace poco: que se habría de considerar, ante todo, eso de "lo mismo". Pero ahora, en vez de "lo mismo", estamos considerando eso de mismo "respecto de cada cosa". Y tal vez esto nos bastará, porque afirmaríamos no haber nada de lo nuestro más señorial que el alma.

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. Pues está bien que así lo pensemos; que, al conversar entre nosotros, usando, yo y tú, de razonamientos, dirígese alma a alma.

ALCIBÍADES. Pues así realmente es.

e SÓCRATES. *Luego* esto es lo que bien poco antes decíamos: que Sócrates dialoga con Alcibíades usando de razones, no dirigidas a tu cara, al parecer; sino a Alcibíades van los razonamientos. Pero ése, es el alma.

ALCIBÍADES. A mí me lo parece.

SÓCRATES. *Luego* nos manda conocer al alma quien nos ordena conocerse a sí mismo.

131a ALCIBÍADES. Parece.

SÓCRATES. *Luego* quien conoce algo de lo del cuerpo, conoce algo de lo suyo, mas no por eso se conoció a sí mismo.

ALCIBÍADES. Así es.

SÓCRATES. *Luego* ningún médico se conoce a sí mismo en cuanto médico: ni ningún instructor en cuanto instructor de gimnástica.

ALCIBÍADES. Parece que no.

SÓCRATES. *Luego* mucho falta para que los labradores, y demás artesanos, se conozcan a sí mismos, porque ni conocen, me parece, lo suyo; y aun están más lejos de conocer

lo suyo, por las artes propias, porque conocen aquellas cosas
b corporales con que se cultiva cuerpo.

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. *Luego* si la sapiencia consiste en conocerse a sí mismo, ninguno de ellos es sapiente por virtud de su arte.

ALCIBÍADES. Me parece que no.

SÓCRATES. Por lo cual, ciertamente, tiénese a estas artes por viles y no por dignas de que varón bueno las aprenda.

ALCIBÍADES. Pues así es, ciertamente.

SÓCRATES. ¿Así que, una vez más, quien cultiva el cuerpo, cultiva lo suyo, no a sí mismo?

ALCIBÍADES. Casi seguramente.

SÓCRATES. Pero quien cultive los dineros no se cultiva ni a sí mismo ni lo suyo, sino a algo más lejano aún de lo suyo.

c ALCIBÍADES. A mí me lo parece.

SÓCRATES. *Luego* el ganaplata, ¿hace aún menos lo suyo?

ALCIBÍADES. Correctamente.

SÓCRATES. *Luego* si alguien está enamorado del cuerpo de Alcibíades, no ama a Alcibíades, sino a algo de lo de Alcibíades.

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Pero sí, quien esté enamorado de tu alma.

ALCIBÍADES. Según este razonamiento es evidentemente necesario.

SÓCRATES. Así, pues, el enamorado de tu cuerpo, cuando deje éste de estar en flor, ¿yéndose, te dejará?

ALCIBÍADES. Evidentemente.

d SÓCRATES. ¿Mas el enamorado del alma no se irá mientras vaya ella hacia lo mejor?

Alcibíades. Es verosímil.

Sócrates. Pues bien: yo soy justamente el que no se va, sino permanece, aunque decaiga el cuerpo, y los demás se alejen.

Alcibíades. Haces bien, por cierto, Sócrates, y no te alejes.

Sócrates. Anímate, según esto, a ser el más bello posible.

Alcibíades. Pues me animaré a ello.

e Sócrates. Tu estado es, realmente éste: al parecer, ni ha habido ni hay un enamorado de Alcibíades, hijo de Clinias; fuera de uno solo, y éste, querido: Sócrates, hijo de Sofronisco y Fenareta.

Alcibíades. Verdad.

Sócrates. Pues, ¿no afirmaste que me había precipitado bien poco en acercarme a ti, ya que tú querías ser el primero en ello para enterarte de por qué yo solo no me alejaba?

Alcibíades. Pues así fue.

Sócrates. Esta es precisamente la causa: porque yo solo estaba enamorado de *ti;* mas los otros, *de lo tuyo.* Pero *lo tuyo* se pasa con la estación; mas *tú,* comienzas a florecer. Ahora bien: si no *te* dejas corromper por el pueblo ateniense
132a y *te* vuelves feo, no *te* abandonaré. Pues esto es lo que más temo: que volviéndote enamorado del pueblo, te nos corrompas; que ya a muchos buenos atenienses les ha pasado eso, porque de bello rostro es "el cordialísimo pueblo de Erecteo". Pero hay que desnudarlo para conocerlo; precávete, pues, con la precaución que te digo.

Alcibíades. ¿Cuál?

b Sócrates. Ejercítate, feliz de ti, en aprender primero lo que has de llevar bien aprendido al meterte en los asuntos de la Ciudad; mas no antes, —a fin de que te metas llevando contravenenos, y nada de terrible te pase.

ALCIBÍADES. Me parece bien lo que dices, Sócrates; pero trata de explicarme la manera de cuidarnos solícitamente de nosotros mismos.

SÓCRATES. Pues bien: llevamos, por cierto, mucho adelantado, porque hemos, aceptablemente, convenido en "qué somos". Temíamos que, si en esto fallábamos, se nos pasaría por alto el que poníamos cuidado en otra cosa, pero no en nosotros.

ALCIBÍADES. Esto es así.

c SÓCRATES. Y después de esto, que se ha de cuidar el alma, y mirar en ello.

ALCIBÍADES. Está claro.

SÓCRATES. Y que se ha de dejar a otros el cuidado de cuerpos y dinero.

ALCIBÍADES. Ciertamente.

SÓCRATES. Pues bien: ¿cuál sería la manera más evidente de conocerlo?, ya que, conociéndolo, nos conoceremos, al parecer, aun a nosotros mismos. Mas, ¡por los dioses!, ¿no llegamos aún a comprender cuán bien dicha está la hace poco recordada inscripción de Delfos?

ALCIBÍADES. Al hablar así, ¿en qué estás pensando, Sócrates?

d SÓCRATES. Te declararé lo que sospecho nos dice y aconseja tal inscripción; porque no hay muchos casos ejemplares, —a no ser, caso único, en la vista.

ALCIBÍADES. ¿En qué sentido lo dices?

SÓCRATES. Considéralo tú mismo; si tal consejo dijera a nuestros ojos, cual a hombres, "mírate a ti mismo", ¿en qué sentido tomaríamos lo que nos avisa? ¿Pues no en el de mirar hacia lo que, mirándolo el ojo, pudiera verse a sí mismo?

ALCIBÍADES. Está claro.

SÓCRATES. Pensemos, ahora, en ¿mirando hacia qué
e cosa la veremos a ella y de consuno nos veremos también a nosotros mismos?

ALCIBÍADES. Está ya claro, Sócrates, que hacia espejos y cosas tales.

SÓCRATES. Correctamente dicho. Pues, ¿no hay también, en el ojo con que vemos, algo de esa clase?

ALCIBÍADES. Ciertamente.

SÓCRATES. ¿No has notado, pues, que el rostro de quien
133a está mirando otro ojo se le aparece en la vista del que se le enfrenta —cual si fuera un espejo, en eso que llamamos "pupila"— un cierto eidolillo del mirador?

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Luego al darse a ver un ojo a otro ojo y a mirar en él lo que en él es lo mejor y con lo que ve, se vería entonces él a sí mismo.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. Mas si mirara hacia otra parte de las del hombre o de otro objeto cualquiera —a excepción de aquella en que se dé algo semejante al ojo— no se verá a sí mismo.

b ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Luego si el ojo ha de verse a sí mismo, habrá de mirar a otro ojo y, en él, hacia aquel lugar en que se engendra especialmente la virtud del ojo; pero, ¿no es esto la vista?

ALCIBÍADES. Así es.

SÓCRATES. Pues bien, Alcibíades querido, también el alma, si ha de llegar a conocerse a sí misma, ha de mirar a otra alma, y en ella, sobre todo, a aquel lugar de ella en que se engendra la virtud del alma, la sabiduría, y a cualquier otra cosa que en esto sea semejante.

ALCIBÍADES. Me lo parece, Sócrates.

c SÓCRATES. Pues bien: ¿podemos decir haya en el alma algo de más divino que aquello en que residen saber y pensar?

ALCIBÍADES. No podemos.

SÓCRATES. Luego esto de ella parécese a lo divino; y quien ponga en ello la mirada y conozca todo lo divino —a

dios y pensamiento— llegaría así aun a conocerse máximamente a sí mismo.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. Pues bien: al modo que los espejos son más claros que el espejo del ojo, y más puros y esplendentes que él, parecidamente también dios es más puro y esplendente que lo mejor de nuestra alma.

ALCIBÍADES. Parece, Sócrates.

SÓCRATES. *Luego*, mirando a dios, nos servimos del más bello de los espejos, aun para lo humano concerniente a la virtud del alma; y así nos veríamos y conoceríamos máximamente a nosotros mismos.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Mas no convinimos en que conocerse a sí mismo es sapiencia?

ALCIBÍADES. Enteramente.

SÓCRATES. Pues bien: al no conocernos a nosotros mismos, y no ser sapientes, ¿podríamos saber qué, de lo nuestro, es bueno o malo?

ALCIBÍADES. ¿Cómo fuera posible, Sócrates?

d SÓCRATES. Porque tal vez te parece imposible que quien no conozca a Alcibíades conozca que lo de Alcibíades es de Alcibíades.

ALCIBÍADES. Es, ciertamente, imposible, ¡por Júpiter!

SÓCRATES. Pues ni que lo nuestro sea nuestro, si no nos conocemos a nosotros mismos.

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo?

SÓCRATES. *Luego*, si ni lo nuestro, tampoco las propiedades de lo nuestro.

ALCIBÍADES. Evidentemente, no.

SÓCRATES. *Luego* no nos convinimos del todo correctamente al convenirnos hace poco en que hay algunos que a sí mismos no se conocen; mas sí, lo suyo; mientras que hay

otros que conocen las propiedades de lo suyo, porque, al parecer, comprender todo eso: a sí mismo, lo suyo y las
e propiedades de lo suyo compete a un hombre y a una arte.

ALCIBÍADES. Casi casi.

SÓCRATES. Quien ignora, pues, lo suyo; también ignoraría, según esto mismo, lo propio de los demás.

ALCIBÍADES. Ciertamente.

SÓCRATES. Pues, y si lo de los demás, ¿también ignorará lo de las Ciudades?

ALCIBÍADES. Necesariamente.

SÓCRATES. *Luego* tal varón no llegaría a ser político.

ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. Ni, seguramente, a administrador.

134a ALCIBÍADES. No, por cierto.

SÓCRATES. ¿Ni sabrá cuál es su quehacer?

ALCIBÍADES. Pues no.

SÓCRATES. Y quien no lo sabe, ¿no habrá de errar?

ALCIBÍADES. Enteramente.

SÓCRATES. Y, por errar, ¿no hará malamente su quehacer, en privado y en público?

ALCIBÍADES. Pero, ¿cómo no?

SÓCRATES. Pero, por hacerlo mal, ¿no será un desgraciado?

ALCIBÍADES. Y mucho.

SÓCRATES. Pero, ¿y aquellos para los que el tal trabaja?

ALCIBÍADES. Ellos lo serán también.

SÓCRATES. *Luego* si alguien no es sapiente y bueno no podrá ser bienaventurado.

b ALCIBÍADES. No lo podrá, seguramente.

SÓCRATES. *Luego* los hombres malos son unos desgraciados.

ALCIBÍADES. Y mucho, por cierto.

SÓCRATES. *Luego* ni aun enriqueciéndose escaparían de la desgracia; pero sí, el sapiente.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. Luego las Ciudades, Alcibíades, no necesitan ni de murallas ni de trirremes ni de arsenales para llegar a ser bienaventuradas, ni de grandes población y extensión sin virtud.

ALCIBÍADES. No, ciertamente.

SÓCRATES. Si, pues, te aprestas a hacer correcta y bella-
c mente los quehaceres de Ciudad, la virtud es lo que has de dar a los ciudadanos.

ALCIBÍADES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. Pero, ¿podría dar alguien lo que no tiene?

ALCIBÍADES. Y, ¿cómo?

SÓCRATES. *Luego,* primero, has de adquirir tú la virtud; y también cualquier otro que se apreste a mandar y a cuidarse solícitamente no tan sólo de sí y de lo suyo en privado, sino de la Ciudad y de lo de la Ciudad.

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. *Luego* tampoco te está permitido proporcionarte, ni en favor tuyo ni en el de la Ciudad, el poder de hacer lo que quieras, sino la justicia y la sapiencia.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

d SÓCRATES. Porque obrando justiciera y sapientemente, tanto tú como la Ciudad obraréis de manera agradable a los dioses.

ALCIBÍADES. Es de creer.

SÓCRATES. Y, como anteriormente decíamos, obraréis con la mirada puesta en lo divino y esplendente.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. Mirándolo fijamente, os veréis y conoceréis a vosotros mismos y lo para vosotros bueno.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Así que obraréis correctamente y bien?

ALCIBÍADES. Sí.

e SÓCRATES. Pero, obrando vosotros así, yo me decido a garantizaros el que seréis bienaventurados.

ALCIBÍADES. Eres garante seguro.

SÓCRATES. Pero, al obrar injustamente por mirar hacia lo ateo y tenebroso, haréis, como es verosímil, obras parecidas a ello, desconociéndoos a vosotros mismos.

ALCIBÍADES. Tal parece.

SÓCRATES. Porque, Alcibíades querido, a quien —particular o Ciudad— le esté permitido hacer lo que quiera, mas no tenga entendimiento, ¿qué es verosímil le pase? Como a enfermo, con licencia de hacer lo que quiera, sin tener entendimiento, ¿qué le pasará, —cual a tirano que en nada se
135a reprime? ¿No es lo más verosímil el que arruine su cuerpo?

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Pero, ¿qué, en una nave?; si cualquiera pudiere hacer lo que quisiera, sin tener la inteligencia y virtud del piloto, ¿ves lo que le sucedería, —a él y a los pasajeros?

ALCIBÍADES. Yo, sí; perecerían todos.

SÓCRATES. Pues bien: parecidamente, en Ciudad y en
b toda clase de autoridad y poder, desprovistos de virtud, ¿no se seguirá el obrar mal?

ALCIBÍADES. Necesariamente.

SÓCRATES. *Luego*, óptimo de Alcibíades, no hay que procurarse —ni para sí ni para la Ciudad, si intentáis ser bienaventurados— el poder tiránico, sino la virtud.

ALCIBÍADES. Dices verdad.

SÓCRATES. Antes, pues, de poseer la virtud, ser mandado por el más excelente es mejor que mandar, —y lo es para varón y no sólo para niño.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. Y lo mejor, ¿no es también lo más bello?

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Pero lo más bello, ¿es lo más conveniente?

c ALCIBÍADES. Pero, ¿cómo no?

SÓCRATES. *Luego* al malo le conviene servir, pues le es mejor.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. Así que la maldad se lleva bien con la esclavitud.

ALCIBÍADES. Evidentemente.

SÓCRATES. Mas la virtud, con la libertad.

ALCIBÍADES. Sí.

SÓCRATES. ¿Habrá, pues, compañero, que huir de lo que se lleva bien con la esclavitud?

ALCIBÍADES. Eso sobre todo, Sócrates.

SÓCRATES. Notas ahora, pues, ¿cuál es tu estado?; ¿te llevas bien con el de libre o no?

ALCIBÍADES. Creo que lo noto bien notado.

SÓCRATES. ¿Sabes, pues, cómo huir de tu estado presente?, —no le demos nombre aplicable a varón bello.

ALCIBÍADES. Yo, sí.

d SÓCRATES. ¿Cómo?

ALCIBÍADES. "Si lo quieres tú", Sócrates.

SÓCRATES. No hablas bellamente, Alcibíades.

ALCIBÍADES. Pero, ¿cómo he de hablar?

SÓCRATES. "Si dios lo quiere".

ALCIBÍADES. Pues lo digo. Y además de esto digo que correremos el riesgo de cambiar de papeles, Sócrates, el tuyo para mí, el mío para ti, porque, a partir del día de hoy no habrá manera de que deje de vigilarte, y tú, de ser vigilado por mí.

e SÓCRATES. ¡Qué generoso! Así que mi amor en nada se diferenciará del de la cigüeña, si habiendo hecho él en ti un nido para amor alado, éste, a su turno, se cuidará de aquél.

ALCIBÍADES. Pues así realmente es; y desde ahora comenzaré a preocuparme de la justicia.

SÓCRATES. Querría que lo llevases hasta su término; mas tengo mis temores, —no porque desconfíe de tu natural, sino porque, viendo el poderío de la Ciudad, temo nos domine a mí y a ti.

NOTAS A ALCIBIADES I

103 a.

"oposición daimoníaca", δαιμόνιον ἐναντίωμα. Para evitar el sentido, multisecular e irreformable, de "demonio", la traducción conserva el diptongo griego. Los daimonios eran seres intermedios entre dioses, diosas, —y mortales, cual héroes...; derivándose —de tal, respecto de los mortales, honrosa procedencia— su aplicación a mortales excelentes o fenómenos extraordinarios o super-naturales, cual la voz interior de Sócrates, a la que aquí Sócrates mismo alude. El vocativo δαιμόνιε equivale a ¡Excelente!, ¡Eminente!

104 d.

"en realidad", τῷ ὄντι. Frase técnica (hecha, Cl. II.3), ya corrientemente admitida en conversaciones del tipo "diálogo", que da y, repetida oportunamente, mantiene el tono ontológico del diálogo, frente a tono poético, oratorio, sofístico. La traducción reproduce siempre tal frase adverbial que el lector, concienzudo, debe pronunciar con énfasis vocal y mental. También la frase programa "qué es", ὅτι ποτ' ἔστιν, ha pasado ya a frase dialogable, aun en boca de jóvenes. (Cl. II.1).

"dios", τὸν θεόν. En una concepción del mundo en que se admitan, real y oficialmente, dioses, la palabra "dios" no es nombre propio, sino tan común como "hombre, caballo"; y la frase "el dios" es cual la "el hombre, el caballo". A veces ὁ θεός es "este" dios, del que se viene hablando o por su nombre propio, cual Apolo, Júpiter, o por una descripción inequívoca, como "el dios de Delfos", "el padre de dioses y hombres", "el dios de la Amistad". Por ser esta razón se pone siempre en la traducción la palabra "dios" con minúscula inicial, para evitar confusiones, respecto de culturas monoteístas.

108 b, c.

La gimnástica era un arte que abarcaba no sólo lo que la actual gimnasia, sino preparación y ejercicio de lucha en sus diversas clases. Además, exámenes y preceptos medicinales; y era lugar de reunión, y de conversación y diálogo, entre viejos, jóvenes, —vigilados los jóvenes por pedagogos (esclavos). El παιδοτρίβης era el maestro de los jóvenes.

Nótese que el adverbio de alta, y clásica, calificación: "bellamente" καλῶς, está aquí aplicado a gimnasia, lucha, diálogo, y vinculado a bueno, mejor, según la frase normativa, típicamente griega: bello-y-bueno (Cl. II.3), καλὸς κἀγαθός. Aquí, en el diálogo, van juntos ὀρθῶς (correctamente, bueno) y καλῶς (bellamente) de manera perfecta natural para un griego.

108 d.

Cuando un adjetivo, sustantivo o verbo se refiera, en su estructura gramatical misma, a un dios o diosa determinados, se los escribirá con mayúscula inicial, pues tal dios o diosa resonaba, perceptiblemente para el griego, a él o a ella. Así se escribirá Música, Suerte (Τύχη), etc. (Cl. I.6).

111 b, c.

Se puede aprender griego de la mayoría, cual maestro, porque concuerdan en llamar a lo mismo con el mismo nombre ("piedra", "madera"); si se les pregunta algo, responden todos concordemente lo mismo; y cuando quieren coger algo (piedra, madera) van a lo mismo, —la identidad en tales actos de hablar, responder, ir a... asegura la cualidad de maestro, —τὰ αὐτὰ, ἐπὶ ταὐτά, ὁμο-λογοῦσιν. Esto es "saber" (ἐπίστασθαι) griego y poder enseñarlo unos y aprenderlo de ellos otros.

112 a.

"¡Por Júpiter!". Acerca de la fuerza de tales juramentos, invocaciones, votos..., véase Cl. I.6.

113 a.

Cuando, como en un diálogo, hay preguntas y respuestas, quien, en rigor, habla (λέγει) es el que responde. "Hablar" tiene aquí la fuerza la palabra λόγος, Cl. I.1. La respuesta es ἀπὸ-κρίσις; es lo que, el respondiente, saca de sí (ἀπό) y lo dice con juicio y según su criterio (κρίσις, κρίνειν).

113 c.

Eurípides, *Hipólito,* 352.

114 d.

La palabra "conversación" no vierte la fuerza del griego συν-ουσία; συν-εἶναι es con-serse; algo más fuerte que convivencia, y más aún que conversación. Dialogar era, para el griego, una manera de con-serse, de ser en colectividad: en "nosotros", —entre tú y yo, dice Sócrates.

115 b, c.

Según la frase normativa griega "bello-y-bueno" están más próximos lo provechoso y lo justo con lo bello que lo están con lo feo.

115 c, d.

Se prefiere tener lo bueno a lo malo; *así que* se prefiere tener máximamente (μάλιστα) lo máximamente (μέγιστα) bueno; y se aceptaría mínimamente estar privado de lo máximamente bueno. La preferencia (Pr), el aceptar tener (δέξαιο εἶναι) procede, respecto de bien (+b) y de su privación (—b), según la norma de positivo, comparativo, máximo (M) y de mínimo (m):

Pr (+b);
M(Pr.) (+Mb);
m(Pr.) (—mb).

La escala es: bueno-mejor-óptimo (ἄριστον), malo-peor-pésimo (κάκιστον). La preferencia se rige por ella.

116 b.

Otra escala, típicamente griega es la que une bueno-bello-provechoso-beatificante; εὖ πράττειν obrar bien-ser dichoso (εὐ-δαίμων, Cf. Nota a 103 a); obrar mal-desgraciado (ἄθλιος, κακοδαίμων).

117 b, c, d.

Unión entre saber —por ciencia o arte— y no errar; no saber y errar (πλανᾷ).

Ignorancia (ἄγνοια, máxima y máximamente reprensible) es la del que no sabiendo se cree saber.

De ésta provienen todos los yerros (ἁμαρτήματα, marrar la meta) en la práctica (πράξις, en navegación política...).

Con ella cohabita (συν-οἰκεῖς) Alcibíades.

Unión entre saber uno (de algo), capacidad de comunicarlo a otro.

119 c.

"de tu buen ver", literalmente de "tu idea" (τῆς ἰδέας, Cf. Cl. III.1).

120 d, e.

Conexión: 1) entre "mejor en nacimiento" y "raza genuina" (γενναίοις, γένεσις); 2) entre bien nacidos, bien educados (criados) y perfectos en virtud. Conexión verosímil o probable, εἰκός.

126 a.

"administración", διοικεῖν; literalmente (administración) "casera" (οἰκία), economía doméstica. Aún resuena en esta palabra el origen de Ciudad (πόλις): su administración sirve aún de paradigma para la de Ciudad. Y sirve además para el trato (administración) del cuerpo individual.

127 b.

"con-cordia, dis-cordia", ὁμό-νοια, διχό-νοια. El griego hace resaltar la base de tal unión (ὁμό) o des-(διχό) unión; la base es νοῖα, νοῦς, el pensamiento; no, el corazón (cordia, cor), cual los términos empleados en la traducción. "Entenderse mutuamente", unidad de pensamiento, de mente; o "des-entenderse" unos de otros; des-unión en pensamiento. De ahí que se pueda preguntar: ¿mediante qué arte "se entienden" mutuamente las Ciudades en punto a números, medidas de longitud, peso...?

128 d, e.

La distinción, dicha y redicha con varios ejemplos ejemplares, entre cuidarse de una cosa y cuidarse de lo de una cosa —αὐτοῦ ἑκάστου τῶν αὐτοῦ—, prepara la cuestión sobre el conocimiento de sí "mismo" (129 a, b, c); αὐτοῦ, τῶν αὐτοῦ.

130 a, b, c.

Sócrates distingue, en el hombre, cuerpo, alma y el conjunto de ambos (συν-ἀμφότερον). Tres que dan una unidad, en uno (ἕν τι) que es el hombre. El es el todo; ese Todo que es el hombre (τὸ ὅλον τοῦτο).

Cuerpo y alma forman un par, un "ambos", —no son simplemente dos, o uno-y-uno; se unen por apareados, cada uno en sus especialidades, cual un par de manos, una pareja humana. Forman, pues, un "ambos": un par que se distingue de sus componentes, siendo él *de* ellos y ellos *de* él. Así, de consuno. Cuerpo, alma, ambos-a-dos forman un Todo (ὅλον), a pesar de ser tres. Tal Todo es el hombre. Tal Todo se distingue de sus (tres) partes; uno es el Todo *de* ellas, y ellas son *sus* partes.

Sócrates, en este punto, no apura más a Alcibíades. Le ha forzado, casi acosado, con argumentos en forma rígida y breve: "pues bien", pues, luego, luego; y las admisiones de Alcibíades, "sí, sí, sí...".

132 a.

Homero, *Ilíada,* II, 547.

133 a.

"eidolillo", εἴδωλον, Cf. III. 1. Restituye la traducción a "idolillo" la forma griega para evitar confusiones.

ION

ION

Lugar y tiempo del diálogo hablado (ficticio). Atenas. Hacia 402 a.C.

Personas:

SÓCRATES. Ateniense. De unos 68 años. Filosofante dialéctico.

IÓN. De Efeso. Rapsoda.

Lugar y tiempo del diálogo redactado. Atenas. Hacia 394-391.

ΙΩΝ

[ἢ περὶ Ἰλιάδος · πειραστικός.]

ΣΩΚΡΑΤΗΣ ΙΩΝ

ΣΩ. Τὸν Ἴωνα χαίρειν. Πόθεν τὰ νῦν ἡμῖν ἐπιδεδήμηκας ; ἢ οἴκοθεν ἐξ Ἐφέσου ; 530 a

ΙΩΝ. Οὐδαμῶς, ὦ Σώκρατες, ἀλλ' ἐξ Ἐπιδαύρου ἐκ τῶν Ἀσκληπιείων.

ΣΩ. Μῶν καὶ ῥαψῳδῶν ἀγῶνα τιθέασιν τῷ θεῷ οἱ Ἐπιδαύριοι ;

ΙΩΝ. Πάνυ γε, καὶ τῆς ἄλλης γε μουσικῆς.

ΣΩ. Τί οὖν ; ἠγωνίζου τι ἡμῖν ; καὶ πῶς τι ἠγωνίσω ;

ΙΩΝ. Τὰ πρῶτα τῶν ἄθλων ἠνεγκάμεθα, ὦ Σώκρατες. b

ΣΩ. Εὖ λέγεις· ἄγε δὴ ὅπως καὶ τὰ Παναθήναια νικήσομεν.

ΙΩΝ. Ἀλλ' ἔσται ταῦτα, ἐὰν θεὸς ἐθέλῃ.

ΣΩ. Καὶ μὴν πολλάκις γε ἐζήλωσα ὑμᾶς τοὺς ῥαψῳδούς, ὦ Ἴων, τῆς τέχνης· τὸ γὰρ ἅμα μὲν τὸ σῶμα κεκοσμῆσθαι ἀεὶ πρέπον ὑμῶν εἶναι τῇ τέχνῃ καὶ ὡς καλλίστοις φαίνεσθαι, ἅμα δὲ ἀναγκαῖον εἶναι ἔν τε ἄλλοις ποιηταῖς διατρίβειν πολλοῖς καὶ ἀγαθοῖς καὶ δὴ καὶ μάλιστα ἐν Ὁμήρῳ, τῷ ἀρίστῳ καὶ θειοτάτῳ τῶν ποιητῶν, καὶ τὴν τούτου διάνοιαν ἐκμανθάνειν, μὴ μόνον τὰ ἔπη, ζηλωτόν ἐστιν. Οὐ c

530 a 7 ἄλλης γε TWf : ἄλλης τε F || 8 τι ἡμῖν TW : τε ἡμῖν F || b 2 νικήσομεν T : -σωμεν WF || 7 καλλίστους corr. Paris. 1812.

ION

Personas del diálogo:

SÓCRATES, IÓN

530a SÓCRATES. Salud, Ión. ¿De cuándo acá por este nuestro pueblo? ¿Que vienes tal vez de tu casa de Efeso?

IÓN. No por cierto, Sócrates, que vengo de Epidauro, de las fiestas en honor de Esculapio.

SÓCRATES. ¿Que por ventura los de Epidauro ofrecen a este dios hasta concursos de rapsodas?

IÓN. De rapsodas, sí; y de toda clase de música.

SÓCRATES. Bueno, pues, ¿y nos ganaste algo en el concurso, y cómo nos lo ganaste?

IÓN. Nos llevamos los primeros premios, Sócrates.

b SÓCRATES. ¡Bella palabra! Pero mira de que venzamos también en las Panateneas.

IÓN. Así será, Sócrates, si dios lo quiere.

SÓCRATES. Y a propósito, ¡qué de veces, por causa de
vuestra arte, me ha entrado envidia de vosotros, los rapsodas!
Que por una parte es propio de vuestra arte traer siempre
el cuerpo bellamente adornado y así salir a luz pública bellos
entre los bellos, y por otra os tenéis que tratar con muchos y
buenos poetas, y entre otros y sobre todos ellos con Homero,
c el mejor y más divino de todos, y dar a la memoria sus pensamientos
y no tan sólo sus palabras. Cosas todas muy de
envidiar; que no llegará jamás a buen rapsoda el que no haya
entendido lo que quiso decir el poeta, ya que el rapsoda ha de
hacer, para los oyentes, de intérprete del pensamiento del
poeta, todo lo cual no podrá hacerlo bellamente sin conocer

qué es lo que el poeta dice. Cosas, por cierto, todas ellas dignas de envidia.

IÓN. Verdad dices, Sócrates; que, para mí y por mi palabra, no tuve en mi arte faena mayor que ésta, y aun creo poder decir sobre Homero cosas muy más bellas que los demás hombres; que ni Metrodoro el de Lampsaco ni Estesím-
d broto el de Tasos ni Glaucón ni otro alguno de los que ya han sido pudo decir sobre Homero pensamientos ni tantos ni tan bellos como los míos.

SÓCRATES. Bien dices, Ión; así que, según esto, no te los guardarás celosamente, sino que los vas a mostrar ante mí.

IÓN. Y por cierto que vale la pena de oír, Sócrates, qué bien embellecido me tengo a Homero, tanto que, a mi juicio, deberían los homéridas coronarme con corona de oro.

531a SÓCRATES. Me tomaré yo mismo otra vez buen respiro de tiempo para oírte. Ahora quisiera que me contestaras a esto ni más ni menos: ¿te sientes fuerte solamente en Homero o también en Hesíodo y Arquíloco?

IÓN. En ninguno fuera de Homero; y ya me parece bastante.

SÓCRATES. Pero, ¿no habrá cosas en que digan lo mismo Homero y Hesíodo?

IÓN. Creo que sí, y muchas.

SÓCRATES. Y sobre ellas, ¿sabrías exponer más bellamente lo que dice Homero que lo que Hesíodo dice?

IÓN. Igual, Sócrates, si es que los dos dicen lo mismo sobre las mismas cosas.

b SÓCRATES. Pero, ¿y sobre cosas en que no dicen lo mismo? Pongo por caso: acerca del arte adivinatoria algo deben decir Homero y Hesíodo.

IÓN. Por cierto que sí.

SÓCRATES. Pues bien: respecto de aquellas cosas del arte adivinatoria acerca de las cuales los dos poetas hablan por concorde manera y respecto de aquellas otras sobre las que opinan en discorde, ¿quién las expondrá mejor y más bellamente: tú o uno de los buenos adivinos?

IÓN. Uno de los adivinos.

SÓCRATES. Pero si tú mismo fueras adivino, ¿no serías capaz de explicarte acerca de las cosas en que hablan concordes Homero y Hesíodo, y no sabrías por parecida manera explicarte acerca de aquellas en que ambos discrepan?

IÓN. Es claro que sí.

c SÓCRATES. Entonces, pues, ¿cómo estás fuerte en Homero y no en Hesíodo ni los en demás poetas? ¿O es que Homero habla de cosas diversas de las que hablan todos los demás poetas? ¿Que no discurrió Homero muy por lo largo y casi siempre sobre la guerra y sobre las relaciones entre los hombres buenos y malos, plebeyos y artesanos, de dioses entre sí, de dioses y hombres, cómo se tratan todos ellos, sobre lo que les sucede a los cielos, sobre lo que pasa en el Hades y sobre las genealogías de héroes y dioses? ¿Que
d no son precisamente estas cosas las que en sus poemas poetizó Homero?

IÓN. Verdad dices, Sócrates.

SÓCRATES. Y, ¿qué de los demás poetas? ¿Que no versan sus poemas sobre estas mismas cosas?

IÓN. Por cierto que sí, Sócrates; mas no las han poematizado como él.

SÓCRATES. ¿Cómo, pues? ¿Peor que él?

IÓN. Y muchísimo pero, por cierto.

SÓCRATES. ¿Homero, por el contrario, muy mejor que ellos?

IÓN. Por Júpiter, sin duda muchísimo mejor.

SÓCRATES. Según esto —y ¡qué cabeza la tuya!, Ión— cuando entre muchos que sobre números hablan hay uno que lo hace bien cual ninguno, ¿no habrá alguien que reconozca quién es el que habla bellamente bien?

e IÓN. Digo que sí.

SÓCRATES. ¿Y no será ese mismo el que reconozca a los que hablan mal? ¿O será otro distinto?

IÓN. El mismo, sin duda alguna.

SÓCRATES. ¿Y no será el tal precisamente el que posee la técnica aritmética?

IÓN. Sí.

SÓCRATES. Pues bien: cuando entre muchos que hablan sobre cuáles son los alimentos sanos hay uno que lo hace mejor que todos, ¿serán dos y diversos: uno, el que reconoce que habla mejor que todos el que efectivamente habla mejor, y otro el que se da cuenta de que habla mal el que realmente lo hace mal, o bien serán los dos uno y el mismo?

IÓN. El mismo, evidentemente, y sin duda alguna.

SÓCRATES. ¿Y quién será y cuál su nombre?

IÓN. Médico.

SÓCRATES. Así, pues, y recapitulando: uno y el mismo
532a será el que (entre muchos que hablan sobre las mismas cosas) sepa discernir quién es el que lo hace bellamente bien y quién mal; que, si no reconociere al que habla mal, es claro que no sabrá tampoco discernir al que lo hace bien y bellamente, siempre que se trate de la misma materia.

IÓN. Así es.

SÓCRATES. Según esto, uno y el mismo tendrá que estar fuerte en ambos aspectos.

IÓN. Sí.

SÓCRATES. Pues, según tú dices, Homero y los demás poetas, entre los cuales están Hesíodo y Arquíloco, hablan de las mismas cosas, aunque no de la misma manera, que uno solo lo hace bien y bellamente y los demás peor que él.

IÓN. Y lo digo con verdad.

b SÓCRATES. Así, que si conoces al que habla bien, conocerías que hablan peor los que hablan peor.

IÓN. Tal parece, por cierto.

SÓCRATES. Según esto, pues, óptimo de Ión, no erraremos al decir que Ión está fuerte, y que lo está igualmente

en Homero y en los demás poetas, ya que tú mismo conviniste en que uno y el mismo ha de ser juez competente de todos los que sobre las mismas cosas hablen; y los poetas, casi todos, tratan sobre las mismas cosas.

IÓN. Pero, ¿qué es la causa, Sócrates, de que cuando me doy a palabras sobre otro poeta cualquiera anda mi mente desatendida y no puedo dar con razón que valga la pena,
c sino que, vaya dicho sin rodeos, se me hace noche por dentro y me adormilo; mas tan pronto como alguien hace mención de Homero me despierto de golpe, atiende mi inteligencia y acierto con qué decir?

SÓCRATES. Por cierto, amigo mío, que no es cosa difícil de explicar; es, por el contrario, bien fácil de ver que no eres capaz de hablar sobre Homero según arte y por ciencia, que si en el caso de Homero lo hicieras por arte, serías igualmente capaz de hablar así sobre todos los demás poetas, que la poética es un todo, ¿no es así?

IÓN. Sí.

d SÓCRATES. Y si tomamos otra arte cualquiera en cuanto todo, parecidas consideraciones habrá que hacer respecto de ella y de todas las demás. Y sobre este punto, tal cual queda dicho, ¿te hace falta oír algo más, Ión?

IÓN. Sí, Sócrates, ¡por Júpiter!, y por mi palabra que me place oíros a vosotros los sabios.

SÓCRATES. Bien quisiera, Ión, que lo pudieras decir con verdad; que, en realidad de verdad, los sabios sois vosotros: los rapsodas, los actores y los autores de aquellos poemas que vosotros dais al canto; que yo digo la verdad llanamente, como un cualquiera. Y respecto de lo que ahora mismo te
e estaba preguntando, mira qué vulgar y corriente y que es cosa al alcance de las entendederas de todo hombre: que cuando se posee un arte en su totalidad con una y la misma consideración basta para todo. Apresémoslo con este razonamiento: el arte pictórico, ¿no forma un todo?

IÓN. Sí.

SÓCRATES. Y, ¿no ha habido muchos pintores, unos fuertes en pintura y otros menospreciables?

IÓN. Ciertamente.

SÓCRATES. Pues bien: ¿viste por tus propios ojos a alguno que pueda sobre Polignoto de Aglaofón decir en luminosas palabras qué es lo que pintó bien y bellamente y qué es lo que no pintó ni bellamente ni bien, y que con todo no 533a sea capaz de hablar así respecto de los demás pintores? ¿Y viste por tus propios ojos a alguien que, mientras se le explican las obras de los demás pintores se duerma y desconcierte y no tenga nada particular que decir, empero, apenas se trate de dar a luz pensamientos sobre Polignoto —o uno cualquiera de los pintores, siempre que sea sobre uno solo—, se despabile, atienda con mente y todo y encuentre qué decir?

IÓN. ¡Por Júpiter!, ciertamente que no vi tal por mis propios ojos.

SÓCRATES. Pero un caso más: ¿viste alguna vez por tus propios ojos en el arte escultórico a alguien que sobre uno solo de los escultores —sobre Dédalo el de Metión o sobre Epeyo el de Panopeo o sobre Teodoro el de Samos u b otro cualquiera— esté fuerte en exponer lo que hizo bien y bellamente, y que, con todo, ante las obras de los demás escultores no sepa por dónde anda ni tenga qué decir, se le haga noche por dentro y se duerma?

IÓN. No, ¡por Júpiter!, jamás vi tal con mis ojos.

SÓCRATES. Pero hay más, a mi parecer: que ni en el arte de la flauta ni en el de la cítara ni en el canto con cítara ni en el de la rapsodia jamás habrás visto por tus ojos varón que esté fuerte explicando a Olimpo o a Orfeo o a c Femio, el rapsodia de Itaca, más que sobre Ión, el de Efeso, se desoriente y no tenga particular cosa que decir sobre si sus rapsodias son o no buenas y bellas.

IÓN. Nada tengo que oponerte, Sócrates. Con todo me sé muy bien, de verme por dentro, que sobre Homero digo cosas muy más bellas que todos los hombres, que en Homero sé muy bien por dónde voy, y que todos los demás dicen que sobre Homero lo hago bien y bellamente, y que no me sale así sobre los demás. Tú verás qué es eso.

SÓCRATES. Lo veo muy bien, Ión, y voy a darte luz d en palabras que te digan qué es eso, a mi parecer. Y es que

eso de hablar bien y bellamente sobre Homero no es en ti arte, como estaba diciendo, sino virtud divina que te mueve, a la manera que acontece con la piedra que Eurípides llamó Magnética y los más denominan Hercúlea. Que esta piedra no sólo guía hacia sí los anillos de hierro, sino que les comunica virtud para que ellos a su vez puedan hacer lo mismo que hace ella, atrayendo hacia sí tales anillos a otros anillos,
e de suerte que a veces se eslabona, de unos con otros anillos, de hierro con hierros, larga y grande cadena. Y tal virtud, de aquella piedra les viene a todos, eslabón por eslabón. De parecida manera; es la Musa quien, por sí misma, torna endiosados a los poetas y por intermedio de tales endiosados entusiasmados otros, se eslabona una cadena; que todos los buenos poetas de épicos cantos no por parte alguna sino por endiosados y posesos dicen todos sus bellos poemas y por semejante modo los poetas líricos. Y así como los corybantes, mientras están en sus cabales, no bailan, por parecida manera
534a tampoco los poetas líricos componen, mientras están en sus cabales, éstos sus cantos bellos; empero, cuando se les suben los pies a la armonía y al ritmo, entran en báquicas conmociones, se vuelven posesos, cual las bacantes están posesas y mentecatas mientras sacan para sí de los ríos leche y miel; y no otra cosa ni de otra manera obra el alma de los poetas líricos, de creer a sus palabras. Porque los poetas nos dicen, y de alguna parte lo sacan, que de melifluyentes manantiales, allá en ciertos jardines y bosquecillos de las Musas, nos traen,
b libándolas como abejas y volando como ellas, sus poéticas melodías. Que el poeta es cosa sagrada, alada y ligera, y es incapaz de hacer poéticamente nada hasta que se ponga endiosado y mentecato, tanto que no se halle en él inteligencia alguna. Pero hasta que no llegue a estar así poseso no hay hombre que pueda ni hacer poesía ni dar oráculos en canto. Puesto que, según esto, no se poetiza por arte ni se dicen por arte tantas y tan bellas cosas sobre los poemas, cual
c tú las dices sobre Homero, sino por gracia divina, no será uno por cierto capaz de hacer bellamente sino aquello solo a que le empuje la Musa; que así a uno le dará por ditirambos, a otros por encomios, a estotro por danzar al son de cánticos, a éste por épica, a aquél por iambos. Ahora que en todo lo demás esos mismos no harán cosa de provecho Porque, en definitiva, lo que decían no lo decían por arte, sino por virtud divina; que si sobre una sola cosa supieran hablar

εἰσιν τῶν θεῶν, κατεχόμενοι ἐξ ὅτου ἂν ἕκαστος κατέ-
χηται. Ταῦτα ἐνδεικνύμενος ὁ θεὸς ἐξεπίτηδες διὰ τοῦ
φαυλοτάτου ποιητοῦ τὸ κάλλιστον μέλος ᾖσεν· ἢ οὐ δοκῶ 535 a
σοι ἀληθῆ λέγειν, ὦ Ἴων ;

ΙΩΝ. Ναὶ μὰ τὸν Δία, ἔμοιγε· ἅπτει γάρ πώς μου τοῖς
λόγοις τῆς ψυχῆς, ὦ Σώκρατες, καί μοι δοκοῦσι θείᾳ μοίρᾳ
ἡμῖν παρὰ τῶν θεῶν ταῦτα οἱ ἀγαθοὶ ποιηταὶ ἑρμηνεύειν.

ΣΩ. Οὐκοῦν ὑμεῖς αὖ οἱ ῥαψῳδοὶ τὰ τῶν ποιητῶν ἑρμη-
νεύετε ;

ΙΩΝ. Καὶ τοῦτο ἀληθὲς λέγεις.

ΣΩ. Οὐκοῦν ἑρμηνέων ἑρμηνῆς γίγνεσθε;

ΙΩΝ. Παντάπασί γε.

ΣΩ. Ἔχε δή μοι τόδε εἰπέ, ὦ Ἴων, καὶ μὴ ἀποκρύψῃ b
ὅ τι ἄν σε ἔρωμαι· ὅταν εὖ εἴπῃς ἔπη καὶ ἐκπλήξῃς μάλιστα
τοὺς θεωμένους, ἢ τὸν Ὀδυσσέα ὅταν ἐπὶ τὸν οὐδὸν ἐφαλ-
λόμενον ᾄδῃς, ἐκφανῆ γιγνόμενον τοῖς μνηστῆρσι καὶ ἐκ-
χέοντα τοὺς ὀιστοὺς πρὸ τῶν ποδῶν, ἢ Ἀχιλλέα ἐπὶ τὸν
Ἕκτορα ὁρμῶντα, ἢ καὶ τῶν περὶ Ἀνδρομάχην ἐλεινῶν τι
ἢ περὶ Ἑκάβην ἢ περὶ Πρίαμον, τότε πότερον ἔμφρων εἶ
ἢ ἔξω σαυτοῦ γίγνει καὶ παρὰ τοῖς πράγμασιν οἴεταί σου c
εἶναι ἡ ψυχὴ οἷς λέγεις ἐνθουσιάζουσα, ἢ ἐν Ἰθάκῃ οὖσιν
ἢ ἐν Τροίᾳ ἢ ὅπως ἂν καὶ τὰ ἔπη ἔχῃ ;

ΙΩΝ. Ὡς ἐναργές μοι τοῦτο, ὦ Σώκρατες, τὸ τεκμήριον
εἶπες· οὐ γάρ σε ἀποκρυψάμενος ἐρῶ. Ἐγὼ γὰρ ὅταν ἐλει-
νόν τι λέγω, δακρύων ἐμπίμπλανταί μου οἱ ὀφθαλμοί· ὅταν
τε φοβερὸν ἢ δεινόν, ὀρθαὶ αἱ τρίχες ἵστανται ὑπὸ φόβου
καὶ ἡ καρδία πηδᾷ.

ΣΩ. Τί οὖν ; φῶμεν, ὦ Ἴων, ἔμφρονα εἶναι τότε τοῦτον d
τὸν ἄνθρωπον, ὃς ἂν κεκοσμημένος ἐσθῆτι ποικίλῃ καὶ
χρυσοῖσι στεφάνοις κλάῃ τ' ἐν θυσίαις καὶ ἑορταῖς, μηδὲν

535 a 3 γὰρ πώς μου T : γάρ πως μου W γάρ μου πῶς F || b 1 μοι TW : καί μοι F || 3 οὐδόν WFt : ὀδ- T || c 2 οὖσιν TWF : -σα S || 3 ὅπως TF : πῶς W || 6 μου codd. (etiam W) || d 1 τότε τοῦτον WF : τοῦτον τότε T τοῦτον recc. || 3 χρυσοῖσι F : -σοῖς TW.

por arte, hablaran también según arte de todas las demás.
Por estos motivos dios, volviéndolos mentecatos, se sirve de
los poetas cual de ministros, como echa mano de los oráculos
d y de los buenos adivinos, para que, oyéndolos nosotros, se
nos entre por los ojos que no son ellos los que dicen palabras
de tanta dignidad, puesto que sus mentes no están entonces
en sus cabales, sino que dios mismo es el que habla, y ellos
hacen tan sólo de resonadores de sus palabras para nosotros.
Gran testimonio tenemos de esto en lo que se cuenta de
Tínico el calcedonio, que no compuso en su vida otro poema,
digno de particular memoria, fuera de un peán, canto ya uni-
versal, el más bello tal vez de todos los cantos, y sea dicho
sin rodeos, "invención, en cierta manera, de las Musas",
como él mismo lo dice. Y en esto, más que en otra cosa
e alguna, me parece que dios quiere darnos a entender manifies-
tamente, sin que nos quede duda, que no son cosa humana
u obra de hombres tales bellos poemas, sino cosas divinas y
obras de dioses, y que los poetas no son sino intérpretes de
los dioses, y mentecatos: capturados en sus mentes cada uno
por su dios. Y para mostrarlo todavía más, dios canta, de
535a intento, por el más menospreciable poeta el canto más ina-
preciablemente bello. ¿No te parece, Ión, que digo verdad?

IÓN. Sí, ¡por Júpiter!, que me estás como tocando el alma con tus palabras, Sócrates, y me parece que, en efecto, los buenos poetas hacen, por gracia divina, de intérpretes de los dioses para con nosotros.

SÓCRATES. Según esto, pues, vosotros los rapsodas interpretáis lo de los poetas.

IÓN. También en esto dices verdad.

SÓCRATES. Resultáis, por tanto, intérpretes de intérpretes.

IÓN. Así es de todo en todo.

b SÓCRATES. Tente, pues, y dime, Ión, y no te me escabullas en lo que te voy a preguntar: cuando declamas bien y bellamente cantos épicos y por golpe extremado sacas fuera de sí al auditorio —pongo por caso cuando cantas a Ulises, traspasando audazmente el umbral de su casa, descubriéndose deslumbrante ante los pretendientes y disparando y clavando

ΙΩΝ 535d

ἀπολωλεκὼς τούτων, ἢ φοβῆται πλέον ἢ ἐν δισμυρίοις ἀνθρώ-
ποις ἑστηκὼς φιλίοις, μηδενὸς ἀποδύοντος μηδὲ ἀδικοῦν-
τος ;

ΙΩΝ. Οὐ μὰ τὸν Δία, οὐ πάνυ, ὦ Σώκρατες, ὥς γε
τἀληθὲς εἰρῆσθαι.

ΣΩ. Οἶσθα οὖν ὅτι καὶ τῶν θεατῶν τοὺς πολλοὺς ταὐτὰ
ταῦτα ὑμεῖς ἐργάζεσθε ;

ΙΩΝ. Καὶ μάλα καλῶς οἶδα· καθορῶ γὰρ ἑκάστοτε e
αὐτοὺς ἄνωθεν ἀπὸ τοῦ βήματος κλάοντάς τε καὶ δεινὸν
ἐμβλέποντας καὶ συνθαμβοῦντας τοῖς λεγομένοις. Δεῖ γάρ
με καὶ σφόδρ' αὐτοῖς τὸν νοῦν προσέχειν· ὡς ἐὰν μὲν
κλάοντας αὐτοὺς καθίσω, αὐτὸς γελάσομαι ἀργύριον λαμ-
βάνων, ἐὰν δὲ γελῶντας, αὐτὸς κλαύσομαι ἀργύριον
ἀπολλύς.

ΣΩ. Οἶσθα οὖν ὅτι οὗτός ἐστιν ὁ θεατὴς τῶν δακτυλίων
ὁ ἔσχατος, ὧν ἐγὼ ἔλεγον ὑπὸ τῆς Ἡρακλειώτιδος λίθου
ἀπ' ἀλλήλων τὴν δύναμιν λαμβάνειν ; ὁ δὲ μέσος σὺ ὁ
ῥαψῳδὸς καὶ ὑποκριτής, ὁ δὲ πρῶτος αὐτὸς ὁ ποιητής· ὁ 536 a
δὲ θεὸς διὰ πάντων τούτων ἕλκει τὴν ψυχὴν ὅποι ἂν βού-
ληται τῶν ἀνθρώπων, ἀνακρεμαννὺς ἐξ ἀλλήλων τὴν δύνα-
μιν. Καὶ ὥσπερ ἐκ τῆς λίθου ἐκείνης ὁρμαθὸς πάμπολυς
ἐξήρτηται χορευτῶν τε καὶ διδασκάλων καὶ ὑποδιδασκάλων,
ἐκ πλαγίου ἐξηρτημένων τῶν τῆς Μούσης ἐκκρεμαμένων
δακτυλίων. Καὶ ὁ μὲν τῶν ποιητῶν ἐξ ἄλλης Μούσης, ὁ
δὲ ἐξ ἄλλης ἐξήρτηται — ὀνομάζομεν δὲ αὐτὸ κατέχεται,
τὸ δέ ἐστι παραπλήσιον· ἔχεται γάρ — ἐκ δὲ τούτων τῶν b
πρώτων δακτυλίων, τῶν ποιητῶν, ἄλλοι ἐξ ἄλλου αὖ ἠρτη-
μένοι εἰσὶ καὶ ἐνθουσιάζουσιν, οἱ μὲν ἐξ Ὀρφέως, οἱ δὲ ἐκ
Μουσαίου· οἱ δὲ πολλοὶ ἐξ Ὁμήρου κατέχονταί τε καὶ
ἔχονται. Ὧν σύ, ὦ Ἴων, εἷς εἶ καὶ κατέχει ἐξ Ὁμήρου, καὶ
ἐπειδὰν μέν τις ἄλλου του ποιητοῦ ᾄδῃ, καθεύδεις τε καὶ

d 4 φοβῆται T : -βεῖται WF || 5 φιλίοις TWf : φίλοις F || 9 ταὐτὰ ταῦτα TF : τὰ τοιαῦτα W || 536 b 2 αὖ ἠρτημένοι TF : ἀνηρτημένοι W || 5 ὦ TWF : om. F || 6 ᾄδῃ — 7 ποιητοῦ om. F in marg. add.

ante cada pie su saeta, o cuando cantas a Aquiles precipitándose sobre Héctor, o las miserias de Andrómaca, las de Hécuba, o las de Príamo—, ¿estás entonces en tus cabales o fuera de ti y te parece que tu alma se está, dislocada de sí por el entusiasmo, allá donde las cosas que dices: en Itaca
c si están, en Itaca, en Troya si en Troya o en donde los poemas épicos las tengan colocadas?

IÓN. ¡Qué desconcertante, por evidente, es para mí éste tu testimonio, Sócrates, porque te voy a decir sin reserva ni ocultación alguna que, cuando declamo calamidades y miserias, se me anegan los ojos en lágrimas; y cuando son cosas tremebundas y medrosas se me ponen por el miedo los pelos de punta y el corazón se me sobresalta.

d SÓCRATES. Pues bien Ión: ¿diremos que está en sus cabales un hombre cuando, revestido de vistosos y variados ornamentos y doradas coronas, a mitad de fiestas y sacrificios, prorrumpe en lamentos, sin que nada se le haya perdido o se echa a temblar de miedo estando rodeado de más de veinte mil hombres benévolos, ninguno de los cuales le quita ni le hace mal alguno?

IÓN. No, ¡por Júpiter!, Sócrates; en manera alguna, para decir la verdad.

SÓCRATES. Y, ¿no sabéis con saber-de-vista que esos mismos efectos hacéis en muchos de vuestros oyentes?

e IÓN. Y muy bien que me lo sé por haberlo visto. Que con mis propios ojos veo cómo cada vez se levantan de la gradería, cómo gritan, con qué terribles miradas me miran, cómo se conmueven a mis palabras; que bien necesario que es prestarles grande atención, porque si los pongo a todos en un grito, al pagarme será mi reír; mas si se me ríen ellos, al perder mi dinero será mi llorar.

SÓCRATES. Sábete, pues, Ión, que éste, el espectador, es el postrero de los anillos que, como te decía, reciben virtud unos de otros de la piedra heráclida; que el anillo intermedio eres tú, el rapsoda, el actor, y el primero lo es el poeta mismo,
536a mientras que dios, a través de todos, arrebata el alma de los hombres adonde le place, uniéndolos unos con otros por suspendiente y comunicativa virtud. Y a la manera como lo

hacía la piedra magnética, se eslabona la cadena —grande,
larga y entera— de coristas, maestros y amaestrados, eslabo-
nándose unos con otros a partir de los anillos más próxima-
mente suspendidos de las Musas. Y de entre los poetas uno
está suspendido de una Musa, y otro de otra; y a esto lla-
mamos estar poseso por ellas, que suspenso y poseso son
cosas emparentadas, que todo es estar atendido. Y con estos
b primeros anillos, los poetas poetas, se eslabonan, por ins-
piración de ellos, otros; y unos se inspiran en Orfeo y otros
en Museo. Empero, los más andan posesos y atenidos a
Homero. Entre los cuales uno eres tú, Ión, y estás poseído
bajo el poder de Homero; y así, cuando uno declama algo
de algún otro poeta, te duermes y no sabes qué decir; empero,
apenas oyes el más leve sonido melódico de éste tu poeta,
te despiertas de golpe, se te pone a bailar el alma y hallas
qué decir; porque lo que sobre Homero dices no lo dices
c por arte ni por ciencia, sino por gracia divina. Que así como
los corybantes están sensiblemente coafinados tan sólo para
aquella melodía que sea la del dios de quien están posesos,
y para tal melodía saben dar inmediatamente con los propios
pasos y figuras, y las demás melodías nada les dicen, de
parecida manera, Ión, cuando se te mienta a Homero te
sales a las mil maravillas; mas si te mientan a otro no das
con salida alguna. Y si me preguntas la causa de esto —de
por qué te sale tan bien y bellamente Homero y no otro
alguno— es porque eres magnífico ensalzador de Homero
d por gracia divina, no por arte.

IÓN. ¡Qué bien y bellamente lo dices, Sócrates! Empero, mucho más me admiraría si hablases tan bellamente-bien que llegaras a persuadirme que hasta yo mismo estoy poseso y maniático cuando ensalzo a Homero. Y aún creo, por el contrario, que no te lo parecería si me oyes hablar de él.

SÓCRATES. Por cierto que tengo en voluntad oírte, mas
e no antes de que me hayas contestado a esto: de entre las
cosas que dijo Homero, ¿sobre cuál de ellas dices bien-y-bella-
mente? Porque no será así sobre todas.

IÓN. Sábetelo bien, Sócrates; no hay ninguna sobre la que no hable bellamente bien.

SÓCRATES. No será de seguro sobre aquellas que por ventura no conozcas, aunque sobre ellas hable Homero.

IÓN. Y, ¿sobre qué cosas habla Homero que yo no sepa?

537a SÓCRATES. ¿No habla Homero mucho y en muchas partes sobre cosas de arte, por ejemplo, sobre conducción de carros?, que si me vienen los versos a la memoria te los diré.

IÓN. Yo te los diré, Sócrates, que los recuerdo.

SÓCRATES. Recítame lo que dice Néstor a su hijo Antíloco, avisándole que tome precauciones en las vueltas, durante la carrera hípica en honor de Patroclo.

IÓN. Dice: *"Inclínate en el bien pulido carro, suave-*
b *mente, hacia la izquierda de ambos topes. Y al caballo que va a la derecha aguijonéalo con tus voces mientras lo riges con las riendas. Y ya en el tope mismo, que el caballo de la izquierda se arrime a él de modo que parezca el bien labrado eje tocar el ápice de la piedra, sin que llegue con todo a tocarla".*

SÓCRATES. Basta. ¿Quién conocerá mejor lo que en estos
c versos épicos dice Homero y si lo dice bien y correctamente: un médico o un auriga?

IÓN. Naturalmente, un auriga.

SÓCRATES. ¿Y lo conocerá por su arte o por otro motivo?

IÓN. No por otro, sino por su arte.

SÓCRATES. Así, pues, a cada una de las artes, ¿no le ha sido señalada por dios una determinada faena? Y a cada cual, ¿no le habrá sido dado también ser conocedora de ciertas cosas? Porque no vamos a conocer por el arte médica lo que conocemos por el arte del timonel.

IÓN. No por cierto.

SÓCRATES. Ni por el arte arquitectónica lo que conocemos por la medicina.

IÓN. No por cierto.

d SÓCRATES. Y de parecida manera, según esto, en todas las demás artes; que lo que conocemos por una no habrá modo

de conocerlo por otra diversa. Empero, respóndeme antes que a este otro punto a estotro: ¿admites que haya artes diversas una de otra?

IÓN. Sí.

SÓCRATES. ¿Y convienes conmigo en que cuando una ciencia versa sobre unos objetos y otra sobre otros llame yo, y tú conmigo, a la una técnica diversa de la otra?

IÓN. Sí.

e SÓCRATES. Porque si, sea por lo que fuere, una ciencia versare sobre las mismas cosas que otra, ¿por qué habríamos de decir que la una es diversa de la otra, puesto caso que por ambas podríamos saber con saber-de-ideas las mismas cosas? Que a la manera como conozco que son cinco estos dedos, como yo conoces tú eso mismo sobre estos mismos dedos. Y caso de que te preguntara si tanto tú como yo conocemos tales cosas por una y la misma arte, por la aritmética o por otra diversa de ella, responderías de seguro que por la misma.

IÓN. Así es.

538a SÓCRATES. Ahora va, pues, lo que iba a decirte: si te parece que en todas las artes una y la misma versa siempre sobre las mismas cosas, y otra diversa sobre cosas diversas a las de la primera, si se da una arte diversa de otra, menester será que por ella se conozcan cosas diversas también.

IÓN. Así me lo parece, Sócrates.

SÓCRATES. Según esto, pues, el que no posea una cierta y determinada arte, ¿podrá conocer bellamente lo que en tal arte se dice o lo que por ella se hace?

b IÓN. Hablas según verdad.

SÓCRATES. Pues acerca de lo que dice Homero en los versos que recitaste y sobre si lo dice bellamente o no, ¿quién lo conocerá mejor: tú o un auriga?

IÓN. Un auriga.

SÓCRATES. Y esto porque tú eres rapsoda y no auriga.

IÓN. Así es.

SÓCRATES. ¿Y es el arte de los rapsodas diversa de la de los aurigas?

IÓN. Sí.

SÓCRATES. Si, pues, es diversa, dará conocimiento científico sobre cosas diversas también.

IÓN. Sí.

SÓCRATES. Y, ¿qué dices de aquello que Homero relata:
c que a Macaón herido ofreció Hecamente, la concubina de Néstor, un brevaje por bebida? Lo dice más o menos así: *"Sobre vino de Pramnis, con broncínea ralladera ralló caprino queso; y por bocado para la bebida, cebolla"*. ¿A quién corresponderá discernir si Homero, al hablar de esta manera, diagnostica correctamente o no: al arte médica o a la del rapsoda?

IÓN. A la médica.

SÓCRATES. Y, ¿qué cuando dice Homero:

d *"Llega a lo profundo, semejante al plomo; y enfurecido, cual cuerno de toro salvaje, va acarreando desgracias a los voraces peces"?*

¿A quién diremos corresponde juzgar si, al decir tales cosas, Homero habla bellamente o no: al arte piscatoria o a la de los rapsodas?

IÓN. Evidentemente, Sócrates, al arte piscatoria.

SÓCRATES. Empero, suponte que tú, el interrogado, me preguntas a tu vez: "Puesto que, según esto, Sócrates, hallas
e en Homero sobre estas artes cosas que, en propiedad, corresponde a cada una de ellas dar juicio definitivo, ¡vamos!, encuéntrame respecto de las que a los advinos y al arte adivinatoria atañen cosas que le esté bien a Homero diagnosticar, y si lo ha hecho bien o mal", y pon atención en la factibilidad y verdad con que te voy a contestar; que hay muchos pasajes en los que sobre esto habla: así en la *Odisea*, por ejemplo, cuando el adivino de la prosapia de Melampo, Teoclymenos, se dirige a los pretendientes por semejantes razones:

539a *"¡Daimoníacos!, ¿por qué lleváis en paciencia tal desgracia? Están rodeados de Noche vuestras cabezas, las partes*

que para ser vistas fueron hechas y los miembros inferiores todos. Llanto en lágrimas quemó vuestras mejillas. Llenos de espectros están los soportales y lleno está también el patio de espectros, que impelidos por la oscuridad se van yendo hacia
b *el Erebo. Desapareció el Sol del cielo y sobrevino niebla siniestra*"; y en otros muchos pasajes de la *Ilíada*, por ejemplo, en batalla sobre los muros, donde dice:

"...*mientras buscaban orientarse, vino hacia ellos una ave, águila de altos vuelos que hacia la izquierda impelió al ejército. Llevaba en sus uñas rojo dragón, monstruoso,*
c *viviente aún y palpitante, y con no olvidadas ganas de pelea, porque, revolviéndose, hirió a su raptor en el pecho y junto al cuello. Mas el águila, resintiéndose del dolor, arrojó al dragón desde allí hacia la Tierra; lo precipitó en medio de la muchedumbre. Y el águila, con poderoso grito, se voló en un soplo de viento*".

d Tales pasajes digo que pertenecen al adivino examinarlos y juzgarlos.

IÓN. Y lo dices con verdad, Sócrates.

SÓCRATES. Y también con verdad dices esto tú, Ión. Pues bien: así como yo seleccioné para ti de la *Ilíada* y de la *Odisea* cosas que al adivino atañen y otras que al médico y al pescador, por parecida manera hazlo tú y elígeme, puesto que eres muy más versado que yo en Homero, cuáles son las
e que pertenecen al rapsoda y al arte rapsódica y sobre las que al rapsoda corresponde examinar y juzgar aun frente a todos los hombres.

IÓN. Todas, Sócrates; tal es mi afirmación.

SÓCRATES. No puedes afirmar que todas, Ión. ¿Qué tan desmemoriado eres? Que, por cierto, gran inconveniente fuera para un rapsoda eso de ser desmemoriado.

IÓN. Pues, ¿qué es lo que se me fue de la memoria?

540a SÓCRATES. Pero, ¿que no recuerdas haber dicho que el arte de los rapsodas es arte diversa de la de los aurigas?

IÓN. Me acuerdo.

SÓCRATES. ¿Y no admitiste que, siendo diversa, conocerá cosas diversas también?

IÓN. Sí.

SÓCRATES. Así que ni el arte rapsódica conocerá, según tus palabras, todas las cosas ni las conocerá tampoco el rapsoda.

IÓN. Conocerá todas menos, tal vez, estas de los aurigas, Sócrates.

b SÓCRATES. Hablas de éstas como de una excepción respecto de todas las demás artes. Mas, ¿cuáles serán las que conozca el rapsoda, puesto que no conoce todas?

IÓN. Las que, a mi parecer, esté bien al varón y a la mujer, decirlas, aquellas otras que sean lenguaje propio del esclavo y del libre y las que convenga ser dichas por dirigidos y dirigentes.

SÓCRATES. Según esto, ¿afirmas que el rapsoda conocerá más bellamente que ese dirigente que es el timonel lo que conviene decir en la mar para el caso de una nave en tormenta?

IÓN. No, que esto le concierne al timonel.

c SÓCRATES. ¿Y sabrá el rapsoda más bellamente que esotro dirigente, el médico, lo que viene a propósito decir a un enfermo?

IÓN. Tampoco.

SÓCRATES. Y lo concerniente al esclavo, ¿dirás que lo sabe mejor el rapsoda?

IÓN. Sí.

SÓCRATES. Por ejemplo: en el caso de un esclavo boyero, ¿dices que el rapsoda sabrá mejor que el boyero mismo cuáles son las convenientes palabras para amansar toros enfurecidos?

IÓN. No por cierto.

SÓCRATES. ¿Y sobre las que a una hiladora le conviene decir acerca de sus labores con lana?

IÓN. Tampoco.

d SÓCRATES. ¿Y sabrá el rapsoda las que van bien que diga un general para arengar a sus soldados?

IÓN. Sí, que estas tales las conoce el rapsoda.

SÓCRATES. ¿Cómo así? ¿Que el arte rapsódica es arte militar?

IÓN. Por mi palabra, que yo conociera bien lo que conviene que diga un general.

SÓCRATES. Tal vez, Ión, porque eres general. Que si por casualidad fueras a la vez jinete y citarista conocerías bien y bellamente quiénes montan mal y quiénes bellamente bien. Empero, si te preguntara: ¿en virtud de qué arte, Ión, reco-
e noces a los que montan bien los caballos: en cuanto jinete o porque eres citarista? ¿Qué me respondieras?

IÓN. Por ser jinete, claro está.

SÓCRATES. Y si, según esto mismo, supieras discernir los que tocan bien y bellamente la cítara, tendrías que confesar que lo reconocerías por ser tú mismo citarista y no por ser jinete.

IÓN. Así es.

SÓCRATES. Si, pues, conoces cosas de guerra, ¿las conoces en cuanto guerrero o por ser buen rapsoda?

IÓN. Me parece que en este caso no hay diferencia alguna.

541a SÓCRATES. ¿Cómo? ¿Afirmas no haber diferencia alguna? ¿Dices, pues, ser una y la misma arte la del rapsoda y la del guerrero, o dos?

IÓN. Una, a mi parecer.

SÓCRATES. ¿De modo que dará la coincidencia de que el rapsoda sea también buen general?

IÓN. Y muy bueno, Sócrates.

SÓCRATES. Según esto, pues, todo buen general será por el mero hecho buen rapsoda.

IÓN. Esto ya no, a mi parecer.

b SÓCRATES. Pero, ¿todavía es tu parecer que el buen rapsoda será también buen general?

IÓN. De seguro.

SÓCRATES. Ahora bien, ¿no eres tú el mejor rapsoda entre los griegos?

IÓN. Y con mucho, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Y serás tú también, Ión, el mejor general griego?

IÓN. Tenlo por seguro, Sócrates; y, además, sábete que lo he aprendido de Homero.

SÓCRATES. ¡Por los dioses!, Ión. Y entonces, ¿cómo es que, siendo en ambas cosas el mejor de los griegos, el mejor rapsoda y el mejor general, haces de rapsoda en tus giras por las Grecias, mas no haces de general? ¿O piensas tal
c vez que los griegos tienen gran necesidad de un rapsoda, coronado con corona de oro; y ninguna de generales?

IÓN. Nuestra ciudad, Sócrates, está por cierto regida por nosotros los rapsodas y nosotros mandamos en las cosas de guerra y para nada nos hacen falta generales; mientras que la vuestra y la de los Lacedemonios de seguro que no me eligieran por general, que, a vuestro parecer, os bastáis para todo.

SÓCRATES. Pero, óptimo de Ión, ¿qué no conoces a Apolodoro el de Cícico?

IÓN. ¿Quién es?

SÓCRATES. Uno a quien los atenienses eligieron muchas
d veces por general, aun siendo extranjero; y ahí están Fanoscenes de Andros y Heráclidas de Clazomenes que, extranjeros y todo, nuestra ciudad los designó públicamente por dignos de nombramiento, les dio mando militar y otras comandancias. ¿Y no va a elegir y honrar por general a Ión de Efeso, si le pareciera digno de tal nombramiento? ¿Que no sois atenienses los de Efeso, y desde muy antiguo? ¿Que es Efeso, por ventura, inferior a otra ciudad alguna? Pero, Ión, si me estás
e diciendo verdad en eso de que eres capaz de ensalzar a Homero por arte y por ciencia, fáltasme a la j sticia, puesto que, habiéndome prometido dar a saber muchas y bellas cosas sobre Homero y mostrármelas en tus palabras, me engañas y te guardas muy bien de enseñármelas; porque, aunque mucho

te lo haya rogado, ni siquiera me has querido decir qué cosas son tu fuerte. Que, vaya sin rodeos, te me hiciste del todo proteiforme, volviéndote del revés y del derecho, hasta que, por fin, te me escabulliste y resultaste general;
542a todo para no mostrarme lo fuerte que está tu sabiduría en cosas de Homero. Ahora que si, en verdad y como decía hace poco, eres técnico en Homero y, habiendo prometido explicármelo, me dejas con las ganas, eres por cierto injusto; mas si no eres técnico, sino que, poseso por gracia divina y sin saber, con saber-de-ideas, nada sobre Homero, dices con todo sobre tal poeta muchas cosas y bellas —que tal es lo que yo digo de ti— en este caso no me eres injusto en nada. Elige, pues, qué es lo que prefieres pensemos de ti: que eres injusto o que eres divino.

b IÓN. Gran distancia va de la una cosa a la otra, Sócrates; que es muy más bello ser considerado divino.

SÓCRATES. Pues ésta es la belleza que, a nuestro parecer, te ha cabido en suerte, Ión: la de ser divino y no la de ser ensalzador técnico de Homero.

NOTAS AL ION

530 a, b.

"a este dios", τῷ θεῷ. En concepciones del mundo que admiten oficial y privadamente muchos dioses, "dios" no es nombre propio, cual en concepciones monoteístas. En aquéllas, "dios" es nombre común, cual lo son hombre, caballo, número. La frase ὁ θεός se refiere en ellas al dios que se haya nombrado, como aquí a Esculapio, y debe traducirse por "este dios". A veces al dios especialmente mencionado no se le da su nombre propio —de Apolo, Júpiter...— sino se emplea una descripción inequívoca, cual "el dios de Delfos, el Padre de dioses y hombres...". En esta traducción se escribe "dios" con minúscula inicial por la razón dicha, y así evitar malas interpretaciones.

Por otra parte, cuando una palabra —sustantivo, adjetivo...— indique en sí misma a un dios o diosa —vgr. Suerte, a "Τύχη"; Lote, a Μοῖρα, Venéreo, a Ἀφροδίτη..— se las transcribe con mayúscula inicial, sean nombres, adjetivos o adverbios. Tal resonancia verbal, o presencia de un dios o diosa, en una palabra es una nota típica del griego, a conservar por fidelidad y que él percibía.

"bellamente adornado", κεκοσμῆσθαι. "Adornado-y-ordenado" cual el ejemplar supremo de orden-y-adorno es el Κόσμος, el Mundo. "Cosmos" es palabra de tipo "acorde" (Cl. I): orden-y-adorno. Y es nombre propio, cual el de Júpiter, pues es "único". El Mundo es Este Mundo. De aquí que sus cualidades definidoras: Orden-y-Adorno se apliquen, cual gran alabanza, a seres inferiores. Aquí Sócrates las aplica a Ión.

"poeta", ποιητής. En esta palabra resonaba en griego más clara que en la nuestra —a pesar de ser la misma materialmente que la griega— la nota de "creador"; de palabra con novedad, invento; y "poeta" sonaba a inventor de novedades en palabras, significados, música; metro, ritmo, compás, pasos. De sus conexiones con los dioses se hablará más adelante en el diálogo. "Crear", "inventar" (ποιεῖν) se aplicaba también a artesanos-artistas, por inventores de aparatos u otras obras de arte, artesanal y artística. Todo ello son novedades frente a lo natural. Y ellos son "creadores". Proximidad entre "poetas" y "artesanos" y "artistas", por creadores todos e inventores, y parentesco de "poesía" con arte, —artífice, artefactos, artilugios.

530 c.

"Intérprete", ἑρμηνέα. En "intérprete" sonaban intérprete-y-Mercurio (Hermes, "Ερμης, ἑρμηνεύς). En su función de "traductor" resonaba la función de emisario de Mercurio. Es palabra "acorde". Para su mayúscula inicial, véase nota anterior.

El reiterado empleo de las palabras "bello, bellísimo", aun en contextos ajenos para nosotros, o inoportunos, es otra nota —junto con la de religiosidad— que resuena frecuentemente en un diálogo "griego", para mantener tal tono. Recuérdese que la frase-norma "bello-y-bueno" (καλὸς κἀγαθός) está constantemente presente y sonante en un griego. Es frase "hecha" (Cl. II.3), en principio indisoluble en sus llamados (ahora) componentes, —cual lo son en castellano las de "común-y-corriente", "santo-y-bueno", "dicho-y-hecho".

530 d.

"mostrar" no traduce la fuerza de ἐπι-δεῖξαι. Hay en griego, tres variaciones de δεῖξις (mostración): 1) ἐπί-δειξις, mostración exhibicionista, lucirse ante..., muy empleada y aun propia de poetas, sofistas; 2) ἀπό-δειξις, de-mostración, o mostración partiendo de (ἀπό) premisas, principios, para razonar, más o menos científica o filosóficamente, sobre algo; 3) παρά-δειγμα, mostración de una muestra, dechado o ejemplar ilustrativo. Sócrates le dice a Ión que le "exhiba" sus pensamientos sobre Homero.

531 d.

"¡por Júpiter!". Acerca de la fuerza de semejantes exclamaciones, juramentos..., véase Cl. I.6. Son una nota del tono general, complejo u acorde del diálogo entre griegos. Van dos notas: la religiosa y la estética. Que forman un "acorde".

Es el mismo quien sabe algo —de poesía, medicina... arte— y, si lo sabe bien, puede conocer o discernir lo mal sabido y a los que lo saben mal, y discernir entre los que lo saben bien y los que mejor y óptimamente. Tal pluralidad de conocimientos y funciones son compatibles en la unidad de uno, —poeta, médico. Más aún: son necesarias, —el poeta conocerá, el médico conocerá quién sabe, quién mejor, quién peor...

Ión y Sócrates recalcan en lo de "mismo" (ὁ αὐτός), a pesar de tal pluralidad y aun diversidad, —bueno, malo; bello, feo; malo, peor, pésimo; bueno, mejor, óptimo. Tal explícito refuerzo de la unidad por la identidad, y el explicitarlo de palabra con gran frecuencia, es otra nota de tono general, complejo de un diálogo entre griegos "uno, uno mismo, el mismo, según lo mismo, lo mismo" en varios poetas. Nota ontológica-Acorde griego: notas religiosa-estética-ontológica.

Y complementariamente: desvalorización de variedad, —hablar de lo mismo de varias maneras, οὐχ ὁμοίως, cual Homero, Hesíodo, Arquíloco. En tal caso: uno lo hace bien, los demás peor que él.

532 e.

"apresémoslo con este razonamiento", λάβωμεν τῷ λόγῳ. Fuerza captadora —y no sólo explicativa o iluminativa (ἀπο-φαίνειν)— de la palabra, —razonamiento. Acerca del valor de "acorde" de λὸγος, véase Cl. I. 1.

533 c.

"verme por dentro a mí mismo", σύν-οιδα ἐμαυτῷ. Frase corriente para expresar el griego su forma de conocerse, de saber de sí mismo, οἶδα, ἰδεῖν, εἶδος, ἰδεα. Saber por verse viendo lo que le pasaba. Aquí declara Ión lo que le sucede respecto de Homero, y de los demás poetas, al recitarlos en pública exhibición.

534 d.

"se nos entre por los ojos", εἰδῶμεν. Veamos con vista de ojos e idea. Es palabra "acorde" la de ἰδεῖν: ver con vista de ojos (corporales) y ver a la vez con vista de ojos (mentales); y se ven εἶδος, ἰδέα: aspectos visuales sensibles (figura bella de ver) e ideas (Cf. Cl. III.1).

535 b.

Homero, *Odisea*, XXII, 2 ss.; *Ilíada*, XXII, 312 ss.; *ibid.*, VI, 370-502; XXII, 437-515; XXIV, 723-746; XXII, 79-89; XXII, 405 ss.; 430-436; XXIV, 747-759; XXII, 33-78; 408-428; XXIV, 160-717.

536 a, b.

El texto griego conecta cuatro palabras "estar suspendido" o colgado (ἐκ-κρεμαμένων) de las Musas el poeta, cual los anillos de hierro lo están de la piedra imán; los anillos están, además, unos unidos, articulados (ἐξηρτημένων) unos con otros, cual poeta, espectadores, entre sí; y el poeta está, el primero, tenido o poseso (κατ-έχεται) por las Musas; "suspendido, articulado, poseso", son cosas emparentadas: es estar "atenido" (ἔχεται).

537 a.

"cosas de arte". En la palabra τέχνη resuenan arte de artesanos-y-arte de artistas. Bondad-y-belleza de sus obras: de las de artesanos (primariamente buenas, eficientes) y de las de los artistas (primariamente bellas); mas las de los dos, sometidas a la norma-frase καλὸς κἀγαθός: bello-y-bueno. Aquí resuena, por un rato del diálogo "arte" a arte de artesanos. Después, arte aritmética. Cálculo.

537 a.
Homero, *Ilíada*, XXIII, 335 ss.

538 c.
Homero, *Ilíada*, XI, 639-640.

538 d.
Homero, *Ilíada*, XXIV, 80-82; *Odisea*, XV, 225-256.

539 a.
"¡Daimoníacos!" *δαιμόνιοι*. Como los daimonios eran seres intermedios entre lo divino y lo mortal —hijos de dioses o diosas, con mortales...—, el apelativo "daimoníaco" era alabanza y reconocimiento de su especial condición, suprahumana. Pasó a ser laudatoria de otras excelencias o situaciones extraordinarias. Aquí se le ha restituido a la palabra el diptongo para no dar lugar a las asociaciones de la palabra "demonio", "demoníaco", inevitables ya tras siglos.

Homero, *Odisea*, XX, 531-537.

539 b.
Homero, *Ilíada*, XII, 200-207.

LAQUES

Lugar y tiempo del (fingido) diálogo hablado: Atenas, gimnasio público, 420-421 a. C.

Personas:

NICIAS. General famoso, bien conocido por los relatos de Tucídides y otros historiadores. Rico, decorosamente aristocrático. Condenado a muerte por los siracusanos.

LAQUES. General distinguido. Murió en 418 a. C. en la batalla de Mantinea: En la batalla de Delion (424) combatió bajo su mando.

SÓCRATES, quien en la época del diálogo, contaba unos 45 años. Ateniense. Filosofante dialéctico.

Personas secundarias:

LISÍMACO, MELESIAS y sus hijos.

Lugar y tiempo del diálogo redactado por escrito. Ensayo de algún miembro de la Academia, tal vez Platón mismo, hacia 380 a. C. (?).

ΛΑΧΗΣ

[ἢ περὶ ἀνδρείας, μαιευτικός.]

ΛΥΣΙΜΑΧΟΣ ΜΕΛΗΣΙΑΣ ΝΙΚΙΑΣ ΛΑΧΗΣ ΠΑΙΔΕΣ ΛΥΣΙΜΑΧΟΥ ΚΑΙ ΜΕΛΗΣΙΟΥ ΣΩΚΡΑΤΗΣ

ΛΥΣΙΜΑΧΟΣ. Τεθέασθε μὲν τὸν ἄνδρα μαχόμενον ἐν 178 a
ὅπλοις, ὦ Νικία τε καὶ Λάχης· οὗ δ' ἕνεκα ὑμᾶς ἐκελεύσαμεν
συνθεάσασθαι ἐγώ τε καὶ Μελησίας ὅδε, τότε μὲν οὐκ εἴπο-
μεν, νῦν δ' ἐροῦμεν. Ἡγούμεθα γὰρ χρῆναι πρός γε ὑμᾶς
παρρησιάζεσθαι. Εἰσὶ γάρ τινες οἳ τῶν τοιούτων κατα-
γελῶσι, καὶ ἐάν τις αὐτοῖς συμβουλεύσηται, οὐκ ἂν εἴποιεν b
ἃ νοοῦσιν, ἀλλὰ στοχαζόμενοι τοῦ συμβουλευομένου ἄλλα
λέγουσι παρὰ τὴν αὑτῶν δόξαν· ὑμᾶς δὲ ἡμεῖς ἡγησάμενοι
καὶ ἱκανοὺς γνῶναι καὶ γνόντας ἁπλῶς ἂν εἰπεῖν ἃ δοκεῖ
ὑμῖν, οὕτω παρελάβομεν ἐπὶ τὴν συμβουλὴν περὶ ὧν μέλ-
λομεν ἀνακοινοῦσθαι. Ἔστιν οὖν τοῦτο, περὶ οὗ πάλαι 179 a
τοσαῦτα προοιμιάζομαι, τόδε.

Ἡμῖν εἰσὶν ὑεῖς οὑτοιί, ὅδε μὲν τοῦδε, πάππου ἔχων ὄνομα Θουκυδίδης, ἐμὸς δὲ αὖ ὅδε· παππῷον δὲ καὶ οὗτος ὄνομ' ἔχει τοὐμοῦ πατρός· Ἀριστείδην γὰρ αὐτὸν καλοῦμεν. Ἡμῖν οὖν τούτων δέδοκται ἐπιμεληθῆναι ὡς οἷόν τε μάλιστα, καὶ μὴ ποιῆσαι ὅπερ οἱ πολλοί, ἐπειδὴ μειράκια γέγονεν,

178 b 3 λέγουσι T : νοοῦσι B || 179 a 4 δὲ καὶ rec. : τε καὶ BTW.

LAQUES

(SOBRE *LA VALENTIA*: GENERO OBSTETRICIO)

LISÍMACO, MELESIAS, NICIAS, LAQUES, HIJOS DE LISÍMACO Y DE MELESIAS; SÓCRATES

178a LISÍMACO. Habéis visto, Nicias y Laques, a este varón de luchador armado; mas yo y Melesias no os dijimos para qué os rogábamos lo vierais en nuestra compañía; pero os lo diremos ahora, porque creemos de nuestro deber ser francos con vosotros. Hay quienes se burlan de cosas como ésta, y si uno los consulta acerca de ellas, por nada te dirían lo que
b piensan; mas, atendiendo a los deseos del consultante, hablan contra su propia opinión. Empero nosotros, teniéndoos por buenos conocedores, y que diréis sencillamente lo que os parece según vuestro leal saber, acudimos a vuestro consejo
179a acerca de lo que vamos a comunicaros; y a lo que todo este preludio va es esto: Tenemos dos hijos, aquí están, éste es hijo de Melesias, mas lleva el nombre de Tucídides, por su abuelo; el mío es estotro; lleva también el nombre del abuelo, que es el de mi padre, por lo cual lo llamamos Arístides. Nos ha parecido deber preocuparnos lo más posible de ellos y no hacer como la mayoría que, apenas los ven llegados a jóvenes, los sueltan a que hagan lo que quieran. A nosotros, por el contrario, nos ha parecido comenzar, ya desde ahora, y cuanto seamos capaces, a cuidarlos. Sabiendo, pues, que también vosotros tenéis hijos, creemos que os habréis preo-
b cupado como los que más, de cómo, cuidándolos, se harán excelentes. Mas si algunas veces no habéis parado mientes en esto, os recordaremos que no es cosa de descuidar, excitándonos a que, con nosotros, os preocupéis de los hijos.

Aunque sea un poco largo, Nicias y Laques, hay que oír de dónde nos ha venido este pensamiento. Comemos juntos yo y Melesias, y con nosotros comen los jóvenes.

τἀνδρὸς καὶ ὑμᾶς συμπαραλαβεῖν ἅμα μὲν συνθεατάς, ἅμα
δὲ συμβούλους τε καὶ κοινωνούς, ἐὰν βούλησθε, περὶ τῆς
τῶν υἱέων ἐπιμελείας.

Ταῦτ᾽ ἐστὶν ἃ ἐβουλόμεθα ὑμῖν ἀνακοινώσασθαι. Ἤδη οὖν 180 a
ὑμέτερον μέρος συμβουλεύειν καὶ περὶ τούτου τοῦ μαθήμα-
τος, εἴτε δοκεῖ χρῆναι μανθάνειν εἴτε μή, καὶ περὶ τῶν
ἄλλων, εἴ τι ἔχετε ἐπαινέσαι μάθημα νέῳ ἀνδρὶ ἢ ἐπιτή-
δευμα, καὶ περὶ τῆς κοινωνίας λέγειν ὁποῖόν τι ποιήσετε.

ΝΙΚΙΑΣ. Ἐγὼ μέν, ὦ Λυσίμαχε καὶ Μελησία, ἐπαινῶ τε
ὑμῶν τὴν διάνοιαν καὶ κοινωνεῖν ἑτοῖμος, οἶμαι δὲ καὶ
Λάχητα τόνδε.

ΛΑΧΗΣ. Ἀληθῆ γὰρ οἴει, ὦ Νικία. Ὡς ὅ γε ἔλεγεν ὁ b
Λυσίμαχος ἄρτι περὶ τοῦ πατρὸς τοῦ αὑτοῦ τε καὶ τοῦ
Μελησίου, πάνυ μοι δοκεῖ εὖ εἰρῆσθαι καὶ εἰς ἐκείνους καὶ
εἰς ἡμᾶς καὶ εἰς ἅπαντας ὅσοι τὰ τῶν πόλεων πράττουσιν,
ὅτι αὐτοῖς σχεδόν τι ταῦτα συμβαίνει, ἃ οὗτος λέγει, καὶ
περὶ παῖδας καὶ περὶ τἆλλα ἴδια, ὀλιγώρως τε καὶ ἀμελῶς
διατίθεσθαι. Ταῦτα μὲν οὖν καλῶς λέγεις, ὦ Λυσίμαχε· ὅτι
δ᾽ ἡμᾶς μὲν συμβούλους παρακαλεῖς ἐπὶ τὴν τῶν νεανίσκων
παιδείαν, Σωκράτη δὲ τόνδε οὐ παρακαλεῖς, θαυμάζω, c
πρῶτον μὲν ὄντα δημότην, ἔπειτα ἐνταῦθα ἀεὶ τὰς δια-
τριβὰς ποιούμενον ὅπου τί ἐστι τῶν τοιούτων ὧν σὺ ζητεῖς
περὶ τοὺς νέους ἢ μάθημα ἢ ἐπιτήδευμα καλόν.

ΛΥ. Πῶς λέγεις, ὦ Λάχης; Σωκράτης γὰρ ὅδε τινὸς τῶν
τοιούτων ἐπιμέλειαν πεποίηται;

ΛΑ. Πάνυ μὲν οὖν, ὦ Λυσίμαχε.

ΝΙ. Τοῦτο μέν σοι κἂν ἐγὼ ἔχοιμι εἰπεῖν οὐ χεῖρον
Λάχητος· καὶ γὰρ αὐτῷ μοι ἔναγχος ἄνδρα προὐξένησε τῷ
υἱεῖ διδάσκαλον μουσικῆς, Ἀγαθοκλέους μαθητὴν Δάμωνα, d
ἀνδρῶν χαριέστατον οὐ μόνον τὴν μουσικήν, ἀλλὰ καὶ

180 a 2 μέρος TW : γένος B || a 3 χρῆναι TW : χρῆν. ἢ B ||
b 6 ὀλιγώρως Schanz : ὀλιγωρεῖσθαι BTW ὀλιγωρεῖν Badham || b 7
καλῶς TW : καλεῖς B.

c Como decía, pues, al comienzo de esta conversación, seremos francos. Pues bien: cada uno de nosotros tiene, para contar a los jovencitos, muchas y bellas hazañas de su propio padre, cuántas hicieron en la guerra y cuántas en la paz, administrando los asuntos de los aliados y los de la Ciudad. Mas
d ninguno de los dos tenemos hazañas nuestras que contar. Por todo ello nos avergonzamos ante nuestros hijos y reprochamos a nuestros padres el que nos dejaron a nuestras anchas, llegados a jóvenes; y ellos se dieron a los asuntos de otros. Esto mismo es lo que hemos dicho claramente a estos nuestros jóvenes: que, si se descuidan de sí mismos, y no nos escuchan, serán unos donnadie; mas si se cuidan, llegarían tal vez a ser dignos de los nombres que tienen.

Ellos nos aseguran que obedecerán; mas nosotros estamos considerando qué habrían de aprender o emprender para lle-
e gar a eminentes. Se nos indicó que sería bello aprendizaje para un joven pelear armado; se nos ponderó y urgió a que viésemos precisamente al que acaba de hacer la demostración. Nos pareció, pues, deber venir a ver tal varón y asociarnos a vosotros al espectáculo, a la vez que tomaros de consejeros y copartícipes, si lo queréis, de la educación de los hijos.

180a Esto es lo que queríamos comunicaros. Os toca, pues, aconsejarnos, respecto de tal aprendizaje, si creéis hay que aprenderlo o no, o algún otro que, aprendizaje o empresa, recomendar a un joven; y decirnos, qué haréis respecto de cooperación.

NICIAS. En cuanto a mí, Lisímaco y Melesias, alabo vuestro pensamiento y estoy listo para cooperar, y lo mismo creo de Laques.

b LAQUES. Pues lo crees según verdad, Nicias. Que lo que decía Lisímaco sobre su padre y el de Melesias, me parece aplicarse perfectamente a ellos, a nosotros y a todos los que llevan los asuntos de las Ciudades. Pásales casi siempre lo que dice: poner poco o ningún cuidado en los hijos y otros asuntos privados. Y lo dices bellamente, Lisímaco; mas que nos llames de consejeros en eso de la educación de los jóvenes,
c pero no llames para ello a Sócrates, aquí presente me admira; primero, porque es de tu pueblo, después porque pasa aquí todo su tiempo haciéndose cuestión de lo mismo que tú buscas: si hay aprendizaje o empresa bellos para los jóvenes.

ΛΑΧΗΣ 180 d

τἆλλα ὁπόσα βούλει ἄξιον συνδιατρίβειν τηλικούτοις νεανίσκοις.

ΛΥ. Οὗτοι, ὦ Σώκρατές τε καὶ Νικία καὶ Λάχης, οἱ ἥλικοι ἐγὼ ἔτι γιγνώσκομεν τοὺς νεωτέρους, ἅτε κατ᾽ οἰκίαν τὰ πολλὰ διατρίβοντες ὑπὸ τῆς ἡλικίας· ἀλλ᾽ εἴ τι καὶ σύ, ὦ παῖ Σωφρονίσκου, ἔχεις τῷδε τῷ σαυτοῦ δημότῃ ἀγαθὸν συμβουλεῦσαι, χρὴ συμβουλεύειν. Δίκαιος δ᾽ εἶ· καὶ γὰρ e
πατρικὸς ἡμῖν φίλος τυγχάνεις ὤν· ἀεὶ γὰρ ἐγὼ καὶ ὁ σὸς πατὴρ ἑταίρω τε καὶ φίλω ἦμεν, καὶ πρότερον ἐκεῖνος ἐτελεύτησε, πρίν τι ἐμοὶ διενεχθῆναι. Περιφέρει δέ τίς με καὶ μνήμη ἄρτι τῶνδε λεγόντων· τὰ γὰρ μειράκια τάδε πρὸς ἀλλήλους οἴκοι διαλεγόμενοι θαμὰ ἐπιμέμνηνται Σωκράτους καὶ σφόδρα ἐπαινοῦσιν· οὐ μέντοι πώποτε αὐτοὺς ἀνηρώτησα, εἰ τὸν Σωφρονίσκου λέγοιεν. Ἀλλ᾽, ὦ παῖδες, λέγετέ 181 a
μοι, ὅδ᾽ ἐστὶ Σωκράτης, περὶ οὗ ἑκάστοτε ἐμέμνησθε ;

ΠΑΙΔΕΣ. Πάνυ μὲν οὖν, ὦ πάτερ, οὗτος.

ΛΥ. Εὖ γε νὴ τὴν Ἥραν, ὦ Σώκρατες, ὅτι ὀρθοῖς τὸν πατέρα, ἄριστον ἀνδρῶν ὄντα, καὶ ἄλλως καὶ δὴ καὶ ὅτι οἰκεῖα τά τε σὰ ἡμῖν ὑπάρξει καὶ σοὶ τὰ ἡμέτερα.

ΛΑ. Καὶ μήν, ὦ Λυσίμαχε, μὴ ἀφίεσό γε τἀνδρός· ὡς ἐγὼ καὶ ἄλλοθί γε αὐτὸν ἐθεασάμην οὐ μόνον τὸν πατέρα, ἀλλὰ καὶ τὴν πατρίδα ὀρθοῦντα· ἐν γὰρ τῇ ἀπὸ Δηλίου b
φυγῇ μετ᾽ ἐμοῦ συνανεχώρει, κἀγώ σοι λέγω ὅτι εἰ < οἱ > ἄλλοι ἤθελον τοιοῦτοι εἶναι, ὀρθὴ ἂν ἡ πόλις ἦν καὶ οὐκ ἂν ἔπεσε τότε τοιοῦτον πτῶμα.

ΛΥ. Ὦ Σώκρατες, οὗτος μέντοι ὁ ἔπαινός ἐστιν καλός, ὃν σὺ νῦν ἐπαινεῖ ὑπ᾽ ἀνδρῶν ἀξίων πιστεύεσθαι καὶ εἰς ταῦτα εἰς ἃ οὗτοι ἐπαινοῦσιν. Εὖ οὖν ἴσθι ὅτι ἐγὼ ταῦτα ἀκούων χαίρω ὅτι εὐδοκιμεῖς, καὶ σὺ δὲ ἡγοῦ με ἐν τοῖς γ᾽

d 3 ὁπόσα T : ὁπόσον BW || d 5 οὗτοι Badham : οὗτοί τι BTW (οὗται W) || e 6 θαμὰ TW : ἅμα B || 181 a 2 ἐμέμνησθε BTW : μέμνησθε rec. || a 6 τε Bekker : γε BTW || b 2 εἰ οἱ rec. : εἰ BT οἱ W || b 3 ἂν ἡ Schanz : ἂν ἡμῶν ἡ BT, sed ἡμῶν extra versum T || b 8 εὐδοκιμεῖς T : εὐδοκιμεῖ W εὐδοκίμως B.

LISÍMACO. ¿Cómo dices?, Laques; ¿que Sócrates mismo
se ocupa de tales asuntos?

LAQUES. Y mucho, Lisímaco.

NICIAS. Lo mismo que Laques podría decirte yo, porque
me acaba de enviar de maestro en música para mi hijo a un
d discípulo de Agatocles, Damón, varón deliciosísimo no tan
sólo en Música, sino en todo lo que juzgaríamos digno de
tratar con jóvenes de tal edad.

LISÍMACO. Los de mi edad, Sócrates, Nicias y Laques,
no conocemos a los más jóvenes, pues pasamos, por razón
de nuestra edad, casi siempre en casa. Mas si tú, hijo de
e Sofronisco, tienes algún buen consejo para éste de tu pueblo,
has de dárselo. Es de justicia, porque yo y tu padre éramos
compañeros y amigos, y murió antes de haber tenido con-
migo una discrepancia. Hablando de esto, me viene a la me-
moria que estos jóvenes, conversando en casa, recordaban
frecuentemente a Sócrates y con grandes alabanzas; mas nunca
181a les pregunté si hablaban del hijo de Sofronisco. Pero decidme,
hijos, ¿es éste el Sócrates de quien continuamente hacíais me-
moria?

LOS MUCHACHOS. Es el mismo, padre.

LISÍMACO. ¡Por Juno!, Sócrates, haces honor a tu padre,
óptimo varón; especialmente porque lo tuyo para nosotros y
lo nuestro para ti serán como de casa.

LAQUES. Lisímaco, no sueltes aún a nuestro hombre;
b que yo, en otra oportunidad, lo he visto hacer honor no sólo
a su padre sino a su patria, pues en la retirada de Delos
estaba conmigo; y te digo que si los demás se hubieran por-
tado como él, quedara la Ciudad con honra y no cayera
entonces como cayó.

LISÍMACO. Bella es, Sócrates, la alabanza que te dan
varones dignos de fe, y sobre el asunto que alaban. Sabe
que oyéndolo, me regocijo de tu buena fama, y cuéntame entre
tus más devotos. Era de que antes nos frecuentaras y te con-
c sideraras cual de casa, como es de justicia. Mas desde este
día, habiéndonos ya reconocido, no dejes de ser uno de los
nuestros y de vernos tanto a nosotros como a estos jóvenes
para así salvaguardar nuestra mutua amistad. Seguros de que

εὐνούστατόν σοι εἶναι. Χρῆν μὲν οὖν καὶ πρότερόν σε φοι- c
τᾶν αὐτὸν παρ' ἡμᾶς καὶ οἰκείους ἡγεῖσθαι, ὥσπερ τὸ δίκαιον·
νῦν δ' οὖν ἀπὸ τῆσδε τῆς ἡμέρας, ἐπειδὴ ἀνεγνωρίσαμεν
ἀλλήλους, μὴ ἄλλως ποίει, ἀλλὰ σύνισθί τε καὶ γνώριζε καὶ
ἡμᾶς καὶ τούσδε τοὺς νεωτέρους, ὅπως ἂν διασῴζητε καὶ
ὑμεῖς τὴν ἡμετέραν φιλίαν. Ταῦτα μὲν οὖν καὶ σὺ ποιήσεις
καὶ ἡμεῖς σε καὶ αὖθις ὑπομνήσομεν· περὶ δὲ ὧν ἠρξάμεθα
τί φατε; Τί δοκεῖ; Τὸ μάθημα τοῖς μειρακίοις ἐπιτήδειον
εἶναι ἢ οὔ, τὸ μαθεῖν ἐν ὅπλοις μάχεσθαι;

ΣΩΚΡΑΤΗΣ. Ἀλλὰ καὶ τούτων πέρι, ὦ Λυσίμαχε, d
ἔγωγε πειράσομαι συμβουλεύειν ἄν τι δύνωμαι, καὶ αὖ ἃ
προκαλεῖ πάντα ποιεῖν. Δικαιότατον μέντοι μοι δοκεῖ εἶναι
ἐμὲ νεώτερον ὄντα τῶνδε καὶ ἀπειρότερον τούτων ἀκούειν
πρότερον τί λέγουσιν καὶ μανθάνειν παρ' αὐτῶν· ἐὰν δ' ἔχω
τι ἄλλο παρὰ τὰ ὑπὸ τούτων λεγόμενα, τότ' ἤδη διδάσκειν
καὶ πείθειν καὶ σὲ καὶ τούτους. Ἀλλ', ὦ Νικία, τί οὐ λέγει
πότερος ὑμῶν;

ΝΙ. Ἀλλ' οὐδὲν κωλύει, ὦ Σώκρατες. Δοκεῖ γὰρ ἐμοὶ
τοῦτο τὸ μάθημα τοῖς νέοις ὠφέλιμον εἶναι ἐπίστασθαι e
πολλαχῇ. Καὶ γὰρ τὸ μὴ ἄλλοθι διατρίβειν, ἐν οἷς δὴ φιλοῦσιν
οἱ νέοι τὰς διατριβὰς ποιεῖσθαι, ὅταν σχολὴν ἄγωσιν, ἀλλ'
ἐν τούτῳ, εὖ ἔχει, ὅθεν καὶ τὸ σῶμα βέλτιον ἴσχειν ἀνάγκη
— οὐδενὸς γὰρ τῶν γυμνασίων φαυλότερον οὐδ' ἐλάττω
πόνον ἔχει — καὶ ἅμα προσήκει μάλιστ' ἐλευθέρῳ τοῦτό τε 182 a
τὸ γυμνάσιον καὶ ἡ ἱππική· οὗ γὰρ ἀγῶνος ἀθληταί ἐσμεν
καὶ ἐν οἷς ἡμῖν ὁ ἀγὼν πρόκειται, μόνοι οὗτοι γυμνάζονται
οἱ ἐν τούτοις τοῖς περὶ τὸν πόλεμον ὀργάνοις γυμναζόμενοι.
Ἔπειτα ὀνήσει μέν τι τοῦτο τὸ μάθημα καὶ ἐν τῇ μάχῃ
αὐτῇ, ὅταν ἐν τάξει δέῃ μάχεσθαι μετὰ πολλῶν ἄλλων·
μέγιστον μέντοι αὐτοῦ ὄφελος, ὅταν λυθῶσιν αἱ τάξεις καὶ
ἤδη τινὰ δέῃ μόνον πρὸς μόνον ἢ διώκοντα ἀμυνομένῳ τινὶ

c 1 γ' εὐνούστατον Schanz : γ' εὐνουστάτοις B εὐνουστάτοις TW || σε rec. : γε BTW || c 3 ἀπὸ τῆσδε τῆς TW : ἀπό δὲ τῆς B || **182 a 4** τοῖς rec. : τοῖς τῶν BTW || a 8 τινὰ Badham : τι BTW.

así lo harás; y nosotros te lo recordaremos más de una vez. Empero, ¿qué de la cuestión inicial? ¿Qué os parece? Aprender a pelear armado, ¿es o no aprendizaje conveniente a los jóvenes?

d SÓCRATES. Acerca de esto, Lisímaco, trataré de aconsejarte en la medida de mis fuerzas, aparte de hacer todo lo que pidas. Pero me parece lo más justo el que, siendo yo el más joven de éstos y el menos experimentado, siga, ante todo, lo que dicen los otros y aprenda de ellos. Si tuviere algo que añadir a lo dicho por ellos, trataré de explicarlo y convencerte a ti y a éstos. Pero Nicias, ¿por qué no habla uno de vosotros?

NICIAS. Nada lo impide, Sócrates. Me parece, pues,
e que dominar este aprendizaje es de muchas maneras útil para los jóvenes. Que no pasen el tiempo los jóvenes en esas cosas en que les gusta pasarlo, cuando están de vagos, sino en estotro, gran bien es del que necesariamente proviene mejorar el cuerpo —y en este punto tal ejercicio no es ni inferior ni
182a menor que cualquier otro— y a la vez resulta grandemente conveniente, junto con la equitación, al hombre libre, porque esa lucha de la que somos atletas, y en que se nos pone a concurso, sólo pueden ejercitarla los ejercitados en el manejo de los instrumentos guerreros.

Además: resultaría útil este aprendizaje tanto en la batalla misma, mientras han de combatir muchos en filas, como sobre todo lo es cuando se rompen filas y cada uno, a solas, o ha de perseguir a uno solo que se defiende huyendo o también en una retirada defendiéndose del perseguidor. Al
b ejercitado, nada le pasará en lucha de uno a uno, ni tal vez de uno con muchos; abunda en recursos. Además: este aprendizaje pone apetito de otro bello; porque quien aprendió a luchar armado, apetecerá lo siguiente: la táctica; y, en poseyendo ésta, y tomándole gusto a la honra, pasará a la estrategia en conjunto. Es ya claro que, sirviendo de guía el
c aprendizaje dicho se aprenderán los conexos con él y todos los demás, y se emprenderán empresas bellas y grandemente dignas de varón. Añadamos a esto otra no pequeña añadidura: que esta misma ciencia hará, y no poco, a todo varón más esforzado y viril en la guerra. No desdeñemos decir, aunque
d alguien lo tenga por menudencia, que hará parecer a tal varón más bello-de-figura cuando es necesario que la ostente, y a la vez que parecerá más temible a sus enemigos por virtud

de tal belleza. Como digo, pues, Lisímaco, me parece ha de enseñarse esto a los jóvenes, y he dicho por qué. Mas si Laques tiene algo que decir en contra, yo mismo lo escucharía con gusto.

LAQUES. Es difícil, Nicias, decir de una ciencia que no hay que aprenderla, porque, al parecer, es bueno saber todo. Así que esta ciencia de las armas, si es realmente ciencia —como lo afirman los maestros y cual lo dice Nicias— hay
e que aprenderla. Mas si no es ciencia, y nos engañan los que nos la prometen, o bien se da el caso de serlo, mas no es importante, ¿por qué habría de aprendérsela? Digo esto mirando a estotro: creo que, si lo fuera, no habría pasado desapercibida a los espartanos, a quienes no preocupa, durante la vida, otra cosa que buscar y emprender lo que, aprendido y
183a emprendido, les dé sobre los otros superioridad guerrera. Mas si a ellos se les pasó por alto, no se les pasaría por alto a los maestros eso de que son, sobre todo, ellos, los que, entre los Griegos, toman tales cosas en serio y que, si alguno entre ellos fuera honrado por maestro en esto, sacaría de las demás ciudades tantos dineros, como entre nosotros los saca el honrado por poeta trágico. En verdad, quien se cree autor
b de bellas tragedias no sale a hacer exhibición de ellas en giras por la Ática y otras Ciudades, sino que se viene inmediatamente aquí; y es natural que las exhiba ante los de aquí. Mas a los luchadores armados los veo que tienen a Esparta por lugar sagrado inaccesible y no ponen allá ni la punta del pie; por el contrario, dan vueltas a su derredor; se exhiben más bien ante todos los demás y sobre todo ante los que
c admitirían haber muchos que los aventajen en cosas de guerra.

Además: me he tratado, Lisímaco, con no pocos de ellos en las mismas circunstancias, y veo lo que valen. Podemos sacarlo de esto: ninguno de los varones, dedicados a las armas, resultó, ni por casualidad, ilustre en la guerra, a pesar de que en todo lo demás los ilustres salen de los dedicados. ¡Tan grande es la mala Suerte que a éstos, a diferencia de los otros, les ha caído! Pues a este mismo Stesíleo, a quien habéis visto ante nosotros y un gran público dando una demostración y hablando tan en grande de sí mismo, lo vi yo, en realidad,
d más bello en otra ocasión, dándome, involuntariamente, una verdadera demostración. La nave en que iba embarcado de soldado chocó contra un transporte. Se servía para pelear de

una combinación de lanza y hoz, arma diferente de las demás, tanto como él respecto de los otros combatientes. No vale la pena de contar otras cosas de este varón, mas sí lo que
e le pasó a este artilugio de hoz encajada en lanza. Peleando, se le enganchó la hoz en los aparejos de la nave, y quedó agarrado; tiró de ella Stesíleo, queriendo desengancharla, mas no pudo; mientras una nave se deslizaba junto a la otra, corría él sobre su nave, agarrando la lanza. Mas al ir una nave a separarse de la otra, y llevárselo con lanza y todo, deslizábase la lanza por su mano hasta llegar al mango.
184a Risas y aplausos de los del transporte por tal facha suya; pero cuando habiéndole tirado alguien una piedra que cayó sobre cubierta a sus pies, soltó la lanza, ya no fueron capaces los de la trirreme de aguantarse la risa, viendo tal lanza con hoz colgando del transporte. No sé si hay algo de valor en esto, según lo que dice Nicias; mas esto es lo que por Casualidad presencié.

b Como decía, pues, al comienzo: si tal aprendizaje, aun siéndolo realmente, es de poca utilidad, o, si, no siéndolo realmente, se afirme y pretenda que lo es, no vale la pena de ponerse a aprenderlo. Porque me parece que si alguien, siendo realmente un cobarde, creyera saberlo y por ello se hiciera el valiente, quedaría aún más en claro lo que realmente es; mas en caso de ser realmente bravo, si, bajo las miradas de la gente, fallara en lo más mínimo, reportaría
c grandes insultos, porque resulta odioso fingir poseer tal ciencia. Así que, si no se distingue de los demás por algo bien admirable, no hay manera de que evite hacer soberanamente el ridículo, al decir que posee tal ciencia.

Tal es, Lisímaco, mi opinión sobre el interés a poner en este aprendizaje. Mas como decía al comienzo no dejemos ir a Sócrates, aquí presente, sin que haya tenido que aconsejarnos, según su opinión, acerca de lo propuesto.

LISÍMACO. Te lo pido, pues, Sócrates; porque nuestro
d Consejo me parece necesitar aún de un árbitro; porque si Nicias y Laques hubieran estado acordes en esto, no hiciera eso tanta falta; mas ahora, llevando, como ves, Laques la contraria a Nicias, se hace bien necesario oír a cuál de los dos varones aportas tu voto.

SÓCRATES. ¿Pues qué?, Lisímaco, ¿te vas a adherir a los que alabe la mayoría de nosotros?

LISÍMACO. Pues, ¿qué otra cosa hacer, Sócrates?

SÓCRATES. ¿Aun tú, Melesias, harías lo mismo? ¿Si
e tratara de aconsejarte en qué se ha de ejercitar tu hijo, caso de un concurso, te guiarías por la mayoría de nosotros, o por aquel que se hubiese educado y ejercitado bajo la dirección de buen instructor?

MELESIAS. Por este último, naturalmente, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Confiarías, pues, en él, más que en nosotros, aun siendo cuatro?

MELESIAS. Probablemente.

SÓCRATES. Porque, puestos a juzgar de algo bellamente, hay que juzgar según ciencia y no según número.

MELESIAS. ¿Cómo no?

SÓCRATES. Según esto, pues, hemos ahora primero de considerar si hay o no entre nosotros alguno que sea com-
185a petente en lo que consultamos; si lo hay, hacerle caso, aun siendo uno solo, dejando a los demás; si no, buscar a quien lo sea. ¿O es que tú y Lisímaco tenéis en poco lo que está en juego?; o, más bien, ¿no está en juego una posesión que es de las vuestras la máxima? Porque de que los hijos resulten buenos o lo contrario depende de cómo se administrará la casa paterna, que será tal cual lo sean los hijos.

MELESIAS. Dices verdad.

SÓCRATES. Hay que tomarlo, pues, con mucha seriedad.

MELESIAS. Con mucha.

b SÓCRATES. ¿Cómo, pues, lo decía hace un momento, procederíamos si quisiéramos averiguar cuál de nosotros está más preparado para un concurso? ¿No lo estaría quien hubiera aprendido y ejercitádose y quien hubiera tenido para ello buenos maestros?

MELESIAS. Me lo parece.

SÓCRATES. ¿No es lo primero averiguar para qué buscamos los maestros?

MELESIAS. ¿Cómo dices?

SÓCRATES. Tal vez así resultará más claro: Me parece que no hemos comenzado por entendernos acerca de qué es lo que nos proponíamos y considerábamos: acerca de quién
c de nosotros es un experto, y, para serlo tuvo maestros, y quién no.

NICIAS. ¿No estamos, pues, Sócrates, considerando eso de lucha armada y si ha de enseñarse o no a los jóvenes?

SÓCRATES. Sin duda, Nicias; mas cuando se está tratando sobre un medicamento para los ojos, si hay que aplicárselo de ungüento, o no, ¿crees que tratamos ante todo del medicamento, o de los ojos?

NICIAS. De los ojos.

d SÓCRATES. Según esto mismo; cuando se considera si hay que poner o no a caballo un freno, y, cuándo, ¿se atiende entonces al caballo o al freno?

NICIAS. Es verdad.

SÓCRATES. Según esto, en una palabra, cuando se considera algo en orden a un fin, la deliberación versa sobre el fin, y no sobre lo que por amor de tal fin se busque.

NICIAS. Necesariamente.

SÓCRATES. Así que, respecto del consejero, hay que averiguar si es experto para procurarnos aquello que es el fin de nuestras consideraciones.

NICIAS. Ciertamente.

e SÓCRATES. ¿No afirmamos, según esto, que estamos considerando tal aprendizaje en vistas al alma de los jóvenes?

NICIAS. Sí.

SÓCRATES. Se ha de considerar, pues, quién de nosotros es experto en la cura de almas y quién es capaz de cuidarlas bellamente y quién ha tenido buenos maestros de ello.

LAQUES. ¿Pues qué?, Sócrates: ¿no has caído aún en cuenta de que algunos resultan para algunas cosas más expertos sin maestros que con maestros?

SÓCRATES. Por mí que sí, Laques; mas no querrías fiarte de ellos, aunque afirmen ser buenos expertos, si no
186a tuvieran una obra de su arte, bien elaborada, una, y mejor muchas, que exhibirte.

LAQUES. En esto, por cierto, dices verdad.

SÓCRATES. Parecidamente, pues, Laques y Nicias: ya que Lisímaco y Melesias nos pidieron consejo acerca de sus hijos, con la intención de hacer óptimas sus almas, si afirmamos que realmente poseemos tal arte hemos de mostrarles, respecto de los maestros que hemos tenido, primero que fueron buenos y cuidaron almas de muchos jóvenes; y, después, que
b públicamente fueron nuestros maestros. O bien: si alguno de nosotros afirma no haber tenido por maestro a ninguno de ellos, mas puede hablarnos de obras propias, ha de mostrarnos si algunos atenienses o extranjeros, esclavos o libres, han llegado a ser, por su medio, reconocidamente buenos. Si nada de esto tenemos, hay que aconsejar se busque de maestros a otros, para no correr el peligro de que, corrompiendo a los hijos de varones amigos, nos encausen, y justísimamente, los más parientes. Pues bien: declaro, Lisímaco
c y Melesias, yo, el primero, que en esto no he tenido maestro, aunque, a partir de la juventud, lo haya deseado; ni he tenido con qué pagar a los sofistas, los únicos que, según voz pública, eran capaces de hacerme bello-y-bueno; mas encontrar por mí mismo tal arte, aun hoy en día no lo puedo. No me sorprendería de que Nicias o Laques la hubiesen o hallado o aprendido; porque me pueden en dineros, lo que les permite tomar lecciones de otros; a la vez que son mis mayores en edad, de modo que pudieran haberla hallado. Me parecen, además, capaces de enseñar a otro, porque no se pronuncia-
d rían tan decididamente acerca de qué estudios son buenos o malos para un joven, si no creyeran ellos mismos saberlo suficientemente. En lo demás me confío a ellos; sólo me ha admirado el que discrepen entre sí.

Te pido, a mi vez, Lisímaco, que, así como Laques me instó a que no te soltara, sino preguntara, así yo también ahora te pido que no sueltes ni a Laques ni a Nicias, sino que les preguntes, diciendo: Sócrates afirma no saber de este asunto ni ser capaz de decidir quién de vosotros dice
e verdad, porque, respecto de todo ello, no es ni inventor ni

discípulo de nadie. Mas tú, Laques y Nicias, decidme cada uno qué experto en educación de jóvenes habéis frecuentado; si vuestro saber os viene de haber aprendido de alguien o de haberlo encontrado vosotros; caso de haberlo aprendido,
187a quién fue el maestro de cada uno, u otros equiparados a maestros, para que, si vosotros no tenéis tiempo, a causa de los asuntos de la Ciudad, recurramos a ellos o con dones o cayendo en gracia, o de ambas maneras, los persuadamos a que se preocupen de nuestros y de vuestros hijos, de modo que, por flojos, no avergüencen a sus progenitores. Mas si vosotros habéis encontrado el procedimiento, dadnos ejemplo de cómo, habiéndonos cuidado de algunos, los hicísteis de flojos bellos-y-buenos. Porque si ahora es cuando comenzáis a educar, habéis de atender a que no corréis sus peligros en
b un Cario, sino en vuestros propios hijos y los de los amigos; y, sencillamente, os acontezca lo que dice el refrán: «comenzar en cerámica por una jarra». Decid, pues, cuál de estos casos afirmáis o no ser el vuestro y el que os conviene. Esto es, Lisímaco, lo has de averiguar y no soltar a estos varones.

LISÍMACO. Me parece, varones, que Sócrates habla bella-
c mente. A vosotros, Nicias y Laques, os toca decidir si queréis ser preguntados y dar razón de esto. A mí y a Melesia nos placería evidentemente si quisiérais explicaros respecto de todo lo que Sócrates pregunta, porque, como decía desde el principio, os llamamos a Consejo precisamente por creer que os preocupabais, como es natural, de este asunto, aparte de que
d vuestros hijos, como los nuestros, están en edad de educarse. Si, pues, no hay nada en contra, hablad y consideradlo junto con Sócrates, intercambiando entre vosotros preguntas y respuestas, que es verdad, como dice Sócrates, que estamos tratando de nuestro más importante negocio. Ved, pues, si hay que hacerlo así.

NICIAS. Me parece, Lisímaco, que, en verdad, conoces a Sócrates tan sólo por su padre; mas que no lo has tratado sino de niño, cuando, acompañando a su padre entre los de
e su pueblo, coincidíais en el templo o en reuniones parecidas. Pero es claro que no te has encontrado con él desde que es mayor de edad.

LISÍMACO. ¿Por qué, sobre todo, así? Nicias.

NICIAS. Porque me parece ignoras que a quien se hace

ΛΑΧΗΣ 187 e

δημοτῶν· ἐπειδὴ δὲ πρεσβύτερος γέγονεν, οὐκ ἐντετυχηκὼς
τῷ ἀνδρὶ δῆλος εἶ.

ΛΥ. Τί μάλιστα, ὦ Νικία;

ΝΙ. Οὔ μοι δοκεῖς εἰδέναι ὅτι, ὃς ἂν ἐγγύτατα Σωκρά-
τους ᾖ λόγῳ, ὥσπερ γένει, καὶ πλησιάζῃ διαλεγόμενος,
ἀνάγκη αὐτῷ, ἐὰν ἄρα καὶ περὶ ἄλλου του πρότερον ἄρξηται
διαλέγεσθαι, μὴ παύεσθαι ὑπὸ τούτου περιαγόμενον τῷ
λόγῳ, πρὶν < ἂν > ἐμπέσῃ εἰς τὸ διδόναι περὶ αὑτοῦ
λόγον, ὅντινα τρόπον νῦν τε ζῇ καὶ ὅντινα τὸν παρεληλυ- 188 a
θότα βίον βεβίωκεν· ἐπειδὰν δ' ἐμπέσῃ, ὅτι οὐ πρότερον
αὐτὸν ἀφήσει Σωκράτης, πρὶν ἂν βασανίσῃ ταῦτα εὖ τε
καὶ καλῶς ἅπαντα. Ἐγὼ δὲ συνήθης τέ εἰμι τῷδε καὶ οἶδ'
ὅτι ἀνάγκη ὑπὸ τούτου πάσχειν ταῦτα, καὶ ἔτι γε αὐτὸς
ὅτι πείσομαι ταῦτα εὖ οἶδα· χαίρω γάρ, ὦ Λυσίμαχε, τῷ
ἀνδρὶ πλησιάζων, καὶ οὐδὲν οἶμαι κακὸν εἶναι τὸ ὑπομιμνή-
σκεσθαι ὅ τι μὴ καλῶς ἢ πεποιήκαμεν ἢ ποιοῦμεν, ἀλλ' εἰς
τὸν ἔπειτα βίον προμηθέστερον ἀνάγκη εἶναι τὸν ταῦτα μὴ b
φεύγοντα, ἀλλ' ἐθέλοντα κατὰ τὸ τοῦ Σόλωνος καὶ ἀξιοῦντα
μανθάνειν ἕωσπερ ἂν ζῇ, καὶ μὴ οἰόμενον αὐτὸ τὸ γῆρας
νοῦν ἔχον προσιέναι. Ἐμοὶ μὲν οὖν οὐδὲν ἄηθες οὐδ' αὖ
ἀηδὲς ὑπὸ Σωκράτους βασανίζεσθαι, ἀλλὰ καὶ πάλαι σχεδόν
τι ἠπιστάμην ὅτι οὐ περὶ τῶν μειρακίων ἡμῖν ὁ λόγος
ἔσοιτο Σωκράτους παρόντος, ἀλλὰ περὶ ἡμῶν αὐτῶν. Ὅπερ
οὖν λέγω, τὸ μὲν ἐμὸν οὐδὲν κωλύει Σωκράτει συνδιατρίβειν c
ὅπως οὗτος βούλεται· Λάχητα δὲ τόνδε ὅρα ὅπως ἔχει περὶ
τοῦ τοιούτου.

ΛΑ. Ἁπλοῦν τό γ' ἐμόν, ὦ Νικία, περὶ λόγων ἐστίν· εἰ
δὲ βούλει, οὐχ ἁπλοῦν, ἀλλὰ διπλοῦν. Καὶ γὰρ ἂν δόξαιμί
τῳ φιλόλογος εἶναι καὶ αὖ μισόλογος. Ὅταν μὲν γὰρ ἀκούω
ἀνδρὸς περὶ ἀρετῆς διαλεγομένου ἢ περί τινος σοφίας ὡς
ἀληθῶς ὄντος ἀνδρὸς καὶ ἀξίου τῶν λόγων ὧν λέγει, χαίρω

e 7 λόγῳ — γένει secl. Cron || e 10 <ἄν> ἐμπέσῃ recc. : ἐμπέσει BT || 188 a 5 ἔτι T : ὅτι B || b 2 τό τοῦ Stobée : τοῦ B τοὺς T || b 3 αὐτὸ man. rec. in W : αὐτῷ BT || c 6 αὖ μισο- T : οὐ μισθολόγος B.

de los íntimos, y cual de la familia de Sócrates y se le acerca para dialogar, haya comenzado por dialogar sobre lo que sea, no lo soltará hasta que, conducido por él en el razonamiento, lo lleve a dar cuenta-y-razón de sí mismo: de qué manera
188a está viviendo, de cuál vivió el tiempo pasado; y, una vez llevado ahí, no lo soltará Sócrates hasta haberlo sometido a íntegro, buen y bello examen. Mas yo estoy habituado a él y a eso; y sé que hay que aguantarlo y sé muy bien que yo mismo tendré que sufrirlo. Pero, Lisímaco, me es un placer la compañía de este varón y no llevo a mal el recordarme de qué no he hecho o estoy haciendo bellamente. Más bien, para el futuro de mi vida, no huir de tal examen tiene que ser grandemente prometedor; más aún para quien, según lo
b de Solón, quiera y juzgue deber aprender mientras viva, y no crea que la simple vejez trae entendimiento. Nada de esto me es desagradable, y menos aún me lo es ser examinado por Sócrates, aunque ya desde tiempo atrás sabíamos que, presente Sócrates, no sólo se trataría de los jóvenes, sino también de nosotros mismos. Como digo, pues, no hay de
c mi parte impedimento alguno para que Sócrates trate del asunto como quiera. Pero hay que ver qué siente Laques.

LAQUES. En cuanto a discursos, Nicias, mi caso es simple, o, si lo prefieres, doble, porque unas veces parecería yo ser amante de ellos; otras, odiarlos. Cuando oigo hablar sobre la virtud u otra sabiduría a alguien que es, en verdad, varón y digno de los discursos que hace, me alegro extraordinariamente, viendo que quien habla y lo que dice encajan
d coarmonizan entre sí. Y me parece que el tal es, exactamente, Músico, armonizador de bellísima armonía, no de lira o de instrumento frívolo, sino armonizador en realidad, él mismo, de una vida consonante de palabras con obras, no en el modo jonio ni en el frigio ni en el lidio, sino sencillamente en el dorio que, creo, es la única armonía helénica. El tal háceme
e gozar oyéndole, y hace que parezca, ante todos, ser yo amante-de-discursos, ¡tan grande receptor soy de lo que dice! Mas quien hace lo contrario me fastidia, tanto más cuanto parezca hablar mejor; y además hace que parezca yo ser un odiadiscursos. No tengo experiencia de los discursos de Sócrates; creo tenerla primero de sus obras y, por ellas, lo hallo digno
189a de bellos discursos y de libertad de palabra. Si tiene, pues, esto, me encomiendo a tal varón y con muchísimo gusto me

ὑπερφυῶς, θεώμενος ἅμα τόν τε λέγοντα καὶ τὰ λεγόμενα d
ὅτι πρέποντα ἀλλήλοις καὶ ἁρμόττοντά ἐστι· καὶ κομιδῇ μοι
δοκεῖ μουσικὸς ὁ τοιοῦτος εἶναι, ἁρμονίαν καλλίστην ἡρμοσ-
μένος, οὐ λύραν οὐδὲ παιδιᾶς ὄργανα, ἀλλὰ τῷ ὄντι ζῆν
[ἡρμοσμένος οὗ] αὐτὸς αὑτοῦ τὸν βίον σύμφωνον τοῖς
λόγοις πρὸς τὰ ἔργα, ἀτεχνῶς δωριστί, ἀλλ' οὐκ ἰαστί, οἶμαι,
οὐδὲ φρυγιστὶ οὐδὲ λυδιστί, ἀλλ' ἥπερ μόνη Ἑλληνική ἐστιν
ἁρμονία. Ὁ μὲν οὖν τοιοῦτος χαίρειν με ποιεῖ φθεγγόμενος
καὶ δοκεῖν ὁτῳοῦν φιλόλογον εἶναι· οὕτω σφόδρα ἀποδέχομαι e
παρ' αὐτοῦ τὰ λεγόμενα· ὁ δὲ τἀναντία τούτου πράττων
λυπεῖ με, ὅσῳ ἂν δοκῇ ἄμεινον λέγειν, τοσούτῳ μᾶλλον, καὶ
ποιεῖ αὖ δοκεῖν εἶναι μισόλογον.

Σωκράτους δ' ἐγὼ τῶν μὲν λόγων οὐκ ἔμπειρός εἰμι, ἀλλὰ
πρότερον, ὡς ἔοικε, τῶν ἔργων ἐπειράθην, καὶ ἐκεῖ αὐτὸν
ηὗρον ἄξιον ὄντα λόγων καλῶν καὶ πάσης παρρησίας. Εἰ 189 a
οὖν καὶ τοῦτο ἔχει, συμβούλομαι τἀνδρί, καὶ ἥδιστ' ἂν
ἐξεταζοίμην ὑπὸ τοῦ τοιούτου, καὶ οὐκ ἂν ἀχθοίμην μαν-
θάνων, ἀλλὰ καὶ ἐγὼ τῷ Σόλωνος ἓν μόνον προσλαβών,
συγχωρῶ· γηράσκων γὰρ πολλὰ διδάσκεσθαι ἐθέλω ὑπὸ
χρηστῶν μόνον. Τοῦτο γάρ μοι συγχωρείτω, ἀγαθὸν καὶ
αὐτὸν εἶναι τὸν διδάσκαλον, ἵνα μὴ δυσμαθὴς φαίνωμαι
ἀηδῶς μανθάνων· εἰ δὲ νεώτερος ὁ διδάσκων ἔσται ἢ μήπω
ἐν δόξῃ ὢν ἤ τι ἄλλο τῶν τοιούτων ἔχων, οὐδέν μοι μέλει. b
Σοὶ οὖν, ὦ Σώκρατες, ἐγὼ ἐπαγγέλλομαι καὶ διδάσκειν καὶ
ἐλέγχειν ἐμὲ ὅ τι ἂν βούλῃ, καὶ μανθάνειν γε ὅ τι αὖ ἐγὼ
οἶδα· οὕτω σὺ παρ' ἐμοὶ διάκεισαι ἀπ' ἐκείνης τῆς ἡμέρας
ᾗ μετ' ἐμοῦ συνδιεκινδύνευσας καὶ ἔδωκας σαυτοῦ πεῖραν
ἀρετῆς ἣν χρὴ διδόναι τὸν μέλλοντα δικαίως δώσειν. Λέγ'
οὖν ὅ τι σοι φίλον, μηδὲν τὴν ἡμετέραν ἡλικίαν ὑπόλογον
ποιούμενος.

d 1 τὰ λεγόμενα T : τὸν λεγόμενον B || **d** 2 πρέποντα ἀλλήλοις T : πρέπον· τὰ δ' ἀλλήλοις B || **d** 5 ἡρμοσμένος οὗ secl. Schanz || **d** 6-7 οἶμαι οὐδὲ Badham : οἴομαι δὲ οὐδὲ BT || **189 a** 6 μόνον BT : μόνων rec. || **b** 7 ὑπόλογον H. Estienne : ὑπὸ λόγον BT.

ejercitaría bajo su dirección, y no me pesaría el aprender, aunque, añadiendo una sola cosa, concedo lo de Solón: «quiero aprender de viejo, mas únicamente de varones buenos». Concededme el que el maestro sea él mismo bueno, para que no resulte tardo en aprender por aprender de mala gana; mas no me importa el que el maestro sea joven o no
b aún afamado o le falte algo parecido. Así, pues, Sócrates, te invito a que me enseñes y examines en lo que prefieras; y, por mi parte, enseñar lo que yo sepa, porque estoy bien dispuesto hacia ti desde el día en que corrimos juntos el mismo peligro y me diste la prueba que debe dar quien haya de darle de sí justificadamente. Di, pues, lo que te plazca, no haciendo caso alguno de mi edad.

c SÓCRATES. En lo que es de tu parte no te podremos, al parecer, encausar por no estar dispuesto a discutir y a considerar todo con nosotros.

LISÍMACO. Es, por cierto, Sócrates, asunto nuestro; pero yo te pongo a ti como uno de los nuestros. En mi lugar, y respecto de los jóvenes, considera qué es lo que queremos averiguar de los presentes y aconséjate dialogando con ellos; que yo, por mi edad, me olvido ya de muchas cosas que pensaba preguntar; y de las que oigo, cuando se intercalan
d otros razonamientos, no me acuerdo perfectamente. Hablad, pues, vosotros y explicaros entre vosotros lo que hemos propuesto; yo escucharé y, en oyéndolo, haremos yo y Melesias, lo que os pareciere.

SÓCRATES. Así que, Nicias y Laques, hay que obedecer a Lisímaco y a Melesias. En cuanto a lo que estábamos emprendiendo considerar: quiénes fueron nuestros maestros en educación y a qué otros hicimos mejores, tal vez no estaría mal examinarnos respecto de esto a nosotros mismos, aunque
e creo que tal consideración lleva al mismo término, y que casi casi sería el mejor punto de partida. Porque si tuviéramos la Suerte de saber algo que, sobreviniendo a alguien, lo mejorara y además fuéramos capaces de hacer que le adviniera, es claro que sabríamos, acerca de lo que se nos consulta, cómo se lo poseería fácil y óptimamente. Tal vez no entendáis
190a lo que digo; lo entenderéis más fácilmente dicho así: si por Suerte supiéramos que la vista, sobreviniendo a los ojos, mejora a aquellos a los que adviene y además que somos

capaces de hacer que les advenga, es claro que sabríamos "qué es" la vista misma, acerca de la que se nos consulta, de qué modo se la adquiriría de la más fácil y mejor manera, porque si no sabemos precisamente "qué es" la vista o "qué es" el oído, podríamos despedirnos de ser consejeros, dignos de este nombre, y médicos o de ojos o de oídos acerca de
b la manera mejor de adquirir oído o vista.

LAQUES. Dices la verdad, Sócrates.

SÓCRATES. Pues bien, Laques; estos dos nos piden ahora consejo acerca de la manera de que la virtud, adviniendo a sus hijos, haga sus almas mejores.

LAQUES. Así del todo es.

SÓCRATES. ¿No habrá, pues, de preceder el saber "qué es" Virtud? Porque si en manera alguna supiéramos qué es,
c por Suerte, Virtud, ¿cómo podríamos aconsejar a alguien el modo mejor de adquirirla?

LAQUES. No lo hay, me parece, Sócrates.

SÓCRATES. Afirmamos, pues, saber "qué es".

LAQUES. Lo afirmamos.

SÓCRATES. Si, pues, lo sabemos, podríamos decir "qué es".

LAQUES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. No nos apresuremos en la consideración de la virtud en conjunto; tal vez sea demasiado trabajo; veamos, primero, si nos sentimos capaces de conocer una de sus
d partes, que, verosímilmente, su consideración nos será más fácil.

LAQUES. Hagámoslo así, Sócrates, si así lo quieres.

SÓCRATES. ¿Qué parte de la virtud elegiremos? ¿No es evidente que es hacia la que parece tender el aprendizaje en armas? Así que hacia la Valentía, cual es opinión de la mayoría. ¿Es así?

LAQUES. Y mucho que parece.

SÓCRATES. Tratemos, pues, ante todo, Laques, de decir "qué es" Valentía. Después de lo cual consideraremos de qué

e manera infundarla en estos jovencitos en la medida en que se consigue por ejercicios y aprendizajes. Intenta, pues, decir lo que pregunto: "qué es Valentía".

LAQUES. ¡Por Júpiter!, Sócrates, no es difícil decirlo; si uno se propone, manteniéndose en su fila, rechazar así a los enemigos, y no huyendo, sábete que el tal sería valiente.

SÓCRATES. Bien dicho, Laques; pero tal vez yo tengo la culpa, por no hablar claramente, de que tú no contestes a lo que era mi pensamiento preguntarte, sino a otra cosa. . .

LAQUES. ¿Qué quieres decir, Sócrates?

191a SÓCRATES. Te lo diré, si es que soy capaz. Es por cierto valiente ese de quien hablas: quien, permaneciendo en su fila, combate a los enemigos.

LAQUES. Así lo afirmo.

SÓCRATES. Yo también. ¿Pero qué de quien huyendo combate a los enemigos; y no, permaneciendo?

LAQUES. ¿Cómo eso de huyendo?

SÓCRATES. Como se dice de los escitas, que pelean tan bien huyendo como persiguiendo. Aun Homero, alabando a los caballos de Eneas de «grandemente veloces en las dos
b direcciones», dice de ellos que son «sabios en perseguir o temer»; y al mismo Eneas encomia por eso mismo: por saber temer, y dice que es «maestro en miedo».

LAQUES. Y bellamente, Sócrates, porque hablaba de carros; mas tú hablas de los escitas, que son caballeros. Su caballería pelea de esta manera; mas la infantería griega lo hace, como yo digo.

SÓCRATES. A excepción tal vez, Laques, la de los espar-
c tanos, porque se cuenta que cuando, en Platea, se hallaron frente a frente de los escudados, no quisieron pelear con ellos a pie firme, sino huir; mas, al romper filas los persas, se volvieron a pelear cual caballería, y de esta manera vencieron en aquella batalla.

LAQUES. Dices verdad.

SÓCRATES. Decía, pues, hace un momento que yo tenía la culpa de que no respondieras bellamente, porque no pre-

d guntaba bellamente. Quería que me contestaras no solamente respecto de la valentía de los de infantería sino también de la de los de caballería y de todo eidos guerrero; y no sólo de los valientes en la guerra, sino además de los que lo son en medio de los peligros del mar, y de cuantos son valientes frente a enfermedades, pobreza y cosas políticas; y además de los que son valientes en pelear no sólo contra dolores y miedos, sino también contra apetitos o placeres, a pie firme
e o retrocediendo, que en todo esto, Laques, hay quienes son valientes.

LAQUES. Y mucho, Sócrates.

SÓCRATES. Son, pues, todos los tales valientes; mas unos poseen la valentía contra placeres, otros contra dolores, otros contra apetitos, otros contra miedos; empero otros, creo, en tales casos son cobardes.

LAQUES. Ciertamente.

SÓCRATES. Mas inquiría "qué son" cada una de ellas. Trata, pues, de decir, primero, acerca de valentía "qué es lo idéntico" en todos estos casos. ¿O aún no comprendes lo que digo?

LAQUES. No gran cosa.

192a SÓCRATES. Te lo digo de otra manera; cual si te preguntara "qué es" Velocidad; eso que nos acontece estar siendo al correr, al tocar cítara, al hablar, al aprender y muchos otros casos; y es casi siempre lo que poseemos, refirámonos a lo más importante, en las acciones de manos, piernas, boca, voz, pensamiento. ¿No lo dices tú también así?

LAQUES. Enteramente.

SÓCRATES. Si, pues, uno me preguntara: Sócrates: ¿qué dices ser eso que, en todos esos casos, llamas "velocidad"?
b Diríales: a ese poder de hacer muchas cosas en poco tiempo llamo yo "velocidad", —refiéranse a voz, carrera y todo lo demás.

LAQUES. Y diríaslo correctamente.

SÓCRATES. Trata tú también, Laques, de hablar así respecto de la valentía: qué es ese poder que, por estar siendo

el mismo en placer, dolor y en todo lo que estábamos diciendo hallarse, después se ha llamado "valentía".

LAQUES. Me parece, según eso, ser una cierta fortaleza
c de alma, si hay que decir lo que se halla en todos esos casos.

SÓCRATES. Pues hay que decirlo, si respondemos a nuestra pregunta. Una cosa me parece; no creo que toda fortaleza de alma te parezca valerosa. Y sírvame esto de testimonio: estoy casi seguro, Laques, de que tienes a la valentía por una de las cosas más bellas.

LAQUES. Está bien convencido; es de las bellísimas.

SÓCRATES. Pues bien: ¿la fortaleza acompañada de sapiencia es la bella y buena?

LAQUES. Seguramente.

d SÓCRATES. ¿Y la con insipiencia? ¿No es, por el contrario, dañosa y maléfica?

LAQUES. Sí.

SÓCRATES. ¿Afirmarás, pues, que es bello lo que es maléfico y dañoso?

LAQUES. No fuera, por cierto, justo, Sócrates.

SÓCRATES. No concederás, pues, el que tal fortaleza sea Valentía, ya que no es bella; mas la valentía es algo bello.

LAQUES. Dices verdad.

SÓCRATES. Sería, pues, según tu razonamiento, la valentía "fortaleza inteligente".

LAQUES. Tal parece.

e SÓCRATES. Veamos en qué es inteligente. ¿Lo es en todas las cosas: grandes y pequeñas?, —cual si uno persevera en gastar inteligentemente el dinero, convencido de que gastándolo así llegará a tener más, ¿lo llamarías valiente?

LAQUES. ¡Por Júpiter!, yo no.

SÓCRATES. ¿Y qué si un médico cuyo hijo padece de pneumonía o de otra cosa, y le pide que le dé de beber o de
193a comer, no cediera sino se mantuviera inflexible?

LAQUES. De ninguna manera es esto Valentía.

SÓCRATES. Empero, ¿qué de varón que aguanta pie firme, decidido a combatir, calculando inteligentemente y convencido de que otros le ayudarán, de que combate contra menos y más débiles que los suyos, de que está en mejor posición. A quien se hace fuerte con tal inteligencia y preparación lo llamarías más valiente que a quien, en el campo contrario, está decidido a mantenerse y aguantar en firme?

b LAQUES. Me parece, Sócrates, que llamaría así al del campo contrario.

SÓCRATES. Empero, el aguante de este último es menos inteligente que el del primero.

LAQUES. Dices verdad.

SÓCRATES. ¿Y del que, en combate de caballería se mantiene firme y según la ciencia hípica, dirás que es menos valiente que quien lo hace sin ciencia?

LAQUES. Así me parece.

SÓCRATES. ¿Y qué de quien se hace fuerte según arte de honda, arco u otra cualquiera?

c LAQUES. Del todo lo mismo.

SÓCRATES. ¿Y de cuantos decidida y firmemente se ponen a acciones tales como bajar a un pozo, bucear o parecidas, sin ser expertos, afirmarás que son más valientes que los expertos en ellas?

LAQUES. ¿Qué otra cosa decir, Sócrates?

SÓCRATES. Nada, caso de juzgar así.

LAQUES. Pues así lo juzgo.

SÓCRATES. Empero, los tales se arriesgan y hacen los fuertes menos inteligentemente que quienes lo hacen según arte.

LAQUES. Parécenlo.

d SÓCRATES. Mas atrevimiento y aguante sin inteligencia, ¿no nos parecieron antes feos y dañosos?

LAQUES. Mucho, ciertamente.

SÓCRATES. Pero admitimos que la valentía es algo bello.

LAQUES. Pues se lo admitió.

SÓCRATES. No obstante estamos afirmando que es Valentía esa fealdad de aguante insensato.

LAQUES. Parece lo estamos.

SÓCRATES. ¿Te parece, pues, que estamos hablando bellamente?

LAQUES. No, ¡por Júpiter!, Sócrates; no me lo parece.

SÓCRATES. Así que, sirviéndome de tus palabras, Laques,
e yo y tú no estamos acordados según el modo dórico, pues las obras no consuenan con las palabras, porque, al parecer, se diría que según las obras poseemos Valentía, mas no según las palabras; así lo creyera quien nos estuviera escuchando dialogar.

LAQUES. Verdaderísimamente dicho.

SÓCRATES. Pues bien: ¿crees que estamos en bella postura?

LAQUES. En manera alguna.

SÓCRATES. ¿Quieres que en esto cumplamos con lo que estamos hablando?

LAQUES. ¿Qué es eso y con qué?

SÓCRATES. Con el razonamiento que nos manda ser
194a fuertes. Si lo quieres, pues, perseveremos y seamos fuertes en la presente investigación para que la valentía misma no se nos burle porque no la buscamos valientemente, ya que muchas veces la fortaleza misma es valentía.

LAQUES. Por cierto, Sócrates, que estoy dispuesto a no retirarme, aunque no estoy acostumbrado a esta clase de discursos y se apodera de mí una cierta aversión a lo que se dice, y verdaderamente me molesta no ser capaz de decir las cosas
b como las pienso. Estoy cierto de saber qué es Valentía, mas no sé cómo se me acaba de escapar sin poder captarla en palabras y decir lo que es.

SÓCRATES. El buen cazador, querido, ha de perseguir, y no soltar.

LAQUES. Enteramente así es.

SÓCRATES. ¿Quieres, pues, que invitemos a Nicias, aquí presente, a la cacería? Tal vez tendrá más suerte que nosotros.

LAQUES. Lo quiero, ¿cómo no?

c SÓCRATES. Pues bien, Nicias; acorre en la medida de tu poder a varones amigos zozobrantes y desconcertados en este razonamiento; ¡bien ves cuánto es nuestro desconcierto! Dinos lo que crees es Valentía; sácanos de la dificultad y refuerza tú mismo con la palabra tu pensamiento.

NICIAS. Desde hace rato, Sócrates, me parece que no se ha definido bellamente a la valentía, porque no echáis mano de algo bellamente dicho que os he oído.

SÓCRATES. ¿De qué, Nicias?

d NICIAS. Te he oído decir muchas veces que cada uno de nosotros es bueno en lo que es sabio; y en lo que ignorante es, en eso mismo, malo.

SÓCRATES. ¡Por Júpiter!, Nicias, dices verdad.

NICIAS. Si, pues, el valiente es bueno, es claro que es sabio.

SÓCRATES. ¿Lo oíste, Laques?

LAQUES. Por cierto que sí; mas no entiendo del todo lo que dice.

SÓCRATES. Yo creo entenderlo, y me parece decir que la valentía es una cierta clase de sabiduría.

LAQUES. ¿Qué sabiduría, Sócrates?

SÓCRATES. ¿No se lo preguntas a él?

e LAQUES. Yo, sí.

SÓCRATES. Pues bien: dile, Nicias, cuál clase de sabiduría sería, según tu opinión, la valentía, porque no lo va a ser la flautística.

NICIAS. De ninguna manera.

SÓCRATES. Ni la citarística.

NICIAS. No por cierto.

SÓCRATES. ¿Cuál ciencia, pues, y sobre qué?

LAQUES. Le preguntas muy bien, Sócrates; que diga, pues, cual afirma ser.

NICIAS. Para mí, Laques, tal ciencia es la que versa sobre
195a lo temible y lo aventurado, tanto en guerra como en todos los demás casos.

LAQUES. ¡Qué absurdo dice!, Sócrates.

SÓCRATES. ¿A qué miras, Laques, para llamarla así?

LAQUES. ¿A qué? A que la sabiduría cae fuera de la valentía.

SÓCRATES. Pues Nicias afirma que no.

LAQUES. No, ¡por Júpiter!; y por eso mismo delira.

SÓCRATES. Así, pues, instruyámosle; mas no lo injuriemos.

NICIAS. Pues no; mas me parece, Sócrates, que Laques
b desea que parezca también yo decir naderías porque él mismo acaba de parecer decirlas.

LAQUES. Así es, Nicias, y trataré de mostrarlo, porque tú las dices. En cuestión de enfermedades, ¿no son los médicos los que inmediatamente reconocen el peligro? ¿O te parece que los valientes lo saben? ¿O llamarás valientes a los médicos?

NICIAS. De ninguna manera.

LAQUES. Y pienso que ni a los labradores; aunque, por cierto, conocen los peligros en agricultura; también todos los demás artesanos saben de los peligros y avatares de sus
c artes, mas no por eso son ni un punto más valientes.

SÓCRATES. ¿Qué es lo que Laques está pensando decir? ¿No parece decir algo interesante?

NICIAS. Pues dice algo interesante; mas no, verdadero.

SÓCRATES. ¿Cómo así?

NICIAS. Porque cree que los médicos saben, respecto de los pacientes, algo más que distinguir entre salud y enfermedad. Esto es, por cierto, lo único que saben. Si para alguien la salud le resultara algo más peligroso que la enfermedad, ¿crees, Laques, que los médicos se apercibirían de ello? ¿O no piensas que a muchos les sería no restablecerse de la
d enfermedad mejor que restablecerse de ella? Dime pues, ¿afirmas que a todos les es mejor vivir, y que a muchos no les sería más ventajoso morir?

LAQUES. Lo creo, en efecto.

NICIAS. ¿Crees que las mismas cosas que son temibles para los que ganarían muriéndose lo sean para los que ganan viviendo?

LAQUES. Yo, no, —por cierto.

NICIAS. ¿Mas concederías tal conocimiento a los médicos o a algún otro experto, fuera del sabio en discernir lo temible de lo no temible, a quien yo llamo "valiente"?

SÓCRATES. ¿Entiendes, Laques, lo que dice?

e LAQUES. Ciertamente: que llama "valientes" a los adivinos, porque, ¿quién sino ellos va a saber a quién es mejor vivir o morir?. Mas tú, Nicias, ¿admites ser adivino o ni adivino ni valiente?

NICIAS. ¿Pues qué?, ¿piensas reservar al adivino el conocimiento de lo temible y de lo aventurado?

LAQUES. Yo sí, ciertamente; porque si no, ¿a quién otro?

NICIAS. A quien yo llamo mucho mayor que él, óptimo; que el adivino ha tan sólo de reconocer las señales que le hace el futuro: si a alguien le sobrevendrán muerte, enfermedad, pérdida de dinero, o victoria o derrota en guerra u
196a en otra clase de lucha. Mas en todo esto qué sea mejor: que le pase o no le pase, ¿por qué el juzgarlo va a ser más propio del adivino que de otro cualquiera?

LAQUES. No entiendo, Sócrates, lo que quiere decir: porque estaría declarando que no hay ni adivino ni médico

ni otro alguno a quien llame valiente, a no ser que sea, dice,
un cierto dios. Me parece, pues, que Nicias no quiere con-
fesar simplemente que está diciendo naderías; por el contrario,
b vuélvese y revuélvese, para ocultar su desconcierto. Aun
nosotros, yo y tú, habríamos sido capaces de revolver así las
cosas, si hubiésemos querido disimular nuestras contradicciones.
Si estos nuestros discursos se hicieran ante un tribunal, habría
alguna razón para proceder así; mas ahora, y en una reunión
como ésta, ¿por qué acicalarse uno a sí mismo, en vano, con
vacías razones?

c SÓCRATES. Aun a mí me parece, Laques, que no hay
por qué; pero, veamos, no sea que Nicias crea decir algo
importante, y no precisamente por hablar. Que nos entere
más claramente de su pensamiento; si parece tener razón, se
la concederemos; si no, le instruiremos.

LAQUES. Si quieres tú, Sócrates, enterarte, entérate; que yo, tal vez esté ya suficientemente enterado.

SÓCRATES. No hay inconveniente de mi parte, porque, lo que diga él será en favor mío y tuyo.

LAQUES. Pues absolutamente.

SÓCRATES. Dime, pues, Nicias; mejor, dinos, ya que
d yo y Laques hablamos de consuno: ¿te afirmas en que "la
valentía es ciencia de lo temible y aventurado"?

NICIAS. Yo, sí, ciertamente.

SÓCRATES. ¿Y en que no es de cualquier varón conocerlo, puesto que ni médico ni adivino la conocerán y serán valientes, si no la adquieren? ¿No decías esto?

NICIAS. Pues así es.

SÓCRATES. Según, pues, el refrán no la conocería, realmente «cualquier cerdo», ni resultaría Valentía.

NICIAS. Me parece que no.

e SÓCRATES. Es evidente, Nicias, que ni siquiera admites
que haya sido valiente la jabalina de Crommyon. Y no lo
digo por broma; sino que creo que quien tales cosas dice es
imposible admita valentía en ninguna fiera o que conceda
que haya fiera tan sabia que lo que pocos hombres conocen,

por ser difícil, afirme saberlo un león o una pantera o un jabalí. Mas es necesario que quien ponga la valentía en lo que tú la pones afirme que se han de igual manera respecto de ella león, ciervo, toro y mono.

197a LAQUES. ¡Por los dioses!, Sócrates, que hablas bien. Respóndenos, Nicias, a esto según verdad: ¿afirmas que son más sabios que nosotros esas fieras que todos conceden ser valientes o bien, oponiéndote a todos, te atreves a no llamarlas valientes?

NICIAS. Pues no, Laques; yo no llamo valientes ni a fieras ni a nada que, por ignorancia, no teman lo terrible; sino llamaríalos "temerarios" y "locos". ¿O crees que llamo valientes a todos los niños, pues, por ignorancia, a nada temen?
b Creo, por el contrario, que no es lo mismo ser temerario que ser valiente. Creo que son muy pocos los que participan de valentía y previsión; pero muchísimos, entre varones, mujeres, niños y fieras, que participan de temeridad, audacia, carencia de miedo, por imprevisión. A las acciones que tú, Sócrates,
c en la mayoría, llamas "valerosas", llamo yo "temerarias"; mas valerosas y reflexivas, a las que digo.

LAQUES. Nota, Sócrates, qué bien, así parece, se ha puesto Nicias a cubierto con este razonamiento. En cuanto a los que todos llamamos, de común acuerdo, "valientes", intenta despojarlos de tal honor.

NICIAS. No, por mi palabra, Laques; anímate, porque afirmo que, caso de ser valientes tú y Lámaques, sois también sabios, y así otros muchos atenienses.

LAQUES. No replicaré, aunque tengo algo que decir en contra de esto, para que no digas que verdaderamente soy de Aixonea.

d SÓCRATES. No le respondas, Laques, porque me parece que no caen en cuenta de que esta sabiduría le viene de Damón, nuestro compañero; mas Damón anda asociado en muchas cosas con Pródico quien, por cierto, parece distinguir, más bellamente que ningún otro sofista, en eso de nombres.

LAQUES. Pues le está muy bien, Sócrates, a un sofista gloriarse de eso, mejor que a un varón a quien la Ciudad juzgue digno de presidirla.

e SÓCRATES. No obstante, querido, conviene que el gran presidente posea grandísima sapiencia; me parece valer la pena considerar a qué está mirando Nicias, al imponer ese nombre de Valentía.

LAQUES. Considéralo tú mismo, Sócrates.

SÓCRATES. Es lo que voy a hacer, óptimo; pero no creas que te soltaré de razonar en común; pára mientes y reconsideremos lo dicho.

LAQUES. Sea así, si te parece necesario.

SÓCRATES. Pues me lo parece. Mas tú, Nicias, retoma
198a la cuestión desde el principio; ¿recuerdas que, al principio del razonamiento, consideramos a la valentía como una parte de la virtud?

NICIAS. Perfectamente.

SÓCRATES. ¿Así que respondiste cual si fuera una parte, entre muchas otras, al conjunto de las cuales se ha llamado Virtud?

NICIAS. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. ¿Hablamos, pues, tú y yo de las mismas partes?; además de valentía llamo partes de la Virtud a sapiencia, justicia y otras tales. ¿Tú también, no?

b NICIAS. Enteramente.

SÓCRATES. ¡Tente! Convengamos en esto; mas pongamos a consideración lo referente a lo temible y lo aventurado, de manera que tú no pienses una cosa, y nosotros otra. Te diremos lo que pensamos; si no convienes con nosotros, instrúyenos. Tenemos por temibles las cosas que inspiran miedo; por aventuradas, las que no. Empero, miedo no lo inspiran ni los males pasados ni los presentes, sino los presentidos, porque miedo es presentimiento de un mal futuro. ¿Es así también para ti, Laques?

LAQUES. Enteramente, Sócrates.

c SÓCRATES. Estás oyendo, Nicias, nuestra opinión: afirmamos que son temibles los males futuros; mas aventurado,

es lo futuro, sea no malo o bueno. ¿Hablarías tú de esta manera o de otra?

NICIAS. De ésta, por cierto.

SÓCRATES. ¿A la ciencia de todo ello llamas "valentía"?

NICIAS. Absolutamente.

SÓCRATES. Pongamos a consideración un tercer punto a ver si tu opinión es común con la nuestra.

NICIAS. ¿Cuál es?

d SÓCRATES. Te lo diré; porque me parece a mí y a Laques, aquí presente, respecto de los objetos sobre que trata la ciencia, que no es una según que se refiera al pasado, para saber de qué modo pasó; y es otra, referida al presente, para saber cómo se es, y otra, para saber cómo se haría o hará mejor lo que aún no es; sino que es siempre la misma.

Al igual que la medicina, que, siendo una y la misma para todos los tiempos, no se hace diferente por supervisar
e lo que está pasando, lo pasado y lo futuro, a ver cómo llegaría a ser; y, respecto de los productos de la tierra, la agricultura se comporta parecidamente. Más aún: en asuntos de guerra sois testigos de que la estrategia prevé bellísimamente, entre otras cosas, a las futuras, y no cree deber someterse a la adivinatoria, sino mandar en ella, por saber mejor que ella lo
199a concerniente a guerra, en presente y en futuro. Y aun la ley así lo prescribe: que no mande el adivino al estratega, sino el estratega al adivino. ¿Lo afirmaremos, Laques?

LAQUES. Lo afirmaremos.

SÓCRATES. Pues bien: ¿Convienes con nosotros, Nicias, en que es la misma ciencia la que entiende de las mismas cosas, sean futuras, presentes o pasadas?

NICIAS. Por mí que sí; tal me parece, Sócrates.

SÓCRATES. Ahora bien, óptimo, ¿la valentía es, como
b dices, ciencia de lo temible y de lo aventurado? ¿Es así?

NICIAS. Sí.

SÓCRATES. Mas se convino en que, tanto lo temible como lo aventurado, esto versa sobre bienes futuros: aquello, sobre males futuros.

NICIAS. Absolutamente.

SÓCRATES. ¿Así que será la misma y sobre las mismas cosas, estén por venir o en cualquier otro estado?

NICIAS. Así es.

SÓCRATES. Luego la valentía no es tan sólo ciencia de lo temible y aventurado, porque entienda únicamente sobre bienes y males futuros, sino porque entiende también de los presentes, de los pasados y de los que se hallen en cualquier
c estado, —al igual que las demás ciencias.

NICIAS. Parece.

SÓCRATES. Luego, Nicias, no respondiste sino, cuando más, a una tercera parte de lo que es valentía, a pesar de que nosotros te preguntábamos por qué era la Valentía íntegra. Ahora, al parecer, y según tu propio razonamiento, la Valentía no es sólo ciencia de lo temible y aventurado, sino casi casi
d la valentía versaría sobre todos los bienes y males, y en todos los estados, y tal es tu definición presente. ¿La reformamos así, Nicias, o cómo dirías?

NICIAS. Me parece así, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Te parece, pues, daimoníaco, que le faltaría algo en punto a virtud a quien supiera, respecto de todos los bienes y de todas las maneras, cómo están siendo, serán y han sido, y parecidamente respecto de los males? ¿Y crees que al tal le falte sapiencia o justicia y piedad, si es el único capaz de portarse bien y cuidadosamente con dioses y con hombres, tanto en lo temible como en lo que no lo es, y aun de procurarse los bienes, y es el único sabio en cómo
e correctamente tratar con ellos y de todo eso?

NICIAS. Me pareces decir algo importante, Sócrates.

SÓCRATES. No estarías, pues, Nicias, hablando de una parte de la virtud, sino de ella íntegra.

NICIAS. Así parece.

SÓCRATES. Empero, afirmábamos que la valentía es solamente una parte de las de la virtud.

NICIAS. Lo afirmábamos.

SÓCRATES. Mas no lo parece según lo dicho ahora.

NICIAS. No lo parece.

SÓCRATES. Luego, Nicias, no hemos encontrado qué es valentía.

NICIAS. Parece que no.

LAQUES. Por cierto y por mi palabra, amigo Nicias,
200a que creíamos la encontrarías, ya que menospreciaste mis respuestas a Sócrates, aparte de que abrigaba gran esperanza de que la encontrarías, gracias a la sabiduría de Damón.

NICIAS. Bien está, Laques, el que creas no ser ya esto asunto tuyo, puesto tú mismo has manifestado no saber nada acerca de Valentía. Pero solamente miras a que yo quedaré en esto igual que tú; y a que, según parece, nada importará el que ni tú ni yo sepamos algo de lo que conviene sepa varón que en algo se aprecie. Por cierto, me parece que haces
b algo verdaderamente humano: no mirarte a ti mismo para nada, y sí, a los demás. En cuanto a mí, creo haber hablado convenientemente de lo que estamos tratando; y si algo no quedó suficientemente explicado, más adelante se lo rectificará aun con ayuda de Damón —de quien te burlas, sin ni siquiera conocerlo de vista— y con la de otros. Cuando esté seguro en esto, te instruiré en ello sin reservas; porque me parece nece-
c sitas grandemente de aprender.

LAQUES. Eres todo un sabio, Nicias. No obstante, aconsejo a Lisímaco y a Melesias, aquí presentes, que, en eso de la educación de los jóvenes, nos licencies a ti y a mí; mas, como dije al principio, no sueltes a Sócrates; que si mis hijos estuvieran en edad, haría lo mismo.

NICIAS. En esto coincido yo mismo contigo: en que si Sócrates quiere tomar a su cuidado a los jóvenes, no hay
d por qué buscar a nadie más. Gustosísimamente le encargaría a Nicératos, si éste lo quiere. Pero cuando a Sócrates mismo le recuerdo este punto me remite siempre a otros, mas él no quiere. Ve, Lisímaco, si a ti Sócrates te escucharía más.

LISÍMACO. Sería de justicia, Nicias, porque en su favor estaría yo mismo dispuesto a hacer muchas cosas que no querría hacer por muchos otros. ¿Cómo respondes, Sócrates? ¿Accedes, y te empeñarás en hacer mejores a estos jóvenes?

e SÓCRATES. Terrible caso fuera, Lisímaco, no querer ayudar a quien se empeña en hacerse óptimo. Mas si en el presente diálogo me hubiera mostrado yo sabio, y vosotros ignorantes, fuera justo el que, sobre todo, me invitarais a mí para esta tarea. Mas todos estamos igualmente desconcertados. ¿Quién elegiría, pues, a uno de nosotros? A mí me parece, que a nin-
201a guno. Siendo esto así, considerad qué os aconsejaría, según mi opinión. Afirmo, varones —ninguno delatará lo que voy a decir— que todos nosotros hemos de buscar, ante todo para nosotros mismos, un maestro, el mejor posible; pues lo necesitamos; y buscarlo después para nuestros jóvenes, sin regatear ni dinero ni nada. Pero no aconsejo el que nos quedemos
b como estamos. Si alguno se burla de que, a esta nuestra edad, juzguemos digno el ir a la escuela, me parece hay que enrostrarle lo de Homero, quien dice: «no está bien vergüenza en varón necesitado». Dejemos a sus anchas a quien tal diga; preocupémonos, juntos, de nosotros y de nuestros jóvenes.

LISÍMACO. Me place, Sócrates, lo que dices; y quiero yo, precisamente por ser el más viejo, esforzarme en aprender junto con los jóvenes. Pero hazme este favor: mañana, por la mañana, vente a casa; y no faltes, a fin de que nos acon-
c sejemos en este punto. Ahora disolvimos la reunión.

SÓCRATES. Lo haré, Lisímaco, e iré mañana a tu casa, si dios quiere.

NOTAS AL LAQUES

179 b, c.

"administrando", δι-οικοῦντες. Literalmente economía doméstica o "casera" (δι-οικία). Esta economía hará de modelo inclusive para Ciudad (πόλις), y administrar los asuntos y negocios de Ciudad se llamará διοικεῖν. A "comer juntos" (συσ-σιτεῖν), Nicias, Laques e hijos dan el nombre que a las comidas públicas, en común y obligatorias en otras partes de Grecia, se daba a συσσιτία, "con-mensalías". O la comida común "casera" sirvió de paradigma para la pública o la pública influyó en la casera, comunicándose el nombre. Tratándose de dos generales el empleo de la misma palabra no es casual.

179 e.

"bello" aprendizaje pelear armado. Una de las notas resonantes, frecuente y oportunamente en un diálogo griego es la de "bello", aun en asuntos a los que jamás se aplicaría ahora, ni en muchos siglos antes, el calificativo de bello (καλῶς), bellamente (καλός). La traducción hace resonar tal nota siempre que la da el texto. Contribuye a mantener el tono griego del diálogo. Cf. 180 c. (Cl. I).

180 a.

"aprendizaje", μάθημα; de donde le viene el nombre a la "matemática". Tiene el carácter de "matemático" cuanto conocimiento, destreza, se adquiera por aprendizaje, frente a lo tenido por naturaleza, instinto. La "matemática" era, ya, el caso ejemplar de lo obtenido mediante aprendizaje, por aprendices (μαθητής) respecto de maestros (διδάσκαλος). Por esto, ella ha casi acaparado el nombre.

180 d.

"Música". La música era ya "arte" (τέχνη) entre los griegos, y abarcaba, además de lo estrictamente llamado ahora música —instrumental o vocal—, la política y aun parte de matemáticas. Además proveníale al hombre cual don de las diosas Musas. Al decir un griego "música" le sonaba todo eso. Para ser fiel, de alguna manera, a ello se escribe con mayúscula inicial la palabra. En general, la mayúscula inicial que se halle, en esta traducción, en palabra: —sustantivos, adjetivos. . .— que según las normas ortográficas

vigentes —no hechas por y para filósofos y filosofía— alude a su origen divino, que a los griegos les resonaban aún. Así se mantiene el tono "religioso" de un diálogo griego (Cf. Cl. I.6).

181 a.

En cuanto al valor de exclamaciones o juramentos cual "¡Por Juno!", véase Cl. I.6. Son otra manera, bien griega, de mantener el tono "religioso" del diálogo. Y no tienen nada de irreverentes, al revés.

181 c.

"reconocido". Aparte de conocer (γιγνώσκειν) un hombre cosas, y conocer un hombre a otro, cual animal, cuerpo, hombre, conocer en un hombre, ya conocido de alguna manera, circunstancias y relaciones extraordinarias antes des-conocidas, aunque existentes, recibió entre los griegos el nombre de ἀναγνώρισις, re-conocimiento, con efectos más o menos espectaculares, aprovechados cual truco teatral. Aquí se echa de ver los efectos, aun verbales, de tal re-conocimiento, frente al conocimiento anterior y corriente de Sócrates por Lisias.

"te recordaremos", ὑπο-μνήσομεν. Te sacaremos de la sub-memoria, donde se hallaba tal relación familiar, antes del acontecimiento del "re-conocimiento".

181 c.

"ejercicio", literalmente ejercicio de los que se hacen en este gimnasio.

182 c.

Escala de aprendizajes bellos; a ascender de un escalón a otro superior impele la honra: del de lucha armada a táctica, de táctica a estrategia... hasta llegar a empresas (ἐπιτηδεύματα) bellas y grandemente dignas (ἄξια) de un varón, partiendo del primero.

185 d, e.

Las palabras τέχνη τεχνικός tienen para el griego resonancias perdidas posteriormente, y entre nosotros. Lo de τέχνη resuena a arte (de artesano) y a arte (de artista), incluye, pues, a la una, arte-factos y arti-ficios; y el τεχνικός es artesano-artífice, juntos ambos por virtud de la norma unitaria griega ser "bueno-y-bello"; lo de bueno, preeminente en artesano; lo de bello, en artista. Son, pues, palabras de tipo "acorde" (Cl. I).

186 b.

"nos encausen", αἰτίαν ἔχει. Causa, αἰτία, es palabra "acorde" (Cl. I) en que resuenan, perceptiblemente, para el griego, "causar" (algo) y en-

causar (de algo a alguien). Se puede encausar a la causa por algo (malo o bueno) que ha hecho, o por sus obras.

187 e.

"dar razón de...", διδόναι λόγον, como se dirá o decía, διδόναι δίκην dar a la justicia lo suyo; "darlo", por acto espontáneo, cual don de varón libre. Se complementa tal dación por aceptación de ella, del don, διδόντες τε καὶ δεχόμενον. Dación y aceptación libres entre libres.

188 b.

Solón, γηράσκω δ' ἀεὶ πολλὰ διδασκόμενος, "envejezco aprendiendo siempre más y más cosas". Frg. 10.

188 d, e.

"en realidad", τῷ ὄντι. Frase hecha (Cl. II. 3) que indica se toma, en serio, en real —y no ficticiamente— un asunto. Contribuye a dar tono ontológico al tema, —además de las notas de religión, musical...

"amantes-de-dineros", "odia-discursos", φιλό-λόγος, μισό-λόγος. Tales palabras recién compuestas, verdaderos estrenos verbales, son típicas de los diálogos socráticos. La unidad total de tales palabras y su pluralidad interna quedan reproducidas en la traducción por el uso del guión. En cuanto al acorde plurisignificacional de λόγος, véase Cl. I. 1.

190 a.

"qué es", ὅ τι ποτ' ἐστιν. Frase recién estrenada para plantear una cuestión o tema en serio, con seriedad ontológica. Definir. Estrenada, y ya difundida. Sus modulaciones véanse en Cl. II. 1.

190 b, c, d, e.

Qué es Virtud (ἀρετή), qué es Valentía (ἀνδρεία). Las dos son palabras "acorde" (Cl. I) en que resuena, aún perceptiblemente para el griego, la nota de "varón" (ἄῤῥην): base real y lugar propio de aparición y estancia de la valentía cual virtud especial, y de virtud en cuanto tal (segunda nota).

191 a, b.

Homero, *Ilíada*, V. 223; VIII, 107.

191 d.

Sobre la significación y uso de eidos, véase Cl. III. 1.

192 b.

Nótese la definición: el "qué es" Velocidad: hacer muchas cosas en pequeño tiempo. Definición más amplia que hacer muchos pasos, o leguas,

en poco tiempo: relación de espacio con tiempo. Aquí relación entre número (N) de acciones de voz, manos, pensamientos, con tiempo (t). Tal número puede verificarse en el mismo espacio (s) o lugar. Definición supraespacial. En lugar de $V = s/t$, —definición elemental vieja y actual—, la de $V = N/t$.

Entre esta definición de Velocidad y el concepto de potencia (δύναμις), hay relación más próxima que con la definición vulgar s/t. Por otra parte la relación entre valentía (varón) y potencia es aún más clara. Se trata de fortaleza (καρτερία, κράτος: fuerza) de alma.

194 d.

Conexión típicamente griega, entre sabio-y-bueno; entre ignorante-y-malo.

194 e; 195.

La ciencia se delimita o define por el objeto sobre el que versa. Aquí, la valentía, en cuanto una cierta ciencia se define, por delimitarse a lo temible y aventurado, —es guerra y todos los demás casos.

197 c.

"acicalarse" uno a sí mismo. La palabra (verbo aquí) de (Cosmos) es palabra "acorde" (Cl. I) en que resuenan dos significaciones: orden-adorno. El Cosmos (El Mundo: único) es el caso, único, ejemplar de orden-adornado. Es El Orden-adornado. De ahí que resulte modelo para los en él incluidos, y alabanza para los que a El se acomoden: se adornen-ordenadamente a sí mismos en acciones, virtudes...

198 e.

De los males futuros se dice ser "temibles", por malos; mas de las cosas no malas, o buenas, futuras se dice ser "aventuradas", y quien se mete a ellas es un "aventurado" o "atrevido", —está a lo que venga, que será o no malo o bueno. Si se enfrenta a "males" futuros, o al futuro precisamente en cuanto posibilidad de males, de ellos se dice que son temibles; y de él, que es "valiente".

199 d.

"daimoníaco", δαιμόνιε. Para evitar el sentido, multisecularmente fijado, de "demonio, demoníaco", la traducción restituye a la palabra su diptongo. Los daimonios eran seres intermedios entre lo divino —dioses, diosas— y lo mortal, —varones, hembras. O resultaban de sus uniones. En sentido más amplio, y siempre, laudatorio, la palabra indica alguna eminencia, algo suprahumano, sin llegar a divino por genealogía pura o mezclada.

201 b.

Homero, *Odisea,* XVII, 347.

201 c.

"Si dios quiere", ἐὰν θεὸς ἐθέλῃ. En una concepción de Mundo que admita oficialmente pluralidad de dioses, "dios" no es nombre propio, sino común, cual hombre, número... Por ello la traducción lo escribe con minúscula inicial.

MENEXENO

Lugar y tiempo del (fingido) diálogo hablado: Atenas. ¿Hacia 420 a. C? (Pericles 490-429). Aspasia, Sócrates (470-399).

Personas:

MENEXENO. Ateniense. Discípulo y admirador de Sócrates. Noble. De unos veinte años.

SÓCRATES. Ateniense. Filosofante dialéctico.

Lugar y tiempo del diálogo redactado para publicación: Atenas. Por un miembro de la Academia. ¿Hacia 386? ¿Imitación y crítica del tipo de Discurso de Lisias y Gorgias ?

ΜΕΝΕΞΕΝΟΣ

[ἢ ἐπιτάφιος· ἠθικός.]

ΣΩΚΡΑΤΗΣ ΜΕΝΕΞΕΝΟΣ

ΣΩ. Ἐξ ἀγορᾶς ἢ πόθεν Μενέξενος ; 234a

ΜΕΝ. Ἐξ ἀγορᾶς, ὦ Σώκρατες, καὶ ἀπὸ τοῦ βουλευτηρίου.

ΣΩ. Τί μάλιστα σοὶ πρὸς βουλευτήριον ; ἢ δῆλα δὴ ὅτι παιδεύσεως καὶ φιλοσοφίας ἐπὶ τέλει ἡγεῖ εἶναι, καὶ ὡς ἱκανῶς ἤδη ἔχων ἐπὶ τὰ μείζω ἐπινοεῖς τρέπεσθαι, καὶ ἄρχειν ἡμῶν, ὦ θαυμάσιε, ἐπιχειρεῖς τῶν πρεσβυτέρων τηλικοῦτος ὤν, ἵνα μὴ ἐκλίπῃ ὑμῶν ἡ οἰκία ἀεί τινα ἡμῶν b
ἐπιμελητὴν παρεχομένη ;

ΜΕΝ. Ἐὰν σύ γε, ὦ Σώκρατες, ἐᾷς καὶ συμβουλεύῃς ἄρχειν, προθυμήσομαι· εἰ δὲ μή, οὔ. Νῦν μέντοι ἀφικόμην πρὸς τὸ βουλευτήριον πυθόμενος ὅτι ἡ βουλὴ μέλλει αἱρεῖσθαι ὅστις ἐρεῖ ἐπὶ τοῖς ἀποθανοῦσιν· ταφὰς γὰρ οἶσθ' ὅτι μέλλουσι ποιεῖν.

ΣΩ. Πάνυ γε· ἀλλὰ τίνα εἵλοντο ;

ΜΕΝ. Οὐδένα, ἀλλὰ ἀνεβάλοντο εἰς τὴν αὔριον. Οἶμαι μέντοι Ἀρχῖνον ἢ Δίωνα αἱρεθήσεσθαι.

234 a 1 ἐξ TW : καὶ ἐξ F (sed καὶ punctis del. f) || καὶ secl. H. Richards || 4 σοὶ F : σὺ TW || 5 παιδεύσεως TWf : συνέσεως, ut uidet., uol. F || b 1 ἐκλίπῃ TF : -λείπῃ W || 7 ποιεῖν TW : -ήσειν F || 9 ἀνεβάλλοντο T (sed alterum λ puncto del.).

MENEXENO

SÓCRATES, MENEXENO

234a SÓCRATES. ¿Del ágora, o de dónde?, Menexeno.

MENEXENO. Del ágora, Sócrates, —del Consejo.

SÓCRATES. ¿Qué, en especial, tienes que ver con el Consejo? ¿O no está ya claro que, por creerte llegado al final de tu educación y filosofía, y teniendo ya lo suficiente de ellas piensas dedicarte a cosas mayores, y mandar sobre nosotros a fin de que vuestra casa no deje de proporcionarnos conti-
b nuamente un solícito cuidador?

MENEXENO. Si tú, Sócrates, me permites y aconsejas mandar, me animaré a ello; mas si no, no. Hoy, por cierto, me encaminaba al Consejo, enterado de que el Consejo está a punto de escoger quién dirá la oración fúnebre, porque sabes se disponen a hacer los funerales.

SÓCRATES. Bien lo sé; pero, ¿a quién escogieron?

MENEXENO. A nadie; lo aplazaron para mañana. Creo, no obstante, que escogerán a Arquino o a Dión.

c SÓCRATES. Y por cierto, Menexeno, que morir en la guerra me parece ser de muchas maneras bello, porque se obtiene bella y magnificente sepultura, aun si uno muere pobre; y aunque se sea un cualquiera, cáele la Suerte de que lo elogien varones sabios y que no elogian como les salga sino después de preparar durante largo tiempo sus discursos. Y tan bellamente elogian que, diciendo de cada uno lo que le corresponde, o no, y adornándolo con bellísimos nombres encantan a nuestras almas, a la vez que, encomiando de todas
235a las maneras a la Ciudad y a los muertos en la guerra, a nuestros progenitores, a todos los antepasados, y aun elogiándonos a

ΜΕΝΕΞΕΝΟΣ 234 c

ΣΩ. Καὶ μήν, ὦ Μενέξενε, πολλαχῇ κινδυνεύει καλὸν c
εἶναι τὸ ἐν πολέμῳ ἀποθνῄσκειν. Καὶ γὰρ ταφῆς καλῆς τε
καὶ μεγαλοπρεποῦς τυγχάνει, καὶ ἐὰν πένης τις ὢν τελευ-
τήσῃ, καὶ ἐπαίνου αὖ ἔτυχεν, καὶ ἐὰν φαῦλος ᾖ, ὑπ' ἀνδρῶν
σοφῶν τε καὶ οὐκ εἰκῇ ἐπαινούντων, ἀλλὰ ἐκ πολλοῦ χρό-
νου λόγους παρεσκευασμένων, οἳ οὕτως καλῶς ἐπαινοῦσιν
ὥστε καὶ τὰ προσόντα καὶ τὰ μὴ περὶ ἑκάστου λέγοντες, 235 a
κάλλιστά πως τοῖς ὀνόμασι ποικίλλοντες, γοητεύουσιν ἡμῶν
τὰς ψυχάς, καὶ τὴν πόλιν ἐγκωμιάζοντες κατὰ πάντας
τρόπους καὶ τοὺς τετελευτηκότας ἐν τῷ πολέμῳ καὶ τοὺς
προγόνους ἡμῶν ἅπαντας τοὺς ἔμπροσθεν καὶ αὐτοὺς ἡμᾶς
τοὺς ἔτι ζῶντας ἐπαινοῦντες, ὥστ' ἔγωγε, ὦ Μενέξενε,
γενναίως πάνυ διατίθεμαι ἐπαινούμενος ὑπ' αὐτῶν, καὶ
ἑκάστοτε ἕστηκα ἀκροώμενος καὶ κηλούμενος, ἡγούμενος ἐν b
τῷ παραχρῆμα μείζων καὶ γενναιότερος καὶ καλλίων γεγο-
νέναι. Καὶ οἷα δὴ τὰ πολλὰ ἀεὶ μετ' ἐμοῦ ξένοι τινὲς
ἕπονται καὶ ξυνακροῶνται πρὸς οὓς ἐγὼ σεμνότερος ἐν τῷ
παραχρῆμα γίγνομαι· καὶ γὰρ ἐκεῖνοι ταὐτὰ ταῦτα δοκοῦσί
μοι πάσχειν καὶ πρὸς ἐμὲ καὶ πρὸς τὴν ἄλλην πόλιν, θαυ-
μασιωτέραν αὐτὴν ἡγεῖσθαι εἶναι ἢ πρότερον, ὑπὸ τοῦ
λέγοντος ἀναπειθόμενοι. Καί μοι αὕτη ἡ σεμνότης παρα-
μένει ἡμέρας πλείω ἢ τρεῖς· οὕτως ἔναυλος ὁ λόγος τε καὶ c
ὁ φθόγγος παρὰ τοῦ λέγοντος ἐνδύεται εἰς τὰ ὦτα, ὥστε
μόγις τετάρτῃ ἢ πέμπτῃ ἡμέρᾳ ἀναμιμνῄσκομαι ἐμαυτοῦ
καὶ αἰσθάνομαι οὗ γῆς εἰμι, τέως δὲ οἶμαι μόνον οὐκ ἐν

Testim. : **234 c** 1 καὶ μὴν — 6 παρεσκευασμένων Stob., *Ecl.*, IV, 9, 15 ‖ **235 b** 8 καί μοι — **c** 1 τρεῖς Priscian., *Instit.*, XVIII, 270 (cap. XXVI).

c 2 ταφῆς καλῆς τε καὶ TF: καλῆς ταφῆς τε καὶ W ταφῆς τε καλῆς καὶ Stob. ‖ **235 a** 3 τὴν πόλιν TW : τὸν κόσμον F ‖ 4 τρόπους TW: τοὺς τρόπους F ‖ καὶ τοὺς TW : om. F (suprascr. f) ‖ 6 ἐπαινοῦντες secl. Cobet ‖ ὥστ' TF : ὡς W ‖ 7 καὶ TW: καὶ γ' F ‖ **b** 1 ἕστηκα TW γρ. f: ἐξέσ- F ‖ αἰωρούμενος Valckenaer pro ἀκροώμενος ‖ 2 μείζων TW : καὶ μείζων F ‖ 6 μοι om. W ‖ **c** 1 πλείω ἢ codd. : πλείω Priscianus πλεῖον Hirschig πλεῖν Cobet.

nosotros mismos, los aún vivientes, hasta yo mismo, Menexeno, me siento grandemente ennoblecido por sus elogios; y cada vez me quedo encantado oyéndolos, convencido de haberme hecho, en un instante, mejor, más noble, más bello. Y casi
b todas las veces, y aun siempre, vienen conmigo y conmigo escúchanlo algunos extranjeros, ante los cuales, en ese instante, resulto más respetable, porque me parece que sienten lo mismo respecto de mí y de la Ciudad: que la tienen por más admirable que antes, persuadidos por el orador. Y a mí, me dura
c esta respectabilidad días, —más de tres. La palabra y voz del orador se adentra, tan resonante, por las orejas que, apenas en el cuarto o quinto día, me recuerdo de mí mismo y caigo en cuenta de en qué lugar de la tierra estoy; que, hasta entonces creo, tan sólo hallarme en las islas de los bienaventurados. ¡Tan hábiles son nuestros oradores!

MENEXENO. Siempre estás, Sócrates, burlándote de los oradores. Esta vez, por cierto, creo que el escogido no saldrá tan bien parado, porque la selección se hizo tan tan de sopetón que el orador tenga tal vez, sin remedio, que improvisar.

d SÓCRATES. ¿Cómo así?, cándido; que los tales tienen disponibles discursos, aparte de que improvisar, en tales casos, no es difícil. Porque si se hubiera de elogiar a los atenienses ante los del Peloponeso, o a los del Peloponeso ante los atenienses, falta hiciera de buen orador para persuadirlos y que sacara renombre. Mas cuando hay que ganárselo ante los mismos a quienes se alaba, no es gran cosa parecer buen orador.

MENEXENO. ¿No lo crees, Sócrates?

SÓCRATES. Ciertamente que no, ¡por Júpiter!

e MENEXENO. ¿Que te crees capaz tú mismo de hablar si fuera preciso y te escogiera el Consejo?

SÓCRATES. Nada, por cierto, Menexeno, de sorprendente fuera, aun para mí, el que fuese capaz de hablar, que, por Suerte, he tenido de maestra en retórica a una, y nada mediocre: la misma que ha hecho a otros muchos buenos oradores; pero a uno eminente entre los griegos: a Pericles, hijo de Jatipo.

MENEXENO. ¿Quién es ella? ¿O no es evidente que estás hablando de Aspasia?

ΜΕΝΕΞΕΝΟΣ 236a

κὴν μὲν ὑπὸ Λάμπρου παιδευθείς, ῥητορικὴν δὲ ὑπ' Ἀντι-
φῶντος τοῦ Ῥαμνουσίου, ὅμως κἂν οὗτος οἷός τ' εἴη Ἀθη-
ναίους γε ἐν Ἀθηναίοις ἐπαινῶν εὐδοκιμεῖν.

ΜΕΝ. Καὶ τί ἂν ἔχοις εἰπεῖν, εἰ δέοι σε λέγειν;

ΣΩ. Αὐτὸς μὲν παρ' ἐμαυτοῦ ἴσως οὐδέν, Ἀσπασίας δὲ
καὶ χθὲς ἠκροώμην περαινούσης ἐπιτάφιον λόγον περὶ b
αὐτῶν τούτων. Ἤκουσε γὰρ ἅπερ σὺ λέγεις, ὅτι μέλλοιεν
Ἀθηναῖοι αἱρεῖσθαι τὸν ἐροῦντα· ἔπειτα τὰ μὲν ἐκ τοῦ
παραχρῆμά μοι διῄει, οἷα δέοι λέγειν, τὰ δὲ πρότερον
ἐσκεμμένη, ὅτε μοι δοκεῖ συνετίθει τὸν ἐπιτάφιον λόγον ὃν
Περικλῆς εἶπεν, περιλείμματ' ἄττα ἐξ ἐκείνου συγκολλῶσα.

ΜΕΝ. Ἦ καὶ μνημονεύσαις ἂν ἃ ἔλεγεν ἡ Ἀσπασία;

ΣΩ. Εἰ μὴ ἀδικῶ γε· ἐμάνθανόν γέ τοι παρ' αὐτῆς, καὶ
ὀλίγου πληγὰς ἔλαβον ὅτι ἐπελανθανόμην. c

ΜΕΝ. Τί οὖν οὐ διῆλθες;

ΣΩ. Ἀλλ' ὅπως μή μοι χαλεπανεῖ ἡ διδάσκαλος, ἂν
ἐξενέγκω αὐτῆς τὸν λόγον.

ΜΕΝ. Μηδαμῶς, ὦ Σώκρατες, ἀλλ' εἰπέ, καὶ πάνυ μοι
χαριεῖ, εἴτε Ἀσπασίας βούλει λέγειν εἴτε ὁτουοῦν· ἀλλὰ
μόνον εἰπέ.

ΣΩ. Ἀλλ' ἴσως μου καταγελάσει, ἄν σοι δόξω πρεσβύτης
ὢν ἔτι παίζειν.

ΜΕΝ. Οὐδαμῶς, ὦ Σώκρατες, ἀλλ' εἰπὲ παντὶ τρόπῳ.

ΣΩ. Ἀλλὰ μέντοι σοί γε δεῖ χαρίζεσθαι, ὥστε κἂν ὀλίγου,
εἴ με κελεύοις ἀποδύντα ὀρχήσασθαι, χαρισαίμην ἄν, ἐπειδή d
γε μόνω ἐσμέν. Ἀλλ' ἄκουε. Ἔλεγε γάρ, ὡς ἐγῷμαι, ἀρξα-
μένη λέγειν ἀπ' αὐτῶν τῶν τεθνεώτων οὑτωσί.

a 4 παιδευθεὶς secl. Cobet || 5 οὕτως primit. W pro οὗτος || 6 γε F: τε TW || b 5 δοκεῖ T: ἐδόκει WF || 6 περιλείμματ' ἄττα Tf: περιλείμματα ταῦτα WF(γρ. ταῦτα in marg. T) || συγκολλῶσα TWf: κομμῶσα F || 7 μνημονεύσαις TF: -σας W || c 1 ὅτι codd.: ὅτε coni. Schleiermacher || 3 χαλεπανεῖ Tf: -πανῇ W -παίνει F || 8 καταγελάσει T: -σῃ W -σεις F || ἂν TW: ἐὰν F || 11 ἀλλὰ TW: ἀλλ' εἰ F || ὥ γε coni. Stallbaum pro ὥστε || d 1 κελεύοις recc.: -εις TW -ῃς F || χαρίσαιμεν ἂν secl. Schanz.

SÓCRATES. Pues de ella hablo; y de Cono, hijo de Me-
236a trobio, que los dos son mis maestros, el uno, de música; la
otra, de retórica. Ciertamente, pues, nada tiene de sorprendente el que varón así educado resulte grandilocuente. Más aún: cualquiera peor educado que yo, mas educado por Lampros en música, o en retórica por Antifonte de Ramnonte, sería capaz de ganar renombre ante los atenienses alabando a los atenienses.

MENEXENO. Y, ¿qué tendrías para decir, si hubieras de hablar?

SÓCRATES. Yo, de mi cosecha, tal vez nada. Mas ayer
b precisamente escuchaba a Aspasia haciendo, por sus pasos,
un discurso fúnebre sobre tal tema, porque, lo mismo que tú dices había ella oído: que los atenienses estaban a punto de escoger al orador; así que desarrolló, improvisando, algo de lo que debía decirse; lo demás, teníalo ya pensado, de manera que me pareció componía el discurso funeral que pronunció Pericles, y que ensartaba ella sobras de él.

MENEXENO. ¿Te recordarías, pues, de lo que dijo Aspasia?

SÓCRATES. Si no me falla la memoria, que de ella mis-
c ma lo aprendí y por poco recibo golpes por lo que olvidaba.

MENEXENO. ¿Qué, pues?, ¿no me lo repetirás?

SÓCRATES. Pero de manera que no lleve a mal la maestra si hago público su discurso.

MENEXENO. En modo alguno lo llevará, Sócrates; habla, que me dará gran placer, tanto que lo que quieres decir sea de Aspasia como de cualquier otro, con tal, solamente, de que hables.

SÓCRATES. Pero tal vez te rías tú de mí, si, de viejo, te pareciere que aún bromeo.

MENEXENO. En modo alguno, Sócrates; habla, sea como sea.

SÓCRATES. Pues bien: sea por darte gusto; tanto que
d si me urgieras a bailar desnudo, casi casi lo hiciera por darte
gusto, ya que estamos solos. Escucha ya: Habló, pues, ella, ya desde el comienzo sobre los muertos mismos, haciéndolo de semejante manera:

ΜΕΝΕΞΕΝΟΣ 237 e

τότε καὶ πρώτη τροφὴν ἀνθρωπείαν ἤνεγκεν τὸν τῶν πυρῶν
καὶ κριθῶν καρπόν, ᾧ κάλλιστα καὶ ἄριστα τρέφεται τὸ 238a
ἀνθρώπειον γένος, ὡς τῷ ὄντι τοῦτο τὸ ζῷον αὐτὴ γεννη-
σαμένη. Μᾶλλον δὲ ὑπὲρ γῆς ἢ γυναικὸς προσήκει δέχεσθαι
τοιαῦτα τεκμήρια· οὐ γὰρ γῆ γυναῖκα μεμίμηται κυήσει καὶ
γεννήσει, ἀλλὰ γυνὴ γῆν. Τούτου δὲ τοῦ καρποῦ οὐκ
ἐφθόνησεν, ἀλλ' ἔνειμεν καὶ τοῖς ἄλλοις. Μετὰ δὲ τοῦτο
ἐλαίου γένεσιν, πόνων ἀρωγήν, ἀνῆκεν τοῖς ἐκγόνοις·
θρεψαμένη δὲ καὶ αὐξήσασα πρὸς ἥβην ἄρχοντας καὶ b
διδασκάλους αὐτῶν θεοὺς ἐπηγάγετο· ὧν τὰ μὲν ὀνόματα
πρέπει ἐν τῷ τοιῷδε ἐᾶν [— ἴσμεν γάρ —] οἳ τὸν βίον
ἡμῶν κατεσκεύασαν πρός τε τὴν καθ' ἡμέραν δίαιταν,
τέχνας πρώτους παιδευσάμενοι, καὶ πρὸς τὴν ὑπὲρ τῆς
χώρας φυλακὴν ὅπλων κτῆσίν τε καὶ χρῆσιν διδαξάμενοι.

Γεννηθέντες δὲ καὶ παιδευθέντες οὕτως οἱ τῶνδε πρόγονοι
ᾤκουν πολιτείαν κατασκευασάμενοι, ἧς ὀρθῶς ἔχει διὰ βρα-
χέων ἐπιμνησθῆναι. Πολιτεία γὰρ τροφὴ ἀνθρώπων ἐστίν, c
καλὴ μὲν ἀγαθῶν, ἡ δὲ ἐναντία κακῶν. Ὡς οὖν ἐν καλῇ
πολιτείᾳ ἐτράφησαν οἱ πρόσθεν ἡμῶν, ἀναγκαῖον δηλῶσαι,
δι' ἣν δὴ κἀκεῖνοι ἀγαθοὶ καὶ οἱ νῦν εἰσιν, ὧν οἵδε τυγχά-
νουσιν ὄντες οἱ τετελευτηκότες. Ἡ γὰρ αὐτὴ πολιτεία καὶ
τότε ἦν καὶ νῦν, ἀριστοκρατία, ἐν ᾗ νῦν τε πολιτευόμεθα
καὶ τὸν ἀεὶ χρόνον ἐξ ἐκείνου ὡς τὰ πολλά. Καλεῖ δὲ ὁ
μὲν αὐτὴν δημοκρατίαν, ὁ δὲ ἄλλο, ᾧ ἂν χαίρῃ, ἔστι δὲ τῇ d

Testim. : **238 a** 1 ᾧ κάλλιστα — 2 γένος Dion. Halic., *De admir. ui in Dem.*, 29 || 5 τούτου δὲ — 6 ἄλλοις Dion. Halic., *De admir. ui in Dem.*, 29 || 6 Μετὰ δέ — 7 ἐκγόνοις Dion. Halic., *De admir. ui in Dem.*, 29; cf. Clem. Alex., *Paedag.*, II, 210 (Potter) || **c** 1 Πολιτεία — 2 κακῶν Stob., *Flor.*, 43, 86; Dion. Halic., *De admir. ui in Dem.*, 26.

e 7 τότε TW : τότε καιρῷ F || **238 a** 2 αὐτή F : αὕτη TW || 4 τεκμήρια TF : τε τεκμήρια W || 6 τοῦτο TW : ταῦτα F || **b** 3 ἴσμεν γάρ secl. Wilamowitz || **c** 1 ἀνατροφὴ Stob. pro τροφὴ || 2 καλὴ... κακῶν codd. : καλὴ μὲν ἀγαθῶν, μὴ καλὴ δὲ κακῶν Stob. καὶ ἡ μὲν ἀγαθὴ ἀγαθῶν, μὴ καλὴ δὲ κακῶν Dionysius || **d** 1 ὃ Stallbaum proᾧ.

"Con obras, acaban de obtener éstos de nosotros lo que les era debido, recibido lo cual están emprendiendo el Predestinado viaje, despedidos solemnemente y en común por la Ciudad; mas, en privado, por sus familiares. Pero ahora, con palabras, la ley ordena, y es un deber, hacer a tales varones
e el homenaje que falta. Que a obras bien hechas y a acciones viénenles de palabras bellamente dichas memoria y honor de los oyentes. Tal ha de ser todo discurso que pretenda alabar adecuadamente a los muertos, exhortar benévolamente a los vivientes, urgiendo a descendientes y hermanos a que imiten las virtudes de ellos; mas a padres, madres —y si quedaren algunos de los anteriores progenitores—, a todos ellos, con-
237a solación. ¿Cuál sería, a juicio nuestro, un discurso evidentemente tal? ¿O por dónde comenzaríamos correctamente a ensalzar a varones buenos que, de vivientes, hicieron por su virtud el gozo de los suyos, y que trocaron su muerte por la salvación de los aún vivientes? Me parece preciso, por natural, que según la manera como se hicieron buenos, según esa misma se los ensalce. Mas se hicieron buenos por nacidos de buenos. Encomiemos, pues, primero, lo de bien nacidos;
b después, su crianza y educación. Y, además de esto, exhibamos cómo hicieron sus obras: de qué manera evidente bella y digna de ellas.

Primero: lo de bien nacidos les vino del origen de sus progenitores, —nada de advenedizos ni que descubriera que sus descendientes lo eran de extranjeros, venidos de otra parte a establecer su casa en el país, sino autóctonos, morando y viviendo, en realidad, en su patria, y criados no por madrastra, cual los otros, sino por madre: la región en que moraban;
c y que ahora, muertos, descansan en un lugar de familia: el de quien los parió, crió y recibió en su seno. Así que lo más justo es hacer, primero, los honores a la madre misma; que así, a la vez, queda honrado su noble nacimiento.

Es nuestro país digno de ser ensalzado por todos los hombres, no solamente por nosotros, por muchas y varias razones; de ellas la primera y máxima la de, por suerte, ser "amado-por-los-dioses". Sírvanos de testimonio de estas pala-
d bras aquella riña y juicio de los dioses que se lo disputaron. País que los dioses ensalzaron, ¿cómo no ha de ser justo lo ensalcen los hombres todos? Pero un segundo elogio, justo, sería el de que en aquel tiempo, cuando de la tierra entera

d Reyes, por cierto, los tenemos siempre; algunos, unas veces, según nacimiento; otras, por elección. Pero las más de las veces el pueblo manda en la Ciudad; aunque da gobierno y poder a los que, en cada caso, le pareciere ser los mejores. Y ni por enfermedad, pobreza, padres desconocidos, a nadie se excluye; ni por los contrarios se le honra con cargo, —cual en otras ciudades. Sino una sola norma: que el reconocido por sabio o bueno sea quien gobierne y mande. Empero, la
e causa de tal régimen político es, entre nosotros, la igualdad de nacimiento, porque las otras ciudades están constituidas por hombres de clases desiguales y variadas; así que, desiguales también son sus regímenes políticos, —tiranías y oligarquías, y viven teniendo unos pocos a los demás por esclavos; y éstos,
239a a aquéllos, por dueños. Mas nosotros y los nuestros —todos hermanos por nacidos de la misma madre— no tenemos por digno haya entre nosotros ni esclavos ni dueños. Por el contrario: la igualdad-de-nacimiento, que es la según naturaleza, nos fuerza a buscar la igualdad-según-ley, y a no someternos, mutuamente, uno a otro ninguno, sino por reputación de virtud y sapiencia.

Por lo cual, criados en total libertad, tanto los padres de éstos, como los nuestros, y ellos mismos, y bellamente nacidos, dieron a luz ante todos los hombres —tanto en privado como en público— muchas y bellas obras, convencidos del deber de luchar por la libertad contra los griegos en favor de los
b griegos, y contra los bárbaros en favor de todos los griegos. Que, por cierto, contra Eumolpo y Amazonas —y aun otros anteriormente— invasores del país, cómo se defendieron, y cómo defendieron a los argivos contra los cadmeos, a los heraclidas contra los argivos, el tiempo resulta breve para dignamente referirlo, aparte de que los poetas, celebrándolo en Música, difundieron por doquier, y bellamente, su virtud. Si, pues, emprendiéramos nosotros adornar eso mismo con sencillas palabras, quedaríamos patentemente en segundo lugar.
c Dejaré, pues, de lado todo esto —tal es mi parecer—, ya que ha recibido lo que se le debía. Mas de lo que ningún poeta ha sacado renombre digno de tan digna causa, y que aún está puesto en olvido, eso precisamente me parece deber recordarse, enzalzándolo y ofreciéndolo virgen a otros para que lo pongan en odas y en cualquier otro género de poemas, de manera adecuada a quienes lo hicieron. Hablo, de entre tales hazañas,

ante todo de ésta: A los persas, dueños de Asia, y puestos a
d esclavizar a Europa, los detuvieron los hijos de esta tierra, nuestros padres, a los que es justo y necesario, ante todo, ensalzar recordando su virtud. Es preciso verla, si se la ha de ensalzar bellamente, refiriéndose, al hablar de ella, a aquel tiempo en que el Asia entera era ya esclava de un tercer Rey, —de ellos el primero fue Ciro quien, una vez libertados por alto designio suyo los persas, sus propios conciudadanos, esclavizó a la vez a los medos, sus dueños, y mandó sobre la restante Asia hasta Egipto; mas su hijo, sobre Egipto y
e Libia, hasta donde era posible llegar; el tercero, Darío, por teirra llevó las fronteras de su imperio hasta los escitas, pero con sus naves dominaba mar e islas, tanto que nadie se tenía
240a por capaz de oponérsele. Esclavizada estaba de mente la humanidad entera, ¡y tantos, tan grandes y bellísimos pueblos tenía esclavizados íntegramente el imperio persa!

Mas acusándonos Darío a nosotros y a los eritreos de conspirar contra Sardes, envió, con tal pretexto, cincuenta miríadas de hombres en transportes y navíos, —trescientos navíos, con Datis por comandante, diciéndole volviera trayendo a eritreos y atenienses, si quería guardar su propia cabeza.
b Puso, pues, velas hacia Eritrea, contra varones de la más alta reputación, entre los griegos de entonces, en cuestiones de guerra, y no pocos en número; en tres días los sometió a ellos; mas, para que ninguno escapara, al país lo rastrilló de la siguiente manera: en llegando sus soldados a las fronteras de Eritrea, desplegándose de mar a mar y cogidos de las manos, atravesaron el país entero, a fin de poder decir
c al Rey que ninguno se les había escapado. Con el mismo designio descendieron de Eritrea hasta Maratón, cual si estuviera todo listo para llevarse también a los atenienses, una vez subyugados, en la misma inevitable redada con los eritreos. Algo de esto era ya un hecho; algo, empresa aún; mas a eritreos y atenienses ninguno de los griegos los socorrió, a excepción de los espartanos, —y aun llegaron al día siguiente de la batalla. Todos los demás, aturdidos, contentándose con haberse por de pronto salvado, quedáronse quietos. Por cierto,
d que puesto uno en tal paso, reconocería quiénes realmente fueron los valientes que, en Maratón, aguantaron el ímpetu de los bárbaros, castigaron su arrogancia y, primeros en alzar los trofeos de victoria sobre los bárbaros, llegaron a hacerse

guías y enseñar a los demás el que no era invencible el poder de los persas, sino que, íntegras, muchedumbre y riqueza
e ríndense al valor. Pues bien: de tales varones afirmo que son nuestros padres no sólo de los cuerpos, sino también de la libertad, —de la nuestra y de la de todos los que en este continente habitan. Porque con la vista puesta en esa hazaña, y las posteriores batallas, los griegos, haciéndose discípulos de los de Maratón, se atrevieron a correr, en favor de la libertad, toda clase de peligros.

En este discurso el primer premio había de otorgarse a ellos; mas el segundo, para los vencedores en las batallas nava-
241a les de Salamina y Artemisia. Por cierto que, de estos varones, habría muchas cosas que relatar: qué asaltos aguantaron por tierra y por mar, y cómo los rechazaron. Pero recordaré lo que de ellos me parece más bello: haber continuado y llevado a su término la hazaña de Maratón. Porque los de Maratón mostraron a los griegos solamente que, por tierra, era posible
b rechazar unos pocos a los bárbaros; mas, que lo fuera por mar, era aún ignoto; y los persas tenían fama de ser invencibles por mar a causa de su número, riqueza, artes y fuerza. Pues bien: de los varones que entonces lucharon en batallas navales es precisamente digno de alabanza el que, en los griegos, disiparon tal temor y dejaron así de temer a la multitud de navíos y varones. De ambos: de los que en Maratón lucharon y de los que en la batalla naval de Salamina pro-
c viene el haberse los demás griegos educado, aprendido y acostumbrado a no temer a los bárbaros, ni a los que vinieran por tierra ni a los que por mar.

Como tercera hazaña menciono la de Platea, común ya a espartanos y atenienses, quienes por su número y valor aseguraron la salvación de Grecia. Todos ellos rechazaron al mayor y más grave peligro; y por este su valor los encomiamos nosotros ahora, y en el futuro los posteriores. Empero, aun después de esta hazaña, muchas ciudades griegas estaban
d de parte de los bárbaros; y decíase que el Rey mismo estaba pensando en un nuevo ataque contra los griegos. Es, pues, de justicia el recordarnos de quienes, limpiando y expulsando del mar a todos los bárbaros, perfeccionaron la salvación, fin de las hazañas de los anteriores. Fueron éstos los de la batalla naval de Eurimedonte, los de la campaña contra Chipre, los que partieron a Egipto y otras muchas partes, de quienes hay

e que recordarse y darles gracias porque hicieron que, por miedo,
el Rey se preocupara de su propia salvación y no de tramar
la perdición de los griegos.

Y tal fue la guerra sostenida por nuestra Ciudad entera
242a contra los bárbaros y en favor de si misma y de los de la
misma lengua. Mas hechas las paces, y en honor nuestra
Ciudad, sobrevínole lo que les gusta a los hombres caiga
sobre los exitosos; primero, los celos; después de los celos,
la envidia; lo que hizo que, contra su voluntad, se pusiera
nuestra Ciudad en guerra con los griegos. Tras de lo cual,
sobrevenida la guerra, enfrentáronse con los espartanos en
Tanagra combatiendo en favor de la libertad de los beocios.
La batalla quedó indecisa, mas la decidió el acto siguiente:
b se retiraron de ella y partieron, abandonando a quienes ayu-
daban; mas los nuestros, vencedores en Enofites, tras tres
días de lucha, hicieron, según justicia, volver a los injusta-
mente exiliados. Así que ellos, los primeros después de las
guerras pérsicas, ayudando, en favor de la libertad, a unos
griegos contra otros griegos, llegaron a ser varones buenos
y libertadores de sus ayudados; fueron también los primeros
c que, honrados por la Ciudad, reposan en este monumento.

Después de esto, generalizada la guerra, todos los griegos
se pusieron en campaña contra nuestro país; lo devastaron,
pagando indignamente las gracias que a la Ciudad le debían.
Venciéronlos los nuestros en batalla naval, tomando de pri-
sioneros en Esfaguía a sus jefes. Pudiendo matarlos, les per-
donaron la vida; los devolvieron e hicieron las paces, conven-
cidos de que con los de la misma raza la guerra debe terminar
d con la victoria, y por la rabieta privada de una Ciudad no
destruir la comunidad griega; mas contra los bárbaros, guerra
hasta su destrucción. Dignos de alabanza son, pues, estos
varones que descansan aquí después de haber hecho una
guerra en que demostraron que, si acaso alguien dudaba de
que en la anterior guerra hubo otros mejores que los ate-
nienses, tal duda era falsa. Mostraron ellos entonces a una
Grecia escindida que vencedores en tal guerra, apresados los
e jefes de los demás griegos, con quienes antes y en común
vencieron a los bárbaros, eran capaces ellos, a solas, de
vencerlos.

Después de esta paz sobrevino una tercera guerra, im-
prevista y terrible, en que perecieron muchos valientes que

aquí reposan; muchos de ellos, cerca de Sicilia, ostentando multitud de trofeos alcanzados por defender la libertad de
243a los leontinos para socorrer, según lo jurado, a los cuales, navegaron hasta aquellos lugares. Mas lo largo de la navegación, el estado confuso de la Ciudad, escindida en facciones, y sin poder para socorrerlos, hizo que tuvieran que renunciar a ello en un golpe de mala Suerte. Pero de sus mismos enemigos y adversarios en la guerra recibieron mayores elogios por su moderación y valor que los que de ellos recibieron sus amigos. Muchos murieron en las batallas navales de Helesponto, habiendo capturado en un día todos los navíos
b enemigos, vencidos muchos otros. Al hablar de la manera terrible e inesperada como esta guerra surgió, me refiero a que los demás griegos llegaron a tanto encono de su enemiga contra la Ciudad que entraron en negociaciones privadas con el peor enemigo: el Rey, a quien en común con nosotros expulsaron para que, una vez más, viniera: el bárbaro, contra los griegos. Hiciéronse entonces patentes la energía y el valor
c de la Ciudad, porque, creyéndola vencida ya del todo, y los navíos atrapados en Mitilene, ayudándolos con otros sesenta, embarcados en ellos, resultaron, según común consentimiento, óptimos varones por vencedores de los enemigos, y libertadores de los amigos; mas, por una Suerte, indigna de ellos, no pudieron sus cuerpos ser rescatados del mar, y reposar aquí. Débenseles eternas memoria y alabanzas. Por su valor vencimos no solamente en aquella batalla naval, sino en lo
d restante de la guerra; por ellos esta Ciudad adquirió la reputación de invencible, aunque batalle contra ella la humanidad entera. Y es reputación verdadera. Que por nuestras propias disensiones hemos sido vencidos; no, por otras causas; que aun ahora no estamos vencidos por aquéllos; que nosotros mismos nos vencimos y por nosotros mismos fuimos vencidos.

e Después de esto, vueltas tranquilidad y paz con los otros, la guerra civil la hicimos de tal manera entre nosotros que, si fuera el Sino de los hombres escindirse en facciones, nadie pediría para su propia Ciudad enfermarse de otra manera. Porque desde el Pireo y desde la Ciudad, ¡con qué amabilidad y familiaridad se trataban unos ciudadanos con otros y, contra lo que era de esperar con los demás griegos! Y, ¡con qué moderación pusieron fin a la guerra con los de Eleusis! Y de todo esto no hubo otra causa. sino el real parentesco

244a que aportó amistad firme entre congéneres, no de palabras sino de obras.

De los muertos, unos a manos de otros, durante esta guerra hay que hacer memoria, y reconciliarlos, como nosotros lo podemos, con plegarias y sacrificios en esta oportunidad, invocando a quienes mandan sobre ellos, ya que nosotros mismos estamos reconciliados. Que no por maldad ni enemistad, sino por Malaventura, pelearon unos con otros. Pero nosotros mismos, los vivientes, somos testigos de esto: que,
b siendo de su misma raza, nos perdonamos mutuamente lo que hicimos y lo que padecimos.

Después de esto, perfectamente nosotros en paz, la Ciudad se quedó tranquila; perdonó a los bárbaros el que se defendieran bien de lo que ella, injustamente y sin necesidad, les hizo padecer; mas irritada con los giegos, recordando que los beneficios de ella recibidos los devolvieron con esa gracia
c de concertarse con los bárbaros, apoderarse de los navíos que en su oportunidad los salvaron, derruyendo nosotros nuestras murallas para evitar cayeran las suyas. Determinada, pues, la Ciudad a no defender ya a griegos, puestos a esclavizarse unos por otros, ni por los bárbaros, así vivía la Ciudad; y, por ser tal el estado de nuestro ánimo, creyeron los espartanos haber nosotros, los paladines de la libertad, haber decaído, y ser
d ya el momento de ponerse ellos a esclavizar a los demás. Esto es lo que hicieron.

Y, ¿qué falta hace añadir más? Que hablaría no de cosas antiguas ni a otros hombres sucedidas, después de las dichas; porque nosotros mismos sabemos cuán espantados y urgidos recurrieron a nuestra Ciudad los primeros de los griegos: argivos, beocios y corintios; y lo más divino de Todo: aun a tan grandes apuros llegó el Rey que, a su derredor, no halló pudiera venirle la salvación de parte alguna sino precisamente de esta Ciudad que tanto se empeñó en destruir.
e Y por cierto que si de algo se quisiera acusar, en justicia, a esta Ciudad, lo único correcto fuera decir que se la acusaría de ser demasiado compasiva y criada del vencido. Y por cierto que entonces no fue capaz de ponerse fuerte y mantener hasta el final su resolución de no ayudar de entre los amenazados de esclavitud a ninguno de los que con ella se por-
245a taron injustamente. Mas cedió y ayudó. A los griegos, ella misma los ayudó, liberándolos de esclavitud, de manera que

estuvieron libres hasta que, de nuevo, ellos se esclavizaron
a sí mismos. Al Rey, no se atrevió a ayudarlo, por reverencia
a los trofeos de Maratón, Salamina y Platea; mas con sólo
permitir que le ayudaran exiliados y voluntarios lo salvó,
—tal es la común opinión. Pero amurallada, y reconstruidas
las naves, aceptó guerrear cuando se la forzó a ello; y en
b favor de los de Parios hizo la guerra a los espartanos.

Mas el Rey tuvo miedo de nuestra Ciudad al ver que
los espartanos desistían de la guerra marítima. Queriendo
desertar, reclamaba a los griegos del continente que anterior-
mente le habían entregado los espartanos si es que iba a
aliarse con nosotros y demás aliados, creyendo que no lo
querríamos, para así tener un pretexto para su deserción.
c Pero los demás aliados le engañaron; porque corintios, argi-
vos, beocios y demás aliados consentían en tal entrega; convi-
nieron y juraron en entregar los griegos del continente si
estaba dispuesto a pagarlo. Solamente nosotros no nos atre-
vimos ni a entregarlos ni a jurar.

Tan generoso, libre, firme y sano es el carácter de nuestra
Ciudad; y natural el odio a lo bárbaro por ser puramente
d griegos, sin mezcla de bárbaros. Porque ni pélopes, ni cadmeos,
ni egipcios ni dánaos ni tantos otros —bárbaros por natu-
raleza, mas griegos por ley— cohabitan con nosotros. Pero
griegos, lo somos nosotros y habitamos sin mezcla de bár-
baros; por lo cual infuso está en la Ciudad, y es puro, el
odio a naturaleza extranjera. Una vez más, pues, nos queda-
mos a solas por no querer cometer esa acción, vergonzosa
y sacrílega, de entregar griegos a bárbaros. Vueltos, pues, a
e la misma situación, anterior a la guerra que perdimos, gracias
a dios terminamos la guerra ahora mejor que entonces, porque
salimos de la guerra conservando murallas, navíos y nuestras
propias colonias. ¡Tan contentos quedaron con terminarla
nuestros enemigos mismos! Por cierto que también en esta
guerra perdimos varones buenos, obstaculizados por el mal
terreno en Corinto; por la traición, en Lequeo. Pero buenos
246a también los que libraron al Rey, y expulsaron del mar a los
espartanos. Yo, por cierto os los recuerdo; mas vosotros habéis
de ensalzar conmigo y honrar a tales varones.

Y tales son las hazañas de los varones que aquí reposan,
y las de tantos otros como murieron en defensa de la Ciudad.
Muchas y bellas son las dichas; pero son todavía más nume-

rosas y bellas las posteriores; porque no serían suficientes
b muchos días y noches a quien se pusiera a relatarlas todas.
Recordándolos, pues, es preciso que todo varón exhorte a los
descendientes de ellos a que, como en la guerra, no deserten
de su puesto: el de sus progenitores, ni se retiren a la reta-
guardia cediendo a la cobardía. Yo mismo, pues, hijos de
varones buenos, os exhorto ahora y, en el tiempo que me restare
de vida, siempre que encuentre a uno de vosotros os recordaré
y urgiré a que os esforcéis en ser cuando mejores mejor. Al
c presente es de justicia el que os diga lo que nuestros padres
creían deber recomendarnos a los que quedábamos, si a ellos
les pasaba algo al afrontar un peligro. Os repetiré lo que
de ellos oí y lo que ahora, si pudieran, os dirían gustosos,
a juzgar por lo que entonces dijeron. Dijeron, pues, esto:

d «¡Hijos!, de que lo seáis de padres valientes, lo que estáis
presenciando da pruebas; siéndonos factible vivir no bella-
mente, bellamente elegimos morir, más bien que hacer caer
sobre vosotros y vuestra posteridad oprobio alguno, avergon-
zar a nuestros padres y a todos sus progenitores, teniendo
por invivible la vida de quien los avergüenza, y que ni hom-
bres ni dioses son amigos suyos ni sobre la tierra ni bajo la
tierra, una vez muerto. Habéis, pues, de recordaros de nuestras
palabras: cualquier obra que hiciereis, sea la que fuere, hacedla
e cual ejercicio de la virtud, sabiendo vosotros que, sin ello,
todo lo demás: riquezas y empresas es feo-y-malo. Porque
ni la riqueza trae consigo belleza para quien la posee con
cobardía, —que el tal se enriquece, mas no para sí; ni belleza
y robustez de cuerpo, domiciliadas en cobarde-y-malo, no
resplandecen de conveniente, sino de inconveniente manera;
ponen más en descubierto a su poseedor y trasparece su cobar-
día. Y toda ciencia, separada de justicia y de las demás vir-
247a tudes, es evidente picardía; y no, sabiduría. Por lo cual,
primero, postrero y durante toda la vida tratad de poner
totalmente todo vuestro empeño en superarnos cuanto más
mejor en renombre tanto a nosotros como a nuestros proge-
nitores. Que si no, sabedlo bien: si os vencemos en virtud,
tal victoria os trae vergüenza; mas la derrota, caso de ser
derrotados, bienaventuranza. Pero la mejor manera de ser
nosotros vencidos y vosotros vencedores fuera tratar de no
b abusar de la reputación de vuestros progenitores ni malbara-
tarla, sabiendo que para varón que se tenga en algo no hay

nada de más vergonzoso que hacerse honrar no por lo suyo,
sino por la reputación de los progenitores. Son, ciertamente,
para los hijos los honores de los padres bello y magnificente
tesoro; pero gastar un tesoro, tanto de dinero como de honor,
y además no transmitir a los descendientes nada, por carecer
de riquezas y renombre propios, es algo vergonzoso-y-cobarde.
Y si de esto os ocupáis, llegaréis vosotros cual amigos a amigos,
nosotros, cuando el Hado os tome, cual os corresponde, a su
c cuidado. Mas si habéis sido descuidados y malignos, nadie os
recibirá benévolamente. Dése, pues, esto por dicho a vuestros
hijos.

Pero en cuanto a nuestros padres, quien los tenga, y a
nuestras madres, hay que exhortarlos de continuo a llevar
mansamente las desgracias que tal vez les sobrevinieron, y
no añadir nuestros lamentos, que no necesitarán de que alguien
les aumente las penas, porque la desgracia que les cayó se
d las proporcionará. Más bien, que, curados y apaciguados,
recuerden que los dioses escucharon lo que sobre todos ellos
les pedían: Que no les pedían fueran inmortales sus hijos,
sino valientes y afamados; tales son los máximos bienes, y la
Suerte se los deparó. Mas no es fácil el que, a varón mortal,
le salga durante su vida todo a medida de sus deseos. Sopor-
tando varonilmente las desgracias mostraránse ser, en realidad,
e padres de varoniles hijos, y serlo ellos mismos; mas, si se
abatieren, darán que sospechar o que no son nuestros padres
o que nuestros ensalzadores nos mienten. Nada de esto ha
de pasar, sino, más bien, el que ellos sean, de hecho, nuestros
máximos ensalzadores lo mostrarán dejando ver que, en rea-
lidad, son varones, padres de varones.

Viejo, ciertamente, es el dicho "nada en demasía"; y
bellamente dicho parece, ya que, en realidad, está bien dicho.
Porque varón que haga depender de sí mismo todo lo con-
ducente a bienaventuranza o lo a ella próximo —y no oscile
248a según lo que a otros hombres les pase de bueno o de malo,
de modo que también lo suyo tenga que ir a la deriva— es
el mejor preparado para la vida; él es el morigerado; él, el
valeroso y sapiente; y él, quien, véngale riquezas e hijos o
desaparezcan, obedecerá, mejor que nadie, al refrán, porque
mostrará no alegrarse ni entristecerse "en demasía", —por
confiar en sí mismo. Por tales nos tenemos; y que lo son
los nuestros es voluntad y afirmación nuestra. Y como tales

b nos mostramos ahora; sin pensar ni temor "en demasía", aun si en este momento hubiera que morir. Suplicamos, pues, a padres y madres que con este temple de ánimo pasen el resto de la vida y sepan que a nosotros no nos serán lo más agradable ni sus lamentos ni sus gemidos. Que si algo de los vivos sienten los muertos, nos displacería sobre todo el que se molestaran a sí mismos por llevar pesadamente las desgracias; mas el llevarlas ligera y moderadamente nos placería
c sobre todo. Que, por cierto, lo nuestro va a tener ya el final más bello que cabe a hombres; así que están mejor honras que lamentos. En cuanto a nuestras mujeres e hijos nos hemos cuidado tanto de su sustento, como de que piensen en lo de acá, y así pondrán en olvido, sobre todo, la mala Suerte y vivirán de manera más bella, ordenada y agradable a nosotros.

d Baste con este mensaje de parte nuestra para los nuestros. Mas a la Ciudad le suplicaríamos cuide solícitamente de nuestros padres e hijos; a éstos, educándolos decorosamente; a aquéllos, manteniéndolos dignamente en su ancianidad, —pero sabemos bien que, aun sin suplicárselo nosotros, se cuidará Ella de suficiente y solícita manera».

"Tal es, pues, hijos y parientes de los muertos, el men-
e saje que ellos nos encargaron y que os transmito yo con mi mejor voluntad y mayor interés. Y os pido yo mismo de parte de ellos: a los hijos, que imiten a sus padres; a éstos, que estén bien seguros de que nosotros, en privado y en público, cuidaremos de vuestro sustento en la ancianidad y en especial siempre que cualquiera de nosotros se encuentre con alguien pariente de los muertos. Mas vosotros mismos conocéis bien la solicitud de la Ciudad, que, habiendo establecido leyes en favor de los hijos de los muertos en guerra, se cuida también solícitamente de los progenitores, y ha ordenado a los magistrados supremos, más en especial aún que a los demás
249a ciudadanos, vigilen para que no se perjudique en nada a sus padres y madres. Pero en cuanto a los hijos la Ciudad misma se cuida de su crianza; esforzándose en que ignoren completamente su condición de huérfanos, toma ante ellos, mientras sean niños, el oficio de padre; y cuando llegan a edad varonil perfecta, envíalos a sus posesiones, bella y totalmente armados, mostrando y recordando, al darles los instrumentos de la valentía paterna, las hazañas del padre, a la vez que, con los mejores augurios, envíalos a gobernar el hogar paterno,

b gobernándolo, revestidos de armas, con la fuerza. Empero, a los muertos no cesa jamás la Ciudad de honrarlos; año por año hace, en común, y para todos, lo establecido, lo que, en particular, hace para cada uno; además de esto añade juegos gímnicos e hípicos y de toda clase de Música. Y, sencillamente, toma para sí el oficio de heredera e hijo de los muertos, por una parte y, por la otra, el de padre respecto de los hijos; la de tutor, para sus parientes, cuidándose solícitamente de
c todos y en todo durante todo el tiempo futuro. Animados por esto, habéis de sobrellevar más resignadamente esta desgracia. Seréis así más queridos a muertos y a vivos, y facilitaréis el cuidar y el ser cuidados. Ahora ya, vosotros y todos los demás, en común, dadas a los muertos las lamentaciones de ley, partid".

Tal es, Menexeno, el discurso de Aspasia de Mileto.

d MENEXENO. ¡Por Júpiter!, Sócrates, feliz llamas a Aspasia si, aun siendo mujer, es capaz de componer tales discursos.

SÓCRATES. Si no lo crees, acompáñame y lo oirás decir a ella misma.

MENEXENO. Muchas veces, Sócrates, me he encontrado con Aspasia, y sé de lo que es capaz.

SÓCRATES. Pues, ¿qué?, ¿no la admiras y no le das las gracias ahora por su discurso?

MENEXENO. Y muchas gracias, Sócrates, que doy por
e este discurso a ella, —o a quien te lo dijo, sea quien sea; aparte de que tengo que dar muchas gracias a quien lo repitió.

SÓCRATES. Bien estaría; pero no me denuncies; así, aun otras veces, te comunicaré muchos y bellos discursos de ella.

MENEXENO. No temas, no te denunciaré; sólo, si me los comunicas.

SÓCRATES. Así será.

NOTAS AL MENEXENO

234 c.

"bello", el adjetivo o adverbio (καλῶς) se aplica en los diálogos a palabras, y en contextos, en que jamás se emplearía actualmente, y hace siglos. Su continuo y amplio uso es típicamente griego. Es frase clásica, frase "hecha" (Cl. II.3) la de καλός κἀγαθός: bello-y-bueno.

"cáele la Suerte" (ἔτυχεν). Cuando una palabra o sustantivo, adjetivo, verbo resuena a un dios, tal palabra se escribe en la traducción con mayúscula inicial. Aquí; la diosa "Suerte" (Τύχη). Al griego le sonaba en "suerte" "Suerte". Tal nota "religiosa" de ciertas palabras sonaba, de cuándo en cuándo, en el diálogo y le daba su tono. (Cf. Cl. I.6). Son palabras de tipo "acorde" (Cl. I).

235 d.

"¡Por Júpiter!", μὰ Δία. Sobre la fuerza y sinceridad de tales invocaciones, juramentos..., véase Cl. I.6. Mantienen el tono, o nota, religioso del diálogo.

236 c.

"bromeo", el griego es más gracioso y explícito. "bromear" es παίξειν, juego de niños (παῖς, παίγνιον), y Sócrates se reconoce viejo (πρεσβύτης).

236 d.

La contraposición obras (ἔργῳ) y palabras (λόγῳ) servía no sólo para oponer el hablar al obrar, e indicar la necesidad de unirlos en la vida, sino cual recurso oratorio en la formación de párrafos, o de frases en un diálogo. (Cf. Cl. II.3).

"homenaje restante", τὸν λειπτόμενον κόσμον. La palabra κόσμος ("cosmos", corriente aún entre nosotros, cosmopolita, cósmico, cosmético...) era palabra prestigiosa entre los griegos; era palabra "acorde" (Cl. I) en que resonaban, perceptiblemente para ellos las notas de orden-y-adorno. El mundo se llamaba Κόσμος, pues era lo mejor ordenado-y-adornado; era, en rigor, nombre propio, —cual Júpiter, Apolo... Por natural extensión "varón κόσμιος" indicaba, alabándolo, varón ordenado y adornado de buenas-y-bellas

cualidades. Era micro-cosmos, mundo en pequeño. Ahora, dice Aspasia, falta, según la ley, una ceremonia ordenada-y-adornada: un discurso, el que va ella a pronunciar, según las prescripciones de la ley, para este caso; discurso, que resultará un "mundo" de historia, hazañas, regímenes políticos, guerras, consejos, consuelos, exhortaciones, todo ello abarcado bajo la unitaria palabra de λόγος, la gran palabra de más rico acorde significacional de la lengua griega. Véase Cl. I. 1.

237 a.

"trocaron", ἠλλάξαντο; y no "compraron" la salvación de los vivientes con su muerte.

237 b.

Se contraponen aquí a los μετοικοῦντας, los que cambian (μετὰ) de casa (οἰκία), la que tenían en otra parte, por la que establecen aquí, en la Atica, frente a los αὐτο-χθόνας, a los que residen o tienen casa por nacidos de la tierra misma y que habitan, cual en casa (οἰκοῦντας) en patria, y esto es "en realidad" (τῷ ὄντι) así. Esta frase, repetida oportunamente, es una "nota" de ontología, de tomar un asunto en seriedad total y máxima que había pasado ya, con tal significación, al lenguaje público. Se debía pronunciar con un peculiar énfasis (Cl. II. 3; IV. 2, 3).

237 c.

"amado-por-los dioses", θεο-φιλής. Los guiones, en esta y otras frases, indican que en griego son una sola palabra compuesta, de la que ellos percibían los componentes cual notas de un acorde. Aparte de los que saben griego, "Teófilo" es un nombre propio, que ahora suena cual simple, como ahora, Jaime, Antonio, Juan. . . Tales nombres compuestos fueron una invención; se estaba aún estrenando, y se percibía su sentido total a la una con sus partes.

238 a.

La frase clásica, y corriente, de καλός κἀγαθός (bello-y-bueno) está aquí elevada al superlativo κάλλιστα καὶ ἄριστα (bellísima-y-buenísimamente). Superlativo, truco de panegírico y oración fúnebre oficial.

238 b.

En ceremonia fúnebre, cual ésta (τῷ τοιῷδε), hay que omitir los nombres de los dioses.

238 b, c.

"régimen político", πολιτεία. En griego hay conexión verbal y conceptual entre πόλις (Ciudad) y πολιτεία (régimen ciudadano, o político).

CARTAS

CARTAS

Advertencia

En esta edición se deja al criterio e interés del lector determinar si todas, o algunas de las *Cartas*, son, o no, auténticas, es decir: redactadas personalmente por Platón.

En las colecciones Guillaume Budé *(Les belles Lettres)* y en la Loeb Clasical Library se hallarán, además, las razones, o conjeturas en pro o en contra, las citas de obras para completar, justificar o impugnar lo que en dichas colecciones afirman los traductores y comentaristas.

NOTAS A LAS CARTAS

Advertencias previas

1) La primera visita de Platón a Sicilia se realizó en 388-387 a. C. Platón tenía unos cuarenta años de edad. Era tirano de Siracusa Dionisio el Viejo. Allí conoció Platón a Dión, cuñado de Dionisio. Dión tenía unos veinte años. Platón concibió gran aprecio por sus dotes y amor a la filosofía; de esto surgió entre ellos gran amistad que duró treinta y tres años, hasta la muerte de Dión.

A la vuelta de este viaje fundó Platón, en Atenas, la Academia.

2) El segundo viaje de Platón a Siracusa tuvo lugar el 367 a. C. Reinaba Dionisio el Joven.

3) La tercera visita a Sicilia fue en 361-360 a. C. Reinaba aún Dionisio el Joven.

CARTAS

III. 1) Cartas públicas.

III. 2) Cartas privadas.

ΕΠΙΣΤΟΛΑΙ

Α'

Πλάτων Διονυσίῳ εὖ πράττειν

Διατρίψας ἐγὼ παρ' ὑμῖν χρόνον τοσοῦτον καὶ διοικῶν 309 a 1
τὴν ὑμετέραν ἀρχὴν πεπιστευμένος πάντων μάλιστα, τὰς ὠφελίας ὑμῶν λαμβανόντων, τὰς διαβολὰς δυσχερεῖς οὔσας ὑπέμενον· ᾔδειν γὰρ ὅτι τῶν ὠμοτέρων οὐδὲν ἐμοῦ συνεθέλοντος ὑμῖν δόξει πεπρᾶχθαι· πάντες γὰρ οἱ συμπο-
λιτευόμενοι μεθ' ὑμῶν ὑπάρχουσί μοι μάρτυρες, ὧν ἐγὼ b
πολλοῖς συνηγωνισάμην, ἀπολύσας αὐτοὺς οὐ σμικρᾶς ζημίας. Αὐτοκράτωρ δὲ πολλάκις τὴν ὑμετέραν πόλιν διαφυλάξας, ἀπεπέμφθην ἀτιμότερον ἢ πτωχὸν ὑμῶν ἀποστελλόντων προσήκει καὶ κελευόντων ἐκπλεῦσαι, τοσοῦτον παρ' ὑμῖν διατρίψαντα χρόνον.

Ἐγὼ μὲν οὖν περὶ ἐμαυτοῦ βουλεύσομαι τὸ λοιπὸν τρόπον ἀπανθρωπότερον, σὺ δὲ τοιοῦτος ὢν τύραννος οἰκήσεις
μόνος. Τὸ δὲ χρυσίον τὸ λαμπρόν, ὅπερ ἔδωκας εἰς ἀπο- c
στολήν, ἄγει σοι Βακχεῖος ὁ τὴν ἐπιστολὴν φέρων· οὔτε γὰρ ἐφόδιον ἐκεῖνό γ' ἦν ἱκανὸν οὔτε πρὸς τὸν ἄλλον βίον

Πλάτων : Δίων Ficinus ut uid. || **309 a 2** πάντων μάλιστα V et i. m. γρ ALOZ : πᾶσι τῶν μάλιστα ALOZ || **a 3** ὠφελίας AO ut uid. : -λείας A²O²Z || **a 4** ᾔδειν OZV et in ras. A : -η forte A¹ || συνεθέλοντος VO ex em. (ελ s. l.) et i. m. γρ LZ : -ελθόντος ALO¹ || **b 1** ὧν ALOV : ὡς s. l. LO ὡς ὧν Z || **b 4** διαφυλάξας τὴν ὑμετέραν πόλιν V || **b 7** βουλεύσομαι : συμ- Z.

III.1

CARTAS PUBLICAS

CARTA PRIMERA

Platón a Dionisio: ¡Pasarla bien!

309a Habiéndoos tratado tanto tiempo como os traté, y admi-
nistrado vuestro principado cual el ministro de mayor con-
fianza, recibisteis Vos el provecho; mas yo aguanté las calum-
nias y —¡qué malas de llevar!—, porque sabía que nin-
guna de vuestras crueldades parecería haberse hecho con mi
consentimiento, ya que todos los que participan de vuestra
b administración me son testigos de a cuántos de ellos ayudé,
librándolos de no pequeños castigos. Mas, no obstante de haber
tenido, muchas veces, a mi cuidado absoluto vuestra Ciudad,
fui despedido de manera más indecorosa aún de la debida
a mendigo, despachándome Vos y mandándome salir por mar,
—¡a mí, vuestro compañero de tanto tiempo!

Pues bien: voluntariamente, por cierto, trataré yo mismo
de apartarme de los humanos; mas tú, por tirano: y ¡qué
tirano!, vivirás solitario. La suma, en oro brillante, que para
c despedida me diste, te la devuelve Baquito, el portador de
esta carta; pues no era suficiente para gastos del viaje ni
adecuada para otros menesteres vitales. Para ti —el donante—
resultaría grandemente deshonroso; para mí —el receptor—
no lo sería menos, —por esto no la acepto. Evidentemente,
para ti, el dar o recibir tal suma no tiene importancia; así
que dispón de ella para cultivar la amistad de otro, cual
conmigo lo hiciste, porque, ya suficientemente, has cultivado
d la mía. Y bien oportunamente, cuando te sobrevengan otros
trabajos, se diga lo de Eurípides:

Suspirarás por tener a tu lado tal varón

Quisiera que recordaras por qué la mayoría de los demás poetas trágicos, cuando sacan a escena a un tirano, en el trance de ser asesinado, hacen que exclame:

310a *¡En soledad de amigos, desgraciado muero!*

Mas ninguno de esos poetas ha hecho que muriera por escasez de oro. Añádase aquel poema que no parece mal a los sensatos:

Ni el brillante oro, escasísimo en la desesperada vida de
[los mortales;
Ni el diamante, ni los lechos de plata, apreciados por el
[hombre por deslumbrantes a los ojos;
Ni de la amplia tierra los prados fecundos, cargados de
[frutos nativos.
Nada, como la unanimidad de pensamiento con varones
[buenos.

¡Salud! Y reconoce cuánto has faltado contra mí, para
b que te comportes mejor respecto de los demás.

——•Oo——

CARTA SEGUNDA

Platón a Dionisio. ¡Pásala bien!

310b Por Arquedemo he sabido que, crees, debe guardarse acerca de ti silencio; guardarlo no solamente yo, sino cesar además mis allegados de hacer o decir, respecto de ti, nada
c desagradable. No haces excepción alguna, fuera de Dión. Mas esa frase "excepto Dión" indica que yo no tengo poder alguno sobre mis allegados, porque si tuviera alguno sobre los demás, sobre ti y sobre Dión, gran bien fuera para nosotros y para los demás griegos, —así lo afirmo. Pero ahora me contento, y es mucho, con seguir a mi razón. Y digo esto porque Cratístolo y Polixeno no te han relatado nada razonable. De
d ellos, uno afirma decir, el otro haber escuchado de muchos en Olimpia que algunos de mis acompañantes hablaban mal de ti. Tal vez su oído es más fino que el mío, porque, en realidad, yo nada oí. Es preciso, tal me parece, que, en adelante, has de obrar de esta manera cuando alguien diga algo acerca de nosotros: preguntármelo por carta, porque ni rehusaré ni me avergonzaré de decir la verdad.

Respecto de ti y de mí, en realidad, el estado de nuestras relaciones es, de hecho, éste: ni somos unos desconocidos para ningún griego, digámoslo así, ni nuestra amistad es un
e secreto. Ni se te pase por alto que tal secreto no se lo guardará posteriormente, ¡tantos son los que conocen que nuestra amistad no fue ni pequeña ni yerma! Pues bien: ¿a qué me estoy refiriendo? Te lo diré remontándome a su principio. Es natural que inteligencia y gran poder confluyan a lo mismo, y que, mutua y constantemente, se persigan, busquen y reúnan. Posteriormente, los hombres gozarán también refiriéndolo ellos y oyéndolo de otros en conversaciones privadas y en los poemas. Así, cuando hablan los hombres sobre Hierón, y sobre Pau-
311a sanias el espartano, gozan aduciendo sus relaciones con Simó-

nides, y qué hizo y les dijo. Y acostumbran elogiar, juntamente, a Periandro el corintio, a Tales de milesio, a Pericles y Anaxágoras, a Creso y Solón, como sabios; y a Ciro, como potentado. Y, por cierto, que, imitándolos en esto, los poetas juntan a Creón con Tiresis, a Polyeido con Mino, a Agamenón
b con Néstor, Ulises y Palamedes, —y, como me lo parece, los primeros hombres juntaron, más o menos así, aun a Prometeo con Júpiter. Cantan, de algunos de aquéllos las discordias; de otros, sus vueltas a amistad; cuándo a unos les da por la amistad, cuándo, a otros, por el contrario, les da por la discordia, y cantan en qué concuerdan y en qué discuerdan. Digo, por cierto, todo esto queriendo mostrarte precisamente que,
c cuando hayamos fenecido, no se dejará de hablar de nosotros, de manera que se debe cuidar de ello; porque, al parecer, es necesario que, aun nosotros, nos cuidemos del porvenir, ya que es algún tanto natural suceda el que los más viles no se preocupen de ello; mas lo es el que los más discretos hagan todo para que, posteriormente, oigan que se habla bien de ellos. Lo cual me sirve de indicio fehaciente de que los muertos tienen una cierta percepción de lo de acá; que las
d mejores almas adivinan ya ser así. Empero, las peores afirman que no. Por otra parte lo adivinado por los varones divinos es de mayor valor que lo por los no divinos. Hasta creo, refiriéndome a estos últimos, que, si estuviere en su poder el rectificar sus tratos, se esforzarán grandemente en que se hablara de ellos mejor de lo que se hace ahora. Pues bien: esto es lo que, gracias sean dadas a dios, está aún en nuestro poder: que si algo de nuestras anteriores relaciones estuvo no bellamente hecho, rectificarlo de palabra-y-obra. Afirmo yo: la verdadera opinión futura de filosofía resultará de que nosotros seamos buenos; y lo contrario, si fuéramos malos.
e Añádase que, si nos cuidamos solícitamente de esto, nada haremos de más pío; ni nada, de más impío, si lo descuidamos.

Cómo ha de hacerse y dónde está lo justo, lo declararé: Llegué a Sicilia con fama de eminente respecto de los dados a filosofía; pero, al venir a Siracusa, pretendía tomarte a ti de garantía a fin de que, aun ante la plebe, se honrara en
312a mí a la filosofía. Pero esto no me resultó bien. No digo que la causa fuera la que, tal vez, señalarían los más; sino que la de que parecía no confiabas gran cosa en mí; más bien, parecías querer despedirme a mí y llamar a otros, y escudriñar

cuál era mi intento, —por desconfianza, cual me parece. Muchos eran, además, los que en voz alta decían que me
b desdeñabas, y que otros eran tus intereses. Todo esto se ha dicho en voz alta. Escucha lo que, dado esto, es justo se haga, a fin de que así responda a tu pregunta: cómo hemos de comportarnos en nuestras relaciones. Pues bien: si, en realidad, desprecias totalmente a la filosofía, hay que dejarla a sus anchas; mas si algo mejor que lo que has oído de mí, has oído de otro, o bien lo has tú mismo hallado, estímalo. Empero si te place lo mío, has de apreciar sobre todo ello a mi persona. Guía, pues, tú ahora, como al comienzo; yo seguiré; que, honrado por ti, te honraré; mas si no me honras, lo llevaré
c tranquilamente. Además: por honrarme a mí, partiendo de ti la iniciativa parecerá que haces honor a la filosofía; y esto mismo de ocuparte de otros, te aportará ante muchos la buena opinión cual si fueras realmente filósofo. Empero, al honrar yo a quien o me honra parecerá que admiro y persigo la riqueza, lo que —bien lo sabemos— no goza de bella nombradía ante todos. Para decirlo en una palabra, si me honras,
d ganamos los dos; si te honro, perdemos los dos. Pues bien: respecto de esto, con esto basta.

Lo de la esferilla no es correcto; te lo mostrará Arquedemos cuando llegue. Pero además de este punto, hay otro que es más importante y divino, y que ante todo y sobre todo debe explicarse; es precisamente lo que enviaste, desconcertado, a preguntar. Porque afirmas, según dice él, que no se te ha mostrado suficientemente la doctrina referente a la naturaleza de *Primero*. Te la explicaré por enigmas, a fin de que, si a esta carta por accidentes de mar o de tierra le pasa algo,
e quien la lea no la entienda. Las cosas son así: Todo circula al derredor del Rey de todas las cosas; de todas, Aquél es fin, y es Aquél causa de todas las cosas bellas. Circulan las secundarias al derredor de *Segundo;* las terciarias, al derredor de *Tercero*. Pues bien: el alma humana apetece, respecto de ellas, aprender sus calidades, considerando lo que de parentesco tiene ella con aquéllas, —nada de ello es suficiente, por cierto; que respecto del Rey y de los Nombrados, nada
313a hay de tal parentesco. Consiguientemente el alma se dice a sí misma: pues, ¿qué es, por cierto, el Tal? Esta es, hijo de Dionisio y de Doris, la cuestión, causa de todos los males; pero, mejor, lo es, acerca de esto, los dolores de parto que en el alma engendra de los cuales, si no se la libra, no tendrá

la suerte de dar, realmente, en la verdad. Pues bien: tú mismo me afirmabas en el jardín bajo los laureles, haber pensado sobre ello, y ser descubrimiento tuyo. A lo cual respondí que, si te
b parecía ser así, me habrías ahorrado muchos discursos. Por cierto, te contesté, que yo no había tenido aún la suerte de encontrar a nadie que tal hubiera descubierto, a pesar de que no me ocupo de nada más. Pero, tal vez, lo has oído a alguien; tal vez una gracia divina te encaminó: después, convencido de poseer las demostraciones de ello, no las aseguraste; así que ellas, a veces de una manera, a veces de otra,
c yerran al derredor de la apariencia; que, por otra parte, nada tiene de seguro. Esto no te ha pasado a ti solo. Sabe que a ninguno de los que, por primera vez, me oyen les ha pasado jamás entonces algo diferente. Unos con mayor trabajo, otros, con menor, sálense dificultosamente del paso; mas casi nadie, sin trabajo.

Habiendo sido, y siendo, esto así, hemos según mi opinión, de dar por encontrado lo que tú pretendías: cuáles han de ser nuestras mutuas relaciones. Mas ya que te pones a examinar aquellas doctrinas, o en compañía de otros o conside-
d rándolas comparativamente con las de los otros, o a ellas en sí mismas, si el examen lo es verdaderamente, se te harán ellas ahora naturales, y llegarás a familiarizarte con ellas y con nosotros. ¿Cómo sea esto así, y todo lo demás que hablamos? Hiciste ahora correctamente en enviarme a Arquedemo; y en cuanto a lo demás, cuando a su vuelta te cuente mi respuesta, tal vez te acometan, tras ella, otras dificultades. Reenvíame a Arquedemo, una vez más, si lo crees correcto;
e que él revertirá bien provisto. Y si haces esto dos o tres veces y examinas suficientemente lo que te comunico, me extrañaría de que las actuales dificultades te molestasen más que ahora lo hacen. Valor, pues, y obrad así, porque ni tú comprenderás
314a ni Arquedemo comerciará en comercio más bello y más agradable a los dioses. Ten, por cierto, buen cuidado de que esto no caiga en manos de hombres no educados, porque como me parece, no hay, ante la mayoría, más ridículas doctrinas; mas, a su vez, para los biennacidos, no las hay de más admirables y divinizadoras. Empero, aun dichas frecuentemente, y oídas de continuo, y esto durante muchos años, difícilmente y con mucho trabajo llegan, como el oro, a purificarse. Pero escucha qué es aquí lo admirable: hombres hay, y muchos que en habiéndolo oído, son capaces, por cierto, de apren-

b derlas, capaces de recordarlas y de juzgarlas, habiéndolo exa-
minado de todas las maneras; viejos ya, y oyentes durante no
menos de treinta años, afirman, precisamente ahora, que lo
que antes les parecía más increíble les parece ahora lo más
creíble y evidente; pero lo entonces más creíble, resúltales
ahora lo contrario. Considerando lo cual, por buen cuidado
en que no tengas que arrepentirte de difundir indignamente
algo de esto. Lo más seguro consiste en no escribirlo, sino en
aprenderlo de memoria, porque no hay manera de que no se
c difunda lo escrito. Por lo cual yo, jamás, he escrito nada sobre
esto; ni hay ni habrá "escritos de Platón". Lo que ahora se
llama así, lo son de Sócrates, —de sus tiempos de bello y de
joven. Vale, y obedece; en leyendo que leyeres y releyeres
esta carta, quémala.

De esto, basta. Te extrañas de que te haya enviado a
Polixeno. Respecto de Licofrón y de los demás que le rodean
d digo ahora, y dije siempre lo mismo: que, en punto a dialéc-
tica, los sobrepasas de muchísimo, tanto de natural como por
el método de los razonamientos y que ninguno de ellos se
deja de buena gana refutar, como algunos lo imaginan, sino
de mala gana. Me parece, además, que te has servido de ellos
y recompensándolos de manera absolutamente correcta. Esto
acerca de éstos; que es mucho para lo que los tales son. En
e cuanto a Filistión; si lo necesitas, sírvete de él; pero, si es
posible, envíalo y que sirva a Espeusipo. Te lo pide, además,
Espeusipo mismo. Por otra parte, Filistión me prometió, si
le das licencia, venir de buena gana a Atenas. Al de las can-
teras, hiciste bien en despedirlo; es poca cosa lo que pide,
tanto para sus familiares como para Hegesipo, el hijo de
315a Aristón, porque me escribiste que si alguien los perjudica a
él o a ellos y tú lo sabes, no lo dejarás pasar. En cuanto a
Lisíclido hay que decir la verdad, porque únicamente él, de
los que llegaron de Sicilia a Atenas, nada ha tergiversado de
nuestra relaciones, sino que, acerca de lo pasado, se expresa
siempre bien y en el mejor sentido.

CARTA TERCERA

315a Platón a Dionisio, "albricias"; escribiéndote así, ¿habría
b dado con la mejor fórmula de saludo?; o más bien, ¿escribiendo, "¡pasarla bien!", como es en mí la habitual, con la que acostumbro dirigirme en las cartas a los amigos? Que tú también, como lo refirieron quienes entonces lo presenciaron en Delfos, te dirigiste al dios, con esta misma fórmula de afecto, y escribiste, como se dice:

¡Albricias!, y asegura placentera vida al tirano

c En cuanto a mí, con tal ruego no pediría ni en favor de hombre y menos aún de dios el que pasara eso; no de dios, porque exigiría algo contra su naturaleza, ya que lo divino está más allá de placer y dolor; no de hombre, porque placer y dolor suelen engendrar muchos males, pariendo en el alma estupidez, olvido, insensatez e insolencia. Quede dicho así esto por mí respecto del saludo; mas tú, una vez leído, tómalo como quieras tomarlo.

Afirman no pocos decir tú a algunos de los embajadores
d acreditados ante ti y que yo oí decirte en cierta ocasión que intentabas reconstruir las ciudades griegas en Sicilia, y sublevar a los siracusanos, transformando el poder en realeza, en vez de tiranía; que yo, entonces, te lo estorbé; eso dices tú, contrariando grandemente tus anhelos; pero que ahora estaría enseñando a Dión a hacer eso mismo, y que, con tus propios pensamientos, estamos arrebatándote el poder. Pero tú mismo
e conocerás si sacas provecho de tales dichos; en todo caso me perjudicas diciendo lo contrario a lo sucedido. Más que suficiente es lo que Filistido y otros muchos me han calumniado ante los mercenarios y pueblo de Siracusa por permanecer en la acrópolis; mientras que los de fuera, si pasa algo malo, me lo endosan entero, afirmando que tú me obedeces en todo. Pero clarísimamente sabes tú mismo que si de buena gana

hubé al principio de compartir contigo los negocios de polí-
316a tica, fue pocas veces, cosas cortas; y, de buena gana, porque creía hacer algo de importancia, y tomé debido empeño en los proemios a las leyes, prescindiendo de las añadiduras tuyas o de otro; porque oigo decir que, posteriormente, algunos de vosotros los habéis retocado, aunque de quién sean unas u otras resultará patente a los que puedan juzgar de mi estilo.
b Así que, como acabo de decir, no necesito de que se me calumnie una vez más ante los siracusanos, además de algunos otros a los que hablando, persuades; pero necesito muchísimo más de defensa contra la primera calumnia contra la que, después de ella, ha surgido ahora, mayor y más formidable. Me es, pues, necesario hacer yo una doble defensa contra las dos: primero, cuán razonablemente huí de participar contigo en los negocios de la Ciudad; segundo, que no fue mío, cual han dicho, el consejo, y el obstáculo, por los que, acometiendo tú reconstruir las ciudades griegas, resulté yo la traba. Escucha
c primero el origen de lo que te dije acerca del primer punto. Llegué a Siracusa llamado por ti y por Dión a quien grandemente aprecio, y fue hace mucho tiempo huésped mío; de edad, entonces, en el justo medio y pujante, de todo lo cual han menester absolutamente los que, por poco entendimiento que posean, hayan de ponerse a deliberar sobre negocios tales cuales eran entonces los tuyos. Por otra parte eras tú entonces grandemente joven; y grande, tu inexperiencia respecto de lo que era ya preciso fueras experimentado; además, me eras
d grandemente desconocido. Presto, un hombre o dios —o alguna mala suerte para ti expulsaron a Dión y te quedaste solo. ¿Crees que era el momento de colaborar yo contigo en lo político, cuando acababa de perder un colaborador sensato, y veía al insensato preso de hombres perversos y muchos; que en realidad no mandaba, aunque creía mandar, sino mandado por tales hombres? ¿Qué había de hacer en tal caso? ¿Que no era necesario hacer lo que hice?: dejar correr los
e negocios políticos pendientes, precaviéndome de las calumnias de los envidiosos. Mas, en cuanto a vosotros, ¿tratar, de todas las maneras, de haceros lo más amigos posible, a pesar de vuestro distanciamiento y diferencias? Por cierto que tú mismo eres testigo de que no cejé jamás de tender a ello. Y de mala gana ciertamente, convinimos en que volviese por mar a
317a casa, ya que a vosotros os retenía la guerra; mas que, al hacerse de nuevo paz, vendríamos yo y Dión a Siracusa, —pero que

tú nos llamarías. Así es como pasó respecto de mi primer traslado a Siracusa, y respecto de mi salvador regreso a casa. En cuanto al segundo, al hacerse la paz me llamaste; mas no según lo convenido; que me mandaste ir yo solo; y dijiste que, en otra oportunidad, enviarías por Dión. Por lo cual no fui; mas por ello me enemisté además con Dión, porque
b creyó Dión ser mejor el que yo fuera, y te obedeciere. Después de esto, más tarde, al cabo de un año, llegó una trirreme, y cartas tuyas; comenzabas por escribirme en ellas que, si iba, los negocios de Dión se arreglarían según mi mente; empero, si no iba, pasaría lo contrario. Por cierto que me da vergüenza decir cuántas cartas llegaron entonces de tu parte —y de la de otros, por tu medio—, de Italia y de Sicilia; y para
c cuántos de mis familiares y conocidos. Todas ellas me instaban a ir y me suplicaban que te obedeciera enteramente. Parecía, por cierto, a todos, comenzando por Dión, que había de embarcarme, sin dilatorias. Objetábales con mi edad y, respecto de ti, sostenía que no serías capaz de resistir a nuestros calumniadores y a los que quieren lleguemos a enemistarnos, —pues veía entonces, y veo también ahora, respecto de las grandes y excesivas riquezas, tanto de los particulares como de los monarcas que, casi casi, cuanto sean mayores,
d otro tanto alimentan más numerosos y mayores calumniadores; y en los que las tratan en vistas a placer, acompáñanles infamantes perjuicios; ningún mal mayor que éste engendran la opulencia y el poder de cualquier otra clase. Pasando por alto, no obstante, todo esto, fui, pensando en que ninguno de mis amigos tuviera que encausarme de que, por mi negligencia, se perdió todo lo suyo, pudiendo no haberse perdido. Pero llegué, y bien sabes tú todo lo que, desde entonces, pasó. Daba por cierto, a tenor de lo convenido en las cartas, el
e que volvería Dión a tu intimidad; hablo de esa intimidad que, si entonces me hubieses hecho caso, resultara, tal vez, para ti y los Siracusanos, y aun para los demás griegos, mejor que lo que ahora ha pasado, —así lo adivina mi opinión. Además, exigía que se dieran los bienes de Dión a sus
318a familiares y que no los administrasen los administradores que tú sabes. Creía además deber ponerse a su disposición lo que cada año acostumbra recibir; y que, por estar yo presente, se le enviara aún más, y no menos. Caso de no obtener nada de esto, pensaba marcharme. Mas me persuadiste de que me quedara un año, afirmándome que, en vendiendo todos los

bienes de Dión, remitirías la mitad a Corinto, y el resto
b quedaría para su hijo. Teniendo mucho que decir acerca de promesas tuyas no cumplidas en nada, por su multitud abreviaré: vendiste todos sus bienes, sin consentimiento de Dión, mientras afirmabas que no los venderías sin su consentimiento, poniendo así, admirable, un petulante colofón a las promesas. Porque encontraste una artimaña no bella, ni fina, ni justa ni provechosa: la de desconcertarme, cual si ignorara lo que estaba entonces pasando; así no trataría de que se le remitiera el dinero. Cuando, pues, desterraste a Heráclides, por no
c parecernos justo ni a los siracusanos ni a mí, te pedimos yo, Teodoto y Euribio que no lo hicieras; echando mano de esto como de suficiente pretexto dijiste que, desde mucho tiempo atrás se echaba claramente de ver que en nada me preocupaba de él, sino de Dión, de sus amigos y familiares; y que, hallándose ahora Teodoro y Heráclides, familiares de Dión,
d bajo sospecha, empleaba toda clase de artimañas para que no pagaran la justa pena. Esto, y de esta manera, en cuanto a nuestra cooperación respecto de lo político. Mas si viste que me apartaba de ti por algo diverso, cree, es razonable, que todo esto pasó de tal manera. Y no te sorprendas; porque a cualquier varón de entendimiento aparecería yo como malo si, convencido por la magnificencia de tu poder, hubiera, sea dicho así, traicionado al viejo amigo y huésped maltratado por ti y en nada inferior a ti; mas haber preferido a ti, al malhechor y obrar en todo cual lo ordenabas, —evidente-
e mente era por amor al dinero. Porque ninguna otra causa se dijera haber para mi cambio, si es que hubiera cambiado. Tal como, por tu causa, pasó todo esto, produjo esa, tuya y mía, "amistad de lobos", y esa disconformidad.

Ya casi este punto, conexo con el anterior, está llegando a aquel otro punto del que, afirmé, era preciso, en segundo lugar, defenderme. Considera con toda intención si te parece
319a falto en algo a la verdad, y no la digo. Porque afirmo que en el jardín, y en presencia de Arquidemo y de Aristócrito, más o menos unos veinte días antes de mi partida de Siracusa a casa, me reprendiste por lo que dices ahora: que me preocupaba de Heráclides y de todos los demás más que de ti. Y, ante ellos, me preguntaste si recuerdo que, al comienzo, cuando llegué te exigí reconstruyeras las ciudades griegas;
b reconocí recordarlo, y aun ahora me parece eso lo mejor. Pero hase de decir, Dionisio, lo que a esto entonces se añadió;

porque te pregunté si te aconsejaría tan sólo en este punto o
en algo, además de éste. Empero tú, de grandemente airada
y despectiva manera, me respondiste con algo que, entonces,
era desprecio y, ahora, de sueño resultó realidad, tal creo;
c dijiste, pues, con muy fingida risa, si lo recuerdo bien, que
"me exiges que, una vez instruido, haga o no haga todo
esto". Respondí que tu memoria era excelentísima. "Una vez
instruido en geometría, ¿o cómo?", añadiste. Pero lo que me
venía a la boca decir, a continuación, no lo dije temiendo
que, por una pequeña palabra, el embarque previsto se me
dificultara, en lugar de facilitárseme. ¿Para qué, pues, repito
todo esto? Para esto: para que no me calumnies diciendo
que yo no te permití reconstruir las ciudades griegas, destruidas
d por los bárbaros y aliviar a los siracusanos, transformando
tiranía en realeza. Nada de menos concorde con lo que soy
que tal mentira tuya; además de que, puesto a refutarte,
daría razones más evidente que esa, en caso de que se some-
tiera esto a competente juicio, para probar que yo te lo exigí;
mas tú no quisiste hacer nada de eso. Además de que no es
difícil poner en claro que, hecho todo eso, hubiera resultado
e ser lo mejor para ti, los siracusanos y los sicilianos todos.

Pero, amigo, si afirmas que nada de lo dicho dijiste,
se me hace justicia; pero si lo admites, reconoce inmediata-
mente que Estesícoro fue sabio; e, imitando su palinodia,
arrepiéntete y pasa de decir mentiras a decir la verdad.

CARTA CUARTA

Platón a Dión de Siracusa. ¡Pasarla bien!

320a Creo, y por cierto, que, durante todo este tiempo ha
quedado patente mi interés por los negocios que nos ocupa-
ban, y que grande fue, respecto de ellos, el empeño que tuve
en llevarlos a término, no por otro motivo alguno mayor
que el honorable amor por lo bello. Porque creo ser justo
b el que los, en realidad de verdad, buenos y practicantes de
lo bello, obtengan la debida honra. Pues bien: al presente,
gracias a Dios, algunas cosas van bien; mas, respecto de las
futuras, grandísima es la lucha; porque obtener tales cosas
mediante valor, agilidad y fuerza parecería ser propio de
c otros; mas obtenerlas mediante verdad, justicia, magnanimidad
y con buenas maneras, alguien afirmaría, con nosotros, que
quienes pretenden honrarlas han, razonablemente, de distin-
guirse de aquellos otros. Ahora bien: es evidente lo que
digo. No obstante hemos de recordar que conviene se dis-
tingan —los que, por cierto, tú sabes— de los demás hom-
bres más que los hombres de los niños. Ha de ponerse de
manifiesto el que nosotros hemos llegado a ser tales cuales
nos proclamábamos, aparte de que, con ayuda de Dios, nos
d será fácil. A otros, por cierto, se les hizo necesario errar por
muchos lugares para llegar a ser conocidos; mas, respecto
de ti, las cosas están ahora de manera que los habitantes de
toda la tierra, si no es exageración juvenil decirlo, tienen su
mirada puesta en un lugar; y, en él, hacia ti. Así que, cual
mirado por todos, prepárate a desbancar a aquel viejo Licurgo
y a Ciro y a cualquier otro que se haya, por carácter y gobierno,
e destacado; especialmente porque muchos, y casi todos los de
aquí dicen que, desaparecido Dionisio, es grandemente de
temer se estropee todo por la ambición tuya, las de Heráclides,
de Teodoto y de los demás notables. ¿Lo mejor?, —que nin-
guno fuera tal; pero, si alguno lo es, que se eche de ver lo

321a curas, y todo mejoraría. Tal vez te parezca ridículo el que
yo diga esto, pues tú mismo no lo desconoces. Mas en los
teatros veo que aun los muchachos azuzan a los actores, —no
se diga lo hacen los amigos que, se creería, empeñosamente
los animan por benevolencia. Luchad, pues, vosotros ahora;
y comunicadnos si algo necesitáis. Lo de aquí está más o menos
como cuando estabais presentes. Escribid cómo os va o qué
habéis conseguido; que, nosotros, vimos muchas cosas, mas
b no sabemos ninguna. Acaban de llegar a Lacedemonia y Egina
cartas de Teodoto y Heráclides; pero, nosotros, como queda
dicho, oímos aquí muchas cosas; mas nada sabemos. Reflexiona
además sobre que parece a algunos eres más descuidado de lo
debido. No se te pase por alto que se ha de agradar a los
c hombres, para hacer algo; mas la arrogancia cohabita con la
soledad. ¡Buena Suerte!

CARTA QUINTA

Platón a Pérdicas. ¡Pasarla bien!

321c4 Recomendé a Eufreos, como me lo escribiste, que tratase de cuidar solícitamente de tus asuntos. Es de justicia que tal recomendación —sagrada y debida a ti como a huésped— la extienda a lo demás que me digas y a cómo he de servirme
d ahora de Eufreo. Que, en realidad, este varón es grandemente útil; pero, sobre todo, para lo que ahora estás tú necesitando a causa de tu edad y por no ser muchos que, en este punto, aconsejan a los jóvenes. Porque cada régimen político tiene su voz, cual si fuera un cierto animal; y una es la voz de la democracia; otra, la de la oligarquía; y otra, a su vez, la de monarquía. Muchos, por cierto, afirman conocerlas. Empero, muchísimo les falta, fuera de a unos
e pocos, para comprenderlas. De los regímenes políticos, el que hable con su propia voz a los dioses y a los hombres, y a su vez obedezca con las consiguientes obras, florecerá siempre y se salvará; mas si insitare otra, perecerá. Para esto, pues, no menos que para otras cosas, te resultaría útil Eufreos, aunque para estotras también sea todo un hombre. Estoy seguro de
322a que hallará las palabras propias de monarquía para ti, no menos que para los que te rodean en este asunto. Así que, sirviéndote de él en esto, saldrás ganancioso y le harás un grandísimo beneficio.

Empero si, oyendo esto, alguno dijera: "al parecer, Platón aparenta saber lo conveniente a la democracia; mas, pudiendo decirlo en público al pueblo y aconsejarle lo mejor, jamás se levantó a proclamarlo". Decid a esto: "Platón nació tarde en su patria y halló a su pueblo aviejado y acostum-
b brado ya por los antepasados a hacer muchas cosas que, según sus consejos, eran ilegales. Tal vez le hubiera sido lo más agradable de todo aconsejarle, cual a padre, si no creyera correr vanamente peligros, —sin hacer nada más". Eso mismo creo haría mi consejero, porque, si pareciéramos incurables,
c diciéndonos "allá vosotros", se apartaría de eso de aconsejarme a mí sobre lo mío. ¡Buena Suerte!

CARTA SEXTA

Platón a Hermias, Erato y Corisco. ¡Pasarla bien!

322c5 Me parece que alguno de los dioses os prepara, benévola
y generosamente, una suerte buena si la aprovecháis bien.
Porque vivís vecinos unos de otros y os necesitáis unos a
otros de manera que os beneficiéis grandísimamente. Porque
d Hermias, ni por la muchedumbre de caballos ni de otros
auxilios bélicos, ni aun por acrecentamiento de oro se haría,
para todo, mayor su poder que por la posesión de amigos
seguros y morigerados. En cuanto a Erasto y Corisco digo
yo —viejo ya— que, además de esa bella sabiduría: la de
los eídoses, han de añadir esotra sabiduría: la de saberse
guardar de perversos e injustos, además de una cierta fuerza
e defensiva. Porque están inexperimentados a causa de haber
pasado toda su vida en compañía de nosotros, discretos y
nada malos. Por esto dije que les hace falta añadir aquello
a fin de que no se vean forzados a descuidar la sabiduría
verdadera y preocupante, más de lo debido, de la humana
y urgente. Pues bien: me parece que, aun sin haber convivido
323a con Hermias, posee él tal facultad, tanto por su naturaleza
como por arte, mediante experiencia. ¿En qué sentido lo digo?
Tengo, Hermias, de Erasto y Corisco experiencia mayor que
de ti; afirmo, garantizo y testifico que no hallarás fácilmente
caracteres más dignos de confianza que los de estos tus vecinos.
Te aconsejo, pues, te vincules, de todas las maneras justas,
con ellos; no se te pase por alto tal indicación. A su vez,
aconsejo a Corisco y Erasto vincularse con Hermias y tratar
b con tales vínculos mutuos de llegar a bien entretejida amistad.
Mas si alguno de vosotros pensara de alguna manera disolverla
—porque nada de lo humano es absolutamente seguro—
enviadme aquí y a los míos una carta delatora de la queja,
porque creo que las palabras de justicia y respeto que de

aquí os llegaren —a no ser que la ruptura haya llegado a ser grande—, restablecerán más que cualquiera ensalmo y religarán
c aquella primitiva amistad y comunidad. Que si amamos tal sabiduría todos —nosotros y vosotros— en la medida en que las fuerzas de cada uno lo consientan, lo que ahora es predicción será realidad. Mas si no hacemos eso, no diré nada, porque soy adivino de buenas nuevas, —así que afirmo que todo esto redundará en nuestro bien; si dios lo quiere.

Es preciso que todos vosotros, los tres, leáis esta carta; lo mejor, si es posible, es que la leáis los tres, juntos; si no, de dos en dos en común y las más veces que se pueda; y servíos de ella cual de convenio y de ley vigente, lo que es
d justo; y jurando sobre ella con seriedad no exenta de gracia a la vez que con esa clase de juego que es hermano de la seriedad. Y jurando por el dios de todas las cosas, rector de las actuales y futuras, y por el padre y señor del rector y causa a quien, si filosofamos en realidad de verdad, conoceremos claramente todos, en lo que es posible a hombres bienaventurados.

Ζ'

Πλάτων τοῖς Δίωνος οἰκείοις τε καὶ ἑταίροις εὖ πράττειν

Ἐπεστείλατέ μοι νομίζειν δεῖν τὴν διάνοιαν ὑμῶν εἶναι 323 d
τὴν αὐτὴν ἣν εἶχεν καὶ Δίων, καὶ δὴ καὶ κοινωνεῖν
διεκελεύεσθέ μοι, καθ' ὅσον οἷός τέ εἰμι ἔργῳ καὶ λόγῳ. 324 a
Ἐγὼ δέ, εἰ μὲν δόξαν καὶ ἐπιθυμίαν τὴν αὐτὴν ἔχετε
ἐκείνῳ, σύμφημι κοινωνήσειν, εἰ δὲ μή, βουλεύσεσθαι
πολλάκις. Τίς δ' ἦν ἡ ἐκείνου διάνοια καὶ ἐπιθυμία, σχεδὸν
οὐκ εἰκάζων ἀλλ' ὡς εἰδὼς σαφῶς εἴποιμ' ἄν. Ὅτε γὰρ
κατ' ἀρχὰς εἰς Συρακούσας ἐγὼ ἀφικόμην, σχεδὸν ἔτη
τετταράκοντα γεγονώς, Δίων εἶχε τὴν ἡλικίαν ἣν τὰ νῦν
Ἱππαρῖνος γέγονεν, καὶ ἣν ἔσχεν τότε δόξαν, ταύτην καὶ b
διετέλεσεν ἔχων, Συρακοσίους οἴεσθαι δεῖν ἐλευθέρους
εἶναι, κατὰ νόμους τοὺς ἀρίστους οἰκοῦντας· ὥστε οὐδὲν
θαυμαστὸν εἴ τις θεῶν καὶ τοῦτον εἰς τὴν αὐτὴν δόξαν
περὶ πολιτείας ἐκείνῳ γενέσθαι σύμφρονα ποιήσειεν. Τίς
δ' ἦν ὁ τρόπος τῆς γενέσεως αὐτῆς, οὐκ ἀπάξιον ἀκοῦσαι
νέῳ καὶ μὴ νέῳ, πειράσομαι δὲ ἐξ ἀρχῆς αὐτὴν ἐγὼ πρὸς
ὑμᾶς διεξελθεῖν· ἔχει γὰρ καιρὸν τὰ νῦν.

Νέος ἐγώ ποτε ὢν πολλοῖς δὴ ταὐτὸν ἔπαθον· ᾠήθην, εἰ θᾶττον ἐμαυτοῦ γενοίμην κύριος, ἐπὶ τὰ κοινὰ τῆς πόλεως

d 8 ἑταίροις : ἑτέροις O (αι s. l.) || d 10 μοι s. l. AO || 324 a 1 λόγῳ V et ex em. (ῳ s. l.) AO : -οις AO || a 3 βουλεύσεσθαι ex em. (σ s. l.) O : -εύεσθαι AO -ευέσθαι V || b 3 ὥστε V et ex em. AO: ὥς γε A¹O¹ || b 4 αὐτὴν V et i. m. τοῦ πατρ. τὸ β. ἀπ' ὀρθ. ● : αὐτῶν AO || b 5 ἐκείνῳ γενέσθαι om. V.

CARTA SEPTIMA

Platón a los familiares y compañeros de Dión
¡Pasarla bien!

323d10 Me escribís que he de pensar son vuestros pensamientos los mismos que tuvo Dión mismo; y, encima de esto, me exigís los comparta de palabra y obra, en lo que sea capaz.
324a Pues bien: si vuestra opinión y deseos son los mismos que tenía él, consiento en compartirlos; pero si no, lo habré de pensar muchas veces. Mas diría cuál fue su pensamiento y deseos, no por conjeturarlo, sino por saberlo con certeza. Porque cuando llegué, de unos cuarenta años, la primera vez a Siracusa, Dión tenía la edad que ahora tiene Hiparinos; y tenía Dión entonces la misma opinión que terminó teniendo:
b creer que los siracusanos habían de ser libres, rigiéndose por las mejores leyes. Así que nada tiene de sorprendente el que alguno de los dioses haya hecho que Hiparino resultara opinar lo mismo y consonantemente con él acerca del regimen político. Pero, ¿cómo surgió esto? Vale la pena de que lo oigan jóvenes y no jóvenes. Trataré, tomándolo desde el comienzo, de referíroslo. Que es ahora oportuno.

Allá, cuando joven, me pasó lo mismo que a tantos: creía que, en llegando a señor de mí mismo, entraría, sin más,
c en los negocios comunes de la Ciudad. Algunas oportunidades respecto de los negocios de la Ciudad se me ofrecían, es como un trastorno del régimen político existente a la sazón, por atacado por muchos. Cincuenta y un varones se alzaron de jefes del cambio; de ellos, once en la Ciudad; diez, en el Pireo. Ambos grupos tanto para el ágora, como para cuantos asuntos hubiera que resolver en las Ciudades. Empero, treinta de ellos se constituyeron en gobierno de autócratas. Por haber sido
d algunos de ellos familiares míos y conocidos, me llamaron inmediatamente, cual si tales asuntos me convinieran. Por mi

ΕΠΙΣΤΟΛΗ Ζ' 324 c

εὐθὺς ἰέναι. Καί μοι τύχαι τινὲς τῶν τῆς πόλεως πραγμάτων τοιαίδε παρέπεσον. Ὑπὸ πολλῶν γὰρ τῆς τότε πολιτείας λοιδορουμένης μεταβολὴ γίγνεται, καὶ τῆς μεταβολῆς εἷς καὶ πεντήκοντά τινες ἄνδρες προύστησαν ἄρχοντες, ἕνδεκα μὲν ἐν ἄστει, δέκα δ' ἐν Πειραεῖ — περί τε ἀγορὰν ἑκάτεροι τούτων ὅσα τ' ἐν τοῖς ἄστεσι
διοικεῖν ἔδει—, τριάκοντα δὲ πάντων ἄρχοντες κατέστησαν d
αὐτοκράτορες. Τούτων δή τινες οἰκεῖοί τε ὄντες καὶ γνώριμοι ἐτύγχανον ἐμοί, καὶ δὴ καὶ παρεκάλουν εὐθὺς ὡς ἐπὶ προσήκοντα πράγματά με. Καὶ ἐγὼ θαυμαστὸν οὐδὲν ἔπαθον ὑπὸ νεότητος· ᾠήθην γὰρ αὐτοὺς ἔκ τινος ἀδίκου βίου ἐπὶ δίκαιον τρόπον ἄγοντας διοικήσειν δὴ τὴν πόλιν, ὥστε αὐτοῖς σφόδρα προσεῖχον τὸν νοῦν, τί πράξοιεν. Καὶ ὁρῶν δήπου τοὺς ἄνδρας ἐν χρόνῳ ὀλίγῳ χρυσὸν ἀποδείξαντας τὴν ἔμπροσθεν πολιτείαν — τά τε ἄλλα καὶ φίλον
ἄνδρα ἐμοὶ πρεσβύτερον Σωκράτη, ὃν ἐγὼ σχεδὸν οὐκ ἂν e
αἰσχυνοίμην εἰπὼν δικαιότατον εἶναι τῶν τότε, ἐπί τινα τῶν πολιτῶν μεθ' ἑτέρων ἔπεμπον, βίᾳ ἄξοντα ὡς ἀποθανού-
μενον, ἵνα δὴ μετέχοι τῶν πραγμάτων αὐτοῖς, εἴτε βούλοιτο 325 a
εἴτε μή· ὁ δ' οὐκ ἐπείθετο, πᾶν δὲ παρεκινδύνευσεν παθεῖν πρὶν ἀνοσίων αὐτοῖς ἔργων γενέσθαι κοινωνός — ἃ δὴ πάντα καθορῶν καὶ ἔτι ἄλλα τοιαῦτα οὐ σμικρά, ἐδυσχέρανά τε καὶ ἐμαυτὸν ἐπανήγαγον ἀπὸ τῶν τότε κακῶν. Χρόνῳ δὲ οὐ πολλῷ μετέπεσε τὰ τῶν τριάκοντά τε καὶ πᾶσα ἡ τότε πολιτεία· πάλιν δὲ βραδύτερον μέν, εἷλκεν δέ με ὅμως
ἡ περὶ τὸ πράττειν τὰ κοινὰ καὶ πολιτικὰ ἐπιθυμία. Ἦν b
οὖν καὶ ἐν ἐκείνοις ἅτε τεταραγμένοις πολλὰ γιγνόμενα ἅ τις ἂν δυσχεράνειεν, καὶ οὐδέν τι θαυμαστὸν ἦν τιμωρίας

d 3 ἐμοί: ἐν ἐμοὶ O (sed ἐν punct. not.) || καὶ δὴ καὶ ex em. (alterum καὶ s. l.) O : καὶ δὴ AO¹V || d 7 πράξοιεν : -ξειεν V || d 8 ὁρῶν : ὁρῶ Estienne || χρυσόν AV et ex em. O : -σῆν O¹ et ex em. (ῆ s. l.) A || 325 a 4 ἔτι i. m. γρ AO (τοῦ πατρ. τὸ β.) V : εἴ τιν' OV et A ex em. (ν s. l.) εἴ τι A¹ || a 6 καὶ om. V || πᾶσα ἡ τότε V et transp. A²O³ : τότε ἡ πᾶσα AO || 7 ὅμως (μως in ras.) A.

juventud nada de ello me sorprendió, porque creía que administrarían ellos la Ciudad sacándola de mala vida a la justa, de modo que puse gran atención en qué harían. Y, vi, por cierto, que tales varones hacían, en poco tiempo que la política anterior pareciera de oro. Aparte de otras cosas: a un
e varón querido para mí: al viejo Sócrates, que casi me atrevo a decir sin avergonzarme era el más justo de los contemporáneos, lo comisionaron, junto con otros ciudadanos para que trajeran por la fuerza a un ciudadano para matarlo, a fin de que, así, resultara Sócrates su cómplice en tal acción, quisiéralo o no; mas no obedeció y se expuso a padecer toda
325a clase de peligros antes de ser copartícipe de obras impías; viendo, por cierto, todo esto, además de otras cosas tales no pequeñas, me indigné y retiré de estas maldades presentes. Después de no mucho tiempo cayó el gobierno de los Treinta y todo su régimen. Una vez más, aunque brevemente, me arrastró el deseo de actuar en la política pública. Muchas
b cosas pasaron en aquellos tiempos, por desordenados, capaces de indignar a cualquiera; y nada tiene de sorprendente el que se tomaran de algunos enemigos venganzas mayores que en las revoluciones, aunque de gran equidad usaron las que entonces volvieron. Pero es el caso que algunos poderosos llevaron ante el juzgado, una vez más, a aquel nuestro compañero Sócrates, llevándolo a juicio por una causa la más sacrílega y, de todas, la menos adecuada a Sócrates, porque
c unos lo llevaron a juicio por impío; otros, lo condenaron e hicieron matar a quien, en aquella otra ocasión, no quiso participar de un procedimiento impío contra uno de los entonces fugitivos amigos, cuando, aun fugitivos, los perseguía la mala suerte. Considerando tales cosas y los hombres que hacían tal política y las leyes y costumbres, cuanto más lo consideraba y adelantaba en edad me parecía ser tanto más difícil administrar correctamente los asuntos de la Ciudad.
d Porque sin varones amigos y compañeros fieles no es posible hacerlo; no era fácil hallarlos entre los presentes, porque nuestra Ciudad no era ya administrada según las costumbres y procedimientos de nuestros padres; adquirir nuevos amigos resultaba imposible hacerlo con alguna brevedad. Además: corrompíanse leyes escritas y costumbres, y adelantaba esto de tan sorprendente manera que, habiendo comenzado, lleno de gran ímpetu, a actuar en política, mirando todo eso y
e viendo que todo iba de acá para allá, terminé por aturdirme;

sin dejar de mirar, por si acaso mejoraran las cosas y aun el régimen íntegro. Más aguardando siempre las oportunidades
326a de obrar. Empero, terminé pensando que todas las Ciudades actuales rigense políticamente mal, porque sus legislaciones tienen casi casi algo de incurable, si no da la Suerte de que las acompañen ciertas admirables disposiciones; y me sentí forzado a decir, alabando a la recta filosófica, que de ella es propio percibir lo que es justo para los negocios de la Ciudad y para todos los de particulares. Así que los males
b no abandonarán al linaje humano hasta que el linaje de los rectamente filosofantes llegue a los poderes políticos, o bien que el linaje de los gobernantes en las Ciudades llegue, por una especie de Suerte divina, a filosofar según realidad de verdad.

Con tales pensamientos llegué a Italia y a Sicilia, la primera vez que arribé. Recién llegado, la vida, allí llamada "bienaventurada": la de italianos y siracusanos, la de a mesas siempre puestas, en manera alguna me agradó, —eso de vivir hartándose de comer dos veces al día y jamás dormir a solas por la noche y las demás usanzas que a tal género de vida siguen. Porque de tales costumbres no puede ni
c resultar jamás sensato ninguno de los que, bajo tal cielo, y desde joven, esté así ocupado —que no es ésta manera de hacerse una naturaleza admirable—, ni tampoco llegará nadie jamás a morigerado; y la misma razón valdría respecto de las demás virtudes. Además: ninguna Ciudad puede ser estable ni en cuanto a leyes ni de ninguna otra manera, si los
d ciudadanos piensan se ha de gastar todo en francachelas; y juzgan, por otra parte, deber estar ociosos en todo menos para comilonas y bebederas, —trabajando nada más en empresas de amores. Necesariamente, tales Ciudades no cesan nunca de transtornarse cambiando entre tiranías, oligarquías y democracias. Por otra parte, quienes en ellas mandan no soportan oír ni aun el nombre de régimen político justo, legal y equitativo.

Pensaba en esto, además de en lo anterior, durante mi
e viaje a Siracusa, —un poco al azar, tal vez. Parecía como si alguno de los Poderosos estuviera tramando de poner el principio de los trabajos que ahora han pasado Dión y los de Siracusa —y, es de temer, que aun el de otros mayores, si no hacéis ahora caso de quien por segunda vez os aconseja. ¿En qué sentido digo que aquella mi llegada a Sicilia fue

327a el principio de todo? Por mi intimidad con Dión, entonces joven, corro el peligro —al pensar que lo que para mí es lo mejor lo es para los hombres y explicarlo por razones y al aconsejar lo realicen— de ignorar el que no caía yo mismo en cuenta de estar en alguna manera tramando la disolución de la tiranía. Porque Dión, fácil en aprender todo y en especial los razonamientos que yo entonces hacía, escuchábalos tan ávida e intensamente cual ningún otro de los jóvenes
b que haya yo jamás encontrado; y se determinó a vivir en adelante una vida diferente a la de la mayoría de italianos y siracusanos, estimando la virtud más que el placer y otros lujos; por lo cual, mientras vivió, se hizo más odioso a los partidarios de los precedimientos tiránicos, —hasta que sucedió la muerte de Dionisio.

Después de ella, se decidió a no guardar únicamente para
c sí tales pensamientos que por rectos razonamientos poseía; pero cayó en cuenta de que tales pensamientos habían nacido; lo veía ya en otros, aunque no en muchos. Y que estaban naciendo en algunos entre los cuales creía que, en uno de estos, en Dionisio, nacerían, con probable colaboración de los dioses. Si tal sucediera, tanto su vida como la de los demás siracusanos llegarían a descomunal felicidad. Además: creía ser menester que, lo más pronto posible, y fuera como fuera, llegara yo, de colaborador, a Siracusa, recordándose
d de cuán suavemente nuestra intimidad consiguió llevarlo a desear la más bella y mejor vida. Lo cual, si como lo emprendió, lo hubiera conseguido en Dionisio, grandes esperanzas tenía de, sin degollinas, muertes y demás males pasados, instaurar en toda la región vida bienaventurada y verdadera. Seguro Dión de la justeza de tales pensamientos, convenció a Dionisio de que me llamara, y aun él mismo lo exigía al
e urgirme ir cuanto antes y de todas maneras, antes de que algunos otros, acercándose a Dionisio, lo convirtieran a otra vida, diferente de la mejor. Me lo exigía, diciendo esto y aun otras cosas más largas de contar. Porque "¿qué otras oportunidades aguardaremos mejores que, por una cierta divina Suerte, nos han venido?". Pasando revista a la región de Italia y Sicilia, al poder que sobre ella tenía Dionisio, a
328a su juventud y a su confesado ardor por la filosofía y educación, a sus sobrinos y familiares —qué bien dispuestos estaban hacia la doctrina y vida, por mí explicadas, y la grandísima influencia de todos ellos sobre Dionisio— tenía toda la

esperanza de llevar entonces —como nunca antes— a término el que llegaran a resultar los mismos hombres filósofos y gobernantes de las grandes Ciudades. Estas eran sus exhor-
b taciones y otras muchas de tal talante; mas sobrecogíame el miedo al pensar qué resultaría respecto de los jóvenes, ya que los deseos de los tales son arrebatados y, frecuentemente, llevados en dirección contraria; en cuanto al carácter del alma de Dión conocía bien ser de natural grave y ya de edad madura. Considerando lo cual, y dudando de si habría de ir —y acceder a sus ruegos y cómo—, no obstante era preciso hacerlo si había, alguna vez, de emprender llevar a realidad lo que uno pensaba sobre leyes y regímenes políticos; y ésta era la
c hora de ensayarlo, porque convencer a uno solo sería suficiente para conseguir yo todos los bienes.

Pues bien: con estos pensamientos me atreví a partir de casa; no por los motivos que algunos creyeron, sino dándome sobre todo, vergüenza ante mí mismo de que pareciera, simplemente, alguna vez, a mis propios ojos ser un "todo palabras", mas incapaz de querer, alguna vez, poner manos a la obra; pero si capaz de correr el peligro de traicionar, pri-
d mero, la hospitalidad de Dión y ese compañerismo hacia quién estaba realmente en no pequeños peligros. Si, pues, le pasara algo; o si, expulsado por Dionisio y demás enemigos, llegara, huyendo, a nosotros y, hablando, me preguntara: "Platón, luego huido; no porque me hayan faltado hoplitas o caballeros para defenderme de los enemigos, sino por falta de esos persuasivos razonamientos por los que, bien lo sabía, eres capaz de impeler a hombres jóvenes hacia lo bueno y lo justo, exhortándolos a establecer, siempre y entre ellos, amistad y compañerismo. Por falta de esto, en cuanto de ti depende,
e estoy ahora aquí, tras abandonar Siracusa. Por cierto, que de lo tuyo, poca deshonra te resulta, mas a la filosofía —a la que de continuo encomias y de la que afirmas ser tratada indignamente por el resto de los hombres—, ¿no lo has trai-
329a cionado, en cuanto de ti dependía, en mi caso actual? Si hubiéramos habitado en Megara, habrías, sin duda venido a socorrerme, te llamase para lo que fuera; si no, te tendría por el más vil de los hombres. Mas ahora, encausando tal vez de ello a lo largo del viaje, y a la magnitud de travesía y trabajos, ¿crees podrás huir alguna vez de la opinión de malo? Ni de lejos". A esta palabras, ¿cuál fuera, para ellas, respuesta presentable? No la hay. Partí, pues, por motivos

razonables y justos —lo máximo posible a humanos—, aban-
b donando así mis propias ocupaciones —que no eran insignificantes— por una tiranía que parecía no convenir ni a mis enseñanzas ni a mí. Yendo, pues, quedaba ya libre de obligaciones hacia Júpiter Hospitalario, y salía irreprochable la profesión de filósofo que hubiera resultado despreciabilísima si, por blando y cobarde, tomo parte en tal vergonzosa maldad.

Al llegar —no hace falta explicarse— encontré la corte
c de Dionisio rebosante en discusiones y calumnias acerca de Dión. Lo defendí, pues, en lo que podía, —de bien poco era capaz. Mas, apenas al cabo de tres meses, acusó Dionisio a Dión de intrigar contra la tiranía; lo embarcó en pequeño bajel y lo expulsó deshonrado. Después de lo cual, todos los amigos de Dión temimos que, acusando a alguno, lo castigara cual concausa de las intrigas de Dión. En cuanto a mí, se corrió
d la voz por Siracusa de que había sido muerto por Dionisio, —cual causante de todo lo que había sucedido. Mas notando él tal estado nuestro y temeroso de que resultara de tales miedos algo mayor nos trató a todos benévolamente; sobre todo a mí me exhortó, animó instantemente y rogó que, de todas maneras, permaneciera y que, en caso de huir de él, nada de bueno le resultaría a Dión; pero sí, de permanecer, —por esto aparentaba pedírmelo tanto. Bien sabemos que las peticiones de los tiranos van entremezcladas con violencia. Para impedirme partir por mar, tramó lo de llevarme a la
e acrópolis y encerrarme de manera que capitán alguno de nave pudiera sacarme, y no solamente por no impedirlo Dionisio; mandó que no se me sacara si no enviaba, él mismo, al encargado de ello.

No habría ni comerciante ni ninguno de los encargados de los puestos fronterizos del país, ni uno solo de ellos, que viéndome salir solo no me detuviera inmediatamente y me devolviera a Dionisio, —especialmente porque ya se corría una noticia contraria a la anterior: que Dionisio quería extra-
330a ordinariamente a Platón. Pero, ¿cómo así? Hay que decir la verdad: Conforme avanzaba el tiempo me iba siempre queriendo más, por hacerse a mis maneras y carácter; pero quería lo alabara a él más que a Dión y que me mostrara tenerlo a él por más apreciado amigo que a éste, —y ¡de qué sorprendente manera se encelaba en este punto! Mas, si en caso de pasar, pasara así, bellísimo fuera. Pero se retraía —al apren-

ΕΠΙΣΤΟΛΗ Ζ' 330 c

πάρεργα ὡς ἔργα μοι συμβαίνῃ λεγόμενα. Λέγω δὴ τάδε
ἐγώ·

Τὸν συμβουλεύοντα ἀνδρὶ κάμνοντι καὶ δίαιταν διαιτω-
μένῳ μοχθηρὰν πρὸς ὑγίειαν ἄλλο τι χρὴ πρῶτον μὲν d
μεταβάλλειν τὸν βίον, καὶ ἐθέλοντι μὲν πείθεσθαι καὶ
τἆλλα ἤδη παραινεῖν· μὴ ἐθέλοντι δέ, φεύγοντα ἀπὸ τῆς
τοῦ τοιούτου συμβουλῆς ἄνδρα τε ἡγοίμην ἂν καὶ ἰατρόν,
τὸν δὲ ὑπομένοντα τοὐναντίον ἄνανδρόν τε καὶ ἄτεχνον.
Ταὐτὸν δὴ καὶ πόλει, εἴτε αὐτῆς εἷς εἴη κύριος εἴτε καὶ
πλείους, εἰ μὲν κατὰ τρόπον ὀρθῇ πορευομένης ὁδῷ τῆς
πολιτείας συμβουλεύοιτό τι τῶν προσφόρων, νοῦν ἔχοντος e
τὸ τοῖς τοιούτοις συμβουλεύειν· τοῖς δ' ἔξω τὸ παράπαν
βαίνουσι τῆς ὀρθῆς πολιτείας καὶ μηδαμῇ ἐθέλουσιν αὐτῆς
εἰς ἴχνος ἰέναι, προαγορεύουσιν δὲ τῷ συμβούλῳ τὴν μὲν
πολιτείαν ἐᾶν καὶ μὴ κινεῖν, ὡς ἀποθανουμένῳ ἐὰν κινῇ, 331 a
ταῖς δὲ βουλήσεσιν καὶ ἐπιθυμίαις αὐτῶν ὑπηρετοῦντας
συμβουλεύειν κελεύοιεν, τίνα τρόπον γίγνοιτ' ἂν ῥᾷστά τε
καὶ τάχιστα εἰς τὸν ἀεὶ χρόνον, τὸν μὲν ὑπομένοντα
συμβουλὰς τοιαύτας ἡγοίμην ἂν ἄνανδρον, τὸν δ' οὐχ
ὑπομένοντα ἄνδρα. Ταύτην δὴ τὴν διάνοιαν ἐγὼ κεκτη-
μένος, ὅταν τίς μοι συμβουλεύηται περί τινος τῶν
μεγίστων περὶ τὸν αὑτοῦ βίον, οἷον περὶ χρημάτων κτήσεως
ἢ περὶ σώματος ἢ ψυχῆς ἐπιμελείας, ἂν μέν μοι τὸ καθ' b
ἡμέραν ἔν τινι τρόπῳ δοκῇ ζῆν ἢ συμβουλεύοντος ἂν ἐθέλειν
πείθεσθαι περὶ ὧν ἀνακοινοῦται, προθύμως συμβουλεύω καὶ
οὐκ ἀφοσιωσάμενος μόνον ἐπαυσάμην. Ἐὰν δὲ μὴ συμβου-
λεύηταί μοι το παράπαν ἢ συμβουλεύοντι δῆλος ᾖ μηδαμῇ

c 8 λεγόμενα: γενόμενα Richards || τάδε ἐγώ: τάδε· ἐγώ V || d 1 μοχθηρὰν AO et i. m. γρ V: πονηρὰν V || ὑγίειαν ἄλλο τι AOV: -ειαν· ἀλλ' ὅτι P 1040 -ειαν ὅτι Hermann || post μὲν add. αὐτόν VL et s. l. O || d 4 ἰατρόν V et ex em. (όν s. l.) AO: ἰατρικόν AO et ex em. V (ικ s. l.) || d 5 ἄτεχνον: ἄτυχον P 1040 || d 7 πορευομένης V et ex em. O: -όμενος AO¹ || 331 a 3 κελεύοιεν: κελεύουσι i. m. γρ P 3012 || a 4 ἐν ἄλλῳ οὕτως· τὸν μὲν μὴ ὑπομένοντα ξυμβουλὰς τοιαύτας, ἡγοίμην ἂν ἄνανδρον· τὸν δ' ὑπομένοντα, ἄνδρα i. m. AOV || a 5 ἂν om. A || b 2 συμβουλεύοντος: -σαντος A.

b der y oír los razonamientos sobre filosofía— de familiarizarse e intimar conmigo, temeroso de lo que decían los calumniadores: que le coartarían su libertad y que Dión sería quien mandara en todo. Mas yo aguanté todo esto, fiel al designio primero por el que vine: el de si, tal vez, llegaría a desear la vida de filósofo. Pero me venció, —resistiendo.

Tal fue todo por lo que pasé en el primer tiempo de
c mi llegada y estancia en Sicilia. Después de esto partí. Pero, una vez más, volví por las insistentes llamadas de Dionisio. ¿Para qué lo hice y qué hice?, ¿cuán razonable y justo fue?, os lo referiré, comenzando por aconsejaros qué debe hacerse, a tenor de lo que acaba de pasar. Después, esotro conexo: lo de quienes preguntan qué quería al ir por segunda vez. Lo diré de modo que lo accesorio no resulte lo principal. Lo que digo es esto:

Quien aconseja a varón enfermo, sometido a régimen
d dietético perjudicial a la salud, ¿qué otra cosa ha de ser la primera sino hacerle cambiar el régimen de vida? Y al que quiera obedecer, prescribirle ya lo demás. Mas del que no quiere, ha de huir de darle consejos un varón médico, —tal creería yo. Pero a quien continuara dándoselos, tendríalo por lo contrario: por cobarde y medicastro. Lo mismo, aun respecto de la Ciudad, —tanto que el señor de ella sea uno como muchos. Si, como es debido, yendo por el recto camino el régimen político se le aconsejara algo conveniente, es propio
e de hombre razonable darle tal consejo. Empero, a régimen que ande absolutamente fuera del correcto, y en modo alguno quiera seguir sus huellas, mas comience por indicar al consejero que deje a tal régimen en paz y nada de él mueva
331a —que si algo moviere dése por muerto—, mandaría se le aconsejara —sometiéndose a sus quereres y apetencias— la manera de continuar siendo tal, más difícil, más breve y más duradera. A quien soportara hacer de consejero en esto tendríalo por cobarde; mas a quien no lo soportara, por todo un varón. Por pensar yo así, cuando alguien me pide consejo acerca de los asuntos más importantes de su vida —cual adquisición de riquezas, cuidado del cuerpo o del alma—, si
b me parece vive de ordinario según alguna norma o quiere, siguiendo mis consejos, obedecer a lo convenido, de buena gana le aconsejo y no cesaría de hacerlo sólo por cumplir un deber. Empero, si no se me pide consejo o si es evidente que de modo alguno se obedecerá al consejero, no iré espon-

táneamente a aconsejar a los tales, —y menos a forzar a nadie, aunque fuera mi hijo. Mas daría consejos a un esclavo y, si no los acepta, se los impondría a la fuerza. Pero no creo sea piadoso forzar a padre o madre, —a no ser que estén enfer-
c mos de locura. Mas si viven según un estilo de vida que a ellos les es agradable, mas no a mí, no hay que hacerse odioso en vano reprendiéndolos, ni, mimándolos, someterse a sus apetencias, proporcionándoles satisfacciones tales que, caso de abrazarlas yo, no querría vivir. Pues bien: de esa misma manera ha de vivir y pensar el sensato respecto de su Ciudad: si le pareciere que está no bellamente gobernada, si no va a
d hablar en vano ni a morir por hablar, que hable. Empero, no hacer violencia a la patria transtornando el régimen cuando sin exilios y degollinas de varones no es posible mejorarla. Quédese tranquilo y pida a los dioses lo que sea bueno para sí y para la Ciudad.

De esta misma manera aconsejara a vosotros, y aconsejé, con Dión a Dionisio; ante todo, vivir cada día de manera a
e hacerse lo más posible señor de sí mismo, adquirir amigos y compañeros fieles para que no le pasara lo que a su padre, quien, recobrando de los bárbaros muchas y grandes ciudades, saqueadas por ellos, no fue capaz, una vez restauradas, de establecer en ellas regímenes políticos confiados a varones compañeros —ni a extranjeros, de donde fueran ni a hermanos a quienes, de más jóvenes, él mismo educó; y, de
332a particulares, hízolos gobernantes; y, de pobres, extraordinariamente ricos. No fue capaz de hacerlo aunque trató de ello, mediante convencimiento, enseñanza, beneficios y convivencia familiar. Resultó así siete veces inferior a Darío quien, con-
b fiado no en hermanos ni aun en los educados por él —colaboradores suyos tan sólo en el golpe de mano contra el eunuco medo— dividió el reino en siete partes, cada una mayor que Sicilia entera; y se sirvió de varones fieles, colaboradores y no intrigantes ni contra él ni entre ellos. Mostró el paradigma de cómo legislador y rey han de ser buenos, porque estableciendo leyes, hasta el día de hoy se ha conservado el imperio persa. Pero, frente a esto, los atenienses no colonizaron ellos mismo las numerosas ciudades, arrebatadas por los bárbaros; las tomaron pobladas; sin embargo conservaron el poder
c durante setenta años, por poseer, en cada ciudad, varones fieles. Mas Dionisio quien reunió en una Ciudad toda Sicilia,

no fiándose, sabio de él, de nadie, a duras penas se mantuvo, por pobre en varones amigos y fieles; que no hay señal mayor de virtud o de maldad que estar o no privado de tales varones. Pues bien: esto era lo que yo y Dión aconsejábamos a Dionisio, porque le cayó la herencia del padre; la de no estar versado
d en educación y la de no conversar con adecuadas compañías. Ante todo le aconsejábamos proponerse precisamente esto: adquirir amigos —diferentes de sus familiares y coetáneos— concordes en tender a la virtud. Pero, sobre todo, concordar él consigo mismo, porque de ello estaba extraordinariamente necesitado. No lo decíamos así, tan claro, —porque no carecía de peligro; lo insinuábamos e insistíamos en las conversaciones en que, de esta manera, todo varón se salvará él y a los que gobernare; mas, caso de no portarse así, terminará
e por pasarle todo lo contrario. Procediendo del modo que decimos: hacerse a sí mismo sensato y prudente, si colonizaba *las ciudades devastadas de Sicilia, y las vinculaba con leyes* y régimen político de manera que resultasen ellas cual de una familia respecto de él y entre sí para defenderse de los
333a bárbaros, no solamente duplicaría el reino paterno; en realidad, lo multiplicaría. De ser esto así, estaría mucho más preparado para someter a los Cartagineses de lo que los sometió Gelón; pero no como ahora, que, por el contrario, su padre tuvo que pagar tributo a los bárbaros. ¡Tales eran los discursos y avisos de nosotros los conspiradores contra Dionisio! Difundiéronse tales discursos por muchas partes y, tomando fuerza ante Dionisio, fueron los que expulsaron a
b Dión y nos metieron miedo a nosotros. Empero, para resumir no pocos sucesos que en poco tiempo pasaron, al volver Dión del Peloponeso y Atenas puso ante Dionisio las cosas en su punto. Mas después de que liberó y devolvió a los siracusanos la Ciudad, les pasó a ellos entonces lo que antes a Dionisio mismo, que —al intentar Dión educarlo y criarlo para rey digno de gobernar, cooperando así con él en todo lo de la vida— Dionisio, por el contrario, creyó a los calumniadores
c que decían conspiraba contra la tiranía al hacer todo lo que entonces estaba haciendo; que Dionisio, encantada su mente por la educación, se descuidaría del gobierno, encomendándolo a él, quien se apoderaría del gobierno y expulsaría dolosamente de él a Dionisio. Tales dichos vencieron entonces, y, después, repetidos en Siracusa, —victoria agradablemente absurda y vergonzosa para los causantes de ella.

¿Qué, pues, pasó? Deben oírlo quienes reclaman mi
d concurso en las actuales circunstancias. Yo, varón ateniense,
compañero de Dión y aliado suyo, fui para ver de hacer
amistad con el tirano en vez de guerra; luché contra los
calumniadores; fui vencido. Mas confiando Dionisio hacerme,
mediante honras y dineros, testigo y amigo suyo para justi-
ficar la conveniencia de expulsar a Dión, en todo ello falló.
Empero, más adelante, volviendo Dión a casa, se hizo acom-
e pañar desde Atenas por dos hermanos, —amigos, no tales
por la filosofía, sino por esa clase corriente de compañerismo
entre la mayoría de los amigos que resulta del hospedarse e
iniciarse juntos en los misterios. Al regresar, se llevó a estos
dos por amigos, que lo eran por lo dicho, y que resultaron
compañeros por ayudas de viaje. Mas, en llegando a Sicilia,
334a al advertir que, ante los siracusanos por él libertados se le
calumniaba de intrigar para hacerse tirano, no tan sólo trai-
cionaron al compañero y huésped, sino se hicieron a sí
mismos, cual manos del asesinato, al con las armas en sus
manos hacerse asistentes y ayudas de los asesinos. No seré
yo quien deje correr tal hecho vergonzoso e impío, ni quien
diga algo, —quedó al cuidado de muchos otros el celebrarlo
y quedará a su cuidado para el futuro. Empero, lo que se
dice de los atenienses: que los tales cubrieron de vergüenza
a la Ciudad, lo rechazo; porque afirmo que fue también
b ateniense aquel que no traicionó a Dión, y eso que podía
proporcionarse con ello riqueza y tantos otros honores. Es
que no se hizo su amigo por vulgar amistad, sino más bien
por comunidad de educación liberal, únicamente de la cual
ha de fiarse el poseedor de entendimiento, y fiarse más que
de la afinidad natural de almas y de cuerpos. Así que no
juzgo sean vergüenza para la Ciudad ambos asesinos de Dión,
c cual si hubieran sido alguna vez varones de cuenta y razón.

Quede todo esto dicho para advertencia de los amigos
y parientes de Dión. Repito, por cierto, para ellos el mismo
consejo y la misma sentencia, diciéndolo por tercera vez a
vosotros tres: Que Sicilia no sea esclava de hombres déspotas
—ni ella ni otra Ciudad, tal es mi sentencia—, sino lo sea
de Leyes, porque aquello no es lo mejor ni para los escla-
vizantes ni para los esclavizados, ni para ellos ni para sus
d hijos y descendientes. Tal empresa es, por el contrario, total-

mente perniciosa. Caracteres pequeños y serviles de almas son los que aman apoderarse de tal clase de ventajas o ignorantes totalmente de lo que es, para el futuro y aun para la oportunidad presente, bueno y justo para dioses y hombres. Traté, primero, de convencer de esto a Dión; en segundo lugar, a Dionisio; ahora, a vosotros, los terceros. Convenceos, por amor de Júpiter, tercer Salvador. Después, mirad a Dionisio y a Dión; de ellos, el que no me obedeció vive ahora, mas no bellamente; pero el que me obedeció, murió bellamente, porque quien tiende a procurar para sí
e y para Ciudad lo mejor y más bello, pásele lo que le pasare, todo será recto y bello. Porque ninguno de nosotros ha nacido inmortal; y caso de pasarle eso a alguno, no por ello sería bienaventurado, cual se lo parece a la mayoría. Que, para lo inanimado, no hay cosa mala o buena, digna de tal nom-
335a bre; mas sí la hay y le pasa al alma o mientras está en cuerpo o separada de él. Hay un fiarse siempre y firmemente de aquellas palabras, antiguas y sagradas, que nos revelan ser inmortal el alma y que, una vez libre del cuerpo, se le hará máxima justicia y pagará con máximos castigos. Por lo cual, respecto de los grandes crímenes e injusticias, hay que tener por menor mal el padecerlas que el hacerlos. El amante del
b dinero y el varón pobre de alma no quiere ni oír esto, y, si lo oyere, búrlase, —tal parece. Con total sinvergüencería arrebata, cual fiera, todo lo que es de comer, beber; o del esclavizante, y sin gracia, placer —incorrectamente llamado Venéreo— trata de procurárselo hasta la saciedad. Ciego de él y no vidente, de que la impiedad, acompañante de tales acciones, es un mal, proporcionado siempre a cada injusticia; impiedad que ha de arrastrar el injusto tanto mientras peregrina sobre la tierra como, bajo la tierra, al emprender esotro
c viaje, de todo y en todo, indecoroso y miserable. Diciendo todo esto y cosas tales, persuadí a Dión. Y con grandísima justicia me indignaría contra quienes lo asesinaron, y de alguna bien semejante manera, contra Dionisio, porque, los unos y el otro, gravísimamente nos perjudicaron a mí y, por decirlo así, a todos los hombres. Los unos, por cierto, destruyendo a quien no quiso se procediera sino según justicia; el otro, no queriendo, durante todo su gobierno, proceder según justicia, teniendo máximo poder en el que, caso de juntarse realmente, en el mismo hombre, filosofía y poder,
d y de resplandecer ante todos los hombres —griegos y bárba-

ros—, hubiera bastado para dejar establecida ante todos la
verdad de esa sentencia: que, jamás, llegarán a ser bien-
aventurados ni Ciudad ni varón alguno que no pase su vida
acompañado de sapiencia y dominado por justicia, —sea que
las posea él, de suyo, o por criado en costumbres de varones
piadosos gobernantes y por educado en justicia. Esto es pre-
e cisamente lo que estropeó Dionisio; lo demás fuera, para mí,
daño pequeño, respecto de aquello. Empero, el asesino de
Dión no supo que hacía, realmente, eso mismo. Mas yo
sabía muy bien —en la medida en que un hombre puede
asegurarlo de otro— que, si hubiera tenido en sus manos
el poder, jamás lo hubiere dirigido hacia otro tipo de go-
bierno, sino, primero, tras librar a Siracusa —su propia
336a patria— de la esclavitud, la estableciera en la categoría de
libre; y después de esto tratara por todos los medios de dotar
a los ciudadanos de leyes convenientes y óptimas. Conexo
con esto, esforzárase en llevar a la práctica el repoblar toda
la Sicilia; hacerla libre de los bárbaros, —expulsando a
algunos de ellos sometiendo a otros más presto de lo que
hizo Hierón. A su vez, caso de haber pasado esto por virtud
de un varón justo, valiente, morigerado y filósofo, hubiera
b nacido en la mayoría esa opinión de virtud que, de obede-
cerme Dionisio, y hecha común, salvara por decirlo así a
todos los hombres. Ahora, por el contrario, tal vez algún
daimonio o divinidad vengadora ha hecho caigamos en ile-
galidad, ateísmo y, lo que es pésimo, en ignorancia audaz
de la que, cual de raíz, proceden y crecen todos los males
para todos, y terminan por llevar amarguísimo fruto para
sus hechores. Ella es la que, por segunda vez, lo transtornó
y destruyó todo.
c Pero, ahora, por tercera vez, y en gracia al Ave, hable-
mos favorablemente. A pesar de todo, os aconsejo imitéis a
Dión, vosotros sus amigos, en su benevolencia para con la
patria y en su sapiente régimen de vida; mas tratad de rea-
lizar, bajo mejores auspicios, sus designios, —cuáles fueron,
lo habéis oído claramente de mí. En cuanto a quien de voso-
tros no pueda vivir a lo dórico, a tenor de los antepasados,
d mas siga el género de vida de los asesinos de Dión y el de
los sicilianos, ni lo llaméis en vuestra ayuda ni lo creáis por
de fiar y de obrar algo sano. En cuanto a los otros, hay que
incitarlos a colonizar a Sicilia entera y a vivir según leyes
iguales, vengan de Sicilia misma o de cualquier parte del

Peloponeso; pero nada de temer a los atenienses, porque hay allí, entre ellos, quienes son superiores en virtud a todos los hombres y odian a quienes se atreven a asesinar a sus
e huéspedes. Mas si todo esto fuera secundario, y os asaltaran esas discusiones múltiples, variadas, cotidianas de las facciones, ha de saber todo varón —a quien, por una Suerte divina, se le dio algo, aunque fuera poco, de buen sentido— que no cesarán de caer males sobre los facciosos hasta que los vencedores en batallas cesen de devolver mal por mal con expulsiones, degollinas de hombres y pertinacia en tomar venganza de los enemigos. Sean, más bien, ellos mismos,
337a señores de sí; estableciendo leyes comunes, en nada más agradables para sí que para los vencidos; fuércenlos a que se sirvan de las leyes según la doble constricción de pundonor y miedo; de miedo, porque sus superiores están enseñándoles la fuerza; de pundonor, porque los superiores están mostrándose tales respecto de los placeres, y que quieren y pueden, más bien, servir a las leyes. Especialmente, no hay como Ciudad, en sí misma escindida, descanse de males; por el contrario, facciones, enemistades, odios, desconfianzas: todo ello se engendra, continuamente y a gusto, en las Ciu-
b dades así internamente dispuestas. En cuanto a los vencedores —si desean, por cierto, la salvación— han de elegir, ellos de entre ellos, a aquellos griegos de quienes les conste ser los mejores; ante todo, a ancianos que tengan, en casa, hijos y mujeres y progenitores suyos, cuantos más mejor, buenos y renombrados, y poseedores, todos ellos de suficiente riqueza, —para una Ciudad de diez mil varones bas-
c taría con que fueran los tales en número de cincuenta. A éstos hay que sacarlos de casa con súplicas y máximos honores; y, salidos, atarlos con juramentos y mandarles establecer leyes que no den más a vencedores que a vencidos, sino lo igual y común a toda la Ciudad. Que de esto depende todo, una vez establecidas las leyes. Porque si los vencedores se muestran más sometidos, ellos mismos, a las leyes que los
d vencidos, toda rebosará de salud y bienaventuranza, —evitados todos los males. Mas si no, nada de llamar, ni a mí ni a otro, cual colaborador de quien no obedezca a lo ahora indicado. Todo esto es hermano de lo que Dión, de lo que yo, emprendimos hacer, con la mejor intención, en Siracusa, —por cierto, que en la segunda vez; en el primera, emprendimos, con Dionisio mismo, realizar el bien común para todos.

Empero, un Sino, más poderoso que los hombres, lo des-
truyó. Tratad vosotros ahora de llevarlo a la práctica con
e mucha mayor suerte: con buen sino y divina Suerte.

Queden así explicados mi consejo, recomendación y mi
primera partida a donde Dionisio. Mas en cuanto a mis
posteriores viajes y travesía, de qué manera, razonable y
detallada, tuvieron lugar, podrá oírlo, a continuación, quien
en ello se interese. Pues bien: el primer tiempo de mi estancia
en Sicilia se terminó tal como lo dije, —antes de dar con-
338a sejos a familiares y compañeros de Dión. Después de ello,
traté, de la manera entonces posible, de persuadir a Dionisio
de que me dejara partir. Hechas las paces —que había enton-
ces guerra en Sicilia—, convinimos en que Dionisio, tal
afirmó, nos llamaría de nuevo a Dión y a mí, cuando llegara
a estar, él mismo, más firme en el poder; mas pedía a Dión
que no considerara lo que le estaba pasando como destierro,
sino cual traslado. Convine, a tenor de tales palabras, en
volver. Hechas las paces, me llamó; mas exigía de Dión que
b aguardara aún un año. En cuanto a mí, me pedía fuera en
todo caso. Me urgía, pues, Dión y exigía el que me embarcara,
porque, además, se hablaba mucho en Sicilia de que en
Dionisio había ya renacido, de admirable manera, la ape-
tencia por la filosofía; por lo cual Dión nos exigía, ince-
santemente, que no desobedeciéramos a tal llamado. Mas yo,
por cierto, sabía bien que, a los jóvenes, les pasan muchas
de tales cosas respecto de la filosofía. Me pareció, no obs-
c tante, ser más seguro entonces no hacer caso en esto ni a
Dión ni a Dionisio; y me indispuse con ambos al responder
que era anciano y que nada de lo que estaba haciendo se
hacía según lo convenido. Pareció que, después de esto, fuera
Arquitas a donde Dionisio, —porque, antes de partir yo,
habiendo hospedado y hecho amistad con Arquitas, con los
de Tarento y con Dionisio, me di a la mar; algunos otros
d en Siracusa habían escuchado eso que se decía de Dión y,
de éstos, algunos estaban llenos a rebosar de lo referido
sobre filosofía. Me parece que éstos trataron de hablar
sobre tales puntos con Dionisio, cual si Dionisio hubiera
comprendido todo mi pensamiento. Pero Dionisio quien,
por lo demás, no carece de una natural facultad de aprender,
es, por otra parte, extremadamente vanidoso; tal vez, pues,
le agradó lo que se decía, a la vez que se avergonzó de que
e se descubriera no haber aprendido nada durante mi estancia;

de lo cual le vino el deseo de aprenderlo más claramente,
estimulado a la vez por la vanidad. Porque no me oyó durante
mi anterior estancia, lo expliqué en lo anteriormente dicho.
Cuando volví, pues, a casa sano y salvo, mas me negué,
por segunda vez, a su llamada —como acabo de decir— me
pareció que Dionisio se resentía grandemente en su vanidad
de que a algunos pareciera que lo menospreciaba yo; y que
339a por haber hecho yo la experiencia de su natural, a la vez
que de su carácter y régimen de vida, ya no quería, descon-
tento, volver a donde él. Pues bien: es de justicia decir la
verdad y aguantar el que, oyendo alguien lo sucedido, menos-
precie mi filosofía; crea, por el contrario, que el tirano tenía
sobrada razón. Por cierto que Dionisio me envió, por tercera
vez, una trirreme para comodidad del viaje; me envió además
a Arquedemo, a quien, creía, apreciaba yo más que a nadie
b en Sicilia, consocio de Arquitas, y a otros conocidos de
Sicilia. Todos ellos me comunicaban la misma noticia: cuánto
y cuán admirablemente había progresado Dionisio en filosofía.
Me remitió, además, una carta bien larga, sabiendo mis
sentimientos hacia Dión y el interés que, a su vez, tenía
Dión de que me embarcara y llegara a Siracusa. Con tales
datos preparada, la carta comenzaba, con una frase cual:
c «Dionisio, a Platón»; dicho lo acostumbrado en tales casos,
lo primero que, a continuación, decía no era sino que "si
dejándote persuadir por nosotros, vienes ahora a Sicilia,
primero, los asuntos de Dión tendrás facultad de resolverlos
de la manera que tú mismo quieras, —sé que querras ni
más ni menos que lo debido y yo convendré en ello. Pero si
no, ninguno de los asuntos de Dión se arreglaría según tu
criterio, ni otros ni los personales de él". Esto, dicho así.
Lo demás, fuera largo e inoportuno de decir. Otras cartas
llegaron: de Arquitas y de los de Tarento, encomiásticas
d sobre la filosofía de Dionisio; y que, si no fuera ahora,
echaría yo a perder, de todo en todo la amistad que, por
mi medio, había nacido hacia ellos en Dionisio; de impor-
tancia, ella, no pequeña para lo político. Tiraban de mí por
una parte los de Sicilia e Italia; por otra, los de Atenas
sencillamente casi me empujaban con súplicas. Y una vez
más aducíase la misma razón: no hay que traicionar a Dión
e ni a los huéspedes y compañeros de Tarento. A mí mismo,
por cierto, no se me hacía nada sorprendente lo que un
hombre joven, escuchando asuntos, dignos de estudio, bien

enseñado, llegue a tomar amor por la mejor de las vidas.
Había, pues, que poner claramente a prueba tal situación
y en modo alguno traicionarla, ni ser yo causa de una tal y
tan verdadera ofensa, en caso de que, en realidad, fueran
340a las cosas como se habían dicho de él. Pues bien: parto, ven-
dados los ojos con tal razonamiento, —grandemente temeroso
yo, y no demasiado bello adivino, como apareció. Pero llegué,
—"vaya la tercera" copa por el Salvador, pues al menos saqué
realmente esto: salvarme, una vez más y con toda felicidad;
y de esto, después de dios, hay que dar las gracias a Dionisio,
porque impidió acabaran conmigo muchos que lo querían
y dio un cierto aspecto respetuoso a sus tratos conmigo.

b Apenas llegado, creí que debía, ante todo, poner a prueba
si Dionisio estaba realmente prendido, cual por fuego, por
la filosofía, o si era vano lo que se contaba en Atenas. Pues
bien: hay, en estos casos, una manera —no ignoble, sino real-
mente adecuada respecto de tiranos— de ponerlo a prueba,
especialmente con los rebosantes de cosas incidentalmente oídas;
de lo que, por cierto, apenas llegado yo, noté a Dionisio
grandemente afectado. A los tales hay que hacerles notar
c que se trata de algo total; de cuál es, mediante cuánta prác-
tica y cuánto trabajo trae consigo. Porque quien lo oye, si,
en realidad, es filósofo y capaz, por ser divino, de familia-
rizarse dignamente con tal asunto, tendrá por admirable
camino el de escuchar, emprenderlo ya y no vivir sino para
ello. Después de lo cual, haciéndose violencia a sí mismo
y haciéndola a su guía en tal camino, no ceje antes de llevar
todo a su término, o de tomar él mismo fuerza para, sin el
d guía ser capaz de conducirse. Vive el tal pensando sobre
esto mismo y de esa misma manera; hace, ciertamente, lo que
se hace; mas, sobre todo y constantemente, está prendado
por la filosofía y por ese alimento que, de día en día, lo
hace, además de sobrio, en grandísimo grado buen aprendiz,
memorioso y potente en razones; mientras que termina odiando
lo contrario. Empero los que, en realidad, no son filósofos,
sino barnizados de opiniones, algo así cual los de cuerpos
e requemados por el sol, viendo cuánto hay que aprender y
con cuánto trabajo y que un régimen diario y ordenado es
el conveniente para este negocio, tiénenlo por dificultoso e
imposible para ellos; no son capaces ni de emprenderlo;
341a mientras que algunos de ellos se persuaden a sí mismos de
que han escuchado ya lo suficiente y que, en total, de nada

más necesitan en este negocio. Tal es, por cierto, la prueba que resulta la más declarativa y segura respecto de los licenciosos e incapaces de esfuerzo perseverante: no poder echar la culpa de esto al maestro sino a sí mismos, por impotentes de dar lo debido a tal empresa.

Así es como entonces hablaba yo a Dionisio. Ni yo le
b explíqué todo por lo largo, ni Dionisio lo pedía, porque se las daba de saber, por sí mismo y suficientemente, muchas cosas y las más importantes por haberlas oído de pasada de otros. Oigo que, más adelante, llegó hasta escribir él mismo de lo mismo que oyera; componiendo cual si fuera de su cosecha y, en nada, de la de aquellos de quienes lo oyera. Pero nada sé de este punto. Sé que otros han escrito de eso mismo, pero ¿quiénes son? Ni ellos lo saben. Lo que,
c por cierto, tengo que declarar respecto de todos los que han escrito y escribirán —de cuantos afirman saber sobre lo que me intereso, tanto que lo hayan oído de mí como de otros o cual si ellos mismos lo hubieran hallado— que, según mi opinión, nada saben de tal asunto, pues ni hay ni habrá jamás escrito alguno mío sobre él, porque en manera alguna es formulable, cual otras enseñanzas; sino, tras grande trato
d y convivencia con tal asunto, de repente, cual luz que de fuego salta, no bien nacido en el alma aliméntase ya él a sí mismo. Sé con todo muy bien que, de escribir o hablar sobre él, yo lo haría mejor que nadie; aunque, mal escritas, no fuera yo a quien menos le pesara. No obstante, de parecerme posible escribir y hablar sobre ello de manera adecuada a la mayoría, ¿qué de más bello o provechoso habríamos hecho en la vida que escribir y sacar a luz, para todos, su natura-
e leza? Mas ni siquiera creo que para hombres, tal empresa, así llamada, les resulte un bien, a no ser para unos pocos: para cuantos sean capaces de hallarlo por sí mismos y con leve indicación; respecto de los demás, unos se llenarían de incorrecto menosprecio, en manera alguna apropiado;
342a otros, de altanera y vana esperanza, por haber llegado a aprender tales cosas. Pero tengo en mente hablar de esto más largamente, porque lo que estoy hablando se aclara más una vez dicho. Porque hay una cierta razón verdadera que se opone a quien se atreva a escribir, sea lo que sea, sobre esto, razón expresada por mí anteriormente y muchas veces; me parece, no obstante, debe repetirse también ahora.

ΕΠΙΣΤΟΛΗ Ζʹ 341 d

ἂν λεχθείη· καὶ μὴν ὅτι γεγραμμένα κακῶς οὐχ ἥκιστ' ἂν
ἐμὲ λυποῖ. Εἰ δέ μοι ἐφαίνετο γραπτέα θ' ἱκανῶς εἶναι
πρὸς τοὺς πολλοὺς καὶ ῥητά, τί τούτου κάλλιον ἐπέπρακτ'
ἂν ἡμῖν ἐν τῷ βίῳ ἢ τοῖς τε ἀνθρώποισι μέγα ὄφελος
γράψαι καὶ τὴν φύσιν εἰς φῶς τοῖς πᾶσιν προαγαγεῖν;
Ἀλλ' οὔτε ἀνθρώποις ἡγοῦμαι τὴν ἐπιχείρησιν περὶ αὐτῶν e
λεγομένην ἀγαθόν, εἰ μή τισιν ὀλίγοις ὁπόσοι δυνατοὶ
ἀνευρεῖν αὐτοὶ διὰ σμικρᾶς ἐνδείξεως, τῶν τε δὴ ἄλλων
τοὺς μὲν καταφρονήσεως οὐκ ὀρθῆς ἐμπλήσειεν ἂν οὐδαμῇ
ἐμμελῶς, τοὺς δὲ ὑψηλῆς καὶ χαύνης ἐλπίδος, ὡς σέμν'
ἄττα μεμαθηκότας. Ἔτι δὲ μακρότερα περὶ αὐτῶν ἐν νῷ 342 a
μοι γέγονεν εἰπεῖν· τάχα γὰρ ἂν περὶ ὧν λέγω σαφέστερον
ἂν εἴη τι λεχθέντων αὐτῶν. Ἔστι γάρ τις λόγος ἀληθής,
ἐναντίος τῷ τολμήσαντι γράφειν τῶν τοιούτων καὶ ὁτιοῦν,
πολλάκις μὲν ὑπ' ἐμοῦ καὶ πρόσθεν ῥηθείς, ἔοικεν δ' οὖν
εἶναι καὶ νῦν λεκτέος.

Ἔστιν τῶν ὄντων ἑκάστῳ, δι' ὧν τὴν ἐπιστήμην ἀνάγκη
παραγίγνεσθαι, τρία, τέταρτον δ' αὐτή — πέμπτον δ' αὐτὸ
τιθέναι δεῖ ὃ δὴ γνωστόν τε καὶ ἀληθῶς ἐστιν ὄν — ἓν μὲν b
ὄνομα, δεύτερον δὲ λόγος, τὸ δὲ τρίτον εἴδωλον, τέταρτον
δὲ ἐπιστήμη. Περὶ ἓν οὖν λαβὲ βουλόμενος μαθεῖν τὸ νῦν
λεγόμενον, καὶ πάντων οὕτω πέρι νόησον. Κύκλος ἐστίν
τι λεγόμενον, ᾧ τοῦτ' αὐτό ἐστιν ὄνομα ὃ νῦν ἐφθέγμεθα.
Λόγος δ' αὐτοῦ τὸ δεύτερον, ἐξ ὀνομάτων καὶ ῥημάτων

d 5 εἰ δέ -d 8 προαγαγεῖν habet Orig. *Contra Cels.* VI, 97 (K. II, 75) || d 5 θ': τε Orig. || d 6 ῥητά AO[1] : -τέα V Vind. 109 et ex em. (έ s. l.) O || τούτου om. Orig. || d 8 τοῖς V Vind. 109 Orig. et ex em. (τοῖς s. l.) AO : om. A[1]O[1] || e 2 λεγομένην: γενο- Bonitz || ἀγαθόν V et (ο ex ω ut uid.) A (ό s. l.) O : -θῶν A[1]O[1] || e 4 ὀρθῆς : -θῶς scr. Ven. 184 || e 5 ἐμμελῶς AO[1]V : -λοῦς (ου s. l.) O || **342 a 1** ἔτι -b 3 ἐπιστήμη habet Orig. *Contra Cels.* VI, 15 (K. II, 79) || a 2 γέγονεν V A[2] et εν s. l. O : -γόνει A[1]O[1] || ὧν πέρι Orig. || a 3 τι V Orig. et s. l. O : om. AO[1] || a 5 πρόσθεν : πρότερον Orig. || ῥηθείς : λεχ- Orig. || b 1 δεῖ ὃ i. m. (ἐν ἄλλῳ) AO: διὸ AOV || ἀληθῶς ἐστιν ὄν i. m. A et (ἐν ἄλλῳ) O : -θῶς ἐστιν ὧν AOV Orig. || b 2 τέταρτον : τὸ τέτ- Orig.

Respecto de cada uno de los seres hay tres cosas mediante las cuales se engendra necesariamente ciencia de él; la ciencia misma, es la cuarta; mas como quinta hay que poner lo que sea, a la vez, cognoscible y verdaderamente ser.
b La primera es el nombre; la segunda, la definición; la tercera; el eídolo; la cuarta, la ciencia. Si quieres aprender lo recién dicho toma un caso, y comprende todo desde él. Una cosa hay llamada "círculo"; de él es ese mismo nombre que acabamos de pronunciar. Lo segundo es su definición, compuesta de nombres y verbos, porque eso de "lo distante respecto del centro por igual y desde todos los extremos" sería la definición de lo que tiene por nombre "redondo, circun-
c ferencia, círculo". Lo tercero es lo dibujado, borrado, torneado, destruido; de todo esto el círculo, sobre el cual todo eso versa, nada padece, por ser algo diverso de todo ello. Lo cuarto: ciencia y entendimiento, y opinión verdadera sobre tales cosas. Todo esto hay que ponerlo, a su vez, como algo "uno", inseyente no en voces ni en corporales figuras, sino en almas, en lo cual, evidentemente, tal "uno" está siendo diverso de la naturaleza del círculo mismo y de las tres
d cosas anteriormente mencionadas. De éstas, la más próxima, por congénere y semejante, con la quinta, es el entendimiento; las otras, distan más. Lo mismo vale acerca de figura recta y circular, de color, y aun de Bien, Bello, Justo y de todo cuerpo (fabricado o naturalmente engendrado): de fuego, agua, y parecidos; y vale de todo viviente, de hábitos, ánimos y de toda clase de acciones y pasiones. Pero si de una manera
e u otra no se captaren las cuatro primeras cosas, jamás se llegará a poseer perfectamente la ciencia de la quinta. Añádase a esto, que, por la debilidad propia de las palabras, no pasará todo ello de un intento de declarar tanto la calidad de cada cosa como el ser de ella. Por lo cual nadie con enten-
343a dimiento se atreverá jamás a poner en palabras lo que haya entendido, y esto, en eso inmoble que le sobreviene a letras grabadas. Apréndeselo una vez más en lo que se está diciendo: todo círculo —de los descritos en la práctica corriente o de los torneados— está relleno de lo contrario a lo quinto, pues es tangente en todas partes con lo recto. Empero, "el círculo mismo", afirmamos, nada tiene en sí mismo, ni poco ni mucho, de la naturaleza de la contraria. Afirmamos, además, que el nombre de cosa alguna tiene, en nada, nada firme;
b que nada impide llamar "rectas" las cosas ahora llamadas

"redondas"; y a las rectas, "redondas"; y nada de menos firme advendrá a las cosas porque se les cambió un nombre por el contrario. Y aun respecto de definición, vale igual razón; ya que se compone de nombres y verbos; que en nada es ella suficientemente firmemente firme. Largo, larguísimo fuera hablar de cuán oscuro es lo referente a esas cuatro cosas. Empero, lo máximamente importante es lo que hace bien poco dijimos: que de ese dúo de cosas: "lo de
c ser" y "lo de cualitativo" no es lo cualitativo, sino lo que es, lo que el alma busca conocer. Por ofrecer cada una de las cuatro cosas a alma de palabra y obra lo no buscado, lo presentado por cada una de ellas —dicho o exhibido— les resulta a las sensaciones siempre y fácilmente refutable, rellenado, por decirlo así, a todo varón de toda clase de despiste y oscuridad. Donde, pues, a causa de una mala crianza no estemos acostumbrados a buscar lo verdadero, nos basta con lo ofrecido por los eídolos para no hacer el ridículo mutuamente preguntados y preguntones, —poder como po-
d demos disyungir y argüir contra las cuatro. Mas cuando nos fuercen a responder y declarar lo referente a la quinta, dominará uno cualquiera de los capaces a revolverlo todo; y hará que quien o de palabra o por escrito o en respuestas lo explique, dé a los más la impresión de no conocer él nada de lo que se meta a escribir o a hablar, ignorantes ellos a veces de que no es el alma del escritor o hablante la refutada, sino la naturaleza de cada una de aquellas cuatro cosas, por
e naturalmente deficiente. Empero un trato que, ascendiendo y descendiendo, pase por todas ellas, con dificultad produce ciencia de lo bien nacido, aun en el bien nacido. Que si de natural es malo cual es, habitualmente, el alma de la mayoría tanto para aprender como para las llamadas "costumbres",
344a por estar corrompidas, ni todo un Linceo haría que los tales vieran. En una palabra: en quien no sea congénere con algo, ni buena instrucción ni memoria harán jamás nada, porque, para comenzar, no se engendrarán en disposiciones tan extrañas. De modo que cuantos ni hayan nacido para, ni sean congéneres con lo justo y con cuanto es bello —aunque algunos de ellos sean buenos para aprender y recordar otras cosas—, ni cuantos, congéneres, sean malos para aprender y recordar, ninguno de ellos aprenderá jamás, en lo que
b es posible, la verdad acerca de virtud y vicio. Porque se ha de aprender a la vez tanto lo falso como lo verdadero de

la realidad íntegra, —con toda laboriosidad y mucho tiempo, que es lo que al comienzo dije. Pero, al confrontar, trabajosamente cada una de ellas con las demás: nombres, definiciones, vistas, sensaciones. . ., discutido ello con bien intencionadas discusiones y sirviéndose, sin malicia, de preguntas y respuestas, surgen cual relámpago sapiencia e inteligencia sobre cada cosa, —poniendo en máxima tensión la potencia
c humana. Precisamente por esto todo varón serio, al tratar de cosas serias, estará bien lejos de, escribiéndolas, exponerlas a la envidia y despiste de los humanos. Hay, pues, que reconocer, en una palabra, que si se ve algo de alguien puesto por escrito —sea en leyes de legislador, o en otro asunto, sea el que fuere— no tomó muy en serio lo escrito aun en el caso de que él fuera serio, —descansa lo serio, allá en la más bella región de él. Mas, si puso por escrito lo
d que, en realidad, tomaba en serio, no dioses, sino mortales, son "quienes así y por ello pierden sus cabales". Quien haya seguido este mito y digresión, comprenderá bien que tanto si Dionisio escribió algo sobre las cosas supremas y primarias, como si fue otro, menor o mayor que él, nada de sano habría oído o aprendido, a tenor de lo que he dicho, sobre lo que escribió, porque las hubiera respetado como yo, y no se habría atrevido a propalarlas de desconsiderada e inconveniente manera. Porque no las escribió por mor de recordarlas —ya que nada tiene de particular el que no se las olvide, pues basta con
e que una vez se las acoja en el alma, cosa brevísima entre todas; mas sí, por vergonzosa vanidad o exponiéndolas como suyas o cual si hubiera colaborado en una educación de la que no es digno por amor esa fama que de tal colaboración nace. Si, pues, todo esto hubiera surgido en Dionisio por una simple
345a conversación, tal vez así sería; mas le vino cual "allá lo sepa Júpiter", dice el tebano. Como dije, de esto traté yo con él y una sola vez; después, ya no más. Quien se interese por hallar lo que y como pasó esto, por qué causa ya no continuamos conversando una segunda, tercera. . ., más veces,
b ha de parar mientes en lo siguiente: después de haberme escuchado Dionisio una sola vez, creyó ya saber; y sabía suficientemente o por haberlo él hallado o por haberlo anteriormente aprendido de otros o porque lo dicho por mí eran cosas simples o bien, tercero, porque no eran para él por superiores y, en realidad, por no ser capaz de vivir ocupándose solícitamente de sapiencia y virtud. Porque eso de

"simples" va contra muchos testigos que dicen lo contrario, quienes, en este punto serían jueces muchísimo más competentes que Dionisio. Pero si por eso de "haberlas hallado él o aprendido" —ser, pues, valiosas para educación de alma
c libre—, ¿cómo no sorprenderse de que mi hombre desprecie tan fácilmente al guía y maestro de ellas? ¿Cómo lo despreció?, lo relataré. No dejó pasar después de esto mucho tiempo; anteriormente permitía que Dión dispusiera de lo suyo y disfrutara de sus ingresos; mas ya no permitió que sus procuradores se los remitieran al Peloponeso, —cual si se hubiese olvidado enteramente de su carta; y fueran no de Dión sino de su hijo de quien, él mismo, era tutor según
d las leyes, por ser su sobrino. Esto es lo que hasta entonces había pasado. Así las cosas, a ojos vistas percibí exactamente a dónde iba eso del "amor de Dionisio por la filosofía"; y quisiéralo o no, tenía por qué indignarme. Era ya verano y tiempo de partir las naves. Me pareció, por cierto, no deber enfadarme contra Dionisio más que contra mí y contra quienes me forzaron a pasar por tercera vez por el estrecho
e de Escila,

para una vez más atravesar paso a paso la funesta Car- [*ibdis,*

y deber decir a Dionisio que me era imposible permanecer, tratándose como se trataba tan mal a Dión. Empero, Dionisio me exhortaba y pedía que me quedara, no creyendo le conviniera el que yo mismo, partiendo tan prestamente, hiciera de nuncio de tales hechos. No logrando convencerme, me dijo que él mismo prepararía el viaje. Porque yo, furioso,
346a pensaba partir, embarcándome en las naves de mensajerías; y convencido de deber sufrir, caso de que se me lo impidiera, cualquier cosa, puesto que, evidentísimamente, no había hecho yo injusticia alguna, sino se me la había hecho. Empero, viendo él que no convenía yo de ninguna manera en eso de permanecer, tramó una maquinación para que permaneciera durante la temporada navegable. Al día siguiente vino y hablóme de tono de confianza: "Entre tú y yo, dijo,
b que Dión y lo de Dión deje de ser obstáculo por discutir de ello tantas y tantas veces. Por ti, dijo, haré en favor de Dión esto: determino que, en recobrando lo suyo, habite en el Peloponeso; mas no como exiliado, sino como facultado a regresar aquí cuando a él, a mí y a vuestros amigos de común acuerdo nos los pareciere. Que esto sea así, mas sin

conspirar contra mí; y haciéndoos garantes de ello tú, tus
familiares y aquí los de Dión; pero a vosotros, que él os
dé seguridades. En cuanto a los bienes que se lleve, depo·
síteselos en el Peloponeso y en Atenas en manos de quienes
c os parezca. Que Dión tenga el usufructo de tales bienes,
mas no sea dueño él, sin vosotros, de disponer de ellos.
Porque no me fío demasiado de él en esto: que, en el uso
de sus bienes, sea justo para conmigo, —que no son pequeños.
Más confianza tengo en ti y los tuyos. Ve si esto te place
y, según ello, quédate este año; pero para la primavera
parte llevándote tales bienes. Y sé de cierto que Dión te
d lo agradecerá grandemente por haberlo hecho tú así en su
favor". Oyendo tales palabras me irrité; con todo respondí
que después de pensarlo le comunicaría al día siguiente lo
que sobre ello me pareciera. Convinimos entonces en esto.
A solas, después, conmigo mismo, repensábalo, grandemente
confuso. Este razonamiento fue el primer resultado de pensar:
e ¡Bueno!, ¿y si Dionisio tiene en mientes no hacer nada de
lo que dice, sino que, en partiendo yo, escriba persuasivamente
a Dión —o él mismo o encargándolo a algunos de los suyos—
lo mismo que me acaba de decir: que él bien lo quería, mas
que yo no quise lo que él me exhortaba a hacer, cual si me
diera bien poco de sus asuntos? Además de esto, si no quiere
dejarme partir, con no ordenarlo a ninguno de los capitanes
347a de barco, ¿no demostrará fácilmente a todos que no quiere
me vaya?, y, ¿quién va a querer llevarme de pasajero, una
vez escapado de la casa de Dionisio? Porque, de hecho,
además de otros males habitaba en el jardín adjunto a la
casa, de donde el portero sin orden expresa de Dionisio
para él no querría dejarme salir. Pero si me quedo un año,
tendré manera de comunicar a Dión en qué circunstancias
me hallo y qué estoy haciendo; y si Dionisio hace algo de
b lo que dice, lo hecho no me pondrá totalmente en ridículo,
porque la fortuna de Dión, correctamente apreciada, tal vez
no sea menor de cien talentos. Mas si lo que barrunto pasa
tal cual es verosímil que pase, no sabría, despistado, qué
hacer de mí. No obstante, tal vez sea necesario penar por
un año más y tratar de poner efectivamente a prueba las
artimañas de Dionisio. Con tales pensamientos míos, al
siguiente día dije a Dionisio: "Me ha parecido debo que-
darme; mas exijo", dije, "que no me tengas por apoderado
de Dión; que tú y yo le enviemos una carta que le declare

c lo ahora resuelto y le preguntemos si le satisface; y si no,
qué otra cosa quiere y exige, —y que responda lo más
pronto mejor. En cuanto a ti, no alterar nada de lo concer-
niente a él". Esto es lo que se dijo; en esto convinimos,
—casi tal cual queda ahora dicho. Después, partiéronse las
naves; y ya no me fue posible embarcarme; cuando, he aquí,
Dionisio se acuerda de decirme que una mitad de los bienes
d debía ser de Dión; y la otra mitad, de su hijo. Y añadió que
vendería tales bienes y, vendidos, me daría la mitad para
que la llevara y reservaría la otra mitad para el niño,
—porque esto era, en efecto, lo más justo. Atontado por
tales palabras, tuve por ridículo añadir algo más. No obs-
tante, dije ser necesario aguardar la carta de Dión y enviarle
otra con tales innovaciones. Pero, sin más, y con grandes
e prisas, se dio a vender toda su fortuna, tal y como y a quienes
quiso. Acerca de ello, absolutamente ni una palabra conmigo;
por mi parte, parecidamente, no hablé ya con él acerca de
los negocios de Dión nada, pues creí nada más podía hacerse.

A esto se redujo mi ayuda a la filosofía y a los amigos.
En adelante vivimos yo y Dionisio, yo mirando hacia afuera,
348a cual pájaro ansioso de volarse; él, tramando de qué modo me
aplacaría sin dar nada de lo de Dión. No obstante, ante
toda Sicilia afirmábamos ser amigos. Pues bien: contra las
costumbres de su padre, Dionisio trató de rebajar el salario
de los mercenarios veteranos; mas, enfurecidos los soldados,
convocaron una reunión y declararon no lo apoyarían. Pero
él trató de llevar las cosas por la fuerza cerrando las puertas
b de la acrópolis. Mas asaltaron inmediatamente las murallas,
vociferando un canto bárbaro y guerrero. Grandemente espan-
tado Dionisio concedió todo, y aún más, a los peltastas allí
entonces reunidos. Pues bien: corrió presto la voz de que
Heráclidas había sido la causa de todo ello; oyendo lo cual,
huyó Heráclides y se quedó escondido. Pero Dionisio bus-
cábalo para prenderlo. Mas, no sabiendo cómo, mandó a
c Teodoto que viniera al jardín —por casualidad estaba yo
allí paseando. Ni sé ni oí lo que se dijeron; mas, aparte
de ello lo que, en mi presencia dijo Teodoto a Dionisio,
lo oí y lo recuerdo: "Platón", dijo, "trato de convencer
justamente a Dionisio de que si puedo traer aquí a Heráclides
para hablar de las acusaciones que se le han hecho; si no
le parece que continúa viviendo en Sicilia, es mi opinión
que, acompañado de su hijo y mujer, se embarque para el

d Peloponeso; more allí sin perjudicar en nada a Dionisio, —pero goce de sus bienes. Pues bien: ya antes lo he mandado a llamar y lo mandaré ahora también a llamar; tal vez, pues, haga caso a mi primera llamada o a la de ahora. Insisto en pedir a Dionisio que si se hallare a Heráclides, en el campo o aquí, no le pase sino el desagrado de salir de este país, hasta que otra cosa le pareciere a Dionisio. "¿Consientes
e en ello?", dijo, —dirigiéndose a Dionisio. "Consiento", respondió, "en que no le pase nada, fuera de lo dicho, aun si aparece en tu casa".

Pues bien: al día siguiente, por la tarde, Euribio y Teodoto vinieron apresurados y extraordinariamente turbados; y Teodoto dijo: "Platón, ¿fuiste ayer testigo presencial de lo que, ante ti y mí, convino Dionisio acerca de Heráclides?". "Pero, ¿cómo no?", respondí. "Pues bien", añadió él, "por ahí están los peltastas tratando de prender a Heráclides, quien pudiera estar por aquí". "Sea como sea, llévanos a donde Dionisio". Partimos, pues; y entramos donde él. Aque-
349a llos dos se quedaron de pie, llorando en silencio; mas yo dije: "Temen estos dos que, contra lo convenido ayer, hagas algo nuevo acerca de Heráclides, porque me parece se ha descubierto que anda huido por aquí". En oyéndolo, Dionisio se arrebató; se puso de todos esos colores que a los encolerizados les vienen. Echose Teodoto a sus pies; tomole la mano;
b lloraba y suplicábale que nada de eso hiciera. Intervine yo animándolo: "Valor, Teodoto", dije, "no se atreverá Dionisio a hacer otra cosa que lo prometido ayer". Y fijando en mí su mirada, me dijo en tono de gran tirano: "A ti, yo no te prometí nada ni pequeño ni grande". "Por los dioses", repliqué, "precisamente eso que éste está pidiendo no lo hagas". Y en diciendo esto, volvíle la espalda y me salí. Inmediatamente púsose Dionisio a la caza de Heráclides; mas Teodoto, enviándole mensajeros, le instaba a que huyera.
c Por su parte, Dionisio mandó a Tisias y a peltastas que lo persiguieran; mas Heráclides, como se cuenta, adelantándosele unas pocas horas huyó a los dominios de Cartago.

Después de lo cual, le vieja intriga de Dionisio para no devolver a Dión sus bienes pareció dar una razón aceptable a enemistad de Dionisio para conmigo. Y, primero, me sacó de la de la acrópolis, dando por pretexto el de que las mujeres debían hacer, durante diez días, un sacrificio
d en el jardín. A mí, me ordenó pasara fuera este tiempo

ἐμέμφετο Διονυσίῳ· ὁ δ' ἀκούσας ὅτι παρὰ Θεοδότην εἴην
εἰσεληλυθώς, πρόφασιν αὖ ταύτην ἄλλην τῆς πρὸς ἐμὲ
διαφορᾶς ποιούμενος, ἀδελφὴν τῆς πρόσθεν, πέμψας τινὰ e
ἠρώτα με εἰ συγγιγνοίμην ὄντως μεταπεμψαμένου με
Θεοδότου. Κἀγώ, « Παντάπασιν, » ἔφην· ὁ δέ· « Ἐκέλευε
τοίνυν, » ἔφη, « σοὶ φράζειν ὅτι καλῶς οὐδαμῇ ποιεῖς
Δίωνα καὶ τοὺς Δίωνος φίλους ἀεὶ περὶ πλείονος αὑτοῦ
ποιούμενος. » Ταῦτ' ἐρρήθη, καὶ οὐκέτι μετεπέμψατό με
εἰς τὴν οἴκησιν πάλιν, ὡς ἤδη σαφῶς Θεοδότου μὲν ὄντος
μου καὶ Ἡρακλείδου φίλου, αὑτοῦ δ' ἐχθροῦ, καὶ οὐκ
εὐνοεῖν ᾤετό με, ὅτι Δίωνι τὰ χρήματα ἔρρει παντελῶς.
Ὤκουν δὴ τὸ μετὰ τοῦτο ἔξω τῆς ἀκροπόλεως ἐν τοῖς 350 a
μισθοφόροις· προσιόντες δέ μοι ἄλλοι τε καὶ οἱ τῶν
ὑπηρεσιῶν ὄντες Ἀθήνηθεν, ἐμοὶ πολῖται, ἀπήγγελλον ὅτι
διαβεβλημένος εἴην ἐν τοῖς πελτασταῖς καί μοί τινες
ἀπειλοῖεν, εἴ που λήψονταί με, διαφθερεῖν. Μηχανῶμαι
δή τινα τοιάνδε σωτηρίαν. Πέμπω παρ' Ἀρχύτην καὶ τοὺς
ἄλλους φίλους εἰς Τάραντα, φράζων ἐν οἷς ὢν τυγχάνω·
οἱ δὲ πρόφασίν τινα πρεσβείας πορισάμενοι παρὰ τῆς
πόλεως πέμπουσιν τριακόντορόν τε καὶ Λαμίσκον αὑτῶν b
ἕνα, ὃς ἐλθὼν ἐδεῖτο Διονυσίου περὶ ἐμοῦ, λέγων ὅτι βουλοίμην ἀπιέναι, καὶ μηδαμῶς ἄλλως ποιεῖν. Ὁ δὲ συνωμολόγησεν καὶ ἀπέπεμψεν ἐφόδια δούς, τῶν Δίωνος δὲ χρημάτων οὔτ' ἐγώ τι ἀπῄτουν οὔτε τις ἀπέδωκεν.

Ἐλθὼν δὲ εἰς Πελοπόννησον εἰς Ὀλυμπίαν, Δίωνα καταλαβὼν θεωροῦντα, ἤγγελλον τὰ γεγονότα· ὁ δὲ τὸν Δία ἐπιμαρτυράμενος εὐθὺς παρήγγελλεν ἐμοὶ καὶ τοῖς ἐμοῖς

e 1 τῆς: τῇ V || e 4 ὅτι om. P 1040 (add. s. l.) || e 8 αὐτοῦ δ' exem. (αὐ supra καὶ) A et (s. l. ἀλλαχοῦ) O : καὶ τοῦδ' A[1]O[1]V || οὐκ οὐκέτ' i. m. (τοῦ πατρ. τὸ β. ἀπ' ὀρθ.) O || e 9 ὅτι : διότι ex em (δι s. l.) O || 350 a 5 λήψονταί : -ψοιντο i. m. O || με V et i. m. O : ἐμὲ AO || a 6 τοιάνδε : τοιαύτην P 1040 || a 7 φράζων : -ζω A (sed ν s. l.) || b 1 καὶ λαμίσκον : καὶ *** λαμίσκον A καὶ σαλαμίσκον O (punct. supra σα) || b 5 τι i. m. (τοῦ πατρ. τὸ β. ἀπ' ὀρθ.) O : ἔτι AOV || b 7 ἤγγελλον τὰ om. A (habet i. m.).

con Arquedemos. Estando yo allí, Teodoto me mandó a
buscar; se indignó por muchas de las cosas que habían pasado
y culpó de ello a Dionisio. Quien, oyendo había yo ido a
donde Teodoto, hizo de ello nuevo pretexto —diferente,
aunque pariente del anterior— contra mí. Envió a pregun-
tarme si estaba con Teodoto por haberme realmente invitado
él. Respondí: "Así es del todo", a lo cual el enviado replicó:
e "Manda, pues, te diga que de ninguna manera obras bella-
mente al tener siempre a Dión y a sus amigos en más que
a él". Esto fue lo que se dijo. Y ya no me volvió a invitar
a su casa, cual si fuera ya evidente ser yo amigo de Teodoto
y Heráclides, mas, enemigo de él, pensando que no podía
ser yo benévolo para con quien tan completamente había
liquidado los bienes de Dión. En adelante habité con los
350a mercenarios, fuera de la acrópolis. Vinieron a verme, además
de otras personas, algunos de mis sirvientes de Atenas,
conciudadanos míos. Comunicándome que se me calumniaba
ante los peltastas, y que algunos amenazaban con matarme
si me agarraban. Traza para salvarme: Enviar a alguien que
explique a Arquitas y demás amigos de Tarento en qué
situación me hallo. Pero que ellos, arreglando, con cualquier
pretexto una embajada de la Ciudad, envíen barco de cuarenta
b remos, y de entre ellos a uno: a Damiseo quien, al llegar,
interceda de parte mía ante Dionisio, diciéndole que querría
irme, y que él no haga nada en contra. Convino en ello
Dionisio, y me despidió dándome viáticos; en cuanto a los
bienes de Dión, ni yo pedí algo ni nadie me dio nada.

Mas en llegando al Peloponeso, a Olimpia, me encontré
con Dión de espectador de los juegos, y le conté lo sucedido.
Empero Dión, poniendo por testigo a Júpiter, nos exhortó
a mí, a mis familiares y amigos a preparar el vengarnos de
c Dionisio; nosotros, a causa de su traición a los huéspedes
—que así la llamó y juzgó Dión; él, por la injusta expulsión
y exilio. En oyéndole, le exigí que tal exhortación la hiciera
a los amigos, a ver si querían. "Pero en cuanto a mí",
dije, "tú, con otros, me hicisteis ser a la fuerza de alguna
manera copartícipe de mesa, hogar y ritos sagrados de Dio-
nisio; quien tal vez creyó, ¡tantos eran los calumniadores!,
que yo conspiraba contigo contra él y la tiranía; y, no obs-
tante esto, no me mató; más bien me respetó. Ni tengo ya
d edad para hacer con alguien la guerra contra quien sea;
contadme como uno de los vuestros si, alguna vez, necesitados

εἶτα τοὺς τὰς οὐσίας κεκτημένους ἀποκτείνας, ἐχθροὺς b
καλῶν τούτους, διαφορῇ τὰ τούτων χρήματα καὶ τοῖς
συνεργοῖς τε καὶ ἑταίροις παρακελεύηται ὅπως μηδεὶς
αὐτῷ ἐγκαλῇ πένης φάσκων εἶναι· ταὐτὸν δὲ καὶ τὴν πόλιν
ἂν οὕτω τις εὐεργετῶν τιμᾶται ὑπ᾽ αὐτῆς, τοῖς πολλοῖς τὰ
τῶν ὀλίγων ὑπὸ ψηφισμάτων διανέμων, ἢ μεγάλης προεστὼς
πόλεως καὶ πολλῶν ἀρχούσης ἐλαττόνων, τῇ ἑαυτοῦ πόλει
τὰ τῶν σμικροτέρων χρήματα διανέμῃ μὴ κατὰ δίκην. c
Οὕτω μὲν γὰρ οὔτε Δίων οὔτε ἄλλος ποτὲ οὐδεὶς ἐπὶ
δύναμιν ἑκὼν εἶσιν ἀλιτηριώδη ἑαυτῷ τε καὶ γένει εἰς τὸν
ἀεὶ χρόνον, ἐπὶ πολιτείαν δὲ καὶ νόμων κατασκευὴν τῶν
δικαιοτάτων τε καὶ ἀρίστων, οὔ τι δι᾽ ὀλιγίστων θανάτων
καὶ φυγῶν γιγνομένην· ἃ δὴ Δίων νῦν πράττων, προτι-
μήσας τὸ πάσχειν ἀνόσια τοῦ δρᾶσαι πρότερον, διευλα-
βούμενος δὲ μὴ παθεῖν, ὅμως ἔπταισεν ἐπ᾽ ἄκρον ἐλθὼν
τοῦ περιγενέσθαι τῶν ἐχθρῶν, θαυμαστὸν παθὼν οὐδέν. d
Ὅσιος γὰρ ἄνθρωπος ἀνοσίων πέρι, σώφρων τε καὶ
ἔμφρων, τὸ μὲν ὅλον οὐκ ἄν ποτε διαψευσθείη τῆς ψυχῆς
τῶν τοιούτων πέρι, κυβερνήτου δὲ ἀγαθοῦ πάθος ἂν ἴσως
οὐ θαυμαστὸν εἰ πάθοι, ὃν χειμὼν μὲν ἐσόμενος οὐκ ἂν
πάνυ λάθοι, χειμώνων δὲ ἐξαίσιον καὶ ἀπροσδόκητον
μέγεθος λάθοι τ᾽ ἂν καὶ λαθὸν κατακλύσειεν βίᾳ. Ταὐτὸν
δὴ καὶ Δίωνα ἔσφηλεν δι᾽ ὀλιγίστων· κακοὶ μὲν γὰρ ὄντες
αὐτὸν σφόδρα οὐκ ἔλαθον οἱ σφήλαντες, ὅσον δὲ ὕψος ἀμα-
θίας εἶχον καὶ τῆς ἄλλης μοχθηρίας τε καὶ λαιμαργίας, ἔλα- e

b 2 διαφορῇ : *** διαφόρῃ A καὶ δια- (sed punct. supra καὶ) O || τοῖς τε συνεργοῖς V || **b** 3 ἑταίροις : (αί in ras.) A || **b** 4 ἐγκαλῇ V et ex em. (ῇ in ras.) A (ῇι s. l.) O : -λεῖ A^1O^1 || **c** 1 διανέμῃ : -νέμειν i. m. (τοῦ πατρ. τὸ β.) O || **c** 2 γὰρ V et s. l. AO : οὖν A^1O^1 || **c** 3 ἑκὼν A V et i. m. O : om. O εἶσιν (ut uid.) ex em. A || **c** 5 οὔ τι A O : οὔτοι V ὅτι Howald || **c** 6 φυγῶν V et (ὑγ s. l. et i. m. τὰ ἀντιγ. φυγῶν ἀπ᾽ ὀρθ.) O : φόνων AO^1 || νῦν δὴ Δίων V || **c** 8 ἔπταισεν : ἔπαισεν A^1 || **d** 7 ταὐτόν : -τὸ V || **d** 8 δὴ ex em. (ἡ s. l.) O : δὲ AV || δι᾽ ὀλιγίστων V U 34 et i. m. O : om. AO δι᾽ ἀλογίστων Apelt || **e** 1 ἔλαθον : ἔτυχον i. m. (τοῦ πατρ. ἀπ᾽ ὀρθ.) γρ O.

de amigos, queréis hacer algo bueno. Pero mientras queráis
algo malo, acudid a otros". Tal dije; ¡tan odiosas me eran
peregrinación y mala suerte en Sicilia! Pero por no escuchar
ni atender a mis conciliatorias indicaciones, hiciéronse ellos
a sí mismo causa de los males que ahora les sobrevinieron,
ninguno de los cuales habría tal vez venido —de esos que
son bien humanos males— si Dionisio hubiera entregado
e sus bienes a Dión o reconciliándose plenamente con él, —que,
a Dión, tenía yo querer y poder para contenerlo más fácil-
mente. Mas ahora ellos, por sus encontrados intereses, han
351a llenado todo de males. Aunque, de seguro, Dión tenía el
mismo deseo que yo afirmaría deber tener tanto yo como
otro cualquiera que, modestamente, piense respecto de su
poder, de los amigos y de la propia Ciudad; el de que, hacién-
dose, en la medida de sus poderes, y en los cargos, su bien-
hechor es como se obtiene lo máximo en los máximos pode-
res y cargos. Mas no es así en el caso de que alguien se haga
rico a sí mismo, a sus compañeros y Ciudad conspirando y
reuniendo conjurados, de pobre que era e incapaz de ser señor
de sí mismo, vencido por la cobardía ante los placeres,
b después haga matar a los poseedores de riquezas, llamándolos
enemigos suyos; reparta sus bienes entre colaboradores y
compañeros, advirtiéndoles de que nadie le reproche diciendo
que es pobre. Lo mismo, respecto de quien es honrado por
una Ciudad por beneficiarla de esa manera: repartir, por
decreto, a muchos lo de unos pocos; o porque, puesto al
frente de una Ciudad grande que manda sobre muchas peque-
ñas, reparte, y no según justicia, los bienes de las más pe-
c queñas. Por cierto que ni Dión ni otro alguno va a querer
voluntariamente para sí mismo y para su raza, para siempre,
un poder maldito, sino más bien un régimen político y el
establecimiento de leyes las mejores y más justas, y ni tan
sólo un régimen surgido de poquísimas muertes y exilios.
En efecto: Dión ha hecho ahora eso: preferir padecer obras
impías a hacerlas, —aunque cuidándose bien de no pade-
cerlas. No obstante, a punto ya de prevalecer sobre sus ene-
d migos, tropezó. Nada de extraordinario tiene lo que le pasó,
porque varón piadoso, sapiente y sensato, no se engañará,
tal vez, en total, respecto del alma de los impíos. Mas nada
tendría de sorprendente el que le pasara, tal vez, lo que a
buen piloto: no ocultársele del todo inminente tempestad;
mas sí, su extraordinaria e imprevisible magnitud; y, por

ocultársele eso, inevitablemente se ahogara. Por esas mismas
pequeñeces cayó Dión. No se le ocultaba cuán grande era
la malicia de quienes le empujaban; pero se le ocultó lo
e que tenían de profundas su ignorancia, además de su perver-
sidad y voracidad. Por eso precisamente cayó; descansa; in-
menso duelo envuelve a Sicilia.

352a Qué os aconseje, después de lo narrado, queda casi ya
dicho y dése por dicho. ¿Por qué repetí lo de mi segunda
ida a Sicilia?; me pareció ser necesario y debido contarlo a
causa de lo absurdo e irracional de lo acontecido. Mas si a
alguien le pareciere razonable lo que acabo de contar y tuviera
por suficientes las excusas dadas respecto de lo sucedido,
lo ahora referido estuviera para nosotros debida y suficiente-
mente dicho.

CARTA OCTAVA

Platón a los familiares y compañeros de Dión. ¡Pasarla bien!

352b Qué hayais, sobre todo, de pensar si habéis, realmente, de pasarla bien, trataré, en la medida de mis fuerzas, de explicároslo. Y espero aconsejaros lo conveniente no sólo a vosotros —aunque sí, sobre todo, a vosotros— sino en segundo lugar a todos los de Siracusa; pero, en tercero,
c aun a vuestros enemigos y adversarios, —exceptuando a quien de ellos se haya impíamente portado, porque tales obras son incurables y no hay quien pueda purificarlas. Pensad en lo que voy diciendo:

Hay entre vosotros, por toda Sicilia, tras la caída de la tiranía, toda clase de luchas sobre esto: unos, por recuperar el poder; otros, por salir al fin definitivamente de tiranía.
d Pues bien: el Consejo que parece ser, en todo caso, el correcto para la mayoría es el de hacer el mayor mal posible a los enemigos; y el mayor bien posible, a los amigos. Pero no es, en manera alguna, fácil hacer a los demás muchos males sin padecer uno mismo otros muchos. Mas no es preciso ir muy lejos para ver claramente eso; basta con lo que acaba de pasar ahí mismo en Sicilia; unos, empeñados en obrar; otros, en defenderse contra sus acciones. Contando todo lo cual a otros, resultaríais siempre todos unos maestros. No falta,
e por cierto, qué contar. Empero, qué sería lo conveniente para todos: enemigos y amigos, o lo menos malo para ambos, no es cosa ni fácil de ver ni de que la lleve a cabo quien la vio. Que, en este punto, el consejo o un intento de razonar, parécense, más bien, a plegaria. Sea, pues, enteramente tal consejo una plegaria, —que de los dioses ha de partir, en todo y siempre, quien se ponga a hablar y a pensar; y sería
353a perfecto si nos indicara un razonamiento como este:

Ahora, desde que hay guerra, tanto sobre vosotros como sobre los enemigos, está todo el tiempo mandando una

familia establecida por vuestros padres en aquel grandísimo
apuro: cuando estuvo en peligro extremo Sicilia, la de los
griegos, de ser devastada entera y embarbarizada por los
cartagineses. Eligieron entonces a Dionisio, por joven y por
b guerrero para todas las acciones de guerra, hábil en ellas;
pero, por consejero y de más edad, a Hiparino, nombrándolos, como se dice, "dictadores" militares para salvar a
Sicilia. Y sea que uno quiera atribuir a Suerte divina y a un
dios o al valor de los jefes o a ambas cosas junto con los
ciudadanos de entonces la causa de la salvación alcanzada
—tómelo cada uno a su manera—, así fue como alcanzaron
c los de entonces salvarse. Por tales cualidades suyas es de
justicia que todos los salvados se lo agradezcan. Pero si posteriormente la tiranía no usó bien de tal regalo de la Ciudad,
algo de justo castigo está pagando; y algo más, que lo pague.
¿Cuáles, pues, serían los castigos necesariamente justos a
pagar por lo que les está pasando? Si fuérais vos otros
capaces, y fuéraos fácil, huir sin grandes peligros y trabajos,
o si ellos pudieran recuperar brevemente el poder, ni siquiera
hiciera falta aconsejar lo que voy a decir. Pero ahora es preciso
que ambos repenséis y recordéis cuántas veces, unos y otros,
d habéis esperado y creído no falta casi nada para que todo
saliera como era de razón; pero ese "casi nada" ha resultado,
cada vez, causa de grandes e incontables males, sin llegar
jamás a un final. Al revés: un final que parecía definitivo
da origen a un principio nuevo; mas bajo el poder de tal
ciclo llegará a parecer tanto la ralea integra de los tiranos
como la de los demócratas. Llegará —caso, verosímil y no
deseable, de surgir algo— a quedar muda de lengua griega
e la Sicilia entera, transformada en dominio y bajo poder de
fenicios y oscos. Es preciso que, contra esto, y con todo
empeño, todos los griegos hallen remedio. Empero, si alguien
tiene uno más directo y mejor que el que voy a proponeros,
apórtelo aquí; correctísimamente se lo llamaría "amigo de
Grecia".

354a De lo que me parece ahora, intentaré manifestároslo con
toda franqueza y sirviéndome de un razonamiento imparcial
y justo. Hablo, pues, dirigiéndome, algo así como árbitro, a
los dos partidos: al que ejerce la tiranía y al que la padece;
y, para cada uno de ambos, un consejo mío y antiguo. Ahora
bien: para todo tirano mi consejo sería huir tanto de tal
nombre como de sus obras, y, si fuera posible, cambiarse

en "realeza". Pero es posible, como lo mostró con obras aquel varón sabio y bueno: "Licurgo", quien, viendo cómo
b el linaje de sus familiares en Argos y en Misenia, de reyes pasaron a poder tiránico, arruinándose a sí mismos y cada uno a su Ciudad, temiendo él por su Ciudad, a la vez que por su linaje, aportó ese remedio: el poder senatorial y el de los éforos, vínculo salvador del poder regio. Así es como tantas generaciones ya se han conservado en honor;
c porque la ley fue señor-rey de los hombres; y no los hombres, tiranos de las leyes. Esto es lo que mi razonamiento recomienda ahora a todos: a los aspirantes a tiranos, apartarse y huir en firme de esa felicidad de hombres insaciables e insensatos; tratar de transformarse en eidos de Rey y obedecer a leyes regias, poseyendo los supremos honores que de hombres libres y leyes provienen. Empero, a quienes persiguen los hábitos de libres y huyen, cual malo, el yugo
d de esclavos, aconsejaría tener buen cuidado de no caer jamás, por insaciables de libertad intempestiva, en la enfermedad de los progenitores de la que sufrieron los de entonces por exceso de anarquía y goce de desmesurado amor de libertad. Anteriormente al gobierno de Dionisio e Hiparino, los sicilianos se creían felices por vivir regaladamente y además gobernar a los gobernantes. Ellos hicieron apedrear a los
e diez generales, anteriores a Dionisio, sin juzgarlos por ley alguna, —para así, precisamente, no servir a ningún señor, ni aunque lo fuera con justicia y con ley, sino ser libres en todo y de todas maneras. De ahí les nacieron las tiranías. Porque servidumbre y libertad, exageradas, es cada una gran mal; pero, mesuradas, gran bien. Servidumbre mesurada lo es la servidumbre a Dios; desmesurada, la a los hombres. Para los hombres sensatos la ley es dios; para los insensatos,
355a lo es el placer. Si esto, en efecto, es así, lo que a todos los siracusanos aconsejo exhorto se diga a los amigos de Dión ser consejo, a la vez, de él y mío. Que yo no haré sino interpretar para vosotros lo que, si respirara aún y pudiera hablar él, os diría. Pues bien: tal vez dijera alguien: ¿cuál fuera el razonamiento que, antes las actuales circunstancias, nos hiciera, claramente y cual consejo, Dión? Este precisamente:

"Siracusanos, aceptad, lo primero de todo, aquellas leyes
b que os pareciere no convierten vuestros pensamientos y apetitos hacia endineramiento y riqueza. De esas tres cosas: alma, cuerpo, y añádase dineros, tened por la más digna a

la virtud del alma; por la segunda, a la del cuerpo, —subordinada a la del alma; pues por tercera, y más baja cosa, al valor de los dineros que ha de ser sirviente de cuerpo y alma. Ley, estatuto, que obre todo eso os estaría rectamente impuesta, por alcanzar ese fin de hacer realmente bien aven-
c turados a quienes de ella se sirvan.

Empero, dar a los ricos el nombre de "bienaventurado" es apelación, ella misma, desgraciada —por ser apelación insensata de mujeres y niños— y que hace desgraciados a los que se creen bienaventurados. Que sea verdad lo que aconsejo, lo conoceréis realmente si hacéis experiencia de lo que estoy diciendo acerca de las leyes; que la experiencia parece ser, en todas las cosas, la más verdadera prueba. Mas
d si aceptáis tales leyes —dado que el peligro acecha a Sicilia y que ni sois perfectamente vencedores ni estáis completamente vencidos— tal vez resultaría justo y conveniente para todos vosotros tomar un término medio: para los que estáis huyendo de la opresión del poder y para los enamorados de que les vuelva. Los progenitores de éstos —entonces, máxima hazaña— liberaron a los griegos de los bárbaros, tanto que, ahora, resulta factible discutir acerca de régimen político. Mas, derrotados entonces, nada de nada hubiese quedado: ni discursos ni esperanza. Así que, ahora, venga
e a unos una libertad con poder regio; a otros, poder real responsable, mandando las leyes sobre los demás ciudadanos y aun sobre los reyes mismos, si es que hacen algo antilegal. Además de todo esto: con sincera y sana intención, y ayuda divina, instaurad como primer rey a mi hijo, por dos favores: el que de mí os vino y el que de mi padre quien, en aquel
556a tiempo, liberó de los bárbaros a la Ciudad; pero yo, ahora, dos veces, de los tiranos, de lo que vosotros mismos habéis sido testigos; como segundo rey haced a quien lleva el mismo nombre que mi padre —al hijo de Dionisio—, en gratitud a su ayuda actual y por sus piadosas disposiciones. Quien, nacido de padre tirano, voluntariamente dio libertad a la Ciudad, adquiriendo, para sí mismo y su familia, honor eternamente viviente en lugar del efímero e injusto de la tiranía. En tercer lugar: hay que proclamar por rey de Siracusa, vo-
b luntariamente rey de una ciudad voluntariamente regida, al actualmente general de los enemigos —a Dionisio, hijo de Dionisio— si es que, voluntariamente, quiere transformar su poder en el de tipo real, —por temor a las vicisitudes

de la suerte, por piedad para con la patria, templos y tumbas
abandonados; no sea que, por ambición, destruya todo del
todo, con gran regocijo de los bárbaros. Pero a estos tres
reyes, tanto que le deis poder a lo espartano o se lo recortéis
de común acuerdo entre vosotros, los estableceréis de una
c manera cual la dicha por mí anteriormente a vosotros; no
obstante, oídla otra vez ahora. Si la familia de Dionisio e
Hiparino quiere, por la salvación de Sicilia, poner término
a los presentes males, aceptando para sí y sus descendientes,
posteriormente y ahora, tales dignidades, convocad para este
asunto, tal como anteriormente dijimos, embajadores que ellos
quieran aceptar, dándoles poderes para pactar —sean de
aquí o de fuera, o de ambas partes— y en el número que
convengamos. Una vez llegados, que, primero, establezcan
d leyes y un régimen político en el que los reyes tengan, cual
es cónsono, poder sobre lo sagrado y cuantas cosas corres-
ponden a antiguos bienhechores. Pero para mandar en asuntos
de guerra y paz, cread guardianes de ley, en número de
treinta y cinco, —de acuerdo pueblo y Consejo; haya juzgados
diversos para diversos casos; mas los treinta y cinco manden
en los de muerte y exilio. Además: que se elija jueces, siem-
pre de entre los magistrados del año precedente; uno de
cada magistratura, —el que parezca ser mejor y más justo;
e que ellos juzguen durante el próximo año los casos de muerte,
prisión y destierro de los ciudadanos. Pero al rey no le
está autorizado el ser juez en tales casos judiciales; que,
cual sacerdote, ha de estar puro de asesinato, prisión y
357a exilio.

Esto es lo que yo, a lo largo de mi vida he pensado y
aun ahora pienso; y es lo que, una vez vencidos, con vosotros,
los enemigos —y si no lo hubieran estorbado las Erinias—
hubiese establecido tal cual lo pensaba. Y, después de esto,
habría colonizado el resto de Sicilia, en caso de suceder los
hechos según mi mente, expulsando a los bárbaros que ahora
la dominan, a excepción de cuantos guerrearon contra la
b tiranía y en favor de la común libertad. En cuanto a los ante-
riores habitantes de las regiones griegas, les devolviera sus
antiguas y paternas habitaciones. Esto es, precisamente, lo
que ahora estoy aconsejando a todos: pensar y obrar de
consuno, y exhortar a todos a tal empresa y tener todos por
enemigos a quien no lo hiciere. Esto, no es imposible, porque
lo que esté siendo en dos almas que, puestas a razonar,

hallen ser lo mejor, quien lo tenga por aun así imposible no está en sus cabales. Hablo de esas dos almas: la de Hipa-
c rino, hijo de Dionisio, y la de mi hijo. Porque si ambos concuerdan, creo que como ellos opinan los demás siracusanos que de la Ciudad se preocupan.

Mas honrad y rogad a todos los dioses y a cuantos conviene asociar con los dioses; no cejéis en modo alguno de intentar persuadir y exhortar suavemente a amigos y disidentes hasta que a estas nuestras palabras, cual si fueran
d ensueños divinos enviados a despiertos, les deis vosotros esplendente, perfecta y bienaventurada realidad".

III. 2
CARTAS PRIVADAS

CARTA NOVENA

Platón, a Arquitas de Tarento, ¡Pasarla bien!

357d5 Llegaron Arquipo, Filónides y sus acompañantes, trayén-
e dome la carta que les diste, —además con noticias tuyas. Sin dificultad terminaron los negocios con la Ciudad, —que no eran en manera alguna trabajosos. Mas respecto de ti nos refirieron cuán de mala gana llevas el no poder librarte de los negocios públicos. Que, por cierto, lo más agradable en la vida es hacer el propio quehacer, especialmente cuando
358a uno escoje hacer lo mismo que tú has escogido, —lo cual es, casi sin más y para todos, evidente. Empero, has de darte cuenta de que cada uno de nosotros no nació para él solo, sino que de nuestro nacimiento una parte se la lleva la patria; otra, los progenitores; otra, los demás amigos; pero gran parte hay que darla a las circunstancias que asedian nuestra vida. Mas cuando la patria misma nos llama a negocios públicos,
b fuera incalificable no obedecer. Porque a la vez sucede que el país mismo cae en manos de hombres viles que, no en vistas al máximo bien, emprenden los negocios públicos. Sobre este punto, con esto basta. En cuanto a Equécrates nos cuidamos solícitamente de él y nos cuidaremos de él en adelante, tanto por mor de ti como de Frimón, su padre; y por el jovencito mismo.

CARTA DECIMA

358b7 *Platón a Aristodoro. ¡Pasarla bien!*

c Oigo que eres uno de los grandísimos amigos de Dión; y que lo eres ahora y lo has sido siempre, —dando a la vez muestras de tener el carácter mejor, el más sabio, para la filosofía; porque carácter firme, fiel, sincero, esto afirmo yo ser la filosofía verdadera. Que a las otras sabidurías y destrezas, por tender a otros fines, creo que llamándolas "artimañas" les doy el nombre correcto. Valor, pues; y mantente en las costumbres que ahora tienes.

CARTA UNDECIMA

358d7 *Platón a Laodamas. ¡Pasarla bien!*

Te escribí ya antes que para todo lo que me dices sería mucho mejor que vinieses tú mismo a Atenas. Pero ya que me afirmas serte imposible, lo mejor, en segundo lugar, sería, caso de ser posible, el que yo fuera o Sócrates, —que es lo que en tu carta dices. Pero Sócrates está sufriendo de
e estranguria. Mas quedaría yo muy mal si, llegado ahí, no llevara a buen término aquello para lo que me llamas. Pues bien: no tengo grandes esperanzas de que resulte. Pero, ¿por qué?: haría falta una segunda, y larga, carta que lo explicara todo. Además: por mi edad mi cuerpo no está ya para correr esos caminos y peligros que, por mar y tierra, se encuentran, —que ahora, en los viajes, todo está lleno de peligros. Puedo, esto sí, darte consejos a ti y a los colonizadores. "Lo cual
359a dicho por mí", palabras de Hesíodo, parecería "ser sencillo, pero es dificultoso de pensar". Porque si creen que, puestas las leyes, sean las que fueren, queda bien establecido un régimen político sin que haya alguna autoridad que en la Ciudad se cuide solícitamente del diario comportamiento morigerado y varonil de esclavos y libres, no piensa correctamente. Lo cual, a su vez, pasará si es que hay ya varones dignos de mandar. Mas si para la educación hace falta, como creo, educador y educandos, y no los hay entre vosotros, no os
b queda sino acudir a los dioses. Porque casi siempre, las antiguas Ciudades así se fundaron; y posteriormente, si al sobrevenir grandes pruebas —o por guerra o por otros hechos— se administraron bien, entonces, en tales oportunidades, surge un varón bello-y-bueno, poseedor de gran poder. Pero, ante
c todo, se debe y es necesario tomar esto en serio; repensar, pues, sobre lo que digo y no tontear, creyéndoos que esto lo vais a realizar fácilmente. ¡Buena Suerte!

CARTA DUODECIMA

Platón a Arquitas de Tarento. ¡Pasarla bien!

359c5 Recibimos grandemente complacidos los escritos que de
d tu parte nos han llegado; y nos admiró, a no poder más, su autor. Y nos pareció ser tal varón digno de aquellos sus antepasados, —varones, dícese, de Mira. Que eran de los troyanos emigrantes con Laomedonte varones buenos, como lo declara el mito tradicional. Pero en cuanto a mis escritos, a que en tu carta aludes, no están aún listos; pero te los
e envío tal cual están. Concordamos ambos en lo de guardarlos bien; de modo que no hace falta recomendación alguna.

(Se niega el que sea de Platón).

CARTA DECIMATERCERA

360a *Platón a Dionisio, tirano de Siracusa.*
¡Pasarla bien!

Que el comienzo de esta carta te sea a la vez signo de que es mía.

Con ocasión de invitar a comer a los jóvenes locrios, reclinado tú lejos de mí, te levantaste, viniste a mi lado, y, benévolamente, me dijiste algo bien amable, —me lo pareció así a mí y al declinado a mi lado: era uno de los jóvenes
b bellos quien entonces dijo: "De seguro, Dionisio, que para la sabiduría te has aprovechado grandemente de Platón". Pero tú respondiste: "Y para otras muchas cosas, porque hasta de la invitación misma, por haberlo invitado, esto mismo, de inmediato, me aprevechó". Pues esto es lo que se ha de conservar y acrecentar entre nosotros: el mutuo aprovechamiento. Contribuyendo ahora a ello te envío algo de "los pitagóricos" y sobre "las Divisiones", y un varón del que, tal como entonces nos pareció, tanto tú como Arquitas —si Arquites te visita— podríais ayudaros. Su nombre es Helicón,
c nativo de Cycico, discípulo de Eudexo, grande y agradablemente versado en todo lo de él. Además: se formó con uno de los discípulos de Isócrates y con Polixeno, uno de los compañeros de Brisón. Pero cosa rara en estos casos, no es desagradable tratarse con él ni parece de mal carácter; más bien, lo tendría por ligero y de buen carácter. Lo digo
d con temor; porque declaro mi opinión acerca de "hombre": "animal no despreciable, pero sí grandemente voluble", —a excepción de muy pocos y en pocos casos. Así que, por temor y desconfianza en este punto, lo observé al encontrarme con él y me asesoré de sus conciudadanos, —y nadie en nada menospreció a tal varón. Obsérvalo tú mismo y sé cauto. Sobre
e todo, pues, si tienes algún tiempo libre, aprende de él, y, en lo demás, filosofa. Pero, si de él, no, que otro te enseñe a

fin de que, aprendiendo durante el tiempo libre, te hagas mejor y con buena fama. Así mi ayuda no cesará. Y de este punto con esto basta.

361a Acerca de lo que me escribes te remita he cumplido con lo de Apolo, y te lo lleva Leptines, —es de un artista joven y bueno: su nombre, Leocares. En su taller había además otra obra grandemente fina, —tal me pareció. La compré con voluntad de regalarla a tu mujer, pues me cuidó solícitamente, sano y enfermo, de manera digna de ti y de mí. Dásela, si no te parece otra cosa. Envío también doce tinajas
b de vino dulce para los niños, y dos de miel. Llegamos tarde para conservas de higos; las bayas de mirto, en conserva, se pudrieron. Otra vez nos ocuparemos mejor de esto. Acerca de las plantas Leptines te hablará.

La plata, por este motivo y para estas cosas y para algunos impuestos de la Ciudad, la tomé prestada de Leptines, diciéndole lo que me pareció más decoroso para nosotros, y díjele la verdad: que era nuestro lo que gastamos para el barco el de Leocadia, —unas dieciséis minas. Las
c tomé, pues; me serví de ellas y os he enviado esas cosas. Escucha, a continuación, cuál es el estado del dinero: del tuyo en Atenas y del mío. De tu dinero, como ya te dije, lo mismo que del de los demás amigos, me sirvo lo menos que puedo, —cuanto me parece necesario o justo o decoroso a mí y a aquel de quien lo tomo. Mi situación presente es
d ésta: las hijas de mis sobrinas —muertas cuando yo no me coroné, a pesar de tus instancias— son cuatro: una, casadera ya; otra, octoañera; la pequeña, va para los tres años; la otra, ni es aún de un año. A las que se casen mientras yo viva, hemos de dotarlas, yo y los parientes; a las que no, que se las arreglen. A aquellas cuyos padres sean más ricos que yo, no tengo que dotarlas. Mas, actualmente, yo soy el de mayores recursos y di dote a sus madres, —entre otros
e con Dión. Una se casa con Espeusipo; para él, es hija de su hermana. No se le deben dar más de treinta minas; según nosotros, son dote suficiente. Además: si muriera mi madre, no harían falta más de diez minas para la construcción de la tumba. Tales son, en estos puntos, mis actuales necesidades. Pero, si surgiera otro gasto, privado o público, por causa de mi partida, trataré por todos los medios —como te dije entonces, debía hacer— de que resulte mínimo el gasto; lo
362a que no pudiera, corre de tu cuenta.

Paso a hablar de los dineros tuyos a gastar en Atenas.
Primero: si algo he de gastar para montar un coro o algo
por el estilo, no tienes aquí amigo que lo dé, —contra lo
que creíamos. Además: si esto te importa mucho —por
cierto que gastarlo ya, te ayudará demorar el gasto hasta
que llegue un emisario tuyo, te perjudicaría, además de ser
b esto para ti un fastidio es vergonzoso. Tuve de ello una
prueba cuando envié a Erasto a Andomenes de Egina, a
quien, por ser amigo vuestro, me ordenaste acudir si algo
necesitara; quería, en efecto, remitirte algunos encargos tuyos
mayores. Mas me dio una respuesta aceptable y humana: que
anteriormente había prestado algo a tu padre y recobrádolo
con dificultad. Y que ahora te daría nada más un poco. Así
que lo tomé de Peptines, y en esto es de alabar, no tanto
por haberlo dado cuanto por su presta voluntad. Y en lo
demás habla y se porta contigo cual si fuera verdadero amigo.
Es preciso que te comunique esto, y lo contrario: cómo me
c parece portarse cada uno respecto de ti.

En cuanto, pues, al dinero, te hablaré con franqueza,
porque es de justicia, además de que lo digo por experiencia
de los que te rodean. Los que se te acercan, siempre que
parecieran hacerlo por cuestiones de gastos no quieren acercársete,
cual si temieran hacerse odiosos. Acostúmbralos y
fuérzalos a que te hablen de eso y de lo demás.

d En lo posible has de saber todo esto: ser en ello juez y
no huir el saberlo, porque esto será lo mejor para tu gobierno,
ya que gastar ordenadamente lo a gastar y ordenadamente
pagar, aun tú mismo afirmas, y lo afirmarás, ser bueno tanto
para otras cosas como para llegar a tener dinero. Que no te
difamen, pues, ante los hombres los que, dicen, se cuidan de
e ti; porque no es ni bueno ni bello para tu fama el parecer
difícil en cuestión de negocios.

Hablemos ya de Dión, —en cuanto a lo demás no
tengo nada que decir hasta que lleguen las cartas, así me lo
dices; sobre lo que no me permitiste recordarle, nada le
recordé y nada le hablé. Pero traté de averiguar si llevaría
lo sucedido penosa o fácilmente; y me pareció que, si llegara
a saberlo, le pesaría, y no ligero. En cuanto a lo demás me
parece que Dión se porta comedidamente hacia ti de palabra
y obra.

A Cratino, hermano de Timoteo y amigo mío, le regalaremos
363a una coraza hoplítica de esas de la infantería ligera;

y a las hijas de Cebes, tres túnicas de las de siete pies, no
de las recamadas de los amorginos, sino de las de lino sici-
liano. Verosímilmente conoces el nombre de Cebes; se halla
escrito, junto con el de Simmias, en los discursos socráticos,
dialogando con Sócrates en el de "sobre el alma". Es varón
amigo de todos nosotros y bien amable.

b Acerca del signo distintivo de las cartas —cuáles las
escribo en serio y cuáles no— creo lo recuerdas. No obstante
repiénsalo y pon gran atención, porque son muchos los que
me ruegan las escriba, y no es fácil negarse abiertamente.
De las cartas serias el comienzo es "Dios"; de las menos,
"dioses".

También los embajadores me han rogado que te escriba,
y es razonable, porque, fervorosamente y en todas partes,
nos encomian a ti y a mí; y no el que menos, Filargos, que
entonces padecía de la mano. También Filedes, recién llegado
c de donde el Gran Rey, me habló de ti. Si esta carta no fuera
ya demasiado larga, te escribiera lo que dijo; entérate de
ello por Leptinos.

Acerca de la coraza o de lo demás que por carta te
pido envíalo por quien quieras; si no, dalo a Terilo. Es de
los constantemente navegantes, familiar nuestro y, aparte
de en otras cosas, aficionado a la filosofía. Es yerno de Tión,
quien al tiempo de embarcarnos era edil.

¡Salud!; filosofía; y a los más jóvenes exhórtalos a
d hacerlo. Saludos de mi parte a los compañeros de juego; y
recomienda a los demás, especialmente a Aristocrito, que,
si de parte mía te llegare alguna palabra o carta, te enteres
de ello lo más presto y cuidadosamente y te recuerdes de
que se cuide de lo que en ellas se encomienda. Y ahora, no
te descuides de devolver la plata a Leptines; devuélvesela lo
más presto posible, a fin de que, viéndolo los demás, se
animen a ayudarnos.

Iatrocles —a quien entonces, juntamente con Mirinidos,
e declaré libre— está ahora navegando, con lo que te envío.
Tómalo a sueldo; te estima; empléalo en lo que quieras.
Conserva esta carta —ella o un memorialín; y "sé tú mismo".

INDICE

IMPRESO EN JUNIO DE 1983
EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
DE VENEZUELA